

ELIZABETH EYRE
El abad asesinado

UN MISTERIO EN LA ITALIA RENACENTISTA

SEGISMUNDO V



Lectulandia

Segismundo pasa unos días en casa de unos amigos y allí descubre una cruz sagrada, La Feconda, que según la leyenda ayuda a mujeres a quedarse embarazadas. Una noche alguien trata de robarla, y Segismundo mata al ladrón. Éste resulta ser pariente de su amigo, que pretendía llevarse la cruz a Scheggia, su lugar de procedencia. Siguiendo la voluntad del fallecido, Segismundo sustrae la cruz para llevarla a Scheggia, pero el trayecto es largo y surgirán todo tipo de complicaciones, pues hay muchas personas interesadas en conseguir la cruz.

Lectulandia

Elizabeth Eyre

El abad asesinado

Segismundo - 5

ePub r1.0

Titivillus 31.12.16

Título original: *Axe for an Abbot*
Elizabeth Eyre, 1994
Traducción: Sonia Tapia

Gracias a los *papyreros* que son los primeros que se lo curraron

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Personajes que aparecen en la historia

OLIVERO PANTERA, rico mercader

LYDIA, su esposa

FERONDO, su hermano

ELISAVETTA, esposa de Ferondo

BERNABO, su tío

DONNA COSTANZA, su abuela

DONNA IRINA, su tía

GIAN, su primo

ELENA, esposa de Gian

En Pietra

FELICIA, esposa de un mercader

AGOSTINO DA SANGALLO, su esposo

PERPETUA, su doncella

NUTO, el criado

El abad **Bonifacio**

El padre **Torcuato**, su secretario

El hermano **Filippo**, su tesorero

El hermano **Ieronimo**, un visionario

En Rocca

El duque **LUDOVICO**

Su esposa, **la duquesa**

RODERIGO RANIERI, cortesano, amigo de **GIAN PANTERA**

UGO BANDINI, mercader

El cardenal **PONTANO**

En Roma

El papa **HONORIO**

El cardenal **TARTARUGA**

El cardenal **LEPRE**

El cardenal **BUFERA**
BRUNELLI, un artista
BARLEY, un oportunista
GEMMATA, una prostituta

En Scheggia

GIOVANNI FALCONE, anfitrión de peregrinos

De paso

ANGELO, amigo de
SEGISMUNDO, aventurero
BENNO, su criado
BIONDELLO, su perro

«¡LO HAN ASESINADO!»

—¡Segismundo! ¡Os habría reconocido en cualquier parte! —El golpe de saludo en la espalda no obró efecto alguno en aquel hombre. No cayó de bruces, ni siquiera se tambaleó como habrían hecho otros. Tampoco era ninguna hazaña reconocerle, teniendo en cuenta su cabeza afeitada—. ¿Qué hacéis aquí?

Estaban en la plaza de una pequeña aldea, atestada de tenderetes y gente que charlaba, regateaba, pregonaba a voces los precios y atractivos de su mercancía o intercambiaba noticias de un extremo a otro de la explanada. Por toda respuesta, Segismundo alzó un melocotón aterciopelado y calentado al sol y pagó al vendedor.

—¿Y vos? —preguntó. Su voz era profunda y se oía por encima del bullicio—. Olivero Pantera. Seguro que esta ciudad es demasiado pequeña para encontrar alguna ganga.

Olivero tenía una risa explosiva.

—Yo vivo aquí, hombre. Justo a las afueras. Venid a comer con mi hermano Ferondo y conmigo, venid ahora mismo. No acepto un no por respuesta. Por los clavos de Cristo, hemos luchado juntos contra los bandoleros, sois tan hermano mío como Ferondo. Estará encantado de conoceros. —Rodeó sus hombros con un brazo de oso y lo sacó de la plaza.

Un desgarrado hombrecillo los seguía a una discreta distancia, llevando las compras de Segismundo y los caballos, acompañado a su vez por un pequeño perro de una sola oreja, arrastrando una larga salchicha que todavía no había echado de menos ningún vendedor.

La villa de los Pantera estaba cerca de la aldea, más allá de las casas que se alzaban en la colina al borde del bosque, no tan lejos como para que se cansara el perrillo, a pesar de que el camino se cobró parte de la salchicha mordisqueada.

Un portero abrió la puerta. Olivero hizo pasar a su huésped mientras el criado era rápidamente despachado a los establos, desde donde se encaminó a la cocina. La cena había estado esperando la llegada del amo y ya se estaba sirviendo. Benno, el criado, sólo tuvo tiempo de pasarse los dedos por el pelo y la barba antes de que lo mandaran a empujones al piso de arriba para quedarse en la mesa tras la silla de su señor.

Desde allí tenía una excelente vista de Olivero, que estaba sentado enfrente, y llegó a la conclusión de que más valdría luchar a su lado que contra él. La barba recortada no escondía el gesto truculento de la boca; sus oscuros ojos, en los que no se distinguía la pupila, miraban fijamente como si fueran un arma por sí mismos.

—Contad a Ferondo la pelea. Nos cayeron encima desde las colinas, hermano, y

este hombre le lanzó un hacha al cabecilla. —Olivero juntó las manos en un palmoteo triunfal, sobresaltando al criado que le escanciaba la copa. El cuarto comensal, un sacerdote, bajó la vista como para reprobar la matanza—. Ah, Ferondo, deberías haberlo visto.

Ferondo era una versión menos agresiva de su hermano, un poco más joven y de aspecto tímido: alguien que tal vez no siempre necesitaba pelear para obtener lo que deseaba. Aun así estaba dispuesto a lamentar su ausencia en la escaramuza que Olivero recordaba con tanta pasión. Benno, que había recibido la jarra de vino y lo servía a su amo, vio que Olivero dirigía a Ferondo una mirada significativa. Segismundo desde luego no la habría pasado por alto e incluso podría haber captado su sentido.

—¿Murieron todos? —Ferondo miró a Segismundo mostrando un vago interés, sin dejarse impresionar por la matanza. Los bandidos merecían cualquier cosa, en este caso un hachazo.

—Hasta el último. —Olivero ensartó un trozo de carne del plato—. Precisamente al último lo ahorqué yo mismo de un árbol que había por allí. Pero el final estaba decidido desde que nuestro amigo le hundió el hacha al primero. ¡Brindemos por esa hacha!

Se alzaron las copas, aunque el sacerdote dejó la suya en la mesa. Entre las normas de la Iglesia no entra la de brindar por las hachas. Ferondo pronunció un brindis entusiasta. Olivero, sin dejar de beber, clavó la vista en Segismundo.

—¿Lleváis el hacha encima?

—Desde luego —contestó el otro con la misma seriedad con que le habían hecho la pregunta—. ¿Por qué iba a viajar sin ella? ¿Por qué lo preguntáis?

Olivero, que no estaba preparado para responder, buscó con sus oscuros ojos a Ferondo en busca de un apoyo que recibió al instante.

—Por nada, por nada. Naturalmente hay que estar preparado en toda ocasión.

Benno pasó la fuente a un criado mientras a Olivero le llenaban de nuevo la copa. Era evidente que Olivero, un mercader de finas sedas y alfombras, no tenía mucho que ofrecer como conversador. Se concentraba en comer y beber, actividades a las que se entregaba con fruición, dejando que Ferondo preguntara cortésmente a qué se había dedicado Segismundo desde la pelea contra los bandoleros al lado de Olivero.

—Bueno, he estado viajando, eso es todo, como hacía cuando conocí a vuestro hermano. El año pasado fui a Francia, a la Borgoña. Voy allá donde me lleve mi espada.

Segismundo tardaba en acabar el plato de pasta horneada en capas con nueces, pasas, manzanas e higos secos. Benno intentaba no babear, confiando en que quedara algo para la comida de los criados más tarde. En su opinión, la narración que hacía Segismundo de sus actividades carecía notablemente de los detalles que las hacían interesantes (cuestiones como haber sido útil a un par de duques y a una o dos princesas). Segismundo era buscado tanto por su espada como por su sensatez.

—¿Y vos? —preguntó Segismundo a Olivero—. Recuerdo que nos despedimos en Turquía. ¿Volveréis pronto a Oriente?

Olivero se tomó su tiempo para responder, mientras un criado le colocaba delante un plato de pichones asados. Otro sirviente le puso a Benno en la mano una fuente de liebre al vino tinto que éste se apresuró a ofrecer a su señor. Segismundo se sirvió y se arrellanó en la silla. Benno devolvió la fuente al criado, que se estaba enjugando el rostro con la servilleta que llevaba. El último sol de la tarde entraba bajo por las ventanas y relucía en la vajilla de oro expuesta en un aparador. El sacerdote recibió la fuente con gran contento. En el hábito tenía restos de los últimos platos. Tal vez ser capellán de los hermanos Pantera tenía sus compensaciones.

—No, de momento no voy a salir al extranjero. —Olivero abrió un pichón y comenzó a comer mirando al cura—. Han ocurrido aquí ciertos sucesos que requieren mi presencia. No soy tan libre para viajar. Soy el cabeza de familia desde la muerte de mi padre.

—¿Ha muerto vuestro padre recientemente? —La voz de Segismundo tenía el tono justo de condolencia hacia unos desolados huérfanos. El comentario de Olivero no era de los que pasan desapercibidos.

—Lo han asesinado. —El tono feroz de Olivero hizo que el cura dejara caer la cuchara y se persignase—. Asesinado por su propio hermano no hace ni un mes. ¿Qué me decís?

No es que se pudiera decir gran cosa, pensó Benno mientras cogía el vino para llenar de nuevo la copa de Segismundo. Tampoco era de extrañar, si es que el padre o el tío se parecían a Olivero. Segismundo hacía las apropiadas interjecciones de sorpresa.

—Tuvimos que enterrarlo en la cripta familiar, por supuesto. —Ferondo parecía pensar que el comentario era indispensable, aunque sus razones no estaban claras—. A pesar de que nuestro tío Gianmaria hubiera sido enterrado allí el día anterior.

Segismundo se detuvo con la copa en la mano.

—Entonces vuestro tío murió también.

El sacerdote meneó la cabeza y masculló algo sobre una maldición, con lo cual se ganó una desagradable mirada de ambos hermanos.

—Dios castiga la codicia y la ira. —Advirtió la expresión de Olivero y se apresuró a llevarse a la boca un bocado de carne.

—Mi tío resultó muerto por mi padre. De hecho pocas probabilidades tenía contra un hombre como él.

Segismundo no preguntó cómo el padre de Olivero, siendo tan formidable, había sido asesinado.

—Una desgracia. ¿Vive todavía vuestra madre?

—Murió al darme a luz a mí. —El tono de Ferondo sugería que aquello había sido un mérito de ella, algo que redimía, por así decirlo, una vida por lo demás indigna. Olivero apuraba su vino con los ojos húmedos, bien por el alcohol bien de

dolor filial.

Benno se preguntó si el tío, asesinado seguramente igual que el padre, habría dejado una viuda. Un ambiente incómodo pesaba sobre la reunión, con las posibilidades de conversación tan muertas como los desdichados sujetos del discurso. La luz había abandonado también los relucientes platos y la sala había adquirido un aspecto sombrío. Sólo el cura seguía comiendo, hasta que la hostilidad de Olivero le hizo advertir que era el momento de pronunciar las bendiciones.

Olivero se levantó con un controlado tambaleo y se acercó al armario. Volvió mientras retiraban el servicio de la mesa.

—Os quedáis a pasar la noche, Segismundo. No, no, insisto.

—Sí, insistimos —se apresuró a convenir Ferondo—. Quedaos una semana, un mes. Habéis luchado junto a mi hermano. Esta es vuestra casa.

—Sois muy amables, señores. Me quedaré encantado esta noche por lo menos.

Mientras los hombres rodeaban la mesa al otro extremo de la sala alfombrada, Benno se preguntó a qué obedecería exactamente la cordial hospitalidad de aquella extraña casa. Un inexplicable viento frío le dio en la espalda mientras seguía a los criados al piso de abajo. El asesinato había sido un mero tema de conversación, pero Benno presentía que sería una suerte salir de aquel lugar sin que sucediera ninguna desgracia.

«¡VOS SOIS EL CULPABLE!»

Olivero no aceptó el límite que había puesto Segismundo a su invitación. Se inclinó sobre la mesa y aseguró que una estancia prolongada en la villa sería muy placentera.

—Podemos contratar juglares de la ciudad. Dentro de unos días habrá una corrida de toros; siempre se matan algunos. Hay caza y hay un festival al otro lado de la colina dentro de una semana. No se puede uno pasar la vida liquidando bandoleros.

El capellán no alzó siquiera los ojos, ocupado con el vino y los dulces de los postres. Los ruidos que hacía al sorber y masticar fueron a partir de entonces su única contribución a la charla.

Segismundo sonrió por toda respuesta, sin dejarse comprometer. De momento nadie reclamaba sus servicios y la hospitalidad de los Pantera era mucho mejor que lo que podía ofrecer ninguna aldea de los alrededores. El precio de su comida consistía en prestar atención a los hermanos, que discutían sobre el lugar exacto donde habían comprado la alfombra turca de debajo de la mesa y cuánto habían pagado por ella, tema que derivó hacia una prolongada disquisición sobre las gangas que habían adquirido en el pasado. Con una ojeada en torno a la sala captó Segismundo sobradas pruebas de que los Pantera eran buenos en los negocios.

A los mercaderes les gusta exhibir riquezas que puedan otorgarles una categoría digna del respeto de un príncipe, y los hermanos Pantera no eran precisamente discretos en su ostentación. El aparador de la pared estaba atestado de arriba abajo de platos, copas, jarras y cuencos de plata y oro que no despreciaría un duque. El tapiz donde aparecía bordado Hércules junto con el león de Nemea era probablemente de Génova y bien podía valer el precio de una pequeña casa.

Cuando los criados trajeron las velas y cerraron las contraventanas al atardecer veraniego, un súbito destello llamó la atención de Segismundo. De cara a la ventana, en un puesto de honor entre dos retratos, colgaba una cruz de Malta del tamaño de la mano de un hombre, cubierta de piedras preciosas.

—Nuestro tesoro —comentó Olivero siguiendo la mirada de Segismundo—, una reliquia. —El vino le espesaba la voz y daba un exagerado énfasis a sus palabras—. El amuleto de la familia. La protegemos con nuestras propias vidas...

—Hay quienes quieren arrebatarla —dijo Ferondo con la misma intensidad. Advirtió entonces la mirada de su hermano y masculló algo con la copa en la boca.

—Estoy seguro de que ambos sois perfectamente capaces de defender vuestras posesiones. —Segismundo inclinó con cortesía la cabeza.

Olivero se levantó de pronto, a punto de caerse al deslizarse su mano en la pulida

madera tallada del reposabrazos de la silla, se precipitó a coger un candelabro y lo blandió en el aire. Ferondo se apartó para esquivar las salpicaduras de cera caliente.

—Os voy a enseñar vuestra cama. He hecho que dispongan para vos la habitación contigua a esta. Nosotros dormimos al otro lado. —Se dio un torpe golpecito en la nariz—. Últimamente toda precaución es poca. —Tal vez se refería a la protección de sus posesiones, pero por la torpeza que tanto él como Ferondo demostraban al andar era evidente que la vajilla de oro tendría que confiar en la seguridad de la villa, en las rejas de las ventanas y el travesaño de la puerta de roble.

El candelabro oscilaba en manos de Olivero. Las llamas temblaron al abrirse la puerta de la siguiente habitación. También allí estaban cerradas las ventanas. Los paneles de las paredes eran más finos. Había una cama con un anticuado dosel del que colgaban ligeras y veraniegas cortinas de lino blanco, y un baúl que albergaba más vajilla de oro sobre lino azul. Junto a él yacía el morral de Segismundo, su espada y su hacha de mango corto, de la que con tanto entusiasmo hablaba Olivero.

—¿Dónde está vuestro criado? —Olivero miró en torno como si esperase que Benno surgiera de la nada.

—No lo necesito —contestó Segismundo, alzando rápidamente la mano para impedir que su anfitrión llamara a gritos a los sirvientes—. Puede dormir abajo. Soy un luchador, no un príncipe que necesite de su séquito.

Los hermanos, que evidentemente necesitaban ayuda para llegar a sus camas, desearon a Segismundo una buena noche y encontraron la puerta a la segunda intentona. Se les oyó atravesar la sala con complicadas maniobras y tropezar con el aparador, donde resonaron un par de platos. Tras unos portazos se alzó una canción a dúo, desafinada, que subió de volumen para luego desvanecerse.

Segismundo abrió una contraventana. Contempló en el cielo el resplandor crepuscular, respiró aire fresco y oyó el croar de las ranas de un estanque cercano y unos distantes ladridos. Se acercó luego a la cama, inclinó la cabeza durante un minuto y, tras quitarse las botas y el jubón, se tumbó y se quedó dormido. Despertó menos de una hora después y giró la cabeza para escuchar.

Un tablón de madera había crujió allí cerca. Todas las casas tienen sus propios sonidos, el ruido de las tablas asentándose después de un día de calor, una contraventana agitándose al viento. Ahora estaba en una casa cuyos ruidos desconocía, pero aquél había sido distinto. Era un sonido subrepticio.

La madera volvió a crujió. La pisaban con exquisito cuidado. Segismundo se levantó de la cama y cogió la espada. Había dejado las cortinas abiertas y la luz que entraba por las vidrieras arrojaba discos plateados en el suelo. Segismundo avanzó sobre ellos sin un ruido.

El golpe casi imperceptible del cerrojo en la puerta de Segismundo quedó cubierto por otro gemido del suelo de la sala y por un lejano pero feroz ronquido.

Las contraventanas del salón adyacente dejaban entrar la luz justa para aliviar las tinieblas. Segismundo mantuvo la puerta casi cerrada por un instante, intentando

asimilar lo que sucedía.

Un largo rectángulo de luz que una tenue lámpara proyectaba en el suelo mostraba a un hombre en el acto de alzar la mano para coger la cruz, el tesoro de los Pantera. Segismundo abrió de golpe la puerta y avanzó espada en mano.

El hombre se giró bruscamente al percibir el ruido y el cambio de luz, y levantó el brazo contra la espada que le amenazaba como en un gesto de protesta. Luego, inexplicablemente, se lanzó hacia adelante a toda velocidad, con tal ímpetu que a pesar de que Segismundo apartó la espada, la afilada punta recibió todo el peso del desconocido y lo atravesó hasta el esternón.

Segismundo, rodilla al suelo, lo cogió por el hombro mientras caía, pero era demasiado tarde. La sangre caliente chorreaba por el mango de la espada. Cuando Segismundo intentó arrancársela, el hombre tosió con un borbotón de sangre y pronunció una palabra:

—Scheggia...

Su cabeza se desplomó entonces sobre el brazo de Segismundo, que al ver que ya no era necesario cuidado alguno arrancó la espada de un tirón. Estaba todavía de rodillas, limpiando la sangre de la barba del muerto, cuando apareció Olivero tambaleándose y con los ojos nublados. Había acudido con una vela a investigar la causa del ruido.

—Por los clavos de Cristo. —Su primera reacción fue acercar la vela al rostro del cadáver—. Tío Bernabo. ¡Ferondo! —gritó—. ¡No es Gian! ¡Es el tío Bernabo! —Se agachó junto a Segismundo con un efluvio de vino agrio, recogiendo el sucio camisón de brocado—. Está muerto.

Ferondo, que apareció bostezando en voz alta, se acercó a grandes trancos y evitó caerse de cabeza sobre ellos aferrándose al hombro de su hermano.

—Hay cera de vela por todo el suelo...

Olivero estaba examinando la espada de Segismundo con imparcial interés.

—¿Lo habéis matado con esto? —Sonaba como si hubiera preferido el hacha. Segismundo le arrebató la espada sin contestar mientras Ferondo tocaba la cruz como si quisiera asegurarse de que estaba ilesa.

—El muy zorro de Bernabo, entrando a hurtadillas cuando menos lo esperábamos...

Olivero se había levantado con el entrecejo fruncido.

—¡Voy a matar a Tomas! Habrá sido él quien le dejó entrar.

Los hermanos se marcharon con un revoloteo de sus camisas de dormir, y bajaron precipitadamente por las escaleras gritando, con intención de interrogar y castigar al portero. Segismundo llevó a Bernabo Pantera a la otra habitación y lo tendió en la cama que él mismo acababa de abandonar. Le cerró los ojos con respeto y el muerto recibió una oración de labios de un desconocido, si es que puede considerarse tal el hombre cuya espada había intimado de aquel modo con sus pulmones.

Cuando Olivero desató a Tomas, a quien encontraron amordazado y

semiinconsciente en un banco del vestíbulo, la conmoción había despertado a los criados, Benno entre ellos, que salieron en tropel a contemplar la escena.

—¡Estúpido! ¡Idiota! ¿Qué demonio te ha poseído para que le dejaras entrar? Seguro que lo conocías.

Tomas todavía tenía la vista perdida, pero el miedo le hizo recuperar casi del todo la consciencia. El método de Olivero para reanimarlo consistió en abofetearle violentamente el rostro. Tardó algún tiempo en obtener de él una confusa historia: unos arañazos en la poterna, un mensaje de la abuela de los Pantera, que estaba enferma...

—Mi abuela está enferma desde que Noé fletó su Arca. —Olivero cogió a Tomas por el cuello, lo sacudió como un perro sacude una rata y lo dejó caer—. ¿Y tú te lo tragaste? ¿No se te ocurrió pensar en lo que podía pasar? ¿Para qué diablos crees que estás aquí?

Benno se preguntaba qué había ocurrido, qué era todo aquel revuelo y, sobre todo, dónde estaba su amo. En ese momento apareció Segismundo en las escaleras, precedido por el capellán que se acercó directamente a Olivero con gesto acusador.

—¡Vuestro tío! ¡Que Dios os perdone! ¿No os dije que la maldición de Dios caería sobre el próximo que derramara sangre en esta familia? El obispo mantendrá su palabra: os excomulgará por esto. Que Dios nos perdone a todos. —Parecía un hombre muy distinto de la nulidad que apenas había hablado hasta ahora. Estaba en su propio terreno.

—Amén.

La grave voz de Segismundo cortó el bullicio que se había alzado entre los criados. Se acercó a la luz del candel. Tenía la manga derecha escarlata.

—La espada era mía —dijo.

—¡Vos! —El capellán se giró bruscamente—. Desde el principio supe quién erais. ¡Un hombre de sangre! Fingisteis llegar aquí por casualidad, pero yo sabía la verdad. Contrataron vuestra espada para esto. ¡Vos sois el culpable!

TORMENTA INMINENTE

—¡No, no! ¡Ha sido un accidente! No sois culpable de ninguna manera. — Olivero puso una mano en el hombro de Segismundo con intenciones de sacudírselo, pero lo encontró inamovible—. Era un ladrón que vino en la noche a robar. Vos nos habéis hecho un buen servicio como amigo. —Se giró hacia el capellán—. No lo contratamos.

—Vuestro tío, sangre de vuestra sangre. —El cura, tan silencioso antes, no estaba dispuesto a que lo detuvieran ahora que estaba lanzado en su discurso—. ¿Qué supondrá para vuestra abuela? ¡Es el tercero y el último de sus hijos víctima de esta maldición!

Benno se encogió entre la multitud de criados, protegiendo a *Biondello* en sus brazos. Una maldición podía cobrar cualquier forma, y aquélla parecía haberse extendido de los Pantera a su señor, de aspecto ahora tan sombrío con la manga empapada en sangre. ¿Qué especie de tío era aquel que entraba en plena noche a robar? Pero Segismundo nunca mataría, y menos a un desconocido, sin que mediara provocación. El tío debió de atacarle. Había sido mala suerte que eligiera precisamente el momento en que estaba allí Segismundo, porque ninguno de los hermanos parecía capaz de matar a nadie esa noche, si no era desplomándose encima de la víctima.

La muerte de su tío los había dejado sobrios de golpe sin entristecerlos en lo más mínimo.

—¡Sí! —exclamó Olivero a las palabras del cura—. ¡La abuela! La abuela tendrá lo que se ha buscado, aunque no era lo que deseaba. Mi abuela tendrá lo que se ha ganado con su avaricia. Ella lo metió en esto, ella lo ha manejado desde el día que nació.

Apartó de un empujón al capellán, cogió a un criado que llevaba un candil y lo echó escaleras arriba.

Ferondo parecía más preocupado que su hermano por la participación de Segismundo en aquel asunto.

—Estamos en deuda con vos, señor. —Los pasos de Olivero resonaban arriba. Ferondo vaciló, consciente de que dar las gracias por haber salvado el tesoro significaba también agradecer a Segismundo el hecho de haber despachado a su tío—. Os aseguro que no esperábamos en absoluto su presencia. Qué suceso más terrible, un desdichado accidente. Lo cierto es que mi tío no debería haber venido. —Era evidente que deploraba más la intrusión de su tío que su muerte—. En plena

noche, y para robar...

—¡Abrid paso! —Olivero, precedido por el criado con el candil, llevaba a cuestas lo que parecía una alfombra enrollada. El consternado capellán sabía de qué se trataba.

—¡No podéis, señor! —se apresuró a exclamar—. Tratar a vuestro propio pariente tan... ¿Es que no albergáis respeto alguno por los muertos?

Los opacos ojos de Olivero no le dedicaron más que una fugaz mirada. Cargando al hombro con su tío muerto, a quien le colgaban brazos y manos, y extendiendo a su paso el penetrante olor de la sangre, Olivero apuraba a los criados, aturdidos y estupefactos, para que abrieran la puerta. Una vez abierta dejó entrar la luz de la luna. Olivero la atravesó calculando mal la distancia, de modo que la cabeza de su tío chocó contra la jamba.

—¡Eh, tú! ¿No eras el criado de Bernabo Pantera?

El hombre al otro lado del camino, bajo los árboles, probablemente no advirtió el tiempo pretérito de la frase, pero acudió a la llamada llevando dos caballos. Olivero se acercó y echó el cadáver sobre la silla de la mejor de las monturas, que asustada por el olor pateó, retrocedió y movió la cabeza al recibir aquel inesperado y extraño peso. El criado, horrorizado, empeoró las cosas soltando las riendas. Olivero tuvo que cogerlas, controlar al caballo e impedir que la carga se deslizara, mientras pedía cuerdas a gritos. Un sirviente se acercó con una soga y ató el cuerpo con tan mala maña que Olivero, furioso, tuvo que realizar él mismo la operación. Todos se habían arracimado en la puerta y miraban la escena bajo la clara luz de la luna, que todavía no se veía amenazada por la oscura nube que pendía del cielo hacia el este.

Finalmente, Olivero dio al mozo de los caballos un mensaje para su abuela.

—Di de mi parte a donna Costanza que le devuelvo a su hijo. Que no envíe a nadie más de nuestra familia o tendré que darle muerte a ella misma.

Luego le puso las riendas en la mano y volvió para meter de nuevo en la casa al rebaño de criados. La servidumbre se retiró en tropel con sus antorchas, dio un rodeo en torno a Segismundo y se apretó para pasar por la puerta, dejando solo a Benno junto al muro. Ferondo, que había salido tras su hermano, cogió a Segismundo por la manga y la soltó precipitadamente al darse cuenta de que estaba tiesa y rígida.

—¿No queréis volver a la cama, señor? Sois nuestro invitado.

—No. Benno, los caballos.

—Hermano, dile que no puede marcharse ahora, en plena noche...

Olivero se cerró la camisa de dormir. Se había quedado escuchando el decreciente ruido de los cascos de los caballos y su rostro permanecía en sombras. No pareció haber oído a su hermano. De pronto se volvió y entró en la casa.

—Esperábamos que os quedarais una temporada —prosiguió Ferondo—. Nos hacen falta amigos como vos. —Esperó un momento, y al no ver cambio en la expresión de Segismundo, siguió a su hermano.

Cuando Benno volvió con los caballos de los establos, su amo todavía no se había

movido. Benno llevaba la bolsa de Segismundo, el hacha y la espada. *Biondello* trotaba tras él.

Ferondo hizo un último intento desde la puerta:

—¿No podemos discutirlo por la mañana, señor? Necesitamos vuestra ayuda. No podéis dejarnos así.

Segismundo montó. Desde luego que necesitáis ayuda, pensó Benno, mientras subía a su caballo. Nada mejor que un extraño mate a vuestro tío por vosotros y os libre de las iras de la Iglesia sin que siquiera tengáis que pagarle. Tenía la certeza de que habían utilizado a su señor, lo cual lo enfurecía más que si él mismo hubiera sido objeto de malos tratos. Benno no olvidaría la imagen de Olivero acarreado el cuerpo de su tío para atarlo a un caballo y enviarlo de vuelta a su remitente. Se alegraba de no volver a ver a los Pantera.

Segismundo montaba en silencio. Su rostro firme reflejaba el cielo oscuro. La tormenta era inminente, en más de un sentido.

Se detuvieron en la pequeña plaza de la aldea donde Olivero le había saludado no hacía mucho tiempo. Segismundo desmontó junto a un muro en el que una pétrea cabeza de león escupía en una pila agua plateada por la luna. Aparte de algún ladrido, el ruido de la fuente era el único que se percibía en el silencio de la aldea.

Segismundo se quitó la camisa y la metió en la pila, donde luego hundió el brazo casi hasta el hombro. El agua fluía oscura por el desagüe. Benno, sin perder de vista a su amo, había rebuscado una camisa en la bolsa. Segismundo escurrió la que había mojado y Benno la sacudió y la ató a sus alforjas, mientras su señor se vestía y montaba. Todavía no había dicho palabra. Benno no preguntó ni comentó nada, aunque ansiaba saber con exactitud lo sucedido en la desdichada villa de los Pantera.

Cuando el camino de piedra se bifurcó, Segismundo desmontó y examinó el suelo antes de elegir el de la izquierda. Benno pensó de pronto que tal vez era la misma dirección que había elegido el criado con el cadáver de Bernabo Pantera. ¿Sería posible que Segismundo fuera a visitar a la madre del hombre que había matado?

«¿SCHEGGIA?»

Benno calculaba que menos de media hora los separaba del criado con el cadáver de Bernabo, pero todo dependía de lo rápido que viajara. Podía sentir reticencia a enfrentarse a su señora con el cuerpo de su hijo o tal vez, espoleado por el desastre, estaba ansioso por dar la noticia.

El amanecer perfilaba en el este las nubes grises con un vivo color dorado cuando entraron en otro pueblo. Era tan pequeño que podría llamarse aldea de no ser porque tenía una plaza con una fuente en medio, bordeada de casas bastante grandes que presentaban a la explanada sus lisas fachadas.

El alba no era demasiado temprana para los que cogían agua en la fuente, para instalar los tenderetes ni para los crecientes grupos de personas que con las cabezas juntas, algunas a medio vestir, escuchaban y exclamaban mirando una de las casas. Segismundo atrajo su atención al atravesar lentamente la plaza a caballo.

No fue difícil encontrar la morada de los Pantera. Era la que todos miraban con disimulo. Sobre la gran puerta de roble había un escudo de armas que mostraba un animal, un felino manchado corriendo sobre una tierra yerma. Benno, ignorante de la heráldica, sabía que su amo leía los escudos con la facilidad con que entendía las palabras escritas, igualmente incomprensibles para él.

Cuando Segismundo se detuvo ante la casa, unas manos surgieron en la ventana por encima del escudo de armas y desplegaron un paño sobre la pantera de piedra. Era un pabellón negro. Por un momento se produjo un silencio entre el gentío, roto tan sólo por la fuente, las palomas, algunos pájaros y el lejano rumor de un trueno. Luego, como un eco, se alzó un murmullo en la plaza.

Pero la vida del pueblo proseguía. Las contraventanas se cerraban o se abrían, las carretas pasaban traqueteando junto a Segismundo, que había desmontado y atado a su caballo. Benno soltó a *Biondello* y fue a buscar un cubo prestado para dar de beber a las bestias. Luego se acercó a donde se sentaba Segismundo, un poyete de piedra a lo largo del muro de la casa de los Pantera.

—¿Creéis que todos lo saben? —preguntó en voz baja—. El criado ha debido de organizar un buen revuelo. A buen seguro ha despertado a toda la casa.

—Mmm. —Segismundo se mostraba reacio a hablar, pero Benno concluyó que ya no estaba enfadado. Parecía tranquilo, absorto en sus pensamientos, como si hubiera tomado una decisión.

La noticia de la desgracia de donna Costanza se extendía a medida que la gente se reunía ante la casa con ramas y ramos de hojarasca en las manos. Todos miraban a los

desconocidos allí sentados y contemplaban el cielo que se ennegrecía progresivamente, como si se dispusiera a llorar por los Pantera.

Al cabo de poco la multitud se abrió para dejar paso a un robusto sacerdote que llamó a la puerta con expresión preocupada. Mientras esperaba con la sotana aleteando en torno a las piernas, también él observó a los extranjeros. El hombrecillo de la barba negra y grasienta era, por supuesto, un necio. El sacerdote no lo tomó en consideración. El otro, con la cabeza rapada y el aire de fuerza contenida, era otra cuestión. No se veían hombres como él por aquellos parajes. La noticia del asesinato de Bernabo le hacía a uno consciente de las fuerzas del mal que rondaban por todas partes. Aquel extranjero tenía aspecto de haber contemplado y participado en cosas terribles.

La puerta se abrió y apareció la asustada doncella de donna Costanza con la cara surcada de lágrimas. El cura pronunció una resonante y firme bendición al entrar en la casa.

Pronto admitieron a otros en la morada. El cielo se había oscurecido tanto que los vendedores recogían sus cosas y se arracimaban bajo la arcada que bordeaba un lado de la plaza. Los que esperaban para presentar sus respetos se agitaban en la entrada o se subían las capuchas o los chales. Pasaba el tiempo y la gente iba saliendo de la casa. Comenzaron a caer los primeros goterones de lluvia. Segismundo, alisándose el chaquetón de piel, se levantó y se hizo un sitio entre los que todavía esperaban.

Una doncella con los ojos hinchados, enjugándose las mejillas con el delantal, agradecía con un movimiento de la cabeza la cortesía de los que iban entrando. Estaba demasiado turbada para reparar en los dos desconocidos que ya subían por un tramo de escaleras hacia el *piano nobile*.

Allí, en una sala iluminada sólo con velas, yacía el cuerpo de Bernabo sobre una larga mesa cubierta con un paño de brocado invisible bajo los ramos de hojas, romero e incluso flores. Le habían atado la mandíbula con un pañuelo de lino y sobre los párpados tenía monedas de plata. Se oía el ruido de los llantos y el murmullo de las oraciones. Fuera la lluvia golpeaba con insistencia las contraventanas, como si también quisiera un lugar junto al féretro.

Segismundo se quedó a los pies de la mesa. Mientras Benno intentaba desaparecer junto a la puerta, su amo no hacía esfuerzo alguno por no hacerse notar. A la cabeza del féretro estaba una mujer delgada vestida de damasco negro y con un tocado de seda negra también. Los aldeanos se iban acercando a intercambiar con ella unas palabras. Alguno preguntó por donna Costanza. Al parecer no podía ver a nadie. El sacerdote estaba con ella. La mujer, muy erguida, con las manos fuertemente entrelazadas, no se movía. El resplandor de las antorchas a ambos lados de la cabeza de Bernabo impedía que se le viera el rostro, pero era evidente que ella sí veía a Segismundo, porque cuando partió el último visitante, la mujer alzó la voz lo suficiente para preguntar con tono desafiante:

—¿Quién sois?

Segismundo no respondió, sino que preguntó a su vez:
—¿Scheggia?

UNA MALDICIÓN

—¿Scheggia?

Ella rodeó las antorchas con pasos rápidos y decididos y se detuvo ante él.

—¿Qué pasa con Scheggia? ¿Os lo ha contado Bernabo?

Sus ojos, hundidos bajo unas cejas negras, le miraban con fiereza. Pareció satisfecha al ver que Segismundo inclinaba la cabeza ante su pregunta, pero se cogió el brazo como si quisiera proteger algo o contenerse. Se produjo un silencio mientras los dos miraban a Bernabo, que ya no podría decir nada a nadie. Benno, apretado contra la puerta abierta, intentaba hacerse invisible, no fuera el caso que los fieros ojos lo encontraran. Si su amo pretendía oír alguna confidencia de aquella mujer, ella querría que fuera sólo para sus oídos.

—Venid. —Los ojos habían localizado a Benno pero, para su desconcierto, no lo despreciaron a pesar de la expresión vacua que el criado había asumido.

La mujer se acercó a la ventana haciendo señas a Segismundo de que lo siguiera. Allí, bajo la luz espectral que penetraba por las veladas lunetas y entre el martilleo de la lluvia que hacía vibrar las contraventanas, se volvió de nuevo hacia él y habló en un susurro.

—¿Sabéis entonces por qué fue a casa de sus sobrinos?

Segismundo alzó los brazos y los dejó caer.

—Y con este desdichado resultado. —Su voz era un murmullo, pero se oía con claridad sobre el fragor de la lluvia—. ¿Por qué lo hizo?

Ella no advirtió que si Segismundo supiera por qué había acudido Bernabo a casa de sus sobrinos no habría tenido necesidad de preguntarlo. Entendió que era un lamento por la obstinación del difunto.

—¡Pensó que estarían demasiado borrachos para oír nada! —La mujer alzó la voz con furia y echó una rápida ojeada a Benno. Segismundo se tocó la sien para tranquilizarla, pero aun así ella volvió a hablar en susurros—. ¡Asesinos! ¡Dignos herederos de su padre! Que si *La Feconda* les concede hijos, nazcan ciegos y deformes. —Su ira era más poderosa por el hecho de estar contenida. Ninguna hechicera podría haber puesto más veneno en una maldición. Segismundo sintió su aliento caliente en la cara—. ¿Os dijo entonces lo que pretendía hacer, que quería detener el derramamiento de sangre y acabar con el odio para siempre?

No parecía que su odio pudiera remitir fácilmente, pero Segismundo no salió de su mutismo.

—Le dije que era inútil —prosiguió ella—. Que esa cosa implicaba una

maldición, no una bendición; que la dejara cumplir su voluntad. ¿Qué suerte nos ha deparado a nosotros? Mi madre —echó una ojeada a la habitación que había detrás— tuvo hijos, es cierto, cuando tuvimos la cruz en esta casa. Pero ¿qué les ha sucedido ahora? Bernabo era el último. Yo sólo soy una hija, una viuda sin descendientes. ¿De qué le sirvo? La noticia de la muerte de Bernabo la está matando. —Se cubrió los ojos con la mano un instante—. Él pensaba que podría traerle la paz. Pues bien, pronto la encontrará.

Cerró la boca y echó atrás la cabeza. Segismundo esperó a que dominara sus sentimientos. Luego le apoyó la mano en el brazo.

—¿Y Scheggia, señora?

—¡Scheggia! ¿Cómo pensó que podría llegar hasta allí, con esos dos detrás de él? Antes o después se habrían dado cuenta de su propósito. Habría necesitado mucha suerte para poder restituirla a su santuario antes de que le atraparan. ¡Esos diablos! ¡Asesinos! Y ahora será el turno de Gian. —Volvió a cubrirse los ojos.

—¿Gian?

La mujer bajó la mano y lo miró con súbita suspicacia.

—¿Cómo podéis conocer a Bernabo e ignorar quién es Gian?

Segismundo se encogió de hombros.

—Luché con él una vez. No me contó gran cosa.

Ella tensó el rostro.

—¡Hombres! Pero es cierto, Bernabo rara vez hablaba de su familia. Le avergonzaba, y con razón. —La lluvia amainó por un momento y su voz pareció más fuerte, pero para ese entonces ya se había olvidado de Benno—. Podéis pensar que Bernabo era un ladrón, yendo en plena noche a robar la cruz, pero Olivero y Ferondo la robaron primero. La esposa de Olivero no puede dar a luz a un hijo vivo. —Se percibía un matiz de desdén en su voz. Benno se preguntó qué habría pasado con los hijos de ella—. ¡Y Ferondo! Su esposa tuvo hijos, pero sólo vivieron unas semanas. Parece que *La Feconda* puede conceder hijos, pero no garantiza que vivan. Tanto Elisavetta como Lydia fueron enviadas a Roma por sus maridos para rezar por ello, ¡para engendrar hijos de asesinos!

—¿Y Gian? —preguntó Segismundo. La mujer se alteró y algo cambió en su expresión, suavizando su fiereza como una nube en el ojo de un halcón.

—Es mi sobrino, el hijo de Gianmaria. Ahora está en el extranjero, pero llegará a casa en cualquier momento. Y cuando vuelva... —Movié la cabeza—. Querrá venganza. Amaba con pasión a su padre, y no amaba menos a su tío Bernabo. Y ahora mi madre...

En ese preciso instante salió apresurada una doncella de la habitación interior. Se detuvo con los nudillos en la boca, mirando en torno a ella, y luego se puso a gritar casi histérica:

—¡Se nos va, señora! ¡Donna Costanza se nos va! ¡El padre la está ungiendo!

—Voy. —La mujer se acercó a la puerta con un suave rumor de damasco,

olvidando al desconocido. Segismundo y Benno quedaron a solas con el cadáver en una casa en la que al parecer pronto habría otra muerte.

En tales circunstancias, Segismundo no esperó a despedirse. Cuando salieron bajo la lluvia, un agudo llanto llegó desde arriba: donna Costanza había encontrado la paz que su hijo quiso proporcionarle. Benno, con la capucha sobre el rostro y mientras forcejeaba para desatar de la argolla de hierro las riendas mojadas de los caballos, tuvo un pensamiento inquietante: su amo había sido la causa de la muerte de Bernabo, que a su vez había provocado la de donna Costanza. Ciertamente la cruz debía de conllevar una maldición.

UN LADRÓN EN LA NOCHE

Se detuvieron en el pueblo para hacer una larga visita al herrero y comprar comida. Luego, con las cabezas gachas contra la lluvia, recorrieron las calles desiertas y empapadas, llenas de riachuelos, hasta llegar al camino por el que habían entrado. A Benno no le había gustado la primera vez, y ahora le inquietaba el hecho de que Segismundo no cogiera ninguna de las bifurcaciones. Si seguían adelante llegarían de nuevo a la villa de los hermanos. Benno sólo había oído algún retazo de la conversación entre su señor y la fiera mujer y todavía no imaginaba por qué Segismundo había considerado necesario seguir el cadáver de Bernabo hasta su casa. Benno se dio cuenta, horrorizado, de que todavía no habían terminado con los espantosos Pantera. Contempló caer la lluvia sobre la capucha y los hombros de su amo y, colocando a *Biondello* en una postura más cómoda, frunció los labios en un gesto de aprensión.

Cobró esperanzas cuando viraron antes de entrar a la aldea donde Olivero había saludado a Segismundo y donde éste había lavado su camisa en las primeras horas de la mañana, y cabalgó con el ánimo más alegre hasta que su señor se detuvo en un bosque. Cuando Benno miró en torno a él vio unas casas a menos de un kilómetro más abajo y reconoció el lugar: estaban en la villa de los Pantera.

Segismundo desmontó y se internó en el bosque. Los cascos de los caballos chapaleaban en las hojas mojadas y la lluvia siseaba y martilleaba en torno a ellos. Por fin llegaron a un árbol caído bajo cuyo enorme tronco había un parche de tierra seca. Segismundo dejó allí su morral y con el hacha en la mano se metió entre los árboles. Benno se encargó de los caballos. Puso las sillas bajo el árbol y encontró algo de pastura. Cuando su amo volvió con ramas le ayudó a construir un vivac. Benno confiaba en que no se quedarán allí mucho tiempo, porque a tan poca distancia de la villa se sentía turbado y un montón de preguntas le daban vueltas en la mente. Benno era un inveterado curioso, pero Segismundo desalentaba sus preguntas con suficiente severidad para impedir que la mayoría de ellas fueran pronunciadas en voz alta. Hoy el silencio del amo mantenía también callado al criado. Se metieron en el refugio y Benno sacó el pan, el queso y los melocotones y los dispuso en sus envoltorios de hojas.

Segismundo le hizo un gesto de que comiera. Benno, que no recordaba haber estado jamás falto de apetito, masticaba con fruición su tercer bocado cuando advirtió que Segismundo no comía. Había sacado el fardo de hierbas que siempre llevaba y después de volcarlo eligió dos con cuidado y las puso en su trozo de pan. Al cabo de

un momento Benno percibió su amargo olor.

No había sitio para estirarse. *Biondello* se acurrucó bajo el arco de las rodillas de Benno y se dio a jugar con la chuleta de cerdo que Benno le había comprado. El criado se sentó codo a codo con su amo, dándose cuenta de que pasaba algo. A pesar del frío de la noche, el cuerpo de Segismundo emitía calor como si fuera una hoguera y al mismo tiempo se estremecía. Lo que Segismundo hubiera ido a hacer a la villa de los hermanos estaba condenado al fracaso. Se encontraba enfermo.

La lluvia amainó antes de medianoche. Benno, que se había entregado a un sueño intranquilo y superficial con la cabeza caída sobre el pecho, despertó sobresaltado al oír un tintineo a su lado. Bajo la tenue luz del cielo que la tormenta había limpiado vislumbró a Segismundo rebuscando de nuevo en su bolsa. Se percibió una vez más el penetrante olor amargo de las hierbas, pero había desaparecido la horrible impresión de la enfermedad de su señor. Los movimientos de Segismundo eran rápidos y seguros. Se echó una cuerda al hombro y ocultó el resplandor de su hacha en el cinto.

—Ven, Benno.

Al criado se le escapó la pregunta antes de que estuviera bastante despierto para evitarlo:

—¿Qué vamos a hacer?

Segismundo ya había salido del refugio y contemplaba la villa de los Pantera, colina abajo. Benno, que comenzaba a asimilar los eventos sucedidos hasta ahora, comprendió con gran temor cuál era el propósito de su amo. Tuvo que tragar saliva porque el corazón se le había subido a la garganta. Se levantó con la ropa húmeda y tesa y fue a por los caballos. A pesar de que admiraba y confiaba en Segismundo, no estaba libre de aprensión. Olivero era un enemigo formidable y de su hermano no se podía uno fiar ni un ápice. Tal vez Segismundo se encontrase ahora bien de salud, pero hacía sólo unas horas... Benno ensilló las monturas, ató los fardos y masticando un mendrugo de pan que se echó a la boca siguió a Segismundo colina abajo llevando a los caballos de las riendas con ánimo sombrío y filosófico.

Ataron a las bestias al borde del bosque. Segismundo siguió encabezando la marcha hasta llegar al alto muro del jardín de la villa que se recortaba negro contra el cielo. Más allá de la casa un perro lanzó un ladrido. Segismundo quedó inmóvil un largo minuto antes de proseguir.

Benno, que había intentado averiguar qué llevaba su amo encima, lo vio entonces claramente: un objeto con tres ganchos, un anclote, producto de aquella visita al herrero.

A pesar de estar tenso como la cuerda de un arco, Segismundo parecía moverse con calma. Sopesó el anclote, calculó la altura y por fin lo blandió y lo lanzó por los aires. No enganchó a la primera, y el ruido sobresaltó a los perros de la casa.

Segismundo se convirtió una vez más en una estatua. Benno quería creer que no había riesgo en respirar, pero el corazón le palpitaba de tal forma que pensó que ensordecería a *Biondello*, acurrucado tan cerca de él. Pronunció una frenética oración pidiendo la protección de los santos.

Los perros se callaron por fin y Segismundo lo intentó de nuevo. Tiró de la cuerda para comprobar que el anclote había enganchado y comenzó a trepar, apoyando los pies en las toscas piedras angulares del muro. Una vez arriba miró abajo y en torno a él, luego desapareció de la vista. Benno se agachó entre los matorrales al pie de la tapia, junto a la cuerda, y se quedó escuchando.

Los sonidos de la noche parecían amplificadas: ranas, el gorjeo de algún pájaro nocturno, el revuelo de las alas de una paloma, un perro lejano, el rumor de los caballos. El tiempo pasaba.

Un paso llevó a Segismundo del muro al tejado de la casa. Cruzó la pronunciada pendiente, probando con las manos antes de poner el pie sobre las siemprevivas y los líquenes, hasta tener debajo el patio. Se dejó caer entonces por una ornamental columna tallada hasta llegar a la galería. La luz de la luna no alcanzaba la hondonada del patio. El silencio no era completo: de alguna parte provenían unos ásperos ronquidos. Pero no era el errático dueto de la noche anterior, sino una sucesión de dificultosas respiraciones. Sólo era seguro que dormía uno de los hermanos, el otro podría estar ausente, dormir en silencio o estar despierto.

La puerta que daba de la galería a la sala estaba bien cerrada. Segismundo se acercó a la siguiente, la del cuarto donde había dormido la noche anterior. Ésta cedió: el cerrojo casi en silencio pero la puerta con un crujido, como si protestara por la perturbación. Segismundo se quedó quieto, escuchando. El perro del patio hizo resonar su cadena, pero el ruido no alarmó a la casa. Entonces entró.

Las contraventanas estaban abiertas y dejaban ver la cama desnuda donde primero él y luego Bernabo habían yacido. Atravesó la habitación y se detuvo en la puerta de la sala. Lo que oyó no fue tranquilizador: un resoplido y el chasquido de unas uñas de perro sobre la madera.

Segismundo sacó de la bolsa que llevaba al cinto una servilleta que desdobló de una sacudida y sostuvo en una mano mientras con la otra abría la puerta. El perro, un sabueso grande, entró en la habitación con movimientos sinuosos. Segismundo agitó la servilleta y cuando el animal fue a por ella, lanzó una rápida patada bajo el paño. El perro retrocedió con un gruñido y cayó de lado. Segismundo lo cogió en el aire, lo dejó con suavidad en el suelo y se quedó escuchando.

Metió entonces al animal en la sala y siguió caminando con mucha cautela, sin hacer más ruido del que podría hacer un perro sobre los desvencijados tablones de madera. Los hermanos, al meter al sabueso en casa, habían facilitado en cierto modo el avance del intruso. Segismundo se acercó a los dos retratos. Había pensado que los Pantera podían haber retirado la cruz, tal vez al dormitorio de uno de ellos, si es que esperaban que Gian intentara robarla. El destello de los brillantes que reflejaban la

luz le dijo que no era este el caso.

De pronto cesaron los ronquidos. Segismundo se quedó inmóvil. El hombre que dormía en la sala de al lado se agitó, gimió y quedó en silencio. Segismundo cogió la cruz de la pared y se marchó por donde había venido.

Cuando pasó junto al perro, el animal comenzó a levantarse sacudiendo las patas. Si por la mañana los hermanos lo encontraban vivo en la sala, no se les ocurriría ir a inspeccionar la cruz; si por el contrario estaba muerto, sin duda se alertarían y la persecución comenzaría de inmediato. Segismundo había sido muy cuidadoso con su patada, porque lo que necesitaría en adelante sería precisamente tiempo.

Benno le estaba esperando. La luna que brillaba en el muro se había trasladado y marcaba la oscura sombra de la cuerda. Segismundo bajó sin prisa y al llegar junto a Benno tendió la mano un instante para mostrar la cruz de los Pantera.

—Y ahora a Scheggia.

—¿Scheggia? —susurró Benno.

—Y tenemos que llegar antes de que den con nosotros.

LA BÚSQUEDA

El humo del incienso era tan denso en la pequeña iglesia que hacía llorar, una bendición para aquellos que no eran de lágrima fácil. Lo cierto es que había más curiosidad que dolor entre los aldeanos que se apiñaban para presentar sus últimos respetos a donna Costanza y mi hijo Bernabo. Ambos serían enterrados ese mismo día en la cripta familiar. Sentían desde luego conmiseración por donna Irina, viuda sin hijos que lloraba a la vez a su madre y a su hermano, pero era general la curiosidad por saber qué sería de la casa y la fortuna de los Pantera. Todos apreciaban a donna Costanza y excusaban su natural arrogancia achacándola a su nacimiento, su edad y la serie de tragedias que la había afligido. La iglesia estaba tan llena de rumores como de incienso: ¿cuál era la auténtica causa de la muerte del hijo, que había precipitado la muerte de la madre? El criado que volvió escoltando el cadáver de Bernabo había contado horrorizado cómo Olivero ató el cuerpo de su tío al caballo, y era opinión general que ni Olivero ni su hermano, tan sanguinario como él, se mostrarían muy ansiosos por aparecer en el funeral. Sería muy interesante ver qué forma cobraba la justicia.

Muchos de los aldeanos que se persignaban y hacían la genuflexión mientras proseguía la misa se preguntaban cuándo se pronunciaría la excomunión prometida por el obispo ante el siguiente derramamiento de sangre en la familia, y si sería posible hacer el viaje de un día hasta la catedral para asistir a ella.

Lo cierto es que Olivero y Ferondo se hallaban más cerca de lo que nadie sospechaba. Sus caballos estaban atados a la misma anilla a la que había sujetado Benno el suyo y el de su señor. Los hermanos habían aprovechado la puerta abierta de la casa, que incluso estaba desatendida puesto que los criados que no habían acudido a la iglesia preparaban, furiosos y resentidos, la comida para los asistentes después del sepelio. La preparación de una gran cantidad de comida es una actividad que provoca rencores, y el hecho de que a aquellos sirvientes en concreto los hubieran excluido de la emotiva excursión a la iglesia había duplicado el mal ambiente. Así pues, los hermanos tuvieron suerte. Los criados, entre el estrépito de cacerolas y los gritos que se daban unos a otros, no advirtieron su presencia.

Los Pantera estaban sobrios por una vez, aunque no por eso eran más capaces de organización o cooperación. Tomando únicamente las precauciones más elementales para no ser oídos, corrieron escaleras arriba hacia el *piano nobile* y comenzaron a buscar al azar en la sala que hacía tan poco había abandonado el cadáver de su abuela.

Olivero abrió de golpe el baúl a los pies de la cama y se puso a lanzar por los aires la ropa cuidadosamente doblada. Las manzanas dejadas allí para dar buen olor salían rodando por el suelo para ser pisoteadas. Ferondo miró en el relicario y al no encontrar nada de interés apartó las sábanas de la cama. Olivero desgarró las almohadas y el colchón con su cuchillo. Las nubes de plumas los hicieron estornudar y maldecir mientras destrozaban la cama. Fue Ferondo, con la barba llena de plumas, quien encontró la caja fuerte en el armario de la pared y forzó la cerradura. Juntos tiraron las joyas, las cucharas y mondadientes de oro y los adornos de plata sobre la cama, donde levantaron diminutas tormentas de plumas al caer. Olivero encabezó la marcha a la siguiente habitación, la misma en la que Segismundo había hablado con donna Irina junto al cadáver de Bernabo.

Tampoco allí tuvieron éxito. Destriparon los cojines de los bancos y el asiento de la ventana, registraron otro baúl y vaciaron las cajas con forma de ataúd que había bajo los repechos de las ventanas, llenas de todo tipo de candelabros antiguos de pared, juguetes como peonzas y boliches, estatuillas rotas y objetos olvidados durante años. Olivero miró impaciente en torno a él y al encontrarse con los ojos de un Cristo de madera que le observaba desde un alto crucifijo en la pared se le ocurrió una idea. Con la ayuda de su estupefacto hermano bajó el crucifijo, lo apoyó en el suelo y procedió a examinarlo esperanzado por detrás. No encontró nada escondido. Mientras Olivero corría a la siguiente habitación, Ferondo le dio la vuelta a la cruz, se santiguó ante ella y salió disparado en pos de su hermano.

Las salas vacías no les ofrecieron mayores oportunidades. Tampoco esperaban los hermanos encontrar lo que buscaban en habitaciones no frecuentadas. En las cocinas los criados discutían a gritos culpándose unos a otros por haber quemado un asado de cerdo. El altercado se interrumpió bruscamente al oírse el matraqueo de unos pasos en la escalera. Es un hecho que los hombres decepcionados hacen más ruido que los esperanzados, y también es un hecho que los criados en general no se sienten cualificados para enfrentarse a los ladrones. Precisamente los que estaban en la casa por no haber podido atender a un funeral no tenían deseo alguno de ser ellos protagonistas del próximo.

De modo que los hermanos Pantera se marcharon de casa de su abuela sin que nadie los detuviera, sobre todo porque salieron por la misma puerta principal por la que habían entrado. De haber elegido una salida menos conspicua, como la puerta trasera, se habrían encontrado con los asistentes al entierro, que volvían con los ánimos agitados del cementerio adyacente al jardín y se dirigían al festín dispuesto en la terraza bajo la pérgola de parras.

Los criados habían concluido por consenso que los pasos en las escaleras eran de parientes que habían llegado tarde y buscaban a donna Irina. Era mucho mejor no inquietar a nadie con historias de ladrones cuando ya había bastante dolor en la casa. Además tenían que andar corriendo de un lado a otro con fuentes y jarras para consolar a los dolientes y había mucho que hacer para pensar en ninguna otra cosa y

mucho menos para perder el tiempo mirando en el piso de arriba.

La fortuna sonreía a los Pantera y a la vez los burlaba, ofreciéndoles oportunidades y frustrándolas. Igual que tuvieron libre acceso a la casa, encontraron abierta la tumba familiar. Donna Irina no la había cerrado porque pensaba volver más tarde para rezar a solas, una vez que hubiera cumplido con el deber de dar la bienvenida a los invitados al banquete. Cuando Ferondo abrió la puerta de la cripta, Olivero, que iba dispuesto a destrozar la cerradura, lo contempló como un buen augurio. Lo que iban a hacer no tendría más testigo que los muertos.

«¿QUIÉN LO ATRAVESÓ CON LA ESPADA?»

Donna Irina recibió el pésame de los asistentes con dignidad. Sabía que muchos de ellos miraban discretamente alrededor, contando tal vez las ventanas de la casa que se veían desde la terraza o inspeccionando disimuladamente la calidad de las uvas del emparrado. El hombre alto que ahora le cogía la mano para plantar en ella un beso más húmedo que sus ojos, había estado amenazándola hacía sólo una semana con obligarla a vender parte de la hacienda para devolverle lo que le debía. Ahora que también Bernabo había muerto, ¿cómo iba ella a impedir la venta? En cualquier otra familia habría pedido un préstamo o aceptado un regalo para mantener la hacienda intacta y permitir que los Pantera conservaran la cabeza bien alta. Sólo su sobrino Gian estaría dispuesto a ayudar, pero se encontraba en viaje de negocios y era posible que cuando volviera fuera ya demasiado tarde. Luego la culparía a ella por vender la tierra de la familia.

Por lo menos no sería tarde para vengar la muerte de su padre y su tío. Si Dios era misericordioso, ella viviría para ver otro funeral: el de Olivero y Ferondo. Le habría sorprendido saber que los hermanos ya se encontraban en la tumba familiar, aunque no en las condiciones que ella hubiera deseado.

De hecho estaban presentando a su abuela su última falta de respeto. Donna Costanza yacía con los brazos cruzados sobre el pecho, cubierta de la cabeza a los pies por un velo negro, sobre una losa tallada entre las de su esposo y su hijo Bernabo. Las llamas de las velas oscilaban con el movimiento de los hermanos, haciendo gigantescas sus sombras o lanzando perturbadores destellos en los lejanos rincones de la cripta, donde descansaban otros Pantera. Ferondo estaba de espaldas al lugar donde yacía su otro tío, Gianmaria. El paño mortuario que le cubría ocultaba la herida fatal infligida por su hermano, el padre de Ferondo, sobre cuyo cadáver juraron venganza una vez más. Las rencillas familiares llenan las criptas familiares. Ferondo intentó concentrarse en lo que estaban haciendo, pero se estremeció cuando Olivero apartó el sudario de donna Costanza. No podía evitar la sensación de que su abuela se incorporaría de súbito y los cogería de la oreja con su mano huesuda y muerta.

—Inténtalo con él —dijo Olivero irritado ante la mirada de su hermano. Había descruzado las manos frías de donna Costanza sin encontrar nada entre ellas, incluso le había cogido la cadena que llevaba al cuello bajo el brocado negro. Ahora señalaba el cadáver de Bernabo, tan convenientemente asesinado por Segismundo.

Los escrúpulos de Ferondo eran menores en este caso. Se inclinó sobre su tío para

buscar bajo sus manos. En ese momento se abrió la puerta y las llamas oscilaron violentamente. Allí estaba donna Irina, con los grandes ojos en su rostro blanco, igual que su abuela, y un ramo de romero atado con un lazo negro en la mano.

Antes de que tuviera tiempo siquiera de pronunciar una palabra de reproche, Olivero se lanzó contra ella, la cogió por la cintura y le tapó la boca. Con el movimiento apagó una vela y la oscuridad avanzó un paso más en la tumba.

—¿Dónde está?

Ahora que tenía un ser vivo entre las manos, airado por la frustración que le habían supuesto los muertos, sacudió a su tía como si fuera una muñeca. Al oír ruidos apagados bajo su mano advirtió que estaba ahogando las mismas respuestas que exigía, de modo que la soltó y dio una patada a la puerta, que se cerró con un estampido que levantó sonoros y alarmantes ecos en el panteón.

—¿Dónde está qué? —Donna Irina escupió una esquina del puño sucio de Olivero y miró a sus sobrinos con desdén. Su coraje no le permitía considerar que estaba encerrada sola con los que ella creía los asesinos de su hermano, en un lugar donde nadie soñaría con interrumpir sus oraciones.

—¡La cruz, tía! ¡La cruz! Dinos dónde está y nos iremos ahora mismo, no te molestaremos más.

Hacía tiempo que donna Irina consideraba el aire conciliador de Ferondo mucho más repugnante que la belicosidad de Olivero, de modo que lo ignoró y se volvió hacia su hermano.

—¿Por qué me preguntáis por la cruz? ¿Es que os la ha arrebatado Dios como castigo?

Olivero frunció el entrecejo. La cogió por los brazos y volvió a sacudirla. El ramo de romero cayó a sus pies.

—Dinos dónde la ha metido. Dínoslo o...

—O me mataréis como matasteis a vuestro tío. ¿Por qué os iba a decir nada, asesinos? Estáis excomulgados y vuestra presencia aquí...

—¡No lo matamos nosotros, tía! —terció Ferondo, turbado ante aquella acusación pronunciada en la tumba, ante el cuerpo de su tío—. Te juro que somos inocentes de su muerte.

Donna Irina se quedó mirándolos con la misma expresión hostil y suspicaz.

—¿Inocentes? ¿Quién lo atravesó con la espada? ¿Quién lo envió a su casa atado a un caballo como un fardo? ¿Acaso acudió a vuestra casa sólo para que lo mataran?

—Vino a nuestra casa a robarnos la cruz, como bien sabes. Y ahora has vuelto a enviar a alguien a robarla. —Olivero se le acercó a la cara—. Te llevaste la cruz y la has escondido. Pero la encontraremos, dondequiera que esté. Puedes estar segura de que la recuperaremos.

Ferondo le dio unos golpecitos en el brazo.

—Somos inocentes, tía —dijo con tono conciliatorio—. Eso te lo podemos jurar aquí mismo.

—¿Aquí? —Donna Irina le clavó su fiera mirada. Pasó junto a Olivero, agitando la llama de una vela, y se acercó al cadáver de su hermano Bernabo—. Muy bien. Juraréis los dos sobre su herida. Pero pensad que si mentís, ante los muertos y ante Dios, su sangre manará de nuevo.

Era una creencia arraigada en todos ellos, una creencia más antigua que la tumba en la que se encontraban, tan antigua casi como la tierra bajo sus pies. De modo que los hermanos se acercaron al cadáver. Olivero había llegado de mala gana a la conclusión de que no podrían sonsacar nada a su tía a menos que creyera en su inocencia. Ella se inclinó sobre Bernabo y lo besó con ternura en la frente, luego desató con gesto inexorable la casaca y la camisa y dejó desnuda la herida. Los hermanos pusieron la mano derecha sobre el pecho de Bernabo y juraron por su vida eterna que no eran culpables de su muerte. Sus voces resonaron huecas en la cripta ante el oído de sus antecesores. Los tres vivos contemplaron la herida. No fluía ninguna sangre. Donna Irina los miró implacable, con ojos brillantes.

—¿Quién ha sido entonces? Si no lo matasteis vosotros, ¿quién fue? ¿Uno de vuestros criados? Porque en ese caso seguís siendo culpables...

—Fue un extranjero —barbotó Ferondo aliviado. Tal vez había esperado que la sangre de su tío reconociera el equívoco y manara para manifestarlo—. Fue un accidente. Dormía en la sala de al lado y pensó que el tío Bernabo era un ladrón...

—¡Era un ladrón! —Olivero señaló el rostro blanco grisáceo de la losa. Estaba harto de disculparse y no había olvidado su propósito—. De no ser por el extranjero, tu madre habría logrado su propósito. Pero fracasó, de modo que mandó a otro. ¿Dónde la tienes escondida?

Donna Irina parecía pensativa. Recogió de nuevo el ramo de romero y lo colocó en el pecho de donna Costanza, bajo los dedos. Luego tendió con cuidado el velo sobre el rostro macilento, mientras Olivero se agitaba y Ferondo se santiguaba. El frío húmedo de la cripta parecía haber arreciado, como si los mismos muertos lo exudaran para que penetrara la piel de los vivos.

—¿Ese extranjero tiene la cabeza afeitada?

Olivero alzó las cejas y miró a su hermano.

—¿Segismundo ha estado aquí?

—Segismundo... ¿Él mató a mi hermano? Yo puedo deciros dónde encontrarlo.

EL CAMINO DE LA CRUZ

Cuando donna Irina volvió de lo que todos suponían había sido un largo período de oración en el mausoleo familiar encontró que los invitados, habiendo concluido el festín y tras beber generosas cantidades de vino para fortificarse contra las desdichas ajenas, se habían marchado discretamente. Ella se quedó unos instantes al sol de la tarde que moteaba la mesa bajo las parras, mirando el desorden que había quedado, las fuentes con los huesos mondados, las manchas de vino y salsa en el mantel, el aceite, los platos y copas vacíos. Dos criadas haraganeaban antes de retirar la mesa. Una apuraba las últimas gotas de una copa, la otra, con las manos en las caderas, estaba tan ocupada cotilleando lo que había oído decir a los invitados que no advirtió que donna Irina estaba junto a ella hasta que la que bebía bajó de pronto la copa e hizo una reverencia.

—Llevaos los platos y retiraos. No, dejad lo demás. —No las quería revoloteando en torno a ella, ni siquiera en silencio. Una vez a solas se sentó a la cabecera de la mesa, donde había estado al comienzo del banquete. Quedaba una jarra con vino. Se habían llevado su copa, pero cogió otra, vació sus restos en el suelo y tras limpiar el borde con el mantel la llenó. Sólo entonces se dio cuenta de lo débil que se sentía tras el encuentro con sus miserables sobrinos.

Pero todavía no había terminado con ellos. Mientras bebía bajo las parras oyó un lejano estampido en la puerta de la calle, unas voces que creyó reconocer y unos apresurados pasos que recorrían la casa. Ella ya se había levantado y se apoyaba con una mano en el respaldo de la silla cuando entró en la terraza el hombre que esperaba y temía ver. Él, con un ademán del brazo, despachó al criado que le había llevado hasta allí.

—¡Gian! ¡He esperado tanto tu llegada! —Tía y sobrino se abrazaron llorando. Sólo ahora se permitió donna Irina derramar unas lágrimas que cayeron sobre la polvorienta chaqueta de Gian—. ¡Pobre niño! ¿Te has enterado de todo? Los hemos enterrado hoy a los dos, sólo un mes después de enterrar a tu padre, Dios lo tenga en su gloria.

Gian todavía no podía pronunciar palabra. Ella lo hizo sentar y le ofreció una copa. El sol mostraba el polvo en su rostro surcado de lágrimas, un rostro apuesto, inteligente, de largas pestañas y labios gruesos. Sólo el mentón decidido y el rápido ceño recordaban a donna Irina a otros sobrinos menos queridos. Gian dejó la copa con el entrecejo fruncido.

—¿Dónde están? ¡Olivero! ¡Ferondo! ¡Los mataré! Vengo a casa y me

encuentro... a mi padre asesinado. Fui a casa de esos bribones y no hallé sino un hormiguero de criados que me dijeron que habían venido aquí a por *La Feconda*. ¿La tienes tú?

Gian le cogió la mano con tanta violencia como había empleado Olivero. Donna Irina esperó un instante antes de contestar, como si quisiera calmarle.

—No —dijo despacio—. La cruz no está aquí. No la encontrarán.

—Entonces tú sabes dónde está. —Se inclinó ansioso esperando una respuesta, pero ella guardó silencio—. ¿Cómo la has recuperado? Dicen que el tío Bernabo fue asesinado cuando intentaba recuperar lo que es nuestro. El portero me contó que habían contratado a un hombre con la cabeza rapada, que le estaba esperando para matarle.

Donna Irina movió la cabeza.

—No, yo no lo creo. El hombre se llama Segismundo y estuvo aquí también. Creo saber lo que quiere.

Gian se levantó de un salto y la copa salió volando para estrellarse contra el suelo.

—¿Lo que quiere? ¡Lo que quieren ellos! ¡Han contratado a un bruto para matar a nuestro tío por no arriesgarse a la excomunió! —Se inclinó sobre donna Irina acercando a ella la cara como lo había hecho Olivero no hacía mucho tiempo—. ¿Ha estado aquí? ¿Adónde ha ido? ¿Tiene la cruz?

—Tu tío Bernabo quería poner fin al derramamiento de sangre, a esta terrible matanza. ¡Sus dos hermanos muertos! No quiero perderte a ti también. —Le falló la voz, pero no se giró ni le miró—. Quería llevarse la cruz a donde pertenece.

—¡Nos pertenece a nosotros!

—Pertenece a la Virgen de Scheggia. No olvides su historia. Mi abuelo la tomó de un peregrino alemán que murió de fiebre en esta casa y que la llevaba como ofrenda de agradecimiento a Scheggia.

—Una ofrenda de gracias por una familia floreciente, por la prosperidad. Él ya no la necesitaba. Nosotros sí.

Donna Irina se volvió a mirarle.

—No necesitamos el odio, la matanza que ha traído con ella. La cruz concede riqueza y buenas cosechas —señaló los huertos al sol—, pero como bien sabes la riqueza se puede perder. Bernabo era un buen hombre, pero le gustaban los juegos de azar. Cuando perdió se vio desesperado y suplicó las tierras de tu abuela antes de su muerte...

—¿El tío hizo eso?

Donna Irina dio un fuerte manotazo en la columna.

—Tenía miedo de que lo perdiéramos todo...

—Porque no tenía la cruz. La llevé conmigo hasta que esas bestias la robaron. ¿Dónde se la ha llevado ese matón?

Ella se acercó.

—Para darle tiempo les dije a Olivero y Ferondo que se la había llevado a Francia

—contestó con expresión inflexible pero con tono casi suplicante—. Yo creo que es un buen hombre y pretende cumplir la última voluntad de Bernabo en su lecho de muerte.

—¿Un asesino llevando una joya a su relicario cuando en cualquier parte puede obtener una fortuna por ella, sobre todo si se sabe que se trata de *La Feconda*? — Gian paseaba de un lado a otro—. Debemos recuperarla. Yo sé dónde la habrá llevado. ¡A Rocca! La duquesa habla de un pronto peregrinaje a Scheggia y el duque ha enviado ofrendas a Roma a cambio de oraciones para que se le concedan hijos. Allí es donde irá. Lo alcanzaré, y una vez que recupere la cruz me encargaré de los diablos de mis primos. —Se acercó a coger las manos de su tía, que tenía entrelazadas en la cintura—. No temas. Mi tío y mi padre serán vengados. —Le besó la fría mejilla—. Fuiste muy inteligente al enviarlos tras una pista falsa. La próxima vez que vengan será para su propio funeral, lo prometo.

Ella se apartó.

—No me prometas nada. Yo he tenido tiempo y cabeza para pensar esta mañana. Esos cadáveres en el panteón... ¿Qué placer me supondría ver los cuerpos de los hijos de mi hermano? Ten cuidado no sea el próximo tu propio funeral. Segismundo es hombre digno de respeto, no un idiota como tus primos, por muy peligrosos que sean. ¿Por qué no me escuchas? ¿Qué necesidad tienes tú de *La Feconda*, con una esposa joven y un hijo recién nacido...?

—Que está muerto. Por eso he vuelto de mis viajes. Mi padre asesinado, mi hijo muerto de fiebre sólo unos días después de mi llegada. —Gian cogió el sombrero y se lo puso. La pluma escarlata parecía también llamear de furia—. Debo tener *La Feconda* al precio que sea.

Fueran cuales fueran los obstáculos que había imaginado, no sabía lo cerca que se encontraba de ellos. Olivero y Ferondo, por desdicha para Gian, juzgaban a los demás como lo hacemos todos: por ellos mismos. Ellos habrían mentido, luego su tía mentía. Ellos querían la cruz, de modo que ella tenía que desearla también. Era evidente, como explicó Olivero a Ferondo, que Segismundo había acudido a hacer un trato con donna Irina una vez que se dio cuenta de lo que podía sacar de aquella situación. Al descubrir que ella no podía pagar lo que valía la joya, se la había llevado, según ella, a Francia.

Aquí Ferondo entornó los ojos.

—¿Y no habrá mentido él?

Olivero bebió otro trago de la botella que llevaba en la silla. Los caballos descansaban a la sombra de un pequeño bosque junto al camino principal que salía del pueblo. Era lo más que se habían acercado a Francia.

—¿Para qué se iba a molestar en mentir? ¿Un hombre como Segismundo? No; le habrá dicho adónde iba. No le importará si ella envía alguien a por él.

—Tú crees que enviará a Gian.

Olivero tapó la botella y le dio un golpe con ella en el brazo mientras señalaba. Un hombre salía de la aldea a galope tendido con la cabeza inclinada sobre el cuello del caballo y dejando a su paso una tormenta de polvo. Lo reconocieron a pesar de que llevaba el rostro medio oculto. Olivero, sonriendo, espoleó a su montura.

—Ella le habrá dicho a Gian la verdad. Dejemos que nuestro primo nos muestre el camino de la cruz.

«¿HAY QUE MATAR A ALGUIEN?»

Fue Benno el primero en verlo. Le había parecido descubrir un timbre familiar en aquella voz aguda y clara que con un ligero acento extranjero cantaba una balada, una mezcla de sentimientos y obscenidades que tenía encandilada a la audiencia. La posada estaba atestada. Una aldea en una encrucijada de caminos, por pequeña que sea, recibe multitud de viajeros. El posadero no ofrecía entretenimientos, pero daba la bienvenida a cantantes y juglares que pudieran incitar a beber a los clientes. El cantante de la balada podía contar ese día con una comida gratis.

Benno no lo había visto hasta ahora porque se lo tapaban los hombros de Segismundo que, encorvado sobre su vino, no decía nada ni parecía oír la canción, de hecho parecía estar en otro mundo donde Benno no se atrevía a molestarle. Pero cuando terminó la canción y se dispersó el grupo en torno al cantante y los parroquianos, entre aplausos y patadas en el suelo, pedían vino para él y para ellos, Benno vislumbró al trovador y no tuvo más remedio que advertir a su amo. Se inclinó para tocarle el brazo y señalar con la cabeza.

—Mirad quién está ahí.

A estas alturas sabía que no era prudente pronunciar en voz alta su nombre. El joven al que su señor miraba ahora probablemente viajaba, como hacía a menudo el propio Segismundo, bajo una serie de sobrenombres, con excepción del que Benno sabía más apropiado para su rostro, aunque tal vez no para su carácter. Ahora que se había quitado el gorro de gastado terciopelo azul y lo pasaba de un grupo a otro pidiendo monedas, su pelo rubio relucía bajo la luz de las antorchas y sólo el diente torcido en su sonrisa evitaba pensar que había llegado el arcángel Gabriel con una balada en lugar de otros mensajes más convencionales de las alturas.

Cuando alcanzó a Segismundo no mudó la expresión. Nadie podía haber imaginado que se conocían, que a partir de un sanguinario primer encuentro habían llegado a establecer una valiosa colaboración (porque en cuestiones de dinero, y a pesar de su semejanza con un visitante del cielo, Angelo era estrictamente práctico). Benno confiaba en que estuviera de acuerdo en unirse una temporada a su grupo porque su amo, lo admitiera o no, necesitaba ayuda.

—Gracias, amable señor. —Angelo les enseñó el diente torcido, cogió de su gorro una escuálida moneda que a buen seguro no era el donativo de Segismundo y la examinó con la cabeza ladeada—. Si esto es lo mejor que podéis ofrecerme, me debéis una copa —dijo en voz alta. Se dejó caer junto a Segismundo, que le hizo sitio y pidió más vino—. ¿Vais muy lejos, señor? ¿Ahorráis vuestro dinero para las putas

cuando lleguéis?

Después de la carcajada general que sus palabras arrancaron, Angelo bajó la voz:

—¿Qué hay de nuevo? ¿Hay que matar a alguien?

Segismundo asintió en un murmullo.

—Cualquier vida puede mejorar con la muerte de un enemigo o dos. —Un criado le tendió por encima del hombro una jarra y una copa. Segismundo sirvió vino para Angelo, que lo miraba atentamente.

—¿Queréis contármelo o son demasiados? —Estaba muy ajetreado haciendo desaparecer las monedas del gorro en distintas partes de su cuerpo. Benno no creía que nadie pudiera encontrarlas sin el deseo expreso de su dueño.

Segismundo se enjugó el sudor del cuello, la cabeza y el rostro con la manga de la camisa. Ciertamente era una noche calurosa, pero Segismundo no solía sudar y Benno tuvo miedo. Había visto temblar la mano de su señor al servir el vino y estaba seguro de que a Angelo no le había pasado tampoco por alto.

—Demasiados, tal como están las cosas, Angelo.

Unos gritos se alzaron en la entrada, junto con los salvajes relinchos de un caballo y el ruido de golpes y voces de protesta. Segismundo escuchó con atención y mientras el posadero descendía los pocos escalones que separaban la terraza del patio, cogió el gorro de Angelo y se cubrió con él la cabeza.

—Y creo que dos de ellos acaban de llegar.

Angelo se unió a los que buscaban un nuevo entretenimiento al borde de la terraza, se inclinó sobre el hombro de alguien y animó con sus gritos la pelea que se desarrollaba abajo. Por lo visto un parroquiano se quejaba de que un recién llegado había arrojado a un palafrenero sobre su mesa, y estaba discutiendo el asunto con el agresor. El posadero, ante la posible pérdida de un par de clientes, intentaba mediar, pero el recién llegado sólo cesó en sus gritos para patear al palafrenero por todo el patio, dispersando a los clientes de las mesas y espantando a los caballos de la puerta, que pateaban encabritados. Varios perros se unieron de buena gana al tumulto.

Para cuando Angelo volvió, Segismundo se había levantado y Benno había cogido del suelo a *Biondello*, que andaba rastreando restos de comida, y se lo había metido bajo el chaquetón. Segismundo se inclinó a susurrar algo a Angelo. El otro asintió y cogió su gorro, en el que una nueva moneda relucía más que cualquiera de las que antes albergara.

Segismundo ya no tenía necesidad de ocultarse. Cogió su jubón y se dirigió a la cocina. Una mujerona con un cucharón le obstruía el paso. Segismundo la rodeó con un brazo, canturreando encantado como un abejorro y la besó, ganándose con ello un golpe de cucharón en el brazo, una sonrisa y el paso libre. *Biondello* se agitó excitado bajo el chaquetón de Benno al pasar junto a un trozo de carne caliente que un mozo de cocina estaba cortando. Benno apresuró el paso para evitar que el perrillo saliera buscando un pedazo. De camino a los establos Segismundo se puso el jubón. Al llegar dio una moneda al mozo de cuerdas que se quejaba por tener que hacer el

trabajo de dos, y pronto sacaron a sus caballos por la parte trasera y pasaron junto a una carreta en la que se cargaban las botellas vacías de vino.

—Eran los Pantera, ¿no? —Benno estaba ajustando las alforjas—. ¿Cómo os han encontrado?

—No sabemos si me han encontrado. Si hubieran pretendido atraparme por sorpresa no se habrían enzarzado en un alboroto que pudiera llamar la atención de todos. —Segismundo quedó un rato en silencio y se envolvió en su capa aunque apenas corría la brisa—. Debemos darnos prisa. Angelo los retendrá un tiempo.

Bajaron por un estrecho callejón y atravesaron una plazoleta donde jugaban los niños, hasta llegar a un camino que salía de la ciudad. Entonces montaron. Benno intentaba dominar su ansiedad. No era propio de su amo evadir el peligro. A buen seguro podía enfrentarse incluso a los peligrosos hermanos Pantera. Todas aquellas fatigas debían de ser para proteger la cruz. Aun así Benno hubiera deseado que Angelo viajara con ellos, a pesar de que podía confiarse en que retuviera a Olivero y Ferondo incluso colgándolos de una soga si fuera necesario. Miró de reojo el perfil de Segismundo, su nariz aguileña, sus generosos labios ahora tensos. Benno sabía la causa de esa tensión.

Segismundo tenía fiebre de nuevo e, hicieran lo que hicieran, estarían en situación de desventaja.

POSADA PARA LA NOCHE

El mensajero con la carta no llegó más allá del secretario. Se realizaron las presentaciones de rigor, se intercambiaron las cortesías de rutina y el mensajero se retiró a probar el excelente vino de la abadía que le ofrecían. La carta emprendió un viaje al corazón de la abadía hasta llegar a su destino.

El abad Bonifacio era un hombre imponente. Incluso los inocentes tartamudeaban en su presencia. Todo el que llamaba a la puerta de su estudio privado y oía la áspera voz que le daba paso no podía más que obedecer sin un instante de vacilación. Su secretario, con la carta en la mano, se santiguó rápidamente antes de entrar.

—Del duque, mi señor.

La aclaración era innecesaria: un sello rojo con las armas de Rocca promulgaba la procedencia del mensaje. El abad cogió la carta en silencio, rompió el sello con el cuchillo de plata que le tendió el secretario y desplegó el suave y crepitante pergamino. Lo leyó sin expresión alguna y de pronto lo arrojó con violencia a un rincón. El secretario se sobresaltó, pero no intentó recuperarlo. Hacía tiempo que ostentaba su puesto y conocía al abad.

—Ningún derecho. El duque me dice que no tengo ningún derecho. ¡Que no tengo derechos en mis tierras! ¡El duque cuestiona mis acciones! ¿Es que se atreve a levantarse contra la Santa Madre Iglesia?

Era una mera pregunta retórica. Incluso una palabra tranquilizadora podía ser peligrosa. El secretario aguardaba con la cabeza gacha y las manos entrelazadas bajo el escapulario. No movió más que los ojos para poder juzgar cuándo era estrictamente necesario hablar.

El abad se levantó, una operación terrible en sí misma. Cuando estaba sentado, sus mantos blancos cubrían majestuosamente el alto respaldo de la silla, pero cuando paseaba por la sala se hacía evidente que no eran los mantos los responsables de ello. El abad era un hombre gigantesco, cuya voluminosidad inspiraba muy poca confianza en la austeridad de su vida. Lo que el abad Bonifacio dominaba realmente era la austeridad y la disciplina de los demás. Su secretario no pronunció palabra hasta que el abad dejó de caminar y se volvió hacia él.

—¿Y bien? ¿Qué haríais vos en mi lugar?

Era una pregunta clave. El secretario era hombre de feroz ambición y ansiaba una autoridad como la del abad. Sin embargo, bajo la mirada de su superior, inclinó la cabeza todavía más y habló con humildad:

—Seguramente, mi señor, no hay necesidad de hacer nada. Los bienes de su

Excelencia están seguros en vuestros almacenes. El duque necesita esos bienes si no quiere que se resienta su comercio. Necesita sobre todo los lujos que está importando para las inminentes celebraciones, de modo que al final pagará el aumento de las tasas y entonces tendréis un precedente. La próxima vez podréis cargar lo mismo y citar el presente pago como prueba de que ha aceptado el nuevo precio.

—Hijo mío. —El abad descargó una mano sobre el hombro del joven y esbozó una fugaz sonrisa—. Llegaréis lejos. Pensamos de forma similar. —Volvió a su silla, que crujió bajo su peso, y señaló con la cabeza el rollo de pergamino—. Se niega a pagar pero solicita mis oraciones. ¿Cree que soy idiota?

Nadie que conociera al abad podía cometer tal error, pero lo malo era, según pensaba el secretario, que el duque tampoco era un idiota. Se negaba a aceptar el aumento de precios del abad y aun así pedía sus favores. Podía tratarse de favores formales, tal vez, pero ¿no ocultaba el duque alguna carta en la manga? ¿No estaría el cardenal Pontano de Rocca más cerca del Papa desde su última visita a Roma? ¿Estaba el cardenal de parte del duque en este asunto de los impuestos?

Un golpe en la puerta interrumpió las ensoñaciones del secretario y la indignación del abad. Antes de que pudieran darle permiso para entrar, un monje se había introducido en la sala tan discreto como una sombra.

—Perdone, mi señor —comenzó en un susurro—, pero pedisteis que os informaran. El hermano Ieronimo ha tenido otra visión.

Pietra resultó estimulante para Benno. Pasaban tantas cosas que casi se distrajo de su preocupación por su señor. Era en cierto modo reconfortante estar de nuevo en su condado de Rocca, donde había nacido y donde había vivido siempre hasta que conoció a Segismundo. Casi todo el mundo hablaba con un acento que él conocía, puesto que Pietra estaba sólo a unos kilómetros de la misma Rocca. Claro que en un puerto como aquél se oían todo tipo de lenguas extranjeras. Benno se preguntó si su pasión por los viajes le vendría tal vez de que su padre hubiera sido un marinero. Nunca lo sabría, puesto que a su madre le faltó tiempo para abandonarlo en los escalones de una iglesia donde él había comenzado su carrera rondando hasta la alcantarilla más cercana. En aquel momento, después de empaparse con la tormenta unas noches atrás y caminar a trompicones por el barro de Pietra, parecía que no hubiera salido de ella. Su señor, envuelto en su negra capa incluso bajo el sol del mediodía y cubierta la cabeza por un sombrero con el aspecto de un pájaro muerto, parecía digno de tal criado.

No tenían suerte, como si el destino los tratara según sus pintas. Ese día no salía ningún barco para Scheggia, ni era probable que partiera ninguno durante un tiempo. No sirvió de nada que Segismundo mostrara una moneda que desmentía su apariencia, una cantidad de dinero digna de que cualquier marinero cogiera el remo más cercano y se pusiera de inmediato en camino. El capitán de la tabernucha del

muelle se mantuvo firme: era Dios, no el oro, quien estaba a cargo del tiempo. Otros peregrinos le habían ofrecido dinero, pero no había barco que pudiera alcanzar Scheggia con el viento en dirección a tierra que soplaba desde hacía días. La Virgen de Scheggia se estaba tomando un descanso y no quería que la molestaran. Podían ir a la abadía a rezarle para que soplara buen viento y luego volver a por un barco.

Cuando salieron al muelle, bajo los chillidos de las gaviotas y el fuerte chapaleo del agua contra las piedras, Benno miró los altos muros de la abadía que dominaban la ciudad, perfectamente sólidos a diferencia de la expansión de danzarinas aguas. La última abadía que habían visitado era la de Borgo, donde el abad era amigo de Segismundo. Si logran convencer al abad de Pietra para que uniera sus oraciones a las de ellos, pronto sin duda llegarían a Scheggia. Segismundo, sin embargo, no daba muestras de requerir la ayuda del abad y recorría los atestados callejones con aire meditabundo. Tal vez se preguntaba, pensó Benno, cuánto tardarían Olivero y Ferondo en librarse de la trampa que les hubiera tendido Angelo. Era una auténtica lástima que Segismundo no fuera más despiadado. Benno conocía a Angelo y estaba seguro de que la adición de una moneda como la primera hubiera eliminado para siempre a los hermanos Pantera de este mundo, aunque el diablo se los llevara al otro a golpe de horquilla.

Luego estaba el otro Pantera, el llamado Gian, que cualquier día llegaría de tierras lejanas, según decía Segismundo, y que podría contribuir a aumentar los problemas. Los hermanos podían estar o no siguiendo a Segismundo, pero se encontraban demasiado cerca y su señor estaba retenido en Pietra. Antes o después irían a buscarle a él y a la cruz que llevaba. Benno sabía dónde estaba: no en torno al cuello de su señor, donde cualquiera esperaría encontrarla, sino atada a su vientre, dónde sólo podría dar con ella una persona íntimamente interesada en él. Benno barruntaba que no era probable que su amo, todavía acosado por la fiebre, se entregara a tales intimidades con nadie.

En esto resultó estar equivocado.

Caminaban por el mercado con *Biondello* a sus talones y Benno distraído por las mercancías expuestas: una hilera de brillantes pasteles marrones, pilas de reluciente fruta, el olor de las manzanas rojas y doradas, pequeños melones amarillos, aterciopelados melocotones. De pronto Segismundo se detuvo con tal brusquedad que Benno estuvo a punto de chocar contra él. El criado, alarmado, miró alrededor por ver si aparecía alguno de los desagradables rostros de los Pantera. Pero nadie se había fijado en ellos. Segismundo no había hecho más que coger una manzana y la estaba olisqueando bajo la ociosa mirada del vendedor.

—¿Habéis visto a la mujer que compra sedas?

Benno seguía mirando con la boca abierta y expresión ausente. En el piso bajo de la casa de enfrente había una tienda de paños. Una mujer, acompañada de su doncella, examinaba los retales de rico brocado rojo que le mostraba el vendedor. Benno vislumbró su perfil recortado contra un paño de terciopelo morado que

colgaba de una vara por encima del mostrador que daba a la calle. La mujer tenía un sospechoso pelo dorado trenzado con cintas bajo el sombrero de gasa lila, largas pestañas, nariz respingona, una boca rosada y una barbilla redonda que algún día tendría que sobreponerse a una papada. Aunque miraba el brocado con el entrecejo fruncido, era un rostro más acostumbrado a la risa y no falto de inteligencia.

—Mmm, Benno, ya tenemos posada para la noche.

DOS VISIONES

Benno clavó su vacua mirada en el rostro de su amo, pero Segismundo estaba mordiendo la manzana al tiempo que dejaba una moneda en el puesto. Le tendió otra manzana a Benno y luego cruzó lentamente la plaza. El gorro negro y arrugado le confería un peculiar aspecto que para Benno resultaba desconcertante.

La mujer compró el brocado, hizo que lo midieran y emprendió el lento regreso a su casa. Si sabía que la seguían no dio muestras de ello. Era su doncella la que parecía consciente de tal posibilidad y se giró más de una vez para sonreír tontamente a Segismundo por encima del rollo de brocado que llevaba. Benno lo atribuyó a que la doncella gustaba de su señor. Ella tenía un rostro plano y alargado y era muy dudoso que fuera correspondida a menudo. No se le pasó a Benno por la cabeza la posibilidad de que la doncella hubiera reconocido a Segismundo, porque todavía abrigaba la teoría de que su señor pretendía comprar una noche de intimidad con una cortesana de clase alta en lugar de arriesgarse a llamar la atención en una taberna probablemente atestada de Panteras. No se le ocurrió ni por un instante que estaban siguiendo a una mujer totalmente respetable a casa de su esposo.

Comenzó a tener dudas cuando llegaron a una lóbrega zona de la ciudad entre casas cuyas ventanas con barrotes les daban aspecto de cárcel. No se veían hermosas doncellas maquilladas asomadas a los balcones para llamar la atención de los viandantes. Ni siquiera había viandantes allí donde se detuvo la doncella para sacar una llave digna de un carcelero y abrir una de las puertas más formidables del callejón. La señora entró sin mirar atrás, pero la doncella se giró y dijo bruscamente:

—¿Qué buscas holgazaneando por aquí, bribón?

Benno se sobresaltó. Acostumbrado a ser tratado así él mismo, advirtió que la frase iba dirigida a su señor, y que la pregunta iba respaldada por un empujón en el pecho de Segismundo.

—Ve a la parte trasera. Tengo algún trabajo para ti, si es lo que estás buscando. — Se habían acabado las sonrisitas, que no conjuntaban con aquel rostro ordinario y alargado, más a tono con la presente severidad—. Tú también, truhán. —El mismo empujón que no había obrado efectos en el pecho de Segismundo encontró en el cuerpo de Benno la resistencia de *Biondello*, oculto bajo el chaquetón, y le arrancó uno de sus raros ladridos.

La doncella lanzó el correspondiente grito, se metió en la casa y cerró la puerta dejando que ellos buscaran a solas la puerta trasera, que daba a un callejón lateral y era lo bastante amplia para permitir el paso de una carreta.

De hecho ya había allí una carreta. Dos hombres acababan de descargar unos barriles de vino. Cuando llegaron Segismundo y Benno, se estaban cerrando las puertas de la bodega. Un criado despidió a Segismundo con un gesto.

—Llegáis demasiado tarde. Si queréis trabajo tendréis que ir donde lo haya, porque aquí ya está todo...

De pronto apareció sobre su hombro el rostro oblongo de la doncella, que lo apartó a un lado de un empujón.

—Ya está bien. Tú no sabes nada. Adentro, bribón, ¿qué haces ahí perdiendo el tiempo?

Ella desde luego no lo perdió. Cogió a Segismundo del brazo y lo metió en la enorme y fría cocina de piedra. Una muchacha con una gallina en las manos y el delantal todo plumas se volvió a mirarles mientras Benno se apresuraba en pos de su amo, a quien la doncella introducía a buen paso en la oscuridad más allá de la cocina. Un tramo de gastados escalones de mármol los condujo al *piano nobile* y a la puerta de otra habitación que la doncella abrió para Segismundo e inmediatamente cerró ante Benno. La mujer se plantó delante con los brazos cruzados y lo miró de arriba abajo con creciente desaprobación.

—Tú no estabas antes con él. No te iría mal un baño. O dos. ¿Es un perro lo que llevas ahí? Seguro que estáis los dos comidos por las pulgas. —Se acercó—. Vamos a echarle un vistazo.

Biondello asomó la cabeza como si la hubiera entendido a la perfección, y la ladeó para mirarla.

—Vaya. ¿Qué le ha pasado en la oreja? —Su rostro era de granito fundido. Acercó con cautela un dedo y *Biondello* se lo lamió—. Tiene hambre, pobre bicho. Vamos a darle algo.

Biondello había sido perpetua causa de ansiedad para Benno desde que lo raptara una dama de la corte, pero tuvo entonces tan poca elección como ahora. La doncella lo sacó del regazo de Benno y se lo llevó con la mejilla apretada contra su pelaje, prodigándole carantoñas. A medio camino de las escaleras se giró.

—¿Tú no quieres nada de comer?

La doncella tenía su propia habitación, un armario grande donde se apiñaron todos y al que ella llevó un gran cuenco de caldo. Permitió que Benno lo atacara antes que *Biondello* y mojara en él un poco de pan todavía caliente del horno. La doncella, que dijo llamarse Perpetua, los observó comer a los dos con maternal expresión y los brazos cruzados de nuevo.

—Así, comed. Pronto ofrecerán una comida a vuestro señor y podré traeros algo más. —Dio unas palmaditas a *Biondello*, que movió la cola mientras relamía el cuenco otra vez—. Es una suerte que vuestro amo haya venido a Pietra el día que mi señor no está, porque si no habría habido derramamiento de sangre. Cuando mi señora conoció a vuestro amo, hace años, su esposo estaba en ultramar, para seguridad de todos. ¿Más pan?

Benno aceptó el pan y mientras lo mascaba se preguntó a qué distancia estaría en aquel momento el señor de la casa. Confiaba en que Segismundo hubiera elegido realmente el refugio más seguro.

—Y ahora, hijo mío, contadme despacio y con vuestras propias palabras qué habéis visto esta vez.

Incluso bajo la mirada escrutadora del abad Bonifacio, que todos los hermanos evitaban a cualquier precio, el hermano Ieronimo no mostraba ni miedo ni vacilación. Se erguía alto y ligeramente encorvado, con la cabeza doblada como si estuviera escuchando algo que sólo él podía oír, y sonreía ligeramente, como si el mensaje fuera de alegría.

—Lo contaré con mis palabras, mi señor. No tengo más que las de los oficios y salmos. Es que esta vez ella no me habló.

El abad apretó con los dedos el borde de la mesa hasta que las uñas se tornaron blancas. Era necesario no apresurar a aquel maltrecho y viejo zopenco; había que recordar que Dios elige a menudo a los intermediarios más estafalarios para comunicar su voluntad. Al menos el hermano Ieronimo era siervo de la abadía y estaba bajo el control nominal del abad.

—¿Nuestra Señora se os ha aparecido otra vez, hijo mío, y no os ha dicho nada? —¿Por qué, en nombre de todos los santos, estaba tan radiante aquel bobalicón, como si aquello fuera un favor especial?—. ¿En qué forma se os ha aparecido?

—Como ella misma —se apresuró a asegurarle Ieronimo, sonriendo feliz—. Vestida de azul, con un velo blanco en el pelo, como la imagen de la capilla. Tendía las manos así. —Estiró sus manos largas y huesudas hacia el abad y asumió una pose de éxtasis ladeando la cabeza y congelando la sonrisa.

—¿Tendía las manos? ¿Os estaba dando algo? ¿Visteis lo que era?

El hermano Ieronimo dejó de ser la Virgen y se quedó pensativo con las manos en los costados.

—No, nada. ¿No podía estar pidiendo algo?

El abad frunció el ceño. Era él quien debía de interpretar. Las visiones podían concederse a alguien tan simple como el hermano Ieronimo, pero el asunto de la interpretación era competencia de una mente inteligente.

—Muy bien, hijo mío. No habléis de esto con nadie. Y rezad para que Nuestra Señora os siga otorgando sus favores. Podéis retiraros.

Ieronimo hizo una reverencia. En la puerta se giró de nuevo con aquella sonrisa idiotizada iluminándole el rostro.

—Se me olvidaba, mi señor. Ella venía sobre el mar. Las olas se movían a sus pies. También se oía un trueno, creo. —Su sonrisa se ensanchó todavía más, por increíble que pudiera parecer, y entonces se fue, cerrando la puerta con una discreción que no parecía posible para manos tan torpes.

El abad se quedó ceñudo. ¿La Virgen en el mar? Era evidente que venía de Scheggia y del santuario que allí tenía. ¿Qué pretendía dar a la abadía la Virgen de Scheggia? Muchas eran desde luego las necesidades, después de una cosecha tan terrible que ni siquiera podía compensarse con el aumento de impuestos sobre las importaciones ducales; y eso suponiendo que el duque consintiera en pagar. Obviamente la Virgen conocía sus problemas y podían contar con su ayuda, viniera ésta en la forma que viniera. En ese momento se le ocurrió que trasladar su santuario de Scheggia a la abadía sería un golpe brillante. Tenía que considerarlo.

En la capilla de la abadía se oyó una campana clara y sonora. El abad se levantó y se acercó al altar junto a la ventana, se persignó ante la imagen y se puso a orar. El futuro no le sorprendería desprevenido.

«CAYÓ COMO SI HUBIERA. RECIBIDO UN HACHAZO»

En otra parte de la ciudad, esa misma noche, era el pasado lo que ocupaba a donna Felicia y Segismundo mientras bebían vino en su habitación. La lluvia azotaba la balaustrada de la galería e inundaba el suelo de mármol, pero ellos se encontraban dentro de la sala a la luz de una lámpara, hablando del pasado y celebrando el presente. El pelo dorado de donna Felicia, más dorado quizá que la última vez que Segismundo lo vio, le caía suelto sobre los hombros. Ella se lo acarició con una mano mientras con la otra servía sonriente más vino.

—¿Te quedarás mucho tiempo en Pietra?

—Hasta que cambie el viento.

Donna Felicia miró por la ventana justo cuando un relámpago iluminaba la lluvia.

—¡Si es que cambia! No imaginas la lluvia y el viento que hemos tenido. Las cosechas de la abadía se han echado a perder, según dice el abad.

—¿Conoces al abad?

Ella alzó sus anchos hombros blancos.

—Doné a la abadía un frontal de altar recamado que provocó su admiración y me hizo llamar con el encargo de una cortina para su habitación. Lo cierto es que podía haberle complacido de otro modo también, de haberlo yo querido, tal como me dejó ver. Yo conocía su reputación, por supuesto.

Segismundo esperó que se acallara un trueno a lo lejos antes de replicar:

—Yo no soy quien para reprochárselo. ¿Alegaste como excusa tu honor y tu esposo?

—Le dije la verdad, que a Agostino lo vuelven loco los celos y que no se detendría ante nada si sospechara que le había puesto los cuernos, que lo más probable es que me matara y encontrara el modo de matarle a él...

—¡Señora! ¡Señora! —Perpetua irrumpió en la habitación horriblemente agitada y acompañada del estampido de un trueno—. ¡El amo! Está abajo cambiándose la ropa mojada...

Segismundo se levantó de un brinco. Donna Felicia le puso la capa en los brazos y tendió su copa a Perpetua, que se apresuró a cogerla.

—¡Sácalo por detrás! ¡Deprisa!

El aguacero barría la galería cuando Perpetua sacó a Segismundo de un empujón. Atravesaron una antesala y bajaron por la escalera de espiral más allá del guardarropía. Segismundo se fue poniendo la capa y la capucha mientras atravesaba

la cocina. Cuando salió a la tormenta, una ráfaga de viento le arrancó la capucha e hinchó la capa en torno a él.

Benno, en el cuartito de Perpetua, se había medio despertado con el estampido de un trueno, pero se acurrucó más cerca de *Biondello*, que se ponía nervioso con las tormentas, y se volvió a dormir. Lo último que pensó fue que envidiaba a su señor, que sin duda estaría consolando a algo más blanco y más hermoso que *Biondello*. Le habría horrorizado saber que en ese mismo instante Segismundo le esperaba refugiado bajo una arcada, empapado hasta los huesos y agitado por los temblores.

La lluvia en el tejado es uno de los sonidos más arrulladores para los que saben que su tejado está en buenas condiciones y que no tienen que salir. A Benno no le preocupaba lo primero y no era consciente de que hubiera necesidad de lo segundo. Bien alimentado y caliente, acurrucando a *Biondello*, durmió hasta que poco después de la primera luz Perpetua abrió la puerta y exclamó espantada:

—¡Por Dios y todos los santos! Me había olvidado de ti.

Benno vio perplejo en su rostro ovalado el adorno de un ojo tumefacto. Sin explicación, sin desayuno, lo levantaron de un tirón, aferrado a *Biondello*, y con un acompañamiento de reproches y oraciones lo arrastraron por la cocina hasta arrojarlo a la calle, donde se estrelló contra una vieja cargada con una cesta de manzanas que, como si brotaran de una fuente, salieron despedidas en todas direcciones. Las recogieron entre Benno y un golfilio que estaba agachado en la cuneta. Benno devolvió las suyas a la anciana, que a pesar de abofetearle aceptó la modesta moneda que él le ofrecía.

Para entonces se sentía molido además de receloso. De la retahíla de Perpetua había logrado entender que el señor de la casa había regresado la noche anterior. Llamó con un silbido a *Biondello* y salió a buscar a Segismundo en una ciudad que todavía relucía de la lluvia y la tormenta.

Aunque era Pietra una ciudad pequeña, tal vez la mitad de grande que Rocca, la capital, estaba bien provista de callejas y callejones. Benno no tenía el sentido de la orientación de Segismundo. Su señor esperaba que acudiera, según tenían establecido, a la plaza del mercado, donde era fácil rondar sin llamar la atención. Benno vio la torre de la abadía por encima de los tejados y se encaminó hacia ella, creyendo recordar que dominaba la plaza del mercado. De hecho, cuando finalmente logró llegar comprobó que lo que dominaba era una plaza de clase alta con una fuente donde las mujeres cogían agua y charlaban. Algo más abajo se oía el ruido y el ajetreo lejano de la plaza del mercado. Las laboriosas carretas de bueyes hacían impracticables las calles.

Segismundo no estaba en la plaza. Benno lo buscó lo más discretamente posible, pero con creciente pánico. ¿Habrían dado con él los Pantera? Recordó entonces el ojo morado de Perpetua y tuvo la visión de Segismundo sorprendido y atacado por un

marido iracundo, arrojado a la calle como le habían hecho a él y luego acometido por los furiosos Pantera. Tuvo que decirse que aun en el caso de que Segismundo, por compasión hacia donna Felicia, hubiera evitado matar a su esposo, era rival para cualquier Pantera, por sanguinario que éste fuera. Además, no era de suponer que Olivero y Ferondo estuvieran patrullando de noche las calles de Pietra. Benno tuvo la feliz idea de que Segismundo podía haber salido subrepticamente de la casa a tiempo de encontrar refugio en alguna taberna. Ahora estaría pagando la cuenta y en breve llegaría a la plaza del mercado en busca de Benno y del desayuno. Un poco más tranquilo, el criado encontró otra moneda y compró un puñado de castañas asadas y una salchicha para compartir con *Biondello*.

Se sentó en un repecho de piedra, ya seco y caliente por el sol de la mañana, y se puso a escuchar la charla de los tenderos.

—Cayó como si hubiera recibido un hachazo.

—Yo pensé que lo habían atravesado con una flecha. Era un hombretón y hacía falta algo de envergadura para derribarlo. No podía ni hablar cuando lo encontraron y ardía como el fuego.

—Fue una suerte que los hermanos pasaran por allí. Tuvieron que emplearse los dos para llevárselo...

—Parecía inconsciente.

Hermanos, pensó Benno muy rígido.

—En la enfermería de la abadía lo cuidarán bien. Los hermanos son más listos que nadie. Yo al principio pensé que era uno de ellos, todo vestido de negro y con la cabeza afeitada...

Benno había dejado caer las castañas con la boca abierta. *Biondello* se comió un par y luego, al mirar a su amo, se interrumpió y lanzó un corto ladrido.

«¡JUSTICIA, VUESTRA EXCELENCIA!»

El duque de Rocca no era hombre paciente. Incapaz de soportar de buen grado a los idiotas, tampoco se le daba bien el trato con los sagaces. Así pues, el hecho de que el joven que tenía a los pies estuviera lejos de parecer un necio no suponía ninguna recomendación.

El duque acababa de volver de la cacería. Estaba cansado y sediento. Antes de oír las peticiones de nadie quería lavarse y relajarse con una copa de vino. Su chambelán, bien consciente de esto, intentaba hacer incorporar al joven, que oponía enérgica resistencia.

—¡Justicia, vuestra excelencia! ¡Justicia, en nombre de todos los santos!

Su rostro no sólo era inteligente. Era también atractivo con sus ojos oscuros de largas pestañas y su mentón fuerte. El joven llevaba ropa buena, un terciopelo marrón que no se veía ajado y una camisa de lino fino bordado en el cuello. Tal vez tras su súplica yacía una historia interesante, y el duque Ludovico era tan curioso como impaciente. Alzó un dedo y el chambelán soltó los hombros del joven.

—¿Vuestro nombre? —La pregunta, en la áspera voz del duque, no era nada alentadora.

—Gian Pantera, excelencia. De Montesacro.

—¿De Montesacro? ¿Y por qué venís aquí a solicitar mi justicia? Id a vuestro propio duque.

—Es una cuestión que concierne a vuestra excelencia y al honor de vuestra excelencia. Os suplico que me oigáis en privado.

El honor de un duque es por su naturaleza un bien público. Si hubiera en él cualquier mancha, era mejor que fuera del conocimiento de tan pocas personas como fuera posible. A un gesto de Ludovico se retiraron los cortesanos que habían cazado con él, el chambelán cerró las grandes puertas y permaneció junto a ellas y sólo quedaron los guardas con sus picas y la propia y notable velocidad del duque con la daga para protegerlo contra el desconocido, en caso de que existiera intención de asesinato.

El asesinato estaba, en efecto, en su mente, pero no el asesinato del duque. Según expuso el joven, todavía con la rodilla clavada en el suelo de la antesala, parecía ser que un cierto número de sus parientes estaban muertos. Ludovico cogió la copa de oro que le tendía un paje y atravesó la sala para ir a acomodarse en los cojines de brocado de un asiento junto a la ventana. Ahora que había consentido en escuchar la historia, la oiría hasta el final. Bebió un trago de vino sin apartar de aquel joven sus

desconcertantes ojos azules y sólo interrumpió su relato para plantear una pregunta pertinente:

—Es una lucha familiar, y en Rocca ya tenemos más que suficientes. ¿Queréis de mí?

—He venido a advertir a vuestro señoría contra un hombre llamado Segismundo.

Los ojos azules se entornaron de súbito.

—¿Segismundo? ¿Tiene algún otro nombre?

—No he oído ningún otro, ni siquiera lo he visto. Me han dicho que es alto y robusto y que lleva la cabeza rapada, como un luchador.

—Conozco a ese hombre. Me ha hecho servicios alguna vez. ¿Cuál es vuestra queja hacia él y por qué queréis advertirme a mí y no a otro?

Gian se levantó bajo la mirada de desaprobación del chambelán, y se aventuró a acercarse para dar énfasis a su discurso.

—Podría tratar de venderos algo que ha robado, algo por lo que mató a mi tío. — Gian hubiera querido presentar su declaración de un modo más dramático, pero le perturbaba la fuerza de la mirada del duque. De hecho el duque había fruncido el entrecejo.

—¿Que Segismundo ha robado algo para vendérmelo a mí? —Se abstuvo de mencionar que Segismundo había recibido de él hacía pocos años una cadena de oro de tal esplendor que su dueño habría tenido que hacer gala de un excepcional y aplicado desenfreno para necesitar más fondos que los obtenidos por su venta—. ¿Y qué es ese objeto?

—Una cruz, propiedad de nuestra familia. Una cruz de gran valor poseedora de sagrados poderes.

—Sagrados poderes. —El duque, como era característico, se ciñó a lo más importante—. ¿Qué poderes son éstos, y por qué iba a suponer Segismundo que necesito yo de ellos?

Gian vaciló por primera vez. ¿Cómo le sugiere uno a un duque que necesita la intervención divina para tener hijos? Ciertamente es que ya tenía un heredero de su anterior esposa, pero el chico había estado enfermo, e incluso fuera de Rocca se sabía que la actual duquesa de Ludovico no le había dado todavía ningún infante, niño o niña, a pesar de las ofrendas realizadas en varios altares. Se rumoreaba incluso que era un castigo divino hacia el duque por el asesinato de su primera esposa. Ciertamente era también que otro había cargado entonces con las culpas de esa muerte, pero ¿quién sabía? No era de extrañar que el castigo del duque se considerase mejor dejarlo en manos de Dios.

De pronto le vino la inspiración.

—Los poderes sagrados, vuestra excelencia, residen en una joya en el centro de la cruz. Se llama *La Feconda* y otorga fertilidad.

En los ojos del duque se vio que había comprendido. Se echó hacia atrás contra el alféizar de piedra y, para sorpresa de Gian, comenzó a sonreír.

—Así pues, ésa es vuestra historia. Este Segismundo, un hombre al que yo confiaría mi vida, que ha salvado mi ducado, que arrancó a mi amada hija de las garras de la muerte y la ignominia, se dedica a asesinar (¿asesinar, dijisteis?) a vuestro tío (era vuestro tío, ¿no?) para robar una propiedad que es además un objeto sagrado, para luego acudir a mí a regatear por ella para darme la oportunidad de tener un hijo.

El duque se inclinó tan bruscamente que Gian dio un respingo. Su sonrisa era una mueca.

—Pues yo os digo que si Segismundo hubiera encontrado esa cruz y pensara que yo la necesitaba, me la daría. ¿Qué decís a eso?

Gian tragó saliva. Había oído que Ludovico de Rocca era hombre en cuya justicia se podía confiar, en un mundo lleno de gobernantes corruptos y perversos. A nadie se le había ocurrido decirle que su justicia no era de carácter manso, que el duque podía verse obligado a ser equitativo incluso con los enemigos de uno. Gian había estado seguro de que su historia sería convincente, de que su pasión impresionaría al duque con su verdad, de que buscarían a Segismundo y le obligarían a devolver la cruz. Ahora abrigaba una horrible sospecha. ¿Y si el duque había fingido ignorancia cuando en realidad conocía de antemano la historia? ¿Y si había oído hablar de *La Feconda*? Si el asesino y ladrón de Segismundo contaba de tal modo con los favores del duque, lo más probable es que hubiera sido comisionado desde el principio y que aquella audiencia no hubiera sido más que una mascarada para diversión del duque. De pronto Rocca ya no parecía un lugar seguro para Gian.

UN ESPÍA

—Es de temer que el hombre sea un ladrón.

Lo habían colocado con cierta dificultad, puesto que no era ligero ni delgado, en una de las camas con forma de ataúd de la enfermería y en vista de su alta fiebre le habían humedecido el rostro y el pecho con una esponja y habían procurado hacerle beber una amarga poción que el hermano enfermero tenía siempre preparada para esos casos. Este paciente, sin embargo, se agitaba en demasía y cuando lo sostuvieron y le vertieron el medicamento en la boca, como les habían enseñado, descubrieron que la fiebre no lo había debilitado lo suficiente para permitirles su propósito. El hombre apartó de un golpe la mano del hermano Marco, manchándole el hábito con el bebedizo, y exclamó bruscamente «*Abstineas manum!*» en lo que a los sorprendidos oídos de los monjes sonó como excelente latín. Un momento más tarde volvía a hablar en una jerga incomprensible. El hermano Marco, que no era de los monjes más letrados, no reconoció el griego.

Fueron los violentos movimientos que acompañaban el delirio lo que los sobresaltó. Incluso se había desgarrado la camisa con la que lo habían vestido, dejando al descubierto un vendaje de lino en torno a su cuerpo. Se lo quitaron, esperando una herida, y se lo quedaron mirando sorprendidos.

Una cruz de exquisito tallado, incrustada de rubíes y diamantes que relumbraban... No eran expertos, pero sabían reconocer un objeto de tan gran valor.

—No ha podido hacerse con algo así de forma honesta.

—Hermano, tal vez lo juzgamos mal. Tendremos que interrogarle antes de sacar conclusiones.

La dificultad de interrogar a un hombre que hablaba una jerga incomprensible los silenció a los dos.

—Si la cruz fuera suya la llevaría sin duda en torno al cuello.

El hermano Marco movió la cabeza.

—También él puede temer a los ladrones. Si llevara a la vista un objeto así podría provocar un ataque.

—¿Quién iba a atacar a un hombre que parece tan capaz de defenderse? No olvides que llevaba un hacha y una espada. No, hermano, este hombre es un ladrón. Debemos llevar la cruz al padre abad.

Eso casi los detuvo. Ninguno tenía deseos de acercarse al abad. Mientras vacilaban, otra sombra cayó sobre el que yacía en la cama.

—¿Por qué tardáis tanto? ¿Es un leproso?

El hermano enfermero, tal vez como resultado de sus varios años de confianza en su agudo sentido del olfato y el tacto para establecer diagnósticos, era un poco corto de vista. Se inclinó para mirar hasta casi tocar la cruz con la nariz. Luego se retiró tan bruscamente como si el objeto estuviera al rojo vivo.

—El abad debe saberlo. Esta cruz vale una fortuna.

El abad estaba conferenciando con su secretario y el tesorero de la abadía cuando el hermano enfermero pidió permiso para hablar con él de un asunto urgente. En ese momento nada parecía tan urgente al abad como el desdichado estado de las finanzas de la abadía, expuesto ante él mediante los números del hermano Filippo. Estaba pues a punto de decir al hermano enfermero que esperase cuando recordó la posibilidad de la llegada de muy malas noticias.

La peste se había mantenido distante durante los últimos años, sin acercarse a Pietra, pero un puerto es siempre vulnerable. En las crónicas de la abadía, una entrada fechada un siglo atrás narraba que un barco había arribado a Pietra con un cadáver en cada remo antes de que la gente se diera cuenta de que la misma muerte había llegado. Tras esa entrada en la crónica venía un largo vacío. El monje que la escribió había muerto. De hecho habían muerto la mayoría de los monjes, incluido el abad. Un tercio de los habitantes de la ciudad fallecieron y fueron enterrados en la fosa de la peste, y afortunados pudieron considerarse los que contaron con un sacerdote capaz de decir las últimas oraciones.

—Que pase el enfermero.

—Perdonad, mi señor. Sabía que estabais ocupados, pero me pareció que deberíais ver esto.

El enfermero sabía dar un golpe de efecto. Extendiendo el brazo sobre la mesa del abad dejó que la cruz se deslizara de la oscuridad de su manga a la pulida superficie de color castaño como una estrella que cayera del cielo nocturno. Allí quedó reluciendo en silencio, casi hipnotizando a los que la miraban. El abad rompió el extasiado silencio.

—¿Qué es esto? ¿Un regalo para la abadía?

Su voz había perdido la aspereza, era casi reverente. Había gente que daba esos regalos, que donaba su fortuna, arcones llenos de monedas, en su deseo de obtener un beneficio espiritual. Aquella cruz podría comprar una vida entera de misas.

—La llevaba oculta un paciente que han traído consumido de fiebre. Me temo que haya podido robarla.

El abad acarició la cruz con suaves dedos blancos. Cuando la giró, la cruz reflejó la luz enviando destellos irisados al techo y despertando el fuego en el corazón del gigantesco rubí del centro.

—Qué obra de arte... ¿Habéis interrogado al hombre?

—Sus palabras no tienen sentido, mi señor. La fiebre... Puede ser extranjero.

El abad dejó caer la cruz sobre la mesa. El secretario y el tesorero intercambiaron una mirada.

—¿Fiebre? ¿Viene de algún barco?

—No tiene pústulas, mi señor, no se le ha oscurecido la piel ni hay erupciones. Lo hemos examinado y por eso encontramos la cruz. Yo me inclino a pensar que es fiebre terciana. Es un hombre fuerte en la primavera de la vida. Creo que es el segundo o posiblemente el tercer día del ataque de fiebre, pero pronto se librará de los efectos, en cuanto tome la poción que he ordenado para él, un preparado de *achillea*, *millefolium*, *trigonella foenum graecom*, naturalmente, tal vez *agrimonia eupatoria*, gobernada por Júpiter, cuando...

—Traédmelo.

El enfermero, sobresaltado, miró al abad sin comprender.

—Está enfermo, mi señor. Yace en cama y cuando lo dejé deliraba. No se le puede mover.

El abad entrelazó las manos con gesto benévolo sobre su vientre y con la cabeza inclinada miró al enfermero.

—Tenéis hermanos y hermanos seculares trabajando para vos; que lo traigan. Debo saber cómo ha conseguido esta cruz. Si es un ladrón será ahorcado. ¿Para qué íbamos a cuidar de su cuerpo si acabará en la horca? Es en su alma en lo que debemos pensar.

El enfermero dejó la sala con una reverencia. Sólo un loco habría puesto más objeciones, y él estaba lejos de serlo. No pensaba que el hombre fuera a morir si lo movían, pero la cruz le perturbaba; podía haber buenas razones para llevar oculto un objeto tan valioso. Era evidente que el abad codiciaba la cruz y ya había decidido que el hombre era culpable. El enfermero se santiguó: actuaba por obediencia y el pecado de codicia no caería sobre sus espaldas.

En el estudio del abad, el secretario y el tesorero tenían permiso para coger y admirar la cruz, que el abad ya consideraba propiedad de la abadía y muy cerca de pasar a ser propiedad suya. El tesorero, el hermano Filippo, fue particularmente vehemente en sus alabanzas.

—Una pieza de excepcional belleza, seguramente hecha para un príncipe de la Iglesia. Debemos realizar una investigación para saber si se la han robado a algún cardenal.

En el silencio que siguió, el secretario ahogó una sonrisa. El hermano Filippo comenzaba a modificar su sugerencia cuando le interrumpió una llamada a la puerta. El abad contestó con un gruñido y la puerta se abrió dando paso a dos hermanos seculares que llevaban al hombre enfermo. No hubo problema en hacer que se arrodillara, puesto que sus piernas cedieron en el instante en que el abad hizo un gesto.

—¡Yo conozco a ese hombre!

Era el secretario, que lo señalaba. Su rostro, por lo general sagaz pero sumiso, se había tornado blanco y tenso. El abad estaba muy interesado en aquel hombre de cabeza afeitada arrodillado ante él mientras los hermanos lo sostenían por los brazos. ¿Sería un sacerdote renegado? En ese caso hasta la horca sería demasiado buena para

él.

—¿Quién es?

—Un agente del duque Ludovico. Un espía.

EL REGALO DE LA VIRGEN

Una sonrisa terrible se dibujó en el rostro alargado del abad. Es incluso más apropiado colgar a un espía que a un ladrón. Puso la mano sobre la cruz, eclipsando su resplandor.

—¿Dónde la habéis robado?

El hombre levantó despacio la cabeza, sin hablar. El abad, dispuesto a repetir impaciente la pregunta y añadir una amenaza, se detuvo no obstante. Aquél no era el rostro de un delincuente común ni de un hombre que pudiera ser fácilmente intimidado. Los ojos oscuros miraban con firmeza a pesar de la palidez de la cara. El abad se daba plena cuenta de la fuerza que encerraban; no eran aquéllos los rasgos de un hombre a quien se pudiera hacer hablar si él no lo deseaba, y la abadía no contaba con mazmorras ni verdugos. La diplomacia sería más rápida. El abad había logrado esbozar una sonrisa asaz benévola cuando el hombre habló.

—Llevo esa cruz a su legítimo dueño, padre abad, cumpliendo la última voluntad de un muerto.

Por fin había recuperado el don de la palabra, aunque con un leve acento extranjero. Lo que había dicho, sin embargo, era totalmente engañoso.

—¿Este... este muerto había robado la cruz, entonces?

La mirada de los ojos negros no se alteró.

—La cruz no le pertenecía y había sido robada.

—Basta de acertijos. No voy a permitir que os burléis de mí.

Todos en la sala captaron la amenaza de aquella voz, pero al hombre arrodillado no pareció afectarle.

—Os digo la verdad, mi señor. —Se tambaleó y los hermanos lo sostuvieron con más fuerza bajo los brazos.

El abad cogió la cruz y la tendió hacia él, como si quisiera exorcizar el mal.

—Por este símbolo sagrado del sufrimiento de Nuestro Señor te conjuro a que me digas quién es su legítimo propietario.

El hombre inclinó la cabeza en gesto de respeto.

—Os lo diré, mi señor. Su legítimo propietario es la Virgen de Scheggia.

El abad abrió los labios sin querer, pero no le salieron palabras. Era la última respuesta que esperaba. Si la cruz se dirigía a la Virgen de Scheggia, confiscarla sería tan nefando como robar a un peregrino. Había sido una auténtica mala suerte que los presentes en la sala, incluyendo a los hermanos seglares, hubieran oído aquella descabellada declaración. Aun así, el sarcasmo siempre era una buena arma.

—¿La Virgen de Scheggia? —Esbozó una sonrisa—. ¿Os lo ha dicho la misma Virgen?

El hombre no se dejó vencer.

—Nuestra Señora no me ha concedido ese honor. Fue el hombre agonizante de quien os he hablado, que en su último aliento deseó que ella tuviera la cruz.

El abad se inclinó sobre la mesa con las manos a ambos lados de la joya.

—Nuestra Señora no os ha honrado a vos, sino a uno de los hermanos de la abadía. A él le ha contado su deseo.

La mirada fija de aquellos ojos oscuros era desconcertante. El abad unió las manos sobre la cruz.

—Ha visitado a un monje de esta abadía.

La súbita atención del hermano Filippo y los hermanos seglares puso de manifiesto que el hermano Ieronimo había guardado silencio como le habían ordenado. Filippo respiraba por la boca. Al otro lado, el secretario era casi una estatua. El abad tendió las manos con las palmas hacia arriba e infundió a su voz un experto tono de solemnidad:

—La Virgen, en su visión, se acercaba por el mar hacia sus humildes siervos de esta abadía tendiendo las manos hacia nosotros, ofreciéndonos un regalo. No sabíamos qué regalo podía ser, pero vuestras palabras lo han dejado claro. Ella desea que nosotros poseamos la cruz.

De haber sido actor en un teatro le habrían aplaudido. En este caso levantó un murmullo de reverente gratitud. El único hombre que no se dejó impresionar fue el portador de la cruz, cuyo rostro se había endurecido. El secretario, que lo observaba de cerca desde que lo había identificado, se aventuró a hablar:

—¿Y el ladrón, mi señor? ¿Qué se hará de él? Los ojos del prisionero se volvieron por primera vez hacia el secretario para volver luego sobre el abad, que ya tenía lista la respuesta:

—Nuestra Señora nos ha traído la cruz, pero no nos ha hecho revelación alguna sobre este individuo. Él ha pretendido embaucarnos con su historia del muerto, pero debemos recordar la piedad que mostró Nuestro Señor con el ladrón arrepentido. —Hizo una pausa—. Para que haya verdadera penitencia debe haber sufrimiento. Yo lo encomiendo a las manos del alguacil de Pietra para que lo azoten. Después el alguacil decidirá si merece o no la horca.

Hizo un gesto con sus manos blancas. Los hermanos cogieron con más fuerza a Segismundo y lo hicieron levantar. El secretario susurró algo al abad y mientras se llevaban a Segismundo, el abad habló de nuevo.

—Me recuerdan que sois un agente del duque Ludovico. En la historia de la cruz hay más de lo que nos habéis contado. El alguacil tiene hombres que os sacarán la verdad antes de colgaros. —Su voz tenía de nuevo aquel tono grave y solemne—. Que la verdad purifique vuestra alma antes de que muráis, hijo mío.

La puerta no se había cerrado todavía cuando el abad se quitó la cruz de oro y

amatista que llevaba al pecho y ensartó la cadena en la anilla de la cruz de la Virgen de Scheggia. Luego se la colgó al cuello. Un regalo así merecía un digno lugar de descanso.

ESTAMPIDA

Benno recibió en la puerta de la abadía más caridad de la que esperaba. Había olvidado que los monjes estaban acostumbrados a ver gente en mucho peores circunstancias que las suyas. Sin embargo, aunque enseguida le dieron una hogaza de pan y un vaso de áspero vino aguado, quedaron atónitos al saber que quería visitar a un paciente de la enfermería. Benno cometió el error de mencionar que su señor tenía fiebre, con lo que se desvaneció cualquier esperanza de ver a Segismundo. A los pacientes febriles se los mantenía aparte hasta que se determinara la causa del mal.

Benno se hubiera dado de golpes y, después de insistir un rato, se hizo evidente que el hermano portero tenía esas mismas intenciones.

—¡Largo de aquí! Vuelve dentro de tres días. Si tu amo todavía vive podrás verle. Agradece que esté en buenas manos. Además, si muere, aquí recibirá a buen seguro los últimos sacramentos.

Esto, sorprendentemente, no consoló en absoluto a Benno. Se metió un trozo de pan en el pecho. La compulsiva ingurgitación dentro de su jubón puso de manifiesto que *Biondello* agradecía la caridad de la abadía.

Ningún lugar adonde ir era fuera mejor que cualquier otro. A Benno le atormentaba pensar que había abandonado a Segismundo, que si hubiera despertado cuando Perpetua sacó de la casa a su señor, si hubiera estado en la plaza donde Segismundo se había desplomado, habría impedido que los monjes se lo llevaran.

Pero si no se lo hubieran llevado tal vez habría muerto. Aunque de todos modos podía morir...

En Benno se había desarrollado una profunda y casi instintiva desconfianza hacia los médicos. Los médicos monjes no eran ninguna excepción. Además, ahora que Segismundo estaba encerrado dentro de aquellos muros, incapaz de comunicarse con Benno, era como si se encontrara en prisión, para bien o para mal.

Benno vagabundeaba en torno al recinto de la abadía, sin saber lo cerca que estaba de la verdad. Por pura casualidad, cuando paseaba cansino por delante de otra puerta de los muchos edificios, vio entrar por ella a cuatro hombres ataviados con colores de uniforme y distintivos en la parte trasera y delantera de la túnica. No sabía que eran oficiales del alguacil. Cansado y sin nada mejor que hacer, Benno se apoyó contra un árbol y esperó a verlos salir de nuevo. No tuvo que aguardar mucho.

Primero salieron dos agachados por la portezuela y se giraron para echar una mano a los otros dos, que estaban sacando a un hombre.

El hombre era Segismundo, y llevaba las manos esposadas.

—Y yo te iba a preguntar dónde estaba.

Fue un susurro en su oído, pero Benno supo de inmediato a quién pertenecía. Sólo Angelo podía aparecer de la nada como el nigromante que era. Nunca fue esta magia tan bien recibida. Conmocionado al ver a su señor tan pálido y encadenado, arrastrado por aquellos hombres, Benno casi se volvió para aferrarse a Angelo buscando consuelo. Un fuerte apretón en el brazo lo contuvo. Benno recordó entonces su entrenamiento y miró con expresión vacua la terrible escena.

—Es una suerte que haya venido. Hay que organizar algo. Ve delante de ellos.

Benno no pudo más que esbozar una idiotizada sonrisa de alivio. No era difícil ir por delante de los hombres, porque tenían bastantes problemas con su prisionero. Segismundo parecía incapaz de caminar por sus propios medios y tenían que empujarlo, tirar de él y arrastrarlo. Benno se volvió hacia la pequeña multitud que se había congregado para contemplar el espectáculo. Confiaba en que Angelo hubiera tenido en cuenta la debilidad de Segismundo. ¿Cómo rescatar a un hombre incapaz de caminar?

Al ganado, sin embargo, se lo podía hacer correr. Angelo había desaparecido una vez más, pero Benno acertó a divisar su delgada figura en el mercado de ganado que la escolta atravesaba con su prisionero. Al final de la plaza, a la entrada de una callejuela de muros blancos y ventanas enrejadas, los hombres se detuvieron para dispersar a la ociosa multitud. Benno siguió caminando. No había llegado aún a la mitad de la calle, una docena de pasos por delante de la escolta y su prisionero, cuando sucedieron dos cosas simultáneas.

Angelo surgió de un callejón lateral delante de ellos y se acercó a grandes zancadas mientras se oía por detrás un estruendo de cascos y mugidos. Benno y la escolta se giraron.

Las reses llenaban la calle tras ellos y se acercaban cargando a toda velocidad. Uno de los guardias, hombre de campo probablemente, quedó paralizado un instante y luego blandió la pica y se puso a chillar. Las primeras reses tal vez vacilaron, pero fueron empujadas por la estampida. La escolta echó a correr arrastrando a Segismundo, que parecía que fuera a caer de bruces a cada paso. Angelo y Benno corrían. *Biondello* se había liberado y corría también. Angelo se metió en un callejón. Benno y el perro lo siguieron. Los escoltas, viendo allí un refugio, hicieron lo propio. Uno chocó contra Angelo, resolló y cayó. Benno cogió una piedra del suelo y golpeó a otro. Angelo le dio una patada a uno en la entrepierna y Segismundo alzó los brazos y rodeó con sus muñecas esposadas el cuello del cuarto hombre. *Biondello*, a una distancia prudencial, brincaba y ladraba a voz en cuello.

Las reses pasaban en estampida por delante del callejón, con la vista fija al frente, invadiéndolo todo con su olor.

Angelo registró a los guardias caídos y encontró un manojo de llaves. La segunda que probó liberó a Segismundo. Benno estaba perplejo al ver a su amo en pie y firme, mientras *Biondello* correteaba a su alrededor meneando la cola, encantado de verle.

Angelo pateó la cabeza de un guardia que se agitaba.

—¿Podéis correr? —preguntó.

—Todavía no. ¿Conoces la ciudad?

—Lo suficiente. —Angelo echó a andar por el callejón, atravesó un patio y salió a una larga arcada.

A medio camino de ésta volvió un trecho sobre sus pasos y abrió una puerta que daba a una pequeña habitación que olía a vino y ropa sudada y en la que se oía una animada charla en torno al juego de dados que se celebraba bajo la única ventana. Angelo indicó un banco contra la pared y Segismundo se sentó. Sólo su palidez y su respiración revelaban su reciente fiebre.

—Estoy en deuda contigo, Angelo. El ganado es muy caro. Y a mí me han robado.

Benno miró a los ojos de su señor y comprendió consternado a qué se refería: la cruz.

Angelo pidió vino y se sentó junto a Segismundo.

—He venido a Pietra a deciros que los hermanos Pantera han salido de la cárcel. Pero tampoco tienen dinero. Se lo robé yo.

—¿Fueron a la cárcel porque vos les habíais robado? —preguntó Benno.

—Desapareció una copa de oro perteneciente a otro viajero. —Angelo se encogió de hombros—. La encontraron en el equipaje de los Pantera. Y ellos no tenían dinero con el que comprar su inocencia.

Segismundo bajó su copa.

—Tengo otra cosa para vosotros dos.

«LA SANGRE OS AGUARDA EN ROCCA»

No todos los días visitan los ángeles a los hombres con alguna nueva, de modo que no fue de extrañar que la doncella que barría el patio trasero de la casa de Agostino da Sangallo quedara al principio tan conmocionada que no pudo ni comprender lo que le decían. Se aferró a su escoba, mirando fijamente los vidriosos ojos verdes del ángel, hasta que él repitió claramente su petición: hablar con Perpetua. La criada obedeció de mala gana. Sin dejar de mirar al ángel y caminando por tanto de costado, tropezó con la puerta de la cocina y con la propia Perpetua. Con un movimiento de la cabeza y un reverente susurro informó a Perpetua, que se acercó con aire pomposo al hermoso mensajero. Sus orígenes no le parecieron a ella tan divinos como a la fregona. Perpetua tomó nota del ajado terciopelo de la gorra azul que tan cortésmente él se había quitado y del diente torcido en la sonrisa que le ofrecía. Sospechó incluso del color dorado de su pelo: ¡cuán a menudo había intentado ella obtener ese tono al teñir el cabello de su señora! Se cruzó de brazos, queriendo desalentar cualquier esfuerzo por seducirla.

Tras escuchar durante medio minuto las palabras del joven, se olvidó del juego de la seducción. El hombre al que ella había sacado a hurtadillas durante la tormenta de la noche anterior preguntaba con cierta ansiedad por su señora y por el tratamiento que había recibido ésta a manos de su marido. El ojo hinchado de Perpetua había madurado hasta cobrar un siniestro tono berenjena, pero peores eran las noticias sobre la pobre donna Felicia. Por nada del mundo podía correrse de nuevo un riesgo así. Su ama no sólo tenía el rostro tumefacto, sino la espalda amoratada y yacía en su cama. No era probable que durante algún tiempo le permitieran salir salvo en compañía de su esposo. Sólo Dios sabía por qué el amo estaba tan seguro de que su mujer había recibido a un amante la noche anterior. Perpetua había afirmado una y otra vez que el hombre al que él había visto salir de la cocina a la calle era un vendedor de brocados calvo que había acudido a entregar unas telas que ella misma había pedido con anterioridad. Por alguna razón no fue posible convencer al amo. Segismundo tenía que mantenerse apartado de la casa, sin acercarse para nada hasta que el amo marchara de nuevo al extranjero.

El hermoso desconocido pronunció unas palabras y Perpetua asintió con la cabeza. Desde luego que conocía albergues donde nadie haría preguntas comprometidas. ¿Quién mejor que su propio primo de la via Condotti? Tenía la casa limpia y la boca cerrada y siempre podían decir que los enviaba ella.

Perpetua entró de nuevo en la casa, ante la interesada audiencia que formaban la

fregona y la cocinera, riéndose para sí y con el tono púrpura en torno a su ojo resaltado por el rubor de sus hundidas mejillas, donde el ángel la había besado al partir. Es posible sucumbir a la seducción incluso cuando una la ve venir.

Lo imposible fue interrogar a Perpetua sobre lo ocurrido o sobre el curioso comportamiento que mostró al ignorar la bebida que tenía que llevar a donna Felicia y correr en cambio escaleras arriba para volver con un fardo bajo el brazo. Atravesó el patio hasta llegar al callejón del fondo y desapareció de la vista. Volvió al cabo de un momento sin el fardo, con las mejillas aún más encendidas y con una estúpida sonrisa que se convirtió en una severa mueca al encontrarse con la mirada fija de la fregona y la cocinera, a las que reprendió concienzudamente por su ociosidad. Los ángeles no podían traer felicidad para todos.

No mucho después ese mismo ángel, haciendo ahora de tierno y considerado hijo, escoltaba a su madre enferma a la posada de la via Condotti. Ella parecía una mujer muy voluminosa para haber dado a luz a un hijo tan delgado, y más voluminosa aún para el sombrero de paja de ala ancha que llevaba sobre la cabeza envuelta en un velo y un pañuelo de lino. El primo de Perpetua resultó ser tan taciturno y obsequioso como ella había prometido. Se mostró más que dispuesto a proporcionar habitación y comida a los peregrinos que esperaban que cambiara el tiempo para coger un barco hacia Scheggia. Incluso le dio al zarrapastroso criado un hueso para el perrillo de una sola oreja. Era bien seguro que su prima Perpetua indagaría si había atendido de la mejor manera a sus huéspedes.

—¿Qué pretendéis hacer con la cruz?

Benno, que miraba a *Biondello* batallar con un hueso casi tan grande como él, agradeció una vez más que Angelo no vacilara en plantear a Segismundo las preguntas que él nunca se atrevería a hacer. Segismundo se había quitado el sombrero, pero su rostro quedaba curiosamente transformado por la femineidad del lino que lo rodeaba y que eliminaba la oscuridad de los ojos y la curva de la boca de tal manera que hubiera engañado a cualquiera acostumbrado a los marcados rasgos de las matronas toscanas. Benno seguía preocupado por su palidez, pero le alivió ver que la voz de Segismundo, aunque hablaba con suavidad, había recuperado su energía.

—Debo esperar. ¿Qué puedo hacer, robársela al abad como se la robé a Olivero y Ferondo? No, creo que de momento no.

—Podría hacerlo yo. —Angelo parecía muy seguro. Segismundo sonrió.

—Podrías robarle el halo a un santo y ni el diablo lo adivinaría. Pero no te enviaré a una misión que yo no puedo realizar. Cuando recupere las fuerzas será otra cuestión.

—¿Habíais tenido antes estas fiebres?

—Demasiado a menudo. Es como la fiebre de las marismas en Roma, pero me atacaron por primera vez en Egipto (a pocos kilómetros de aquí al otro lado del mar, Benno) y todavía no he muerto de ellas. Me pueden surgir después de una remojada, pero con un buen vino como este me recupero en un visto y no visto.

Había desenrollado el saquillo y estaba cogiendo unas hierbas para poner en su copa. El vino sólo no garantizaría su recuperación.

Angelo cogió una cucharada del guiso.

—Más vale que mañana estéis bien —señaló—. El abad va a Rocca a encontrarse con el duque. No creo que deje de llevar la cruz, si es tan afecto a ella como vos decís.

Segismundo asintió con la cabeza y bebió.

—A Rocca entonces. Mañana podré montar. ¿Tienes dinero para alquilar caballos?

Angelo se dio una palmada en el pecho, donde debía de llevar la mayor parte de su capital. Tenía la costumbre de distribuir las monedas por todo su cuerpo como medida de seguridad.

—Olivero y Ferondo fueron muy generosos. Llevaban mucho dinero, bastante para caballos. Y la cruz es una causa muy cercana a sus corazones, por lo que decís.

Segismundo empezó a comer.

—Demasiado cerca de demasiados corazones. —Segismundo ignoraba lo cierto que era esto en sentido literal—. Ahora queda por ver si el duque Ludovico recuerda los servicios pasados.

El abad de Pietra iba a visitar al duque de Rocca. Se trataba pues de una visita de estado, preparada con todo el fasto que la abadía pudiera procurar, porque era absolutamente imperioso convencer al duque de que el abad era alguien digno de ser considerado, que era sabio escuchar sus palabras. Hacía días que la mente colectiva de la abadía no pensaba sino en presentar a su abad de la forma más favorable posible.

En la ciudad se sabía que la causa de la disputa entre la abadía y el duque era el aumento de las tasas portuarias. El abad tenía todo el derecho a subirlas: las cosechas de las tierras de la abadía habían sido catastróficas y sus famosos viñedos habían sufrido las ruinosas lluvias del verano en un momento crucial. Al ver las grandes preparaciones para la visita a Rocca, algunos pensaron que un poco de santa pobreza sería más convincente que tantas mulas rozagantes y tantos adornos de oro. Otros estimaban que el corazón del duque no sería más fácil de conmover ni su bolsa de abrir de llegar el abad ataviado con una túnica de penitente. Además, el abad no necesitaba mucho dramatismo para presentar su caso. Su ventaja consistía en la cantidad de bienes del duque que albergaban los almacenes de la abadía y que no serían devueltos a menos que el duque pagara.

Otros argüían que la visita del abad a Rocca sugería que no estaba muy seguro de que el duque fuera a pagar, que el mismo viaje era una confesión de debilidad. Aunque los pietranos no sentían mucho cariño por el abad (¿quién podía sentir cariño por el abad Bonifacio?), lamentarían verle derrotado en cualquier disputa con el

duque. Era su abadía. Su prosperidad iba ligada a la prosperidad del puerto.

Porque la ciudad era un puerto. Entre la multitud reunida para contemplar la partida del abad había un gran número de extranjeros —marineros, mercaderes, viajeros y peregrinos a Scheggia—, y los nativos se enorgullecían de poder explicar unos procedimientos que aquéllos no comprendían.

Para empezar, el abad no viajaba en mula. Cargar su peso sobre un caballo era algo impensable para un hombre de iglesia, y todavía no había nacido mula cuyas patas hubieran aguantado sin partirse carga como la suya. El problema quedó brillantemente resuelto con una *caretta*, una especie de carro, una habitación con ruedas equipada con un lecho, un armario e incluso un arcón en el que un asistente podía sentarse frente al abad. Estaba protegida del sol por unos aros cubiertos por un pabellón de seda blanca bordado en oro y escarlata con el escudo de armas de la abadía y del abad Bonifacio, con todos los cuarteles de las uniones familiares que le habían ayudado a convertirse en abad. Sobre el lecho se apilaban cojines de seda igualmente bordados y adornados para mitigar los baches del camino. Engancharon al carro una recua de mulas con arneses de plata y cuero morado mientras los criados revisaban el equipaje.

Benno se encontraba entre la multitud, con la boca abierta para poder engullirlo todo. Pronto emprendería él ese mismo viaje, aunque ni mucho menos con tanto boato y por una ruta diferente. Angelo estaba en ese momento alquilando los caballos, y Segismundo, bastante recuperado, había pagado al primo de Perpetua con el dinero tan generosamente donado por los hermanos Pantera. Benno tenía que encontrarse con ellos en la puerta oriental al cabo de una hora y mientras tanto había acudido para ver al abad, el hombre que había pretendido colgar a su señor. Los hombres del alguacil se habían dispersado por toda la ciudad buscando a un hombre enfermo con la cabeza afeitada, aunque su enfermedad les había provocado un cierto estupor al ver que aparentemente había acuchillado a uno de los cuatro guardias encargados de llevarle a prisión y había dejado a los otros fuera de combate. Benno no temía ser reconocido como culpable de la fuga, puesto que quienes podían reconocerle probablemente todavía gemían tumbados en algún camastro, si es que no los estaban enterrando. En cuanto a Angelo, debido a su naturaleza de mago, era difícil que nadie lo hubiera visto. El único hombre que podía traicionarle estaba bien muerto.

—Ahí viene. Es él.

Era incuestionable. El abad había surgido de un portal umbrío bajo un palio de seda blanca sostenida por cuatro monjes. Desplazaba su voluminoso cuerpo con una majestuosa lentitud que daba tiempo de sobra a la multitud para apreciar su dignidad. A los abades no se los vitorea ni aplaude como a los personajes seculares, no obstante se alzó un confuso clamor. El abad lo agradeció graciosamente y alzó una mano rechoncha para impartir una bendición. Algunas de las muchas prostitutas con que contaba Pietra para los marinos de paso se habían abierto camino hasta el frente del

gentío y con sus conspicuos vestidos de brillante escarlata, rosa y púrpura, avanzaban de rodillas para intentar coger y besar las ropas del abad al pasar, cosa que su escolta permitía indulgente. Con un pie calzado de terciopelo ya en el escalón de la *caretta*, el religioso se giró para dar una última bendición a la multitud. En ese momento, a Benno le llamó la atención un destello en el pecho del abad. Incluso a aquella distancia era inconfundible el resplandor de *La Feconda* en la cruz de los Pantera.

Benno pensó en decir a Segismundo que era lógico seguir al abad a Rocca, puesto que efectivamente no se había separado de la cruz. De pronto toda la atención se desvió bruscamente del abad. Tras él se arracimaban los monjes, tanto los que se iban como los que se quedaban. Uno de ellos, un hombre larguirucho y delgado de pelo blanco y despeinado y ojos de loco se había hincado de rodillas con los brazos tendidos al cielo y balbuceaba unas palabras que Benno no pudo oír. Imitando a la mayoría de la entusiasmada multitud, el criado se adelantó para oír mejor, a pesar de que las especulaciones del gentío impedían oír nada.

—Le ha dado un ataque...

—Está rezando...

—Le pide a Dios que proteja al abad...

—¿Que lo proteja de quién, del duque? Qué va, es un ataque.

—Yo digo que sí. Acabará rodando por el suelo.

Como para complacerlo, en ese momento el monje se arrojó de bruces al suelo con los brazos extendidos formando una cruz humana.

El abad se había metido en la *caretta*, pero se demoró en dar la señal de partida para ver qué pasaba. Benno advirtió que ninguno de los monjes intentó levantar al que yacía en el suelo ni impedir que siguiera poniéndose en evidencia. Hiciera lo que hiciera, los otros lo trataban con respeto.

La muchedumbre había dejado de avanzar y todos guardaron silencio mientras el monje permanecía inmóvil. El hombre se puso luego de rodillas y barbotó unas palabras indistintas pero audibles:

—¡Sangre! ¡Sangre! ¡No vayáis, padre! ¡La sangre os aguarda en Rocca!

De esta forma declaró el hermano Ieronimo los auspicios para el viaje del abad Bonifacio.

EL FAVOR DE SAN ANTONIO

Rocca era punto de destino de muchos viajeros. El abad de Pietra y su grupo, que ahora por precaución incluía al hermano Ieronimo, estaban a medio camino. Si el hermano Ieronimo seguía teniendo extrañas visiones, más valía que las tuviera bajo la vigilancia del abad —que había interpretado con toda tranquilidad el baño de sangre, tan pública e inconvenientemente anunciada, como un augurio para sus enemigos y no para sí mismo. El abad pensaba en el fondo que el baño de sangre simbolizaba sus sentimientos hacia el duque y su empeñamiento fiscal. ¿Acaso no había derramamientos de sangre en la Biblia y no era siempre la sangre de los enemigos de Dios la que se derramaba? ¿No era la Santa Iglesia la representante de Dios en la tierra, y no era el abad la Iglesia en Pietra? Así pues, lo más probable era que Él pretendiese castigar al duque por negar a la abadía los pagos que por derecho le pertenecían.

Mientras un infatigable asistente le abanicaba tras las cortinas de seda, el abad jugaba con la idea de mencionar al duque el baño de sangre si se mostraba contumaz. Y por asociación podía recordar otras maldiciones. En esa época del año era posible una plaga de ranas; claro que si Dios así lo disponía cualquier cosa era posible... El duque podía considerar cómo Dios había afligido al intratable rey de Egipto con la muerte de su primogénito. El hijo de Ludovico estaba enfermo... El abad sonrió mientras el aire agitado por el abanico secaba el sudor de sus mofletes.

Rocca era también el punto de destino de una viuda, su hijo y su criado, que viendo que su peregrinaje a Scheggia quedaba retrasado por los malos vientos, habían aprovechado la ocasión para visitar la capital. Su viaje, junto con otros cuatro pasajeros, transcurría sin novedad, animado por la encantadora voz de tenor del hijo de la viuda, que disponía de un entretenido repertorio de baladas, no todas ellas apropiadas para espíritus de inclinación religiosa. El zarrapastroso criado coreaba con entusiasmo todos los estribillos.

Algunos viajeros ya llegados a Rocca habrían estado sin duda muy interesados en estos peregrinos, de haberlos encontrado y haber podido reconocerlos. Una viuda de venerable aspecto y fuertes rasgos suavizados por el anticuado velo de riguroso luto, con la cabeza tocada de lino y un sombrero de paja. ¿Dónde estaba el formidable luchador que tan convenientemente había despachado a su tío? Luego estaba el hijo de la viuda, de respetable ropa de buen paño, visto por última vez vestido de azul y amarillo cantando en una taberna. No habrían imaginado los Pantera que el cantante era el culpable de su reciente encarcelamiento ni que había pagado aquella ropa

buena con su bolsa.

Angelo era también responsable del mal humor con que Olivero y Ferondo buscaban alojamiento en Rocca. Les irritaba profundamente deber dinero al mercader que los había rescatado de la cárcel respondiendo de ellos ante las autoridades. Más los irritaba haber tenido que solicitar un abultado préstamo para suplir el dinero robado. Y lo peor de todo era que el incidente los había retrasado tanto que ahora no sabían si encontrarían a Segismundo antes de que vendiera la cruz. Una vez fuera de la cárcel les resultó fácil seguir a Gian hasta Rocca: el joven tenía tanta prisa por llegar que no tuvo tiempo de pensar en ocultarse.

Los Pantera siempre dudaron de la capacidad de Gian para arrebatarse la cruz a Segismundo, incluso habían comentado entre ellos la agradable posibilidad de que el joven viera muy de cerca el hacha de Segismundo. Gian era un obstáculo para ellos y sería un detalle que Segismundo despachara al primo igual que al tío.

Mientras tanto, ¿quién tenía la cruz? En su periplo por Rocca en busca de albergue no habían visto señales ni oído hablar de Segismundo o de Gian, pero eso no significaba nada. Si la cruz ya estaba en poder del duque, Segismundo tendría dinero y podía haberse marchado de la ciudad. El paradero de Gian era de poca importancia, aunque desde luego sería agradable que se hubiera encontrado con Segismundo y estuviera de camino hacia el panteón familiar.

Olivero ya llevaba algún tiempo en una taberna de la plaza del palacio, limpiándose el gáznate del polvo del camino y la mente del recuerdo de la cárcel, donde su único momento de diversión había sido la ocasión en que una rata se comió la mayor parte del sombrero emplumado de Ferondo. Precisamente bajo un nuevo sombrero entró Ferondo en la taberna con la noticia de la llegada del abad de Pietra. Al principio esto no interesó en gran medida a los hermanos, pero el creciente murmullo de la muchedumbre reunida en la plaza los atrajo primero a la ventana de la taberna y luego al exterior, donde se abrieron camino entre el gentío para ver el espectáculo.

El esfuerzo valió la pena. Los trompeteros del duque, con los baldones verdiblanco de Rocca ondeando en sus trompetas, se habían desplegado en las escaleras del palacio y aguardaban el momento preciso para dar el clarín. Entre la multitud se especulaba con fruición y se apostaba sobre el encuentro del duque y el abad. ¿Descendería el duque por las escaleras para saludar al abad? ¿Le besaría el anillo en deferencia a la Iglesia? La opinión general se inclinaba hacia esta opción. Aunque su duque estaba en su derecho al negarse al pago de una arbitraria subida de impuestos sobre sus propios bienes, sí podía permitirse el lujo de ser magnánimo.

—Bésale el anillo y le besarás el culo —declaró un hombrecillo de afilados rasgos que, al lado de Olivero y al igual que éste, sostenía una gran copa de la que bebía mientras contemplaba la escena—. Dale a ese cura gordinflón un solo penique y no descansará hasta que te haya sangrado hasta tu último ducado y luego te cobrará por las oraciones para evitar que vayas al infierno. Una patada en el culo, le daría yo.

Es imposible fallar.

Olivero apuró su copa. El abad no le interesaba. De hecho su única preocupación con la Iglesia era mantenerse fuera del alcance de sus garras el mayor tiempo posible. Sin embargo tampoco le interesaban los comentarios del hombrecillo. Su política había sido siempre la de no enfrentarse a la Iglesia, que contaba con armas como la excomunión. Ningún amigo o asociado habría descrito jamás a los hermanos Pantera como hombres religiosos, pero eran definitivamente supersticiosos, como demostraba su búsqueda de la cruz. Así pues, ambos estaban dispuestos a hincar la rodilla para recibir cualquier bendición que impartiera el abad Bonifacio.

La procesión atravesó el gentío mientras el techo blanco de la *caretta* oscilaba. Cuando el abad se disponía a bajar apareció el duque en la puerta del palacio y estalló un clarín de trompetas que espantó a todas las palomas de la plaza, que alzaron el vuelo con un fragor de alas para quedarse dando vueltas en el cielo. El duque comenzó a bajar despacio, seguido cinco escalones más atrás por su capa de brocado de oro y armiño. El abad se incorporó para bendecir a la multitud, como si no hubiera reparado en la concesión del duque. Toda la muchedumbre cayó de rodillas al sol y bendijo a su vez al abad, con su tonsura, sus túnicas blancas y ese fuego irisado que destellaba en su pecho. Los Pantera se arrodillaron automáticamente y se quedaron mirando perplejos la cruz, *La Feconda*, que les hacía guiños a pocos metros de distancia.

De haber podido apartar la mirada, habrían identificado también el rostro de su primo Gian. Éste, desconcertado y receloso después de su fracasada entrevista con el duque, en la que no había obtenido ni noticias de la cruz ni garantías de que le sería devuelta si el villano Segismundo intentaba venderla al duque, había decidido esa misma mañana exponer su problema a una autoridad más alta. Había ido a la catedral, un magnífico edificio de mármol blanco y verde dedicado a santa Inés, donde rezó ante el altar y el relicario que contenía los huesos de la santa. Se le ocurrió que, dada la historia de la cruz, sería una falta de tacto dirigir sus oraciones a la Virgen, puesto que la joya en principio estaba destinada para su santuario en Scheggia. Pensando en la dificultad de su búsqueda, Gian rezó pues a san Antonio y san Judas. Si encontraba la cruz prometió a cada uno de ellos un cirio de cera del grosor de la muñeca de un hombre.

Ahora, en los escalones de la catedral, parpadeando bajo el intenso sol, también él captó un destello cuando el abad se volvió impartiendo generosamente su bendición.

San Antonio y san Judas habían dado con ella.

«¡ES LA FECONDA!»

—Dicen que el abad Bonifacio tiene buen ojo para las señoras, vuestra excelencia.

La duquesa hizo una mueca al espejo, que mostraba un bonito rostro pequeño lleno de curvas y de carácter.

—Qué asqueroso. Pues como el ojo me lo eche a mí, le escupiré ahí mismo.

Las damas se echaron a reír. Sabían que una duquesa no puede expresar sus auténticos sentimientos en público, sobre todo si son hostiles, y está obligada a seguir el ejemplo de su esposo. En la corte nadie ignoraba cuál era la situación entre el abad y el duque, pero debía imponerse la diplomacia.

Las largas tiras de perlas quedaron por fin ensartadas en el largo y brillante pelo castaño de la duquesa y la dama terminó el peinado con un broche de oro.

—¿Llevará vuestra excelencia el azul y plata?

La dama que le presentaba el corpiño era una joven fornida, y el diminuto corpiño que sostenía contra su cuerpo rechoncho, exageraba la pequeñez de la duquesa, que al advertirlo arrugó el ceño. Tiempo atrás jamás habría puesto objeción a ser esbelta y elegante, pero ahora su estrechísima cintura le recordaba una vez más su fracaso. Estaba fracasando en un asunto en el que el éxito era de vital importancia. El duque tenía un hijo, cierto, pero la enfermedad estival del pequeño lord Domenico había conmocionado a todo el estado, por no mencionar al duque. Si ella pudiera darle un heredero, si pudiera alumbrar un hijo sería un alivio para todo Rocca. ¡Había pasado más de un año! La duquesa hizo un gesto impaciente ante el vestido.

—¡No! El rosa y oro. —La joven se alejó doblando el corpiño con un metálico rumor de hilo—. Este abad... —prosiguió la duquesa—. Si me fuera a Scheggia no tendría que verle, ¿verdad?

—Yo creo que vuestra excelencia debería permanecer en Pietra hasta que pueda tomar un barco hacia la isla. ¿Estabais pensando en ir?

La duquesa hizo otra mueca ante el espejo.

—¿Qué me queda? No quiero ir a Roma en esta época del año y dejar al duque. He debido de hacer ofrendas en todos los altares que hay allí, de modo que supongo que por fin he de enfrentarme al mar. ¿No hay que escalar una montaña también?

La corpulenta dama volvió con los brazos cargados de rosa y oro y un cierto consuelo.

—Valdría la pena, vucencia. La Virgen de Scheggia tiene mucho poder para conceder favores. Os podrían llevar en una litera. Algunos campesinos suben de

rodillas.

La duquesa se miró las rodillas bajo la enagua de seda y se las frotó.

—Si con eso tuviera un hijo lo haría.

—Si vuestra excelencia quiere ver cumplido ese deseo, lo que necesita es *La Feconda*. —La que hablaba era una mujer morena y reservada, cuya extrema habilidad en el peinado y la costura compensaban la incomodidad que sentía la duquesa en su presencia. Marina conocía un sin fin de hechizos para todo tipo de situaciones, desde un dedo cortado hasta un amante indiferente, y lo que era peor: los hechizos solían obrar efecto.

—¿*La Feconda*? —La duquesa se volvió—. Suena apropiado. ¿Qué es?

—Antes de venir a la corte yo vivía en Montesacro, excelencia. Cerca de allí, la familia Pantera tenía una cruz que otorgaba prosperidad e hijos.

La duquesa metió los brazos por las mangas del vestido sin apartar los ojos de Marina.

—¿Hijos?

—En la cruz hay una gema llamada *La Feconda* precisamente por eso. La misma cruz comparte ese nombre, pero lo importante es la gema, según he oído. El que la posea obtendrá fertilidad de todo tipo.

—Tienen que vendérmela. ¿Los Pantera, has dicho? Hay que mandar por ellos.

A la duquesa le habría gustado saber que en ese momento varios Pantera, y la cruz que ya no poseían, se encontraban dentro de las murallas de Rocca.

Las cocineras del duque estaban ansiosas por impresionar al abad. Mucho habían sudado con los platos antes de quedar satisfechas con el trabajo. Se había decidido que siendo Pietra ciudad portuaria el abad debía de alimentarse sin duda de pescado tanto los días de la semana como los festivos, y habían determinado demostrarle lo que podía hacerse con las bestias del campo y las aves del cielo. Habían preparado albóndigas de cerdo fritas, espolvoreadas con azúcar, acompañadas de pasas, clavo y almendras picadas y coronadas por diminutas flores de mejorana. Los pollos rellenos de perejil y beicon se guisaron con vino blanco y se colorearon con azafrán. Se servirían faisanes en salsa de jengibre, gansos cocidos al vino y fritos luego con cebolla picada antes de cubrirlos con una salsa de ajo y manzana silvestre. La *pièce de résistance* consistía en un pavo real asado al que habían revestido de nuevo con sus plumas y colocado después, *regnant*, en su fuente de oro, listo para hacer una entrada majestuosa al clarín de las trompetas e indigestar a todo el mundo. Con el permiso de la duquesa, se habían cogido rosas blancas del jardín para hacer *puding* de rosas blanqueándolas, prensándolas bajo grandes pesos y mezclándolas con nata, dátiles machacados y piñones. La sopa de cerezas se hizo con vino, azúcar, mantequilla y pan rallado y fue decorada con capullos de clavel con los extremos dorados.

El abad Bonifacio hizo los honores a la ocasión con una capa de paño de oro que destellaba en la extensión de sus hombros y, tal como él pretendía, hacía destacar la austeridad de las sencillas ropas blancas que llevaba debajo. No obstante, nadie que contemplara su voluminosa masa pensaría en una vida de ayuno, abstinencia y devoción a los asuntos espirituales.

El duque Ludovico tenía aspecto de ser quien era, un hombre difícil de divertir y peligroso de provocar, y sus ropas de brocado verde y blanco, profusamente adornadas de perlas y esmeraldas, promulgaban lo mismo que la cena: que no era dinero lo que faltaba en Rocca para pagar los impuestos del abad, sino ganas.

La duquesa estaba deliciosa, como siempre, con su vestido rosa y dorado. La gasa de las mangas sobresalía esponjosa por los cortes en la seda rosa, enfatizando así la esbelta delicadeza de su figura. Pero no había un solo ciudadano presente que no hubiera preferido verla torpe, hinchada y preñada.

Tomaron los tres sus asientos presidiendo la mesa en el estrado y con otro clarín de los afanados trompeteros comenzó el banquete.

Se daba por sobreentendido que la cena no sería mancillada con la discusión del asunto que había llevado al abad a Rocca, puesto que sería un detalle poco civilizado y muy poco recomendado por cualquier médico que respetara la digestión de su paciente. Tales cuestiones debían tratarse más tarde en una cámara privada, con los consejeros del duque y el tesorero del abad, el hermano Filippo. Cabría esperar que la magnificencia de la comida y la bebida, evidentemente apreciadas por el abad, pudieran suavizar su actitud en lo referente a los impuestos. El duque comió mucho menos, aunque tal vez más de lo que se esperaría en alguien tan delgado, y bebió tanto como su adversario. La duquesa picoteaba la comida y daba sorbitos al vino. De nuevo los ciudadanos habrían preferido verla engullir de forma atroz o solicitar extraños platos que el duque estaría dispuesto a buscar por el mundo entero.

La duquesa hablaba poco, también, en respuesta a los elaborados cumplidos del abad, reforzados, como habían predicho las damas, por un marcado escrutinio que a ella la obligaba a bajar la vista, no por pudor, sino por contener el deseo de hundir su piernecilla de pollo en el rostro del abad. El duque, por fortuna, no había advertido la lasciva mirada del religioso y llevó la conversación a un tema que pudiera halagar a su invitado e implicar al mismo tiempo que el abad no tenía necesidad de mayores ingresos.

—Una magnífica cruz, mi señor abad. ¿Es uno de los tesoros de Pietra?

El abad Bonifacio engulló una albóndiga entera sin dificultad y se enjugó un hilillo de salsa de la barbilla con una servilleta de damasco.

—Una ofrenda a nuestra abadía, excelencia. —El abad sonrió con el labio inferior reluciente de grasa—. Nos la envió Nuestra Señora.

El duque alzó las cejas.

—¿Acaso apareció un buen día en el altar? —Su tono sugería una falta de fe que irritó al abad.

—La envié a través del brazo de un ladrón.

El duque levantó la vista bruscamente. El tema de cruces y ladrones le rondaba por la mente desde la visita del joven Gian Pantera, que había pretendido hacerle creer que Segismundo, a quien debía la vida, era un vulgar asesino.

—¿Un ladrón? ¿Y qué aspecto tenía ese hombre?

El abad estaba cogiendo un bocado en ese momento y no percibió nada extraño en la pregunta.

—Un bribón con la cabeza afeitada como un luchador. Pensaba hacer que el alguacil lo colgara, pero escapó de camino a la prisión. Vuestros hombres deberían estar alerta por si ese individuo viene a Rocca.

El duque Ludovico, con la vista fija en los reflejos de las gemas, asintió con la cabeza y, para sorpresa del abad, estalló en una áspera carcajada.

—Vendrá, vendrá, estoy seguro. Aparecerá por aquí. De modo que ésa es la famosa cruz de los Pantera.

El abad Bonifacio estaba ocupado desgarrando la carne de un faisán con los dientes, pero miró de inmediato al duque sabiendo que aquella noticia no le era favorable. Si la cruz que llevaba al pecho era famosa por pertenecer a otro, era preciso pensar con rapidez si quería evitar su devolución. Mientras que el apellido Pantera conllevaba una desagradable resonancia para el abad, produjo una reacción mucho más sobresaltada en la duquesa, que se inclinó de pronto mirando la cruz fijamente.

—¡Entonces ésa es *La Feconda*!

«¡LA CRUZ DEBE SER MÍA!»

—¿*La Feconda*? —El abad se apartó una perdiz del pecho y al mirarse la cruz se le hizo un bulboso pliegue en las papadas. El duque observó a su esposa con atención, pero ella se enderezó al instante y asumió una expresión indefinida.

—No; me he equivocado. La gema me recuerda a otra de la que oí hablar en la corte de mi padre, pero ya veo que no se parece. *La Feconda* era un zafiro.

No había duda en que la resplandeciente piedra de la cruz del abad era un rubí. Su portador se relajó y sonrió, como si la idea de que perteneciera a otro estuviera fuera de cuestión, y procedió a desmembrar con deleite la perdiz. El duque, no obstante, quedó pensativo. No era un estúpido, ni su mujer tampoco. Esperaba oír más detalles de aquello cuando terminara el festín.

Naturalmente tuvo que esperar algo más. Lo primero eran los negocios. Se retiró con sus consejeros a su estudio privado, una magnífica cámara de suelo de mármol blanco y negro en cuyo centro se veía el escudo de Rocca en un manto verde y blanco soportado por pequeños y entusiastas leopardos con las lenguas y las garras bien a la vista.

Los consejeros del duque también enseñaron las garras, amenazando con infinito tacto y discreción con retirar de Pietra todo el comercio del duque a la vista de tan desorbitados impuestos. Fue entonces el turno del hermano Filippo, que también desplegó sus veladas amenazas al cuestionar las posibilidades geográficas. ¿Acaso iba a aparecer de súbito otro puerto en la costa de Rocca? Si el duque había considerado negociar con su vecino, el duque Gioffredo de Vallebruna, encontraría tal vez sus impuestos más calamitosos que los de Pietra, por no mencionar el incremento en el precio del transporte. El hermano Filippo tenía un rostro alargado, pálido y ligeramente asimétrico, y una sonrisa de labios cerrados que no mitigaba el frío de sus ojos vigilantes. Hizo uso de esta sonrisa al disertar sobre la fascinante fantasía de que Dios crease un nuevo puerto para Rocca en sus montañosos márgenes. El duque, jugando con una borla de su sillón, pensaba en lo satisfactorio que sería aplastar esa sonrisa con un golpe bien dado, cosa que lamentablemente era tan fantasiosa como la aparición de un nuevo puerto. Echó un vistazo al abad, que de momento permanecía sentado con aire somnoliento y las manos entrelazadas sobre el estómago que tanto había trabajado en el reciente banquete. Sería interesante saber algo de Segismundo, a quien aquel perverso glotón había pretendido en vano ahorcar. Segismundo le contaría más cosas de la cruz que tanto obsesionaba a todos, si es que no se enteraba primero de su historia por la duquesa.

Tenía razón. La conferencia sobre los impuestos terminó sin concesiones por ninguna de las partes y las conversaciones quedaron emplazadas para el día siguiente, en el que ambos adversarios probablemente darían algunos pasos laterales en aquella danza diplomática hasta llegar a algún compromiso. El abad se levantó de la silla con la necesaria ayuda del hermano Filippo, cuyos estrechos hombros no parecían estar al nivel de la tarea, y su secretario Torcuato, apuesto y delgado. La bendición que impartió el abad Bonifacio sobre el duque quedó algo menoscabada por el fuerte rugido de su estómago, un atronador borborismo que pareció resonar en la sala y obligó al secretario a disimular una sonrisa.

Una vez el abad y su obsequioso séquito de monjes se marcharon y el duque despachó a sus consejeros, comenzaron sus auténticos problemas. Estaba apoyado en el alféizar de la ventana, mirando con ociosa curiosidad a la gente que al atardecer caminaba de un lado a otro de la gran plaza o se detenía a charlar en grupos. La cortina de la puerta chirrió en sus anillas. Un paje la había abierto de golpe y con una reverencia anunció a la duquesa. El duque se acercó a saludarla con un beso en la mejilla y ella se retiró con una expresión que él conocía bien. A pesar de ser diminuta, tenía una determinación que desmentía su tamaño, y había puesto los ojos en la única cosa que sólo Dios podía proveer.

—Esa cruz tiene que ser mía, Ludovico. ¿Sabías que la gema otorga fertilidad? ¡Tiene que ser mía! Págale por ella, tienes que conseguírmela.

Le rodeó un brazo con los suyos y lo miró con sus grandes ojos oscuros, ladeando la cabeza y mostrando entre los labios abiertos unos dientecillos que podían ser de niño. Cuando se casó con ella, el duque había imaginado que era frágil. Ahora sabía la verdad. Sería más fácil doblar una barra de hierro que hacerla cambiar de opinión.

—Querida, sabes que ese viejo zorro no dejará que se le escape nada de las garras. Es un hombre codicioso. ¿Crees que se la dejará arrebatar?

Ella hizo una mueca y le tocó los labios con el dedo.

—¿Y tú? ¿Dejarás escapar la ocasión de tener otro hijo?

Ludovico quedó silencioso. Antes del festín había ido a ver a su hijo, observado su pálida carita y escuchado la opinión del médico, expresada con toda delicadeza y cuidadosamente ambigua, pero clara aun así. En cualquier momento, si volvía la fiebre o si el pequeño no recuperaba el apetito, Rocca se quedaría sin heredero.

—No voy a pagar sus impuestos, querida. Sería el hazmerreír del mundo entero después de todo lo que ha pasado.

—Si le pagas lo suficiente por la cruz se olvidará de sus impuestos. —Le acarició la mejilla con el dedo.

Ludovico lanzó un resoplido.

—Nunca se separará de la cruz a menos que le pague más de lo que Rocca se puede permitir, además de los impuestos. No es hombre que se atenga a razones. Si sabe que deseo la cruz se despertará toda su avaricia.

Ella apartó la mano y apretó los labios.

—¿Y de qué le sirve a Rocca el dinero si no tiene un heredero a quien dejárselo?

La duquesa se volvió con un revoloteo de faldas y se encaminó a la puerta, que el paje logró abrir justo a tiempo. Si en ese momento se encontrara con el abad Bonifacio, pensó Ludovico, le arrebataría la cruz sin pagar ni un penique. ¡Ah, si Segismundo la hubiera robado!

«¡ASESINADO!»

Benno estaba encantado de encontrarse de nuevo en Rocca y se decía que después de todos sus viajes por el extranjero era realmente cierto que estar en casa alegraba el corazón. Por casa entendía la ciudad y la región, porque jamás había tenido lo que algunos llamarían un hogar, ni siquiera una choza, ni tenía unos padres que le abrazaran con cariño a su vuelta, a pesar de lo cual ahora sentía una honda satisfacción. Había esperado ver a la joven hija del dueño de los establos donde él había trabajado una vez. Debía de tener ya casi veinte años y Benno había oído que era una feliz esposa y madre de dos hijos.

Incluso logró disimular su alarma al ver de nuevo al duque. Benno había conocido a algunos duques desde que se marchó de Rocca, e incluso a una princesa, pero nadie le había inspirado los mismos sentimientos y el respeto que le infundía el duque Ludovico. Le alivió ver que los ojos ducales, tan perturbadoramente azules, le habían ignorado para fijarse en su señor.

—Me han dicho, Segismundo, que sois un ladrón y un asesino.

Lo dijo con tono inflexible, pero fue respondido por un largo murmullo de negación.

—La verdad, vuestra excelencia, es que he oído decir eso mismo de algunos príncipes.

—No estamos hablando de la guerra, la muerte de soldados y la toma de tierras, sino de ciudadanos inocentes y sus propiedades. —El duque, que paseaba de un lado a otro de la sala, volvió la cabeza para mirarle—. ¿Qué tenéis que decir a eso?

Segismundo, con el codo izquierdo apoyado sobre la mano derecha, se frotó pensativo el labio con el índice.

—¿Puedo saber quién me acusa, vucencia? ¿A quién he asesinado y qué he robado?

El duque se acercó y se dejó caer en su sillón, todavía junto a la mesa donde se habían celebrado las conversaciones sobre los impuestos. El tapiz turco que la cubría, con sus rombos de color ámbar y oro relucientes bajo la luz de las velas, estaba arrugado allí donde el abad lo había frotado con la cintura al levantarse de la silla. El duque se inclinó.

—¿Conocéis a Gian Pantera?

—He oído hablar de él. ¿Es quien me acusa?

Se produjo un momentáneo silencio. En buen lío nos hemos metido, pensaba Benno, apretado contra el tapiz que colgaba junto a la puerta. Mi señor ha hecho

mucho para ganar el agradecimiento del duque Ludovico, pero los duques tienden a colgar a los que matan, aunque sea por accidente. Y no se puede negar que mi amo cogiera la cruz. ¿Quién va a creer que lo hizo con buena intención?

—El joven habló de un tío al que vos habíais matado y de una cruz, tesoro de la familia, que habíais cogido. ¿Es eso cierto?

—Es cierto que maté a Bernabo Pantera, aunque no a propósito. Era su última voluntad ofrecer la cruz de la familia a la Virgen de Scheggia. En cambio el deseo de la familia es conservar la cruz para que les otorgue prosperidad y descendencia.

—El don de *La Feconda*. ¿Creéis en su poder? —El duque lo miraba intensamente, con tal fijeza que uno esperaría sentir la mirada en la piel.

—Yo creo que esas cosas, vucencia, están sólo en poder de Dios. Cualquier objeto que engendre odio y codicia puede otorgar prosperidad en este mundo, pero nunca en el más allá.

El duque hizo una pausa antes de hablar.

—Entonces, sin odio y sin avaricia, un objeto así, venerado como debería serlo cualquier cruz, podría tener el poder que tienen las reliquias...

Segismundo hizo una reverencia extendiendo las manos para mostrar su conformidad. El duque se levantó, apartó la silla, que rechinó contra el suelo, y echó a andar por la sala. En la ventana se detuvo y se giró.

—Debo tener hijos.

Segismundo guardó silencio. ¿No esperará que mi amo le diga cómo hacerlos?, pensó Benno.

El duque hizo un imperioso gesto con la mano y Segismundo se acercó. Ludovico le puso entonces la mano en el hombro y le habló en voz baja mientras le apretaba el hombro hasta quedársele blancos los nudillos. Sea lo que sea lo que el duque está diciendo, mi señor tendrá que obedecer, pensó Benno.

Cuando dejaron el estudio, Benno no pudo adivinar nada en la expresión de Segismundo, aunque de todas formas sólo había tenido una vaga esperanza de poder leer el rostro de su señor. Segismundo se detuvo en la antesala para hablar con Durgan, un veterano entre los enanos del duque. Benno aguardó junto a un banco donde un paje había dejado una fuente con restos de comida. Cuando se levantó, el plato estaba vacío. *Biondello* se agitaba frenético en su regazo y tuvo que ponerlo en el suelo, donde echó a andar pegado a los tobillos de Benno mientras Segismundo encabezaba la marcha para salir del laberinto del palacio.

En la ciudadela de Rocca no había sitio para construir un palacio moderno separado de la vieja fortaleza, de modo que las dos partes del edificio coexistían y daban la una a la otra. Segismundo caminaba con su habitual aspecto de saber dónde estaba. Benno le seguía. Atravesaron un par de salas, bajaron por unas amplias escaleras de mármol y salieron a una terraza, un poco por encima del jardín, en uno de cuyos extremos se extendía una arcada. Estaba oscuro y Benno tuvo la vaga impresión de que había gente en el jardín, aunque no llegó a verla con claridad. Las

habitaciones detrás de los arcos estaban profusamente iluminadas por velas.

—Benno, ¿sabes llegar desde aquí a nuestra habitación?

—No.

—Sube por la escalera de caracol detrás de aquella puertecilla y luego ve a la derecha. Tráeme mi bolsa.

En las escaleras el aroma de la cera y las lámparas de aceite dio paso a un penetrante olor a alquitrán. La única luz era una oscilante antorcha en la pared de la primera curva. El medio pollo que llevaba Benno bajo la camisa era incómodo y resbaladizo y el hombrecillo se alegró de poder esconderlo en un estante de la pequeña habitación. Encontró la bolsa de Segismundo en la cama y casi estaba ya de vuelta en la terraza cuando oyó un grito, un ronco aullido sobrenatural. Luego el palmeteo de unas sandalias en el suelo y un tenso chillido que resonó en el hueco de la escalera, esta vez articulado en palabras:

—¡Lo han asesinado! ¡Han asesinado al padre abad!

«ÉL ES EL ASESINO»

Benno se precipitó por las escaleras y salió a la terraza. Los gritos venían de la izquierda, pero a la derecha se abría una puerta, iluminada por velas, donde había un monje vuelto de espaldas con las manos en la cabeza. Segismundo pasó por delante de él para entrar en la habitación y Benno se acercó a mirar por encima del brazo del monje. Lo único que vio fue la espalda de otro monje que se debatía con algo. Se percibía un fuerte olor a sangre. Benno cogió a *Biondello*, que intentaba acercarse a investigar.

Entonces el monje se giró, abandonando lo que hacía, y todos vieron a un hombre alto y delgado con el pelo blanco desgreñado y una tímida sonrisa. Era el hermano visionario de Pietra y se había estado debatiendo con el corto mango curvado y negro de un hacha todavía clavada entre los hombros del abad Bonifacio, que se había desplomado sobre lo que parecía un reclinatorio. La fina ropa del abad y la tosca túnica del monje estaban algo salpicadas de sangre. El hermano tendió hacia ellos las palmas rojas de sus manos como si quisiera demostrar algo.

—El diablo. El diablo ha estado aquí.

En ese momento sucedieron varias cosas. Un tumulto estalló al otro lado de la terraza. Benno echó una rápida ojeada y vio unas antorchas bajar por las escaleras. El cuerpo del abad, como si su peso se hubiera descompensado al intentar el monje arrancar el hacha, cayó hacia un lado con grotesca lentitud arrastrando el reclinatorio. Un monje apartó de un empujón a Benno y al cataléptico hermano que seguía en la puerta, y exclamó:

—¡Hermano Ieronimo! ¿Qué habéis hecho?

El monje embadurnado de sangre alzó los brazos y los dejó caer a los costados sin perder su sonrisa.

—Vine a decirle al padre abad que el diablo estaba aquí.

Benno, que conocía al sacerdote que acababa de llegar, se ocultó entre las sombras. Desde el primer momento el padre Torcuato le había parecido un hombre de poco fiar, además de que tenía excelentes razones para no profesar ningún afecto hacia Segismundo.

—Vos. Tenía que haber imaginado que os encontraría aquí.

Segismundo contemplaba la escena sin hacer ningún esfuerzo por acercarse al abad o interrogar al hermano Ieronimo como cualquiera habría hecho. Ahora inclinó ligeramente la cabeza.

—Padre Torcuato...

El resto de la frase quedó interrumpida por la entrada de otro monje, que irrumpió en la sala señalando a Segismundo y gritando:

—¡El ladrón! ¡El hombre que robó la cruz! ¡Él es el asesino!

Para entonces una multitud había invadido la habitación. Benno se apretó contra la pared junto a la puerta mientras llegaban los cortesanos que ya se habían retirado a pasar la noche, envueltos en camisones de brocado y pieles o terciopelo, ávidos de ver lo que parecía el asesinato más prometedor desde que encontraron a la primera esposa del duque atravesada por un cuchillo. Había algunos pajes, a los que habían mandado a averiguar si eran ciertos los gritos que proclamaban la muerte del abad, con órdenes de que volvieran a informar con todo detalle. Había guardias que naturalmente habían imaginado que si se había cometido un asesinato habría alguien a quien detener.

Esa misma idea albergaba la mente del secretario del abad y la del tesorero. Lo que les hizo vacilar fue la duda. ¿A quién señalar como culpable? Allí estaba el hermano Ieronimo, que con las manos teñidas con la sangre del abad mostraba un vivo interés en los sucesos, mientras que si fuera el asesino debería de estar retorciéndose de remordimientos y suplicando el perdón. Allí estaba Segismundo que, como todos sabían, había sido detenido por robar la cruz y que estaría muerto de no haber escapado de forma tan deshonesta. Ahora el muerto era el abad, y para dar con el asesino no había que mirar más lejos de aquel villano calvo. Al hermano Filippo le pareció lógico.

—Detened a ese hombre. Es un fugitivo de la justicia.

Al menos, si Segismundo no había matado al abad (y lo cierto es que era una lástima que no estuviera manchado de sangre, si había de ser el culpable), lo que sí era seguro es que había huido de la justicia, de modo que el hermano Filippo dio la orden con toda confianza.

Lo que no esperaba es que los guardias de palacio mostraran reticencia en obedecerle. No podía saber que algunos de ellos lo recordaban de hacía unos años como confidente y agente favorito del duque Ludovico. Cierto es que con los favoritos podían pasar cosas extrañas, pero ninguno de los guardias estaba dispuesto a arriesgarse a sufrir las iras del duque ni por tanto a ponerle la mano encima al supuesto criminal. Había que tener también en cuenta que aquel hombre no sería fácil de dominar si se le ocurría oponerse al arresto.

—¿Qué está pasando aquí?

Era la áspera voz del propio duque, todavía con su brocado verde, y bien despierto. Todos los presentes se apartaron entre reverencias mientras él se acercaba a grandes zancadas al cadáver que yacía como un guiñapo en el suelo de mármol verde y parecía más voluminoso muerto que en vida. Benno se preguntó si el abad, convertido ahora en espíritu, encontraría alivio en la falta de peso o si por el contrario estaría condenado a acarrear su masa en el otro mundo. Sus metafísicas reflexiones quedaron interrumpidas por Ludovico, que se movía de un lado a otro inspeccionando

a la multitud reunida en la habitación.

—¿Quién ha hecho esto? —preguntó con la calma de una amenaza.

El secretario y el tesorero ya tenían la respuesta, pero divergían. Torcuato había cogido a Ieronimo por la manga ensangrentada que el monje le tendió con toda mansedumbre. Filippo había agarrado a Segismundo por el brazo, aunque con menos cooperación. El duque se los quedó mirando a los dos y enarcó las cejas sobre sus fieros ojos azules.

—Dos asesinos. ¿Y descargaron ambos el golpe?

Benno desechó la súbita y horrible visión del hermano Ieronimo, con aquella sonrisa inocente, sujetando al abad en el reclinatorio mientras Segismundo descargaba el hacha. A pesar de todo se le perló la frente de sudor. Podría haber algo de cierto en ello. Había visto al duque hablar en secreto con su señor y era fácil suponer que habían tratado sobre algo concerniente a la cruz. Era providencial que el abad Bonifacio estuviera tan a mano y ahora era providencial que estuviera muerto. Una de las armas preferidas de Segismundo era el hacha y aunque Benno todavía no había visto con claridad la que había matado al abad, tampoco recordaba haber visto en los últimos días la que solía llevar Segismundo. De hecho Angelo había tenido que procurarle una espada cuando llegaron a Rocca, aunque Segismundo no preguntó si era comprada o robada. Eso no significaba que Segismundo no tuviera un hacha oculta entre las muchas cosas misteriosas con las que viajaba. Aun así, si hubiera matado al abad...

Nadie respondió al duque. Nadie había visto cometerse el asesinato, al parecer. Filippo sin embargo tenía una prueba tan válida como un testigo ocular. Se acercó al asqueroso amasijo de ropas ensangrentadas y señaló.

—Mirad, vuestra excelencia. El hacha pertenece a ese hombre. La llevaba encima cuando lo trajeron ante el abad en calidad de ladrón. Él es el asesino.

Benno estiró el cuello para ver. Todos miraron. Era un arma característica por su corto mango negro y curvado con una fina banda metálica incrustada al final. Benno recordaba perfectamente haber preguntado a Segismundo por esa banda. Su señor le había respondido entonces que ayudaba a mantener el equilibrio del hacha cuando se lanzaba.

Si el abad no había muerto a manos de Segismundo, era evidente que había sido muerto por su hacha.

ORACIONES PARA EL MUERTO

—¿Es esta vuestra hacha, Segismundo? —preguntó el duque con voz aún más áspera mientras se volvía hacia él con tal brusquedad que dos cortesanos dieron un respingo. Benno se dio cuenta de que el duque no quería oír un sí, porque él mismo quedaría en evidencia en cuanto se supiera que deseaba la cruz, cosa que a buen seguro se sabría: aquello era una corte y la noticia no tardaría en correr.

Segismundo se acercó sin prisa a esa cosa que había sido el abad y observó el hacha.

—En efecto, vuestra excelencia. Es el hacha que me robaron en Pietra cuando estaba enfermo.

El duque se había acercado también a contemplar la desagradable escena y miraba el mango ensangrentado del hacha, un mango incapaz de decir qué mano lo había empuñado para enterrar la hoja en la espalda del abad Bonifacio.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí?

El hermano Filippo se adelantó y dirigió a Segismundo una mirada cargada de veneno.

—Ha llegado hasta aquí porque él la trajo. ¿Os parece probable que el padre abad trajera este arma oculta desde Pietra? ¿Para qué iba a tener el padre abad semejante cosa en su habitación?

Segismundo movió la cabeza despacio.

—Buena pregunta. Con el permiso de vuestra excelencia, yo se la haría a aquellos que estaban a cargo del equipaje del abad y el mobiliario de su habitación.

Benno sabía que en las esferas de los duques y los príncipes de la Iglesia, cuando se alojaban en casa ajena no siempre podían contar con que los anfitriones proveyeran todo lo necesario, de modo que cuando viajaban debían llevar consigo cosas religiosas como libros de oraciones o sotanas para la misa. El reclinatorio tirado en el suelo podía haber sido construido por encargo para aguantar el peso del abad y tal vez para ayudarle a levantarse y a enderezar las rodillas, articulación que hacía años quedaba fuera de su vista.

Torcuato se había colocado al lado de Filippo.

—¿Ha considerado vuestre excelencia que este hombre, probado ladrón, puede haber planeado vengarse del padre abad? —preguntó con untuosa cortesía, mirando de soslayo a Segismundo con los ojos entornados.

Ludovico se volvió para mirarlos con tal fiereza que los dos retrocedieron a la vez.

—A este hombre, al que acusáis de ladrón y asesino, le debo mi vida y mi hacienda. ¿Tengo que pensar que miente? ¿Acaso no es posible que el asesino, planeando matar al abad, le hubiera robado el hacha en Pietra, con intenciones de culpar a su dueño?

Nadie ha acusado nunca de estúpido al duque, pensó Benno. Esperemos que tenga razón y que ni él ni mi señor tengan parte en esto. Les ha dado un buen golpe al monje y al baboso de Torcuato: no podían saber que mi amo contaba con el favor del duque. Cuando uno se aparta del mundo para encerrarse en una abadía se pierde los cotilleos más interesantes...

—Vucencia —comenzó el padre Torcuato con un tono sumiso muy del agrado de Benno—, sólo hemos hablado de lo que creía el padre abad. Tal vez el padre malinterpretó la situación en aquel momento...

—Fue un malentendido que podía haber afectado muy gravemente mi vida —terció Segismundo con calma implacable—. Pero si yo hubiera sido ahorcado, no habrían utilizado mi hacha.

Ante este comentario, se alzó entre los congregados un murmullo de estupefacción. ¿Había admitido su culpa Segismundo o pretendía decir que quien quisiera implicarle no habría tenido ocasión?

El duque lo comprendió enseguida.

—Entonces el villano que ha hecho esto lo planeó en Pietra. —Hizo un gesto con la mano a un paje que se había abierto paso entre la multitud para inclinarse ante él. Luego se volvió hacia Segismundo—. Os investimos de plenos poderes, Segismundo, para realizar vuestras investigaciones donde vos creáis conveniente y en las personas que veáis oportuno. —Se quitó del dedo un grueso anillo con una talla en sardónice de la cumbre de Rocca, un anillo que ya le había confiado antes. Segismundo se inclinó para tocarlo con los labios mientras el duque miraba con una mueca de súbita repulsión lo que otrora fuera el abad Bonifacio.

—Que se lleven esto y que se celebren los ritos adecuados. —Inclinó la oreja hacia el discreto murmullo del paje y replicó—: Di a su excelencia que todo va bien y que me reuniré con ella.

Se acercó a la puerta a grandes zancadas mientras todos retrocedían ante él, pero de pronto pensó que la primera parte de su mensaje podía ser cuestionable y se detuvo en el umbral. Las cortinas medio abiertas tras él enmarcaban su rostro macilento pero apuesto. Ludovico los miró a todos.

—Estad seguros de que todo irá bien. Este asesinato de quien era mi huésped es una mancha en mi honor y en el honor de Rocca. El asesino me ha asestado también a mí un golpe. Será sometido a mi justicia y sufrirá el castigo más severo que un hombre pueda imaginar. Al dejar el asunto en manos de Segismundo me aseguro de que, como he dicho, todo vaya bien.

Tras una última mirada de sus ojos azules, el duque marchó a tranquilizar a la duquesa. La multitud se aglomeraba para contemplar a sus anchas la fascinante

conjunción del hacha y el abad. Torcuato y Filippo, secundados por otros monjes, intentaban disolver a los presentes para poder comenzar con la operación de levantar y sacar al abad. Segismundo, inesperadamente, se encargó de esto. Su cortés petición de que se despejara la sala se oyó claramente sobre el tumulto y, tal vez por la autoridad con que el duque le había investido, fue obedecida. Torcuato lo miró con desaprobación, con los ojos convertidos en dos rendijas. Mientras la habitación se vaciaba alguien. —¿Segismundo?— comenzó a pronunciar oraciones por el muerto.

UNA MUERTE CAÍDA DEL CIELO

—En este momento no hay aquí lugar para vos.

Aunque Segismundo había despejado la habitación de la multitud de cortesanos y criados, Torcuato y el hermano Filippo estaban decididos a que se marchara. Habían cubierto al abad con una vasta sábana de lino antes de levantarlo del suelo, tal vez para evitar impresionar a los monjes que lo habían conocido e impedir que el horror les nublara la mente y los distrajera de las oraciones que sin duda el abad necesitaba. Segismundo había añadido su fuerza al desafío de subir el corpulento cadáver hasta la cama. No sólo pesaba con la inercia de la muerte sino que además sus miembros tendían, sorprendentemente, a escapar de las manos que lo sostenían como si el abad Bonifacio se debatiera por huir de su irrevocable estado.

Ahora el abad yacía boca arriba en la cama bajo una sábana que había acumulado manchas de sangre y se pegaba tensa al corpulento bulto. A los pies y a la cabeza ardían en candelabros de hierro enormes velas de cera de abeja proporcionadas por el *maestro di casa* del duque. Los monjes, de rodillas, mantenían un constante murmullo de oraciones. Dos de ellos, con una cesta, una jofaina y varios paños de lino se abrieron paso entre sus hermanos para apartar la sábana y realizar los necesarios oficios. Ningún extraño debía estar presente en esos momentos.

Segismundo no protestó cuando Filippo lo empujó bruscamente hacia la puerta. Llevaba el hacha que había desalojado de la columna del abad ante la fascinada mirada de los monjes que iban pronunciando intermitentes retahílas de oraciones. Benno estaba a punto de salir tras su señor cuando un penetrante grito los detuvo a ambos.

—¡La cruz! ¡Ha desaparecido la cruz!

Era uno de los monjes que lavaban el cadáver. Filippo se acercó al instante, se agachó y rebuscó entre las ropas ensangrentadas que le habían quitado al abad. Segismundo, que se había girado de inmediato, fue interceptado por Torcuato que con innecesario ademán dramático abrió los brazos mirándolo con declarada hostilidad.

—Tal vez, señor, es a vos a quien deberíamos desnudar. Vos la robasteis antes, ¿no es así? —Entonces recordó las palabras del duque y su expresión cambió—. El duque debería ser informado —añadió con tono más moderado—. ¿Queréis hacerlo vos, señor?

Segismundo no contestó. Avanzó sin que Torcuato lo impidiera y miró el cuello y el torso desnudo del abad. A pesar de las protestas se agachó para levantarle los hombros. La cabeza, que incluso con la mandíbula atada y los ojos cerrados parecía

más tensa que muerta, rodó a un lado. Benno tenía la impresión de que en cualquier momento el abad abriría los ojos, se arrancarían la venda y exigiría saber qué hacían todos allí manoseándolo de aquella forma.

—El hacha partió los eslabones. Incluso incrustó un trozo en el hueso. ¿Veis?

Filippo miró al abad y luego alzó la vista hacia Segismundo con asco e incluso con miedo.

—¿El asesino se llevó la cruz? ¿Estáis diciendo que el abad ha muerto porque un ladrón codiciaba un objeto sagrado? —Su voz estaba cargada de repulsión—. Los tormentos del infierno son demasiado buenos para un hombre así.

—El diablo reclama lo que es suyo. El diablo vendrá de nuevo. —Ieronimo, inadvertido hasta entonces, estaba arrodillado con los demás y alzaba en oración sus manos ensangrentadas.

Filippo se acercó para enfrentarse a él. Al fin y al cabo era él quien había sido encontrado con las manos en el hacha, y sólo la presencia de Segismundo, como asesino más probable, había distraído de él la atención.

—Con vuestro permiso, hermano —terció Segismundo—. Pronto hablaré con el hermano Ieronimo. Hasta entonces, nadie debe dirigirse a él.

El tesorero tenía una protesta en los labios. Aquello era un asunto concerniente a la Iglesia. Pero el brillo del anillo de Ludovico en el dedo de Segismundo les recordó a todos que se encontraban, sin ninguna autoridad que los guiara, en el palacio del duque. En ese momento hubo una conmoción entre la multitud que aguardaba fuera, la cortina se apartó y apareció un hombre alto, ataviado de cuero tachonado de acero y terciopelo color vino, que miró con desdén en torno a la sala llena de monjes arrodillados. Su rostro cambió al ver a Segismundo. Un luchador siempre reconoce a otro. El hombre alzó la voz sobre los lúgubres cánticos:

—Señor, os reclaman.

Una vez en la terraza el hombre se presentó como capitán de la guardia del duque. Dijo conocer a Segismundo por su reputación, aunque él se encontraba ausente de Rocca la última vez que Segismundo estuvo allí. Era evidente que la muerte del abad le parecía un descrédito para sus propias medidas de seguridad.

—Me acaban de informar de que han encontrado muerto a uno de los guardias que patrullan el palacio en el jardín detrás de esta terraza. Su excelencia os ha puesto a cargo de las investigaciones, de modo que he dicho a mis hombres que no toquen nada hasta que vos lleguéis. —Se tocó la nariz partida con un dedo calloso—. El cazador ha de estudiar bien el terreno, ¿eh?

Benno, que bajaba al trote detrás de ellos por la escalera de caracol, recordó que Segismundo insistía siempre en mirar antes de tocar, diciendo que al romper los hilos se perdían las conexiones. Para Benno siempre se trataba de hilos muy sutiles que relacionaban de forma insustancial a los malhechores con sus crímenes.

Entraron en el jardín umbrío. Una antorcha chisporroteaba en la mano de uno de los guardias del duque. Segismundo se arrodilló junto a la alargada figura que yacía

en el suelo y el hombre de la antorcha se apresuró a agacharse a su lado. El muerto parecía haber comenzado a cavar su propia tumba: su cadáver estaba incrustado en el suelo entre dos recortados arrayanes. Segismundo le puso las manos encima, primero tocándolo ligeramente y luego con más fuerza. A Benno se le revolvió el estómago al ver que el cuerpo estaba extrañamente blando y cedía de forma antinatural a la presión de las manos de Segismundo. Segismundo miró la balastrada de la terraza y luego alrededor. Se levantó, cogió la antorcha y fue a agacharse junto al muro.

—¿Es esta la espada de vuestro hombre?

El capitán se acercó.

—Así es. —Sacó el mango de su propia espada, similar al de la otra—. Entonces es que la había sacado.

—De modo que se enfrentaba a alguien.

—¿Al asesino del abad?

—Tal vez. —Segismundo cogió la espada y volvió junto al cadáver. Dejó la antorcha y se arrodilló para examinar el cuerpo desde el suelo. Le dio la vuelta. El cadáver estaba más lacio de lo que era natural incluso en la muerte. Colocó la espada sobre su torso y puso las manos del muerto en el mango.

—Tal vez el hombre al que se enfrentaba lo mató, pero yo creo que la muerte le llegó desde arriba.

«¡MIS MANOS EN EL HACHA!»

—¿Cómo...? —El capitán, sobresaltado, alzó la cara a las estrellas.

—Desde la terraza. Mientras se enfrentaba a un hombre, otro cayó sobre él por la espalda. Si hubiera estado mirando hacia arriba, hacia el hombre que bajaba, se habría desplomado hacia atrás. No nos puede decir más.

Los hombres del capitán se llevaron el cadáver. Benno dejó a *Biondello* en el suelo para que explorara el jardín. La luz llegaba indirecta de una antorcha de las escaleras y una lámpara de la terraza. La leve brisa nocturna olía a plantas y tierra removida.

—Capitán, ¿es fácil entrar en este jardín desde la ciudad?

—Demasiado fácil, señor. Esto es una colmena y a pesar de que he reforzado la disciplina, todavía hay quien acepta sobornos en las puertas y poternas.

Segismundo precisamente se había aprovechado de esto la última vez que estuvo allí.

—¿Y la ciudad? ¿Se cierran las puertas al anochecer? ¿Están bien guardadas?

—Sí, señor —admitió el capitán.

—El trabajo del alguacil es más sencillo que el vuestro. —Segismundo sonrió, movió la cabeza con gesto comprensivo y echó a andar hacia las escaleras.

Benno volvió a subir a paso ligero. El duque estaba en un buen aprieto. Habían asesinado a su invitado cuando todo el mundo sabría muy pronto que el abad y él no eran precisamente los mejores amigos. Benno no se molestó en pensar si Segismundo estaría o no involucrado, pero lo cierto es que el hermano Filippo y el padre Torcuato no serían los únicos que lo tacharan de asesino, a pesar del monje de la mirada enloquecida a quien habían encontrado debatiéndose con el hacha.

Precisamente con el monje de la mirada enloquecida estaba hablando Segismundo en la terraza en ese momento. Habían sacado al hermano Ieronimo de entre la multitud de monjes que seguían rezando, para llevarlo allí entre sombras y luces oscilantes. Segismundo se inclinaba con gesto indolente sobre la balaustrada, de espaldas al jardín, mientras el hermano Ieronimo esperaba ante él con las manos entrelazadas y esbozando una vaga sonrisa, como si el tema de la conversación fuera una discusión académica sobre las escrituras.

—Decís que visteis al diablo esta noche, hermano. ¿Dónde estaba cuando lo visteis? —Segismundo hablaba con tono coloquial, como si los demonios fueran tan comunes como los burros. El hermano Ieronimo respondió con el mismo aire despreocupado.

—Venía hacia aquí para ver si podía hablar con el padre abad.

—¿Aquí? ¿Cuándo?

Ieronimo vivía según los oficios de la Iglesia. No tenía necesidad de pensar en la hora. Otros medían el tiempo por él.

—Antes de vísperas. —Había en su sonrisa un aire de contrición. El hermano tenía los dientes bastante grandes, y un débil ceceo sugería que le estorbaban.

—¿Por qué os trajo el abad a Rocca?

—Por si la Virgen me decía algo más. Quería saberlo de inmediato.

—¿Qué os había dicho ya Nuestra Señora?

El monje movió la cabeza.

—No debo contarlo a nadie.

—¿Se os había aparecido antes el diablo?

—Nunca. Nuestra Señora me había advertido que estaban a punto de ocurrir cosas terribles, pero no esperaba ver al diablo. —Parecía alegre e interesado.

—¿Dónde estaba? —Segismundo señaló la terraza en torno a ellos. Ieronimo se giró.

—Ahí. Yo venía de nuestros aposentos y de pronto lo vi. Todavía no había caído la noche, y se recortaba oscuro contra el cielo. ¡Era gigantesco! Agitaba las alas extendidas...

—¿Qué hicisteis al verlo?

—Hice la señal de la cruz contra él. —El monje trazó con el brazo un amplio gesto formal—. E invoqué a Nuestra Señora para que nos protegiera a todos.

—¿Y el diablo?

—Se irguió amenazante... —Ieronimo alzó las manos por encima de la cabeza para imitarlo, inconsciente de que todavía estaban manchadas con la sangre del abad —, y con un terrible grito se marchó volando. Gracias a Dios —añadió, modestamente complacido por su victoria sobre Satán.

—¡Amén! —Segismundo estaba contento.

Benno pensó que el hermano Ieronimo había culpado al diablo, como se puede culpar al diablo en cierto modo por todo lo malo que sucede en el mundo, pero era el propio hermano quien había sido sorprendido con el hacha en las manos.

El monje prosiguió con su historia:

—Yo corrí a la habitación del padre abad para advertirle de la presencia del diablo. —Se interrumpió, gimió y se pegó tal golpe en la frente que se tambaleó—. Y, ay de mí, ya sabéis qué sucedió entonces.

—Contádmelo otra vez —exclamó Segismundo, interrumpiendo el cántico de oración al que se había entregado el monje, que se bamboleaba de un lado a otro.

—¡El diablo! ¡Fue el diablo!

—¿No se había ido volando?

—Pero primero me poseyó... Me encontré allí con mis manos. —Ieronimo se las miró por primera vez desde entonces y las vio oscuras entre las sombras y llenas de

sangre seca—. ¡Mis manos en el hacha! ¡Por mis pecados, y por los suyos, el diablo me hizo asesinar al padre abad! ¡*O mea culpa, mea culpa, mea maxima culpa!*

¿ESTABA SATISFECHO EL DIABLO?

El hermano Ieronimo se golpeaba el pecho lamentándose. Benno se puso nervioso. Si el diablo andaba al acecho y había podido poseer a un religioso de tan inocente aspecto, no era difícil que se encaprichara de un alma más miserable.

—¿Cómo os hizo el diablo descargar el golpe, hermano? Mostrádmelo. — Segismundo le tendió el hacha.

Ieronimo se encogió primero y luego, con un visible esfuerzo, cogió el mango y se quedó vacilante un momento.

—Mostrádmelo —repitió Segismundo—. Ahí está el abad. —Señaló un lugar a medio metro del monje—. Os da la espalda. Acercaos y descargad el golpe.

Ieronimo obedeció. Adelantó un pie, levantó el hacha con la mano y hendió con ella el aire. Al descargar el golpe se le escapó el arma de las manos y Segismundo la apartó de un manotazo antes de que golpeará el suelo enlosado.

—Señor, el duque nos envía para llevar a este hombre a las celdas. —Acababa de llegar un guardia con la librea verde y blanca del duque, seguido de otros tres hombres, todos con las picas a punto. Habían esperado encontrar problemas y se sorprendieron al ver al larguirucho y anguloso monje de desgredado pelo blanco, que agachaba mansamente la cabeza y tendía las muñecas para que se las ataran. Como la mayoría de los súbditos del duque, se habían ofendido enormemente ante las demandas del abad sobre los bienes de su señor. El hombre que había eliminado al abad era, pues, un benefactor. Le ataron las muñecas con firmeza pero sin causarle dolor y se lo llevaron.

Segismundo se quedó mirando el hacha.

—Es una lástima que no pueda hablar —comentó Benno. No se quitaba del todo de la cabeza la idea de que el propio Segismundo, tal vez por su lealtad hacia el duque Ludovico o incluso cumpliendo una orden de éste, había matado al abad. Nada de lo que Benno sabía de su señor le impulsaba a creer que era capaz de hacer algo así. Ciertamente Segismundo podía ser despiadado, pero aquello era distinto. Cuando mató a Bernabo Pantera se había mostrado furioso e indignado. Sin embargo, de una cosa Benno estaba seguro: su señor era impredecible.

Y si Segismundo había empleado su hacha contra el abad y aquellos interrogatorios no eran más que una comedia, ¿habría cogido también la cruz? ¿No estaría simplemente protegiendo al duque? Había muerto un hombre que intentaba sacar dinero al duque y que estaba en posesión de un objeto que la duquesa deseaba con locura. ¿Acaso Segismundo, después de oponerse a ser utilizado para hacer el

trabajo sucio de los hermanos Pantera, había accedido a hacer lo propio para el duque?

—¿Qué, soñando? —Segismundo le puso la mano detrás de la cabeza y lo empujó hacia adelante. Benno tropezó y *Biondello*, dentro de su jubón, lanzó un débil gañido de sorpresa.

En la capilla de palacio, entre paños de oro y nubes de incienso, yacía el abad. Los monjes rezaban en torno a su féretro. Mostraba el cadáver un aire de dignidad. Hasta la mole de su barriga tenía una cierta grandeza, aunque su rostro todavía no estaba del todo relajado. Aún no sugería paz, sino más bien un sobresaltado estupor ante el hecho de que le arrancaran la vida de forma tan inesperada. Benno no pudo evitar pensar en la terrible herida oculta a la vista.

—Padre, debo hablar con vos.

Torcuato terminó de santiguarse al tiempo que lanzaba una furiosa mirada a quien le había interrumpido.

—Recordad dónde estáis. Os halláis en presencia de la muerte. No es este el momento, señor.

—Sí lo es, padre. Precisamente he venido a hablar de esta muerte. El duque me ha pedido que os interroge a vos y al hermano Filippo.

Una vez más el nombre del duque obró su poder, modificando los modales de Torcuato. El rostro afilado y descontento del sacerdote intentó mostrar amabilidad.

—Comprended que estamos muy turbados...

—Extraño sería que no lo estuvierais. —Segismundo inclinó la cabeza con gesto de comprensión—. Si queréis pedirle al hermano Filippo que venga también, sé de un lugar donde podremos hablar.

El lugar era una sala fuera de la capilla utilizada como almacén aunque tal vez fuera en otro tiempo un oratorio privado. Segismundo cerró la tapa de un gran arcón que albergaba vestiduras sacerdotales y se sentó sobre él. Su cabeza afeitada relucía bajo la luz de la vela que Benno había traído de la capilla. Torcuato y el hermano Filippo, de pie ante Segismundo, estaban absortos en su furia: eran religiosos convocados a presentarse ante un seglar para ser interrogados. El padre Torcuato dio voz a sus comunes sentimientos:

—¿Por qué estamos aquí? El hermano Ieronimo, que Dios le perdone, ha confesado. ¿Qué podemos añadir nosotros, excepto nuestras oraciones para pedir una penitencia que le salve de los tormentos del infierno que tanto merece?

—Que Dios tenga piedad de todas nuestras almas. —Segismundo los cogió por sorpresa, obligándolos a imitar su señal de la cruz. Los religiosos se deshincharon—. Podéis añadir, padre, algo que me ayude a completar el informe que presentaré al duque. ¿Quién era el responsable de empaquetar los efectos del abad para este viaje a Rocca?

—Yo —contestó Filippo—. ¿Por qué lo preguntáis?

—¿A quién asignasteis la tarea de recoger las cosas del estudio del abad?

Filippo blandió una mano como si la trivialidad de la pregunta lo irritara igual que una mosca.

—¿Eso qué más da?

Segismundo esbozó una ancha sonrisa y ladeó la cabeza.

—Mi hacha, hermano. Cuando me llevaron ante el abad para ser interrogado, mi hacha yacía en la mesa delante de él como prueba de que yo no era un indefenso mercader. Tal vez a nadie se le ocurrió quitarla de ahí. Si vos ordenasteis que empaquetaran todo lo que había en la habitación, puede ser que el encargado, obedeciendo vuestro mandato, guardara el hacha con el resto de las cosas, sin cuestionarse si el abad la necesitaría o no.

Benno pensó en un monje, educado para obedecer sin hacer juicios por sí mismo, empaquetando la muerte del abad.

Filippo frunció el entrecejo.

—En quién delegué yo...

De pronto se iluminó su expresión, sacó una mano de dentro de las mangas y chasqueó los dedos. Fue entonces Torcuato quien arrugó la frente.

—¡El hermano Ieronimo! El padre abad, Dios lo tenga en su gloria, me indicó que lo mantuviera ocupado...

—Aun así, el diablo se saldría con la suya. Tenía un trabajo que hacer aquí en Rocca. —Torcuato había entendido la conclusión a la que llevaba todo aquello: el diablo había preparado la muerte del abad ya en Pietra.

Benno se imaginó ahora al hermano Ieronimo, felizmente atareado empaquetando todo lo que le venía a la mano, candelabros y tinteros, el hacha y el reclinatorio, con la mente absorta en alguna íntima visión sagrada, inconsciente de que el diablo había escogido a dos de sus instrumentos.

—Padre Torcuato, ¿para qué habíais venido esta noche a ver al abad?

Benno captó el fugaz intercambio de miradas de los dos religiosos. Segismundo no podía haberlo pasado por alto.

—Vinimos para dar nuestro consejo sobre la reunión que se iba a celebrar mañana con su excelencia.

—Hoy —apuntó suavemente Filippo mientras las campanadas de la catedral llegaban hasta ellos sobre los tejados del castillo—. Es más de medianoche. Pronto deberemos acudir a maitines.

—Encontrasteis al abad a solas. El hermano Ieronimo no estaba allí.

—Tal vez nos oyó llegar y se escondió.

—Encontramos muerto al padre abad. —La mueca de repugnancia de Filippo indicaba lo que se debía sentir al hacer un descubrimiento de esa índole—. Yo no pude ni tocar el hacha.

—Nuestra primera idea fue informar a su excelencia del terrible delito cometido bajo su techo. Cuando volvimos el hermano Marco nos informó de que había visto al hermano Ieronimo con las manos en el hacha...

—¿Por qué creéis que el hermano Ieronimo se arriesgó a ser descubierto si había matado al abad y había logrado escabullirse sin ser visto?

—¿Quién sabe lo que encierra el agitado cerebro de un loco?

—El mismo hermano Ieronimo predijo un baño de sangre antes de que dejáramos Pietra. Advirtió al padre abad que no viniera a Rocca. —Filippo movió tristemente la cabeza—. Tal vez ya entonces un ángel batallaba en su alma para que se resistiera al mal. El diablo busca en todas partes nuestra destrucción, sobre todo en aquellos que parecen elegidos como nuestro hermano, un elegido de la Virgen.

Segismundo se levantó tan de súbito que los religiosos retrocedieron. Luego inclinó la cabeza.

—Os doy las gracias y os dejo para que prosigáis con vuestros deberes. El abad no debe seguir más tiempo privado de vuestras oraciones.

Ambos religiosos parecieron desconcertados por la súbita despedida. Con el frío de mazmorra que hacía en la pequeña habitación, la oscilación de la vela y el olor mohoso de las viejas cortinas y las hierbas secas dispuestas entre las vestiduras sacerdotales, Benno se sentía incómodo. ¿Estaría el diablo satisfecho con lo que había logrado? ¿Se habría quedado al acecho para conseguir más? ¿A quién poseería a continuación, si ni la misma Virgen había podido proteger al monje a quien se aparecía? Benno se estremeció. Ni siquiera Segismundo estaba a salvo.

UN PANTERA DESAPARECIDO

—El hombre tiene que estar en la ciudad, señor. Las puertas estaban cerradas y puedo confiar en los guardias.

Segismundo miró al alguacil. Su corpulencia y su nariz rota indicaban que había participado en no pocas luchas, y que jamás había sido derrotado por temeridad o cobardía. Si confiaba en los guardias de las puertas, debían de ser de probada honestidad. Por el palacio se extendía sibilino el rumor de que el diablo había entrado a arrebatarse el alma al abad por su impía codicia con los impuestos de almacenaje. El alguacil había visto de cerca la muerte y habiendo un hacha implicada se resistía a culpar al diablo, a pesar del guardia aplastado bajo la terraza. El capitán del duque le había mostrado las huellas que allí había, incluso la marca de una mano que indicaba que alguien había trepado por el muro sin ayuda de alas.

—¿Tenéis una lista de los extranjeros que se alojan en la ciudad, alguacil?

—Aquí a mano.

La mano resultó ser la de un desgachado escribano al que despertaron para que buscara y trajera las listas. El hombre parecía estar dispuesto a matar a más de un abad con tal de que lo dejaran volver a su camastro.

Era una lista muy amplia: todos los posaderos escribían los nombres de los que se alojaban bajo su techo y la ciudad de la que provenían o decían provenir, así como su punto de destino y su ocupación.

El alguacil le tendió un segundo pliego.

—Su excelencia insiste en que las familias que tengan parientes o huéspedes en casa den también sus nombres. El peligro puede acechar en cualquier parte.

—Estoy buscando un nombre, alguacil... —Segismundo fue pasando el dedo por aquella limpia caligrafía cursiva—. ¡Aquí! Están con los Bandini. Olivero y Ferondo Pantera. Mercaderes con mercaderes. Y en la lista de posadas... Pantera otra vez. En el Delfín de la via Corso, Gian Pantera. Estuvo aquí esta última semana. Estos son los hombres que hay que buscar, alguacil.

Mientras el alguacil y sus hombres atravesaban la ciudad hacia el palazzo Bandini, Benno seguía a su señor como una pequeña y desmañada sombra. Conocía bien el camino, puesto que se había criado en Rocca y vivió allí hasta que Segismundo entró en su vida, y muchas veces se había enzarzado en peleas con los criados de Bandini, continuando una inveterada enemistad entre él, su señor y el de ellos. Todavía disfrutaba al recordar cómo había arrojado a un criado de Bandini sobre una boñiga de cerdo, justo cuando estaba a punto de alcanzar el santuario de las

puertas Bandini. Esas mismas puertas se alzaban ahora ante él iluminadas por las antorchas de los hombres del alguacil. Dos fornidas estatuas los miraban ceñudas desde lo alto, sosteniendo un escudo con las armas de los Bandini. Bajo la luz oscilante parecían hacer muecas de disgusto ante aquel allanamiento de la intimidad de los Bandini.

Su disgusto no fue nada comparado con el del propio Bandini. Envuelto en un camisón de velludo terciopelo miró al alguacil con cada pliegue de su cara de sabueso temblando de indignación.

—¿Por qué se me despierta a estas horas?

No ha cambiado, pensó Benno mientras Segismundo hablaba.

—Tal vez me recordéis, mi señor. Es deseo de su excelencia que vuestros huéspedes, Olivero y Ferondo Pantera, respondan por sí mismos. El abad Bonifacio ha sido asesinado.

El cambio en los modales de Bandini fue tan rápido como ridículo. Se había sobresaltado al ver a Segismundo, y aunque mostró cierto desconcierto al enterarse de la muerte del abad, ahora era todo sonrisas. Llamó pidiendo vino y asientos, que trajeron unos adormilados sirvientes.

—Los despertaremos, señor. Son colegas mercaderes, nada más, y se alojan aquí por petición suya. No me contaron nada de sus negocios en la ciudad, de hecho no he hablado mucho con ellos. Llegaron hoy a la tarde pidiendo hospitalidad y estaban tan cansados que no tomaron más que vino y una cena ligera.

—¿De dónde venían? —preguntó Segismundo. Benno pensó que las señales de ebriedad en Olivero podían tomarse por signos de fatiga. Pero si estaba borracho, ¿cómo había podido ir a palacio y matar al abad?

—De Pietra, según dijeron. Al parecer se dirigen a Roma, a reunirse con sus esposas.

—¿Qué significa esto?

Olivero y Ferondo habían entrado en escena, desabridos y desgñados y mostrando un estupor tal vez bien calculado. Olivero con su brocado color burdeos y Ferondo envuelto en seda gris, hacían gala de su importancia como ricos mercaderes, aunque el tono de sus camiones concordaba sorprendentemente con sus respectivos rostros: con el cardenal que Olivero lucía en la barbilla y con la palidez de Ferondo.

—Señores —se adelantó el alguacil, como autoridad de la ciudad—. El abad de Pietra ha sido asesinado esta noche. ¿Dónde estabais hace tres horas?

—¡Por las barbas de Cristo! ¿El abad de Pietra? ¿Hace tres horas? Estábamos en la cama, ¿dónde si no? ¿Por qué nos preguntáis a nosotros?

—¿No os sorprende este asesinato?

—No más que a vos, señor. Un hombre puede tener enemigos en cualquier parte.

Lo dice un experto, pensó Benno. En su propia familia abundan los enemigos. Pero mi señor no pensaría seriamente que iba a sorprender a Olivero desprevenido.

—¿Cómo os hicisteis esa magulladura? —La pregunta de Segismundo parecía

casi amistosa. La oscura hinchazón se veía incluso bajo la corta barba de Olivero. Él se la tocó con cuidado y miró de soslayo a Ferondo, que sin haber dicho nada todavía se ceñía el camisón y parecía desconcertado y receloso.

—En una discusión. Una diferencia de opinión entre hermanos. —Olivero sonrió, aunque sólo con la boca, y dio un codazo a Ferondo, que se apresuró a sonreír también. Benno calculó las probabilidades de que Ferondo hubiera descargado ese golpe sin recibir otro a cambio, y sin hacerse ni un rasguño en sus blancas manos.

—¿Estáis dispuestos a jurar que no sabéis nada de este asesinato, que no habéis salido a la ciudad esta noche? —preguntó el alguacil.

—Mi hermano y yo somos inocentes, y lo juraremos sobre cualquier reliquia que nos presentéis.

Segismundo murmuró algo al alguacil, que hizo señas a sus hombres de que se acercaran. Bandini tosió malhumorado, como si protestara por el aire nocturno. El alguacil se dirigió a él:

—Mi señor, es deseo del duque que sea registrado el equipaje y la habitación de vuestros huéspedes.

Bandini casi se ahoga con su propia tos. Tal vez se le había ocurrido, pensó Benno, que los Pantera no sólo habían matado al abad, sino que lo habían descuartizado y habían vuelto con sus pedazos. Benno conocía la historia de alguien con quien se hizo un pastel que se comió engañada su propia familia. El abad habría dado para hacer muchos pasteles y de propina un asado de primera.

Bandini miraba a los Pantera como si fueran los huéspedes más indeseables que hubiera albergado jamás bajo su techo.

—Los deseos del duque son órdenes para mí —se apresuró a decir—. Registrad. —Hizo un ademán tan enfático que estuvo a punto de perder el camisón. Volvió a ajustárselo sobre los hombros y añadió—: Registrad toda la casa si es vuestro deseo.

—Tal vez sea necesario. Desde luego los criados de estos caballeros y cualquier equipaje que puedan tener... —El alguacil hablaba en tono indiferente, no amenazador. Bandini miró furioso una vez más a los huéspedes que tanto alboroto provocaban.

Los hermanos no sabían bien cómo reaccionar. Olivero gruñía indignado, pero algo vacilante. Ferondo prefería mostrar una dignidad ultrajada. Si habían cogido la cruz, decidió Benno, estaban seguros de que no la encontrarían. En ese momento lo distrajo un criado de Bandini que venía con velas para iluminar el camino hasta la habitación de los Pantera. El criado reconoció a Benno y le dio un malintencionado pellizco.

Al oír el grito involuntario de Benno, Segismundo lo miró y sonrió. Aquello enfureció a Olivero, que de pronto se acercó a Segismundo y pegó la cara a la de él.

—¡Pagaréis por esto! ¡No lo olvidaré!

Era tal vez imprudente amenazar a un hombre que contaba con el favor del duque, pero también era una actitud que podía provenir de un hombre seguro de su inocencia

que sospecha que es perseguido por razones personales, de modo que tal vez fue un movimiento inteligente. Segismundo conservó la sonrisa y no retrocedió. Fue Ferondo el que agarró a su hermano por el camión de terciopelo y lo apartó.

Bandini bebía vino, un vino que había sido ofrecido también a Segismundo y al alguacil pero no a los hermanos Pantera. Nadie más rápido que un criado para conocer los pensamientos del amo.

Por fin volvieron los hombres del alguacil. No habían encontrado nada que incriminara a ninguno de los hermanos, de modo que abandonaron el palazzo Bandini y a su dueño, que estaba evidentemente ansioso por librarse de unos huéspedes que habían desencadenado tanto trastorno. Benno fue el único satisfecho con la visita. Se las había apañado para encajar un fuerte puñetazo en el mentón del hombre que le había pellizado, el mismo al que había arrojado sobre una boñiga de cerdo algunos años atrás. Hay recuerdos que nunca mueren.

—Bien, alguacil. A por la via Corso y el otro Pantera.

La via Corso estaba en una parte próspera de la ciudad, y el Delfín era ese tipo de posada que frecuentaría un mercader rico, una casa poco acostumbrada a oír a medianoche la llamada de los hombres del alguacil. El posadero, sin embargo, los escoltó hasta la habitación alquilada por Gian Pantera. Llamó a la puerta y el alguacil la abrió de golpe.

El cuarto estaba vacío.

Era una habitación pequeña con una cama grande. Sin duda Gian había pagado un extra para evitar compartirla, pero no había dormido allí. Segismundo señaló el equipaje que yacía en un rincón y el alguacil mandó que lo volcaran sobre la cama y revolvió entre las cosas mientras el posadero lo miraba todo moviendo la cabeza. Segismundo tocaba con los dedos la costura de un jubón y el alguacil examinaba meticulosamente el forro de seda de una bolsa. Al parecer Gian Pantera viajaba ligero de equipaje, porque el registro no duró mucho. El alguacil enderezó la espalda ceñudo.

—Bueno, estará en la ciudad.

Si había asesinado al abad y robado la cruz, era natural que no volviera luego al Delfín. ¿Dónde podía ocultarse en Rocca, donde casi todo estaba cerrado de noche?

Benno tuvo la súbita esperanza de que fueran a buscar en los burdeles.

TODAVÍA DESAPARECIDO...

Por desdicha no resultó necesario registrar los burdeles en busca de Gian Pantera. El posadero del Delfín explicó que el joven había dicho tener un amigo en la corte que le iba a conseguir una audiencia con el duque ese día. Pudo ser por la presta moneda de Segismundo o por la necesidad de mantenerse en el bando del alguacil del duque, pero el posadero recordó también milagrosamente el nombre del amigo de la corte, un nombre que Gian Pantera había dejado caer tal vez para impresionarle: Roderigo Ranieri. El alguacil, que conocía a todo el mundo en la corte, no se impresionó.

—Por lo menos sabemos dónde ir a continuación —comentó.

Las calles seguían oscuras y desiertas. Las únicas personas que encontraron fueron ruidosos trasnochadores a quienes la inesperada aparición del alguacil desembriagaba de golpe. El palacio ya era otra cuestión. Cualquiera que se hubiera perdido la emoción del asesinato del abad había sido amablemente despertado y puesto al día por los más afortunados, ansiosos de difundir sus impresiones sobre el aspecto del abad con el hacha puesta. Contaban al detalle lo que había dicho el duque y cómo el misterioso Segismundo, al que la mayoría recordaba de unos años atrás, había vuelto a surgir de la nada para recibir el encargo de limpiar el honor de Ludovico.

Durante años, los más atareados portadores de noticias candentes eran los enanos de palacio, legado que el duque había recibido de su padre, que había buscado en kilómetros a la redonda cualquier cosa humana que levantara pocos palmos del suelo. Bastantes potentados de tierras lejanas habían enviado enanos en valija diplomática, por así decirlo, en calidad de regalos. Era típico que esta *elite* de palacio fuera la primera en conocer las noticias, gracias a su hábito de andar por todas partes entre las piernas de la gente, observando sin ser advertidos. Uno de ellos salió a saludar al alguacil cuando sus hombres entraron a palacio, haciendo cabriolas ante ellos sobre el suelo de mármol del gran vestíbulo.

—¿Veremos un ahorcamiento, alguacil? ¿Trae algún regalo para nosotros?

Era un evidente descaro, puesto que el alguacil no llevaba ningún prisionero. Mientras los hombres pasaban de largo sin hacerle caso, Segismundo se detuvo para hacerle una pregunta. El enano contestó encantado y pasó delante de ellos para conducirles a la habitación de Roderigo Ranieri. La sala no era más grande que un armario con una ventana, del ancho suficiente para albergar una cama donde se sentaban dos hombres enzarzados en animada charla. Cuando el enano llamó a la puerta al tiempo que la abría de golpe, ambos miraron atónitos al alguacil.

—Señor, ¿este es Gian Pantera?

Ranieri tenía la expresión comedida e indignada de un petulante perrito faldero.

—¿Por qué, alguacil? —preguntó con voz aguda y quejumbrosa—. ¿Qué pasa?

Su compañero se puso en pie y echó atrás la cabeza.

—Soy Gian Pantera y respondo por mí mismo. ¿Ha enviado el duque a buscarme para devolverme lo que es mío?

Segismundo se anticipó a la réplica del alguacil.

—Con vuestro permiso, alguacil, me gustaría interrogar a estos dos a solas.

De modo que Segismundo se encerró en el armario con Gian y el alarmado Ranieri, dejando fuera al estoico alguacil, a sus guardias, al decepcionado enano y a Benno, que al menos confiaba en enterarse más tarde de la conversación.

Ese «más tarde» resultó ser sólo media hora después, en su propia habitación a la que un adormilado paje había llevado pollo frío, aceitunas, ciruelas y vino. Cuando por fin quedaron a solas, la pregunta surgió como una explosión de labios de Benno:

—¿Fue él?

Segismundo, que servía vino en una copa de plata tallada con las armas ducales de Rocca, se echó a reír y bebió antes de contestar.

—Mmmm. Ya sabes que he dejado al alguacil organizando un registro de aquellos dos y de la habitación. Ranieri está a punto de sufrir un infarto ante la mera idea de resultar implicado. Estaba dispuesto no sólo a jurar su inocencia sobre la cabeza de su madre, sino a decapitarla incluso si lo veíamos necesario.

Benno, al ver que su pregunta no quedaba contestada, cambió de estrategia.

—¿Tuvo él ocasión de matar al abad?

—Mmm... Desde luego tenía un motivo. Admitió que esta tarde, a la llegada del abad a Rocca, había visto que tenía la cruz. Su excelencia me contó que Gian había suplicado que le fuera devuelta si cualquier persona, como el villano de Segismundo, se la ofrecía al duque. Pero eso fue antes de que llegara el abad.

Benno se paró a considerar la perspectiva de que el abad, estando vivo, devolviese la cruz a nadie, por muy bien que se la pidieran.

—Ranieri le consiguió ayer la audiencia con el duque —añadió Segismundo—. Por lo visto Gian, amigo de la juventud, le pidió ese favor.

—Pero ¿por qué no estaba en el Delfín?

—Después de ver que el abad llevaba la cruz, Gian pensó en ofrecer un precio por ella. Parece ser que no anda corto de dinero, cosa que él atribuye al hecho de que la cruz estuviera en posesión de su padre, y es sabido que el abad estaba necesitado de fondos este año, de modo que Gian pensaba que tenía una posibilidad.

—No si el abad conocía la historia de *La Feconda*.

—No, pero Ranieri ofreció a Gian su propia habitación para pasar la noche, para así poder abordar al abad antes de la primera hora en la capilla.

—¿Entonces Ranieri estaba con él cuando mataron al abad?

—¿He dicho yo eso? —Segismundo ofreció un trozo de pollo a *Biondello*, que

sentado entre Benno y él trasladaba su palpitante atención de uno a otro—. Ranieri estaba con el duque cuando Torcuato y el hermano Filippo irrumpieron en la sala para decir que habían encontrado muerto al abad.

—¿Entonces dónde estaba Gian Pantera?

—Dice que estaba rezando a la Virgen para tener éxito con el abad. En la capilla de palacio.

—Junto a los aposentos del abad. O sea, que podía haberlo hecho. —Benno cometi6 el descuido de bajar un trozo de pollo que le fue arrebatado al instante de un mordisco.

—Bueno, yo también podía haberlo hecho, y muchos creen que lo hice. Incluso su excelencia puede haber tenido esperanzas de que lo hiciera yo. Pero de momento no he presentado ninguna cruz para complacer a la duquesa, y el duque no debe de creerme capaz de venderla en otra parte. —Segismundo se escupió en la mano un hueso de aceituna—. Pero tienes razón, Gian no está libre de sospecha. Afirma que un sacerdote puede atestiguar su presencia en la capilla, pero un sacerdote en una capilla es como una mujer en una casa: siempre hay trabajo que hacer, hay que atender las velas, barrer, poner las cosas en orden, rezar. Ningún sacerdote presta atención a un hombre orando en una capilla. Podía haber salido y entrado de nuevo sin ser visto.

—Pero ¿no tendría que haber sangre en su ropa? —Benno record6 asqueado el charco que se extendía a partir del reclinatorio como avergonzado del horror bañado en él—. ¿Había sangre en la ropa de los Pantera?

Segismundo hizo un brusco gesto de cortar el aire con la mano derecha, sobresaltando a *Biondello*.

—Si partes la columna la sangre no tiene por qué salpicar. El hacha estaba manchada, el hermano Ieronimo también. El abad empap6 su propia ropa de sangre. Lo que busca el alguacil es la cruz, y ni siquiera eso demostraría que su dueño es el asesino.

Benno asimil6 esta información junto con el último bocado de pollo.

—O sea que alguien mat6 al abad y otra persona se llev6 la cruz...

Segismundo se encogió de hombros.

—Si el hermano Ieronimo mat6 al abad, por cortesía del diablo, ¿crees que se habría llevado la cruz?

—Aunque el diablo pudiera obligarnos a hacer cualquier cosa que se le antojara, no veo para qué querría enredarse con una cruz. Quiero decir, que aunque el abad no fuera precisamente un hombre santo, una cruz sigue siendo una cruz. —Benno estaba turbado. Siempre había pensado que si al diablo se le ocurriera aparecérsele personalmente, el solo hecho de hacer la señal de la cruz sería una protección infalible. Se suponía que también había que decir algo en latín o exigir al diablo que se pusiera a la espalda, pero Benno jamás había sido capaz de verle la lógica a aquello: sin duda era mucho mejor tener al diablo delante, donde uno pudiera verlo,

que tenerlo detrás, donde no se podía saber qué tramaba.

—Una cruz ya teñida de sangre. —A Segismundo se le ensombreció el semblante —. No puedo olvidar por qué Bernabo Pantera quería que la cruz llegara a la Virgen de Scheggia. Dos de sus hermanos habían muerto por ella antes que él.

Benno se limpió las manos pegajosas de ciruela en el jubón, donde los lamparones quedaban invisibles en el entramado de manchas, y guardó un discreto silencio. Estaba seguro de que su señor seguía decidido a cumplir el último deseo de Bernabo, pero ahora que había desaparecido la cruz y el duque exigía que se encontrase al asesino del abad, era difícil imaginar cómo, aun siendo quien era, podría lograrlo.

Si encontraban la cruz en la persona de Gian Pantera, o entre sus pertenencias, el guapo joven pronto se vería reducido a pedazos cuidadosamente dispersos y clavados en las cuatro puertas de Rocca, mientras que su cabeza se reservaría para colgar en la puerta del palacio, para que el mundo entero viera cómo trataba el duque Ludovico a aquellos que mancillaban su honor asesinando a sus invitados.

Pero, por desgracia, el duque se quedaría la cruz.

PERMISO PARA IR A ROMA

El duque mandó llamar a Segismundo temprano a la mañana siguiente, justo cuando éste acababa de terminar su exhaustivo afeitado, dejándose la cabeza oscura tan resplandeciente como el cuero nuevo y aceitado. Benno le ayudó rápidamente a ponerse una fina camisa de batista con una labor de hilo en el cuello y un jubón de terciopelo negro. Ansioso por no quedarse atrás, se puso encima apresuradamente su mejor jubón (una indescriptible prenda de lienzo marrón) encima del viejo y se mesó la barba con los dedos mientras seguía a su señor. *Biondello*, incapaz de producir una oreja nueva en honor a la ocasión, correteaba inocentemente tras ellos.

Ya hacía un calor que auguraba un día tórrido. El duque había salido a la galería de su habitación y apoyado sobre la balaustrada de piedra observaba su ciudad bajo él y las colinas que se extendían más allá bañadas en el tono rosado del amanecer mientras la niebla se condensaba en los valles. Ya estaba vestido de brocado verde ribeteado de seda blanca, los colores de Rocca. La duquesa, que caminaba inquieta de un lado a otro de la galería, llevaba todavía la camisa de noche y el pelo recogido en una trenza que le caía a la espalda. Se giró para mirar con evidente curiosidad cuando Segismundo se inclinó en una reverencia y no tardó en comprender por qué su esposo confiaba en él.

Segismundo a su vez vio a una niña de apenas quince años, cuya hermosura explicaba que el duque quisiera complacerla ofreciéndole *La Feconda*, aunque a él no le preocupara la existencia de un futuro heredero. El heredero actual, como bien sabía Segismundo, había provocado una inmensa ansiedad al sufrir durante la primavera unas fiebres de las que todavía no se había recuperado del todo. Si *La Feconda* otorgaba las bendiciones que le atribuían los Pantera, era muy necesaria en Rocca.

—Excelencia.

El duque clavó en Segismundo aquella mirada azul de maníaco y tendió la mano para que se la besara.

—¿Qué habéis descubierto?

—Ni la cruz ni al asesino todavía, excelencia. Han sido registrados los tres Pantera, sus habitaciones, sus equipajes e incluso sus anfitriones. —Segismundo abrió las manos y oyó el palmoteo de las blandas zapatillas de la duquesa.

El duque no apartó la mirada.

—¿Qué aconsejáis entonces? ¿La tortura?

—Mmm... No ganaríamos nada. El dolor arranca tantas mentiras como verdades. Mi consejo es dejarlos marchar.

—¡Dejarlos marchar! —La duquesa se acercó, pequeña y furiosa—. ¿Ahora que los tenemos en nuestro poder?

—Excelencia, si los dejamos ir, marcharán o se quedarán. Sería interesante saber dónde van. Se les puede seguir. Si se quedan, tal vez esperen hasta recuperar la cruz, si la han escondido en algún lugar que se nos haya pasado por alto en el registro. Entonces vuestra excelencia los tendrá, a ellos y a la cruz, en su poder.

Los ojos de la duquesa llameaban.

—¡Déjalos ir, déjalos ir! —Se precipitó sobre el duque y le cogió el brazo mirándole a la cara—. Y envía a tus hombres tras ellos.

El duque puso la mano sobre la de ella, pero no compartía su alborozo. Tenía otro aspecto que considerar.

—¿Cómo puedo dejar marchar a los hombres que han asesinado a mi huésped? ¿Qué dirán de mí?

Segismundo fue a contestar pero cerró la boca al ver que un paje se acercaba para murmurar algo al oído del duque. Ludovico lo despidió y se dirigió a Segismundo:

—El tesorero y el secretario del abad solicitan audiencia. Me recuerdan que hay un asesinato por solucionar. ¿Creéis que el monje loco pudo hacerlo?

—Excelencia, de momento no hay nada seguro. El monje afirma que el diablo lo impulsó a cometer el crimen, pero he visto que no puede descargar un golpe capaz de hacer daño a un mosquito, mucho menos de partirle la columna al abad.

—Podría estar fingiendo. —A la duquesa le complacía que su esposo dispusiera al menos de una cabeza de turco, aunque el turco en cuestión fuera un religioso de mente perturbada. Si el duque tuviera zanjado el asunto de su honor, podría atender a otras cosas, como asegurar su estirpe con ayuda de *La Feconda*.

—Mmm... A mí no me parece capaz de tanta astucia, excelencia. Es un hombre que tiene visiones y tal vez no siempre esté seguro de lo que sucede en este mundo.

La duquesa no tenía muy buena opinión de los monjes tan alejados de la realidad como para descargar un hachazo sobre su superior, y estaba a punto de hablar cuando volvió el paje con el padre Torcuato y el hermano Filippo. La duquesa los miró con desagrado, pensando que parecían cuervos con aquella ropa oscura. Advirtió que Torcuato miraba de soslayo al hermano Filippo para saber si hablaría primero. Los monjes sí que parecían taimados. Filippo le recordaba a su confesor en la corte de su padre, un hombre al que había procurado por todos los medios dejar atrás, uno de esos inclinados a pensar que hasta respirar es pecado. Su rostro tenía la misma atormentada expresión.

El duque les dio permiso para hablar.

—Vuestra excelencia, hemos venido a pedir permiso para partir de inmediato hacia Roma. El Santo Padre debe oír lo sucedido de nuestros labios y decretar el castigo para nuestro desdichado hermano.

—¿Dónde está ahora?

—El alguacil lo ha bajado a una celda.

La duquesa se hizo de pronto consciente de las capas del palacio en el que vivía: allí estaban las habitaciones, luminosas, aireadas, elegantes, todo mármol y oro; pero en las profundidades, lóbregas y oscuras, se hallaban las viejas mazmorras de piedra, donde tantos habían vivido y tantos habían muerto olvidados. Apretó con fuerza el brazo del duque.

—¿Y las exequias del abad? ¿No pensáis disponerlas?

—Excelencia —dijo Torcuato—, lo más adecuado es enterrar al padre abad en su propia capilla, en Pietra. El padre prior presidirá el capítulo. Nosotros tenemos entre manos una urgente tarea, la consideración del alma del hermano Ieronimo, y no nos será posible asistir, pero estamos seguros de que el padre abad, que nos ve desde el cielo, lo comprende y nos da su bendición.

Aquella declaración, que era mucho suponer sobre el paradero del alma del abad y sobre una benevolencia por la que jamás había sido célebre en vida, sonó falsa y forzada incluso para oídos acostumbrados a las mentiras de los cortesanos. El duque frunció el entrecejo. Si aquellos monjes iban a Roma con su historia, ¿qué versión de los hechos presentarían al Papa? Lo más probable era que resaltaran la contienda entre el duque y el abad. ¿Qué veneno destilarían sobre Rocca? Ludovico todavía debía los impuestos sobre sus bienes almacenados en Pietra, y aquellos dos no sólo expondrían sin oposición el punto de vista del abad, sino que incluso podrían sugerir que el duque había sobornado al demente Ieronimo para que le solucionara el problema, con la esperanza de que el nuevo abad resultara ser más tratable. Ludovico repasó mentalmente su corte, buscando un hombre que tuviera a la vez presencia y diplomacia, y su mirada cayó sobre Segismundo, que lo observaba todo junto a una columna de jaspe.

—Os damos nuestro permiso, padre, pero con la condición de que vayáis a Roma con una escolta. Este hombre —hizo una seña a Segismundo de que se acercara— garantizará vuestra seguridad y la del prisionero. Él informará al Santo Padre de los eventos de la pasada noche y expresará mi dolor ante el crimen cometido contra la Iglesia, un dolor más profundo por el hecho de que haya ocurrido aquí, en mi propia corte.

Segismundo fue el único que no mudó el semblante al oír el programa del duque. El desconcierto de Torcuato y el hermano Filippo era manifiesto. Torcuato, que sentía por Segismundo una marcada aversión, asumió antes de lograr dominarse una expresión tan sombría que casi llegaba a ser cómica. La duquesa hizo una mueca, aunque era incapaz de dejar de ser hermosa. Por lo que había visto en aquel breve encuentro, estaba segura de que si alguien podía conseguirle *La Feconda*, era aquel hombre silencioso. Los Pantera eran probablemente los ladrones puesto que la joya no era suya, por mucho tiempo que hubiera estado en su posesión, pero si Segismundo iba a Roma con aquellos horribles monjes, ¿cómo iba a poder vigilar a la familia Pantera y recuperar la cruz?

Un lejano clamor se alzó en la ciudad. El duque se volvió y se asomó a la

ventana.

—El cardenal Pontano ha vuelto. Anoche le envié un mensaje a Colleverde en el que le pedía que interrumpiera su retiro y volviera pronto para prestarnos su consejo y su ayuda. Debe de haber viajado toda la noche. —Miró a los hombres que tenía ante él—. Él nos guiará en los deseos de la Santa Madre Iglesia.

Así son los mecanismos del corazón humano: los monjes no parecían muy contentos al saber que sus deseos quedaban sometidos a la aprobación de autoridad más alta. A Segismundo nadie le preguntó cuáles eran sus deseos. Los hombres que ofrecen su servicio a un duque deben poner su propio honor por debajo del de sus superiores.

QUIÉNES PARTIRÁN

El cardenal Pontano, aunque probablemente no había dormido esa noche, no mostró signo alguno de cansancio ante aquella situación. El asesinato de un sacerdote es un sacrilegio; el asesinato de un abad no es más grave en principio, pero en la práctica la dimensión del castigo es un reflejo de la categoría del crimen. En cualquier caso, el monje que admite la culpa debe ir a Roma. El Papa debe enterarse de su horrible acto y decretar la pena.

El cardenal, muy erguido en su silla junto al duque, dio su aprobación a la propuesta del secretario y el tesorero de escoltar a Ieronimo. Ambos eran hombres con una importancia acorde con la seriedad de los hechos, y además habían sido ellos quienes descubrieron el cadáver del abad, lo cual les confería un ascendiente especial, si bien siniestro. En cuanto a las exequias del abad, él mismo iría a Roma a dirigir las.

Deploró descubrir, tras interrogar al hermano Ieronimo y oír de sus visiones por los otros monjes, que el asesino del abad no estaba tan abrumado por el arrepentimiento como cabía esperar. Ieronimo afirmaba que el culpable era el diablo, no él, e incluso tendía a excusar al diablo por actuar de acuerdo a su propia naturaleza infernal. Lejos de deshacerse en lágrimas sumido en la contrición, el hermano Ieronimo esperaba ansioso su primera visita a Roma sin que hiciera mella en él la perspectiva de que sería la última. La Virgen, aseguró al cardenal, se le había aparecido esa misma mañana, muy temprano, justo después de laudes, y le había dicho que se alegrara, que todo saldría bien.

En cuanto a la perspectiva de que Segismundo fuera como escolta y portador del mensaje de condolencia del duque al Papa, el cardenal no albergaba duda alguna de su conveniencia. Había conocido a Segismundo unos años atrás y ahora, mientras tendía la mano para que le besara el anillo, le dio su bendición para el viaje. Prometió que dictaría de inmediato varias cartas que les garantizarían un adecuado recibimiento en Roma y la ayuda de sus amigos de la curia para obtener sin demora audiencia con el Santo Padre.

Nadie por supuesto preguntó a Benno su opinión sobre el viaje, pero mientras ensillaba el enorme roano que Segismundo montaría, silbaba entre dientes el estribillo de una obscena canción que oyó cantar a Angelo cuando se encontraron en la taberna de la encrucijada tantos días atrás. Nunca en su vida había imaginado que iría a Roma, y aunque sabía que ni con la más devota de las oraciones pronunciada ante el mismísimo altar de San Pedro recuperaría *Biondello* su oreja perdida, sí que podía asegurarse la que conservaba. Y si un gato puede mirar a un rey, entonces

Biondello, oculto en el jubón de Benno, podría ver al Papa y convertirse en un animal mejor.

Como conjurada por la canción de Angelo, cuando Benno se apartó del caballo apareció bajo sus narices una mano delgada que agitaba una ajada gorra de terciopelo.

—¿Un ducado del duque? ¿Y qué hay entonces de mis gastos de viaje? Yo también voy a necesitar un caballo hasta que el diablo me enseñe a volar.

Benno, alarmado, apartó la gorra y miró alrededor.

—¡No digáis esas cosas! ¿No habéis oído hablar del diablo alado que poseyó al monje y lo obligó a matar al abad? No vayáis dando ideas a la gente.

—Ésa es mi profesión —advirtió Angelo, poniéndose la gorra con gallardía sobre el pelo rubio—. La gente anda muy corta de ideas y está dispuesta a pagar por algunas de las mías. En cuanto al diablo y el monje, en Rocca no se habla de otra cosa desde el amanecer. Y ahora me entero de que os vais a Roma a ver al Papa sin decirme una palabra.

—No te hemos dicho una palabra porque contaba con que tus oídos fueran tan agudos como tus cuchillos —surgió de las sombras la voz de Segismundo, grave y divertida—. ¿Qué se dice en la ciudad?

Angelo esbozó su sonrisa torcida.

—Que el mejor lugar para el abad es el río, con unos cuantos monjes atados a los tobillos para impedir que flote. Que quieren que el duque se quede la cruz y se encierre con la duquesa hasta que ella pida nísperos fuera de época y coma carbón.

—¿Creen que su excelencia tiene la cruz?

—¿Por qué si no matasteis al abad? —preguntó Angelo dulcemente.

Segismundo movió la cabeza.

—Mmm. También está el asunto de los impuestos. Hay que apreciar el dinero en lo que vale.

—Decídselo a los Pantera. Hablan de exigir una compensación económica al duque por haber sido registrados siendo inocentes. Aunque creo que Ferondo teme que eso sea tentar demasiado a la suerte. Estaban discutiendo fuera del palazzo Bandini y vi que Olivero se agarraba a la brida de su caballo para no caer sentado en la calle... a esas horas del día. Si Bandini no tuviera tratos con el banco de los Pantera en Roma, dice el portero, los habría puesto en la calle la noche pasada después de la visita del alguacil.

—Gian Pantera se quedó sin su cama en palacio al mismo tiempo, y perdió de paso una amistad de la infancia. Ni todo el perfume de la corte puede ocultar una vaharada de oprobio. Toma. —Segismundo lanzó una moneda de oro que Angelo atrapó a medio vuelo—. Para una muda de ropa y el caballo. Necesito saber de los Pantera y no puedo vigilarlos yo.

Angelo hizo tintinear la moneda y alzó las cejas como un serafín sorprendido.

—¿Todos los Pantera? ¿Debo sugerir a Gian que monte a la grupa de Olivero para

poder vigilarlos juntos?

—Conseguirías entonces lo que no ha conseguido la Iglesia. —Segismundo le lanzó otra moneda—. Quizá tengas que contratar a alguien. Lo dejo en tus manos.

Angelo asintió con la cabeza y se deslizó entre las sombras al tiempo que un criado atravesaba el patio de las cuadras llevando un caballo tordo enjaezado de verde y blanco con encajes de oro. El hombre se inclinó ante Segismundo. A esas alturas no había en palacio quien no conociera el nombre del hombre de negro con la cabeza afeitada cuya hacha, aunque guiada por mano desconocida, había librado al mundo del abad.

Segismundo acarició el sedoso cuello del animal.

—¿El duque parte también?

—Escoltará a su excelencia la duquesa hasta las puertas.

—¿La duquesa sale hoy de la ciudad?

—Ha decidido hace un momento viajar a Pietra. Irá con el cardenal.

El caballo agitó la cabeza y se agitó, irritado por el frío roce del oro. Segismundo le cogió la brida.

—Todo un honor para el abad —comentó. Es curioso, pensó Benno, que acuda la duquesa y no el duque al funeral del abad, aunque tal vez él no pueda faltar de aquí. Siempre es arriesgado alejarse de la capital cuando uno es el gobernante: la gente tiene la desagradable costumbre de levantar tumultos o incluso revoluciones en ausencia de la autoridad.

El criado, sin embargo, conocía la auténtica razón y estaba ansioso por contarla. Puesto que se trataba de un chisme, bajó la voz y miró alrededor mientras hablaba:

—Han tenido una pelea, señor. Lo sé por una de las doncellas. Su excelencia la duquesa está furiosa porque no han encontrado la cruz que da suerte. Viajará a Scheggia para pedir a la Virgen que le envíe hijos si no puede conseguir la cruz. Su excelencia el duque está en contra de su partida. —Se encogió de hombros—. Cuando una mujer se empeña en algo...

—¡Es cosa de hombres que lo consiga! —Segismundo palmeó alegremente el cuello del caballo y se dirigió a Benno—: Prepárate. Su excelencia enviará soldados con nosotros por si hay bandidos en el camino a Roma. Su secretario ya está terminando las cartas para Su Santidad y al duque no le quedará más que firmarlas. Lleva a los caballos a la plaza en cuanto estés listo.

Segismundo entró en palacio y se abrió paso entre el enorme ajeteo. Por lo general se tardaban siete días en preparar el viaje que la duquesa había decidido emprender hacía un instante. Los nervios se perdían tan deprisa como las pertenencias. Las damas de la duquesa tenían instrucciones de empaquetar vestidos adecuados para un peregrinaje, pero por desdicha a nadie se le había ocurrido pensar en ese propósito al diseñar su guardarropa. Una dama, con todos sus vestidos y posesiones también por recoger, llegó a sugerir que ya elegirían en la abadía de Pietra una apropiada túnica de penitente y que las cenizas las proporcionaría cualquiera a

quien el duque fulminara con la mirada.

Las peleas en palacio se extienden como la pólvora, y muy pocas damas se dirigían la palabra cuando quedaron por fin listos los arcones para ser atados y cargados a las mulas. A fin de cuentas, de peregrinaje o no, su excelencia la duquesa causaría la apropiada impresión en Pietra, y la mayoría de las damas sostenían la certeza de que el terciopelo negro revestido de perlas demostraba un digno pesar por el destino del abad. Lo que llevara para el viaje ulterior, era su excelencia quien debía decidirlo. Si la travesía a Scheggia era tan agitada como se rumoreaba, a nadie le importaría gran cosa su atuendo.

En la piazza había tanta confusión como en palacio. Todavía estaban atando el equipaje de la duquesa a la recua de mulas, los caballos y literas de las damas se mezclaban con los de la comitiva del cardenal, los monjes de Pietra andaban estorbando a todo el mundo y los soldados que escoltarían a Segismundo y al hombre popularmente llamado el Monje Loco intentaban ponerse en formación. No había forma de oír nada con claridad y todos y cada uno estaban convencidos de la importancia fundamental de su propia tarea. La mayoría de los ciudadanos de Rocca habían acudido a ver el espectáculo. Benno, montado en su pequeño y nervudo caballo negro, forcejeaba por abrirse paso con el gran roano de su señor y se preguntaba si Angelo se encontraría entre la multitud, aunque suponía que eso dependía de dónde estuvieran los Pantera.

Resultó que también ellos se hallaban allí. Los hermanos habían acudido a despedirse del duque, imaginando tal vez que establecerían su inocencia de forma más firme metiéndose por segunda vez en la boca del lobo. Por desdicha, el lobo no estaba interesado en ellos. El duque Ludovico estaba totalmente absorto en el problema de establecer su propia inocencia ante los ojos de una ciudad convencida de que él había ordenado el asesinato del abad. Nadie hubiera podido decir qué pintaba el Monje Loco en aquel escenario, ni a nadie le importaba: las celdas no eran novedad alguna para un religioso y ya era hora de que los monjes sufrieran alguna penitencia además de impartirla.

No había multitud en torno al duque en la que faltaran peticionarios ansiosos de llamar su atención y con tantas posibilidades de lograrlo como los Pantera. Uno de ellos, más insistente y de aspecto respetable e incluso opulento, se las arregló para aferrarse a la brida del caballo del duque y, antes de que la vara del alguacil le hiciera soltar la presa, barbotar su deseo, impacientemente concedido por el duque: el rico mercader acababa de obtener permiso para viajar con su esposa a Roma bajo la protección de los soldados del duque. Segismundo no lo conocía, pero reconoció desde luego a su esposa Felicia, en cuyos brazos había pasado varias horas en Pietra no hacía mucho tiempo.

LA PARTIDA

Agostino da Sangallo tenía una pasión predominante en su vida: la codicia. Cuando era pequeño su niñera había advertido que una vez que le echaba el guante a algo, ya fuera una piedrecita cuyo brillo le atraía o una pelota con la que jugaba otro niño, era casi imposible hacer que lo soltara.

A medida que creció, se fueron haciendo más grandes y más caras las cosas de las que se apoderaba, como estados o joyas, y la dificultad para que las soltara también maduró.

Su padre le había legado una casa en Pietra y una villa en el campo, un negocio y una enorme cantidad de dinero. Puesto que el dinero llama al dinero, Agostino había logrado contraer un excelente matrimonio con una joven y rica viuda que le proporcionó más propiedades y una colección de monedas antiguas y gemas engastadas que su esposo había reunido. La razón de que ahora viajara a Roma, bajo la protección de los soldados del duque Ludovico, era ofrecer a un precio conveniente ciertas piezas de esta colección al mismísimo Papa, que mostraba un inagotable entusiasmo por las antigüedades, entre otras muchas cosas.

La razón de que llevara a su esposa donna Felicia era que no podía confiar en ella. En este viaje no tendría ocasión de establecer ninguna cita con nadie, y Agostino estaba decidido a asegurarse de que su esposa se mantuviera tras las cortinas de su litera más que en su caballo, de modo que ningún hombre pudiera representarla en sus fantasías. En cuanto a las fantasías de ella, a ningún hombre le es dado controlar la iniquidad del corazón de una mujer. Pero al menos, al examinar los rasgos de aquel tal Segismundo que estaba a cargo de la comitiva a la que él había querido unirse —ahorrándose así el precio de una escolta armada—, y viendo su nariz aguileña, su cuello de toro y, peor aún, la fea cabeza afeitada de luchador, consideró grotesco que Felicia lo mirase con buenos ojos.

Mientras Agostino se felicitaba por sus medidas para el viaje, los primos Pantera tomaban las suyas con considerable premura. Los hermanos emprendieron la marcha estorbados por los ciudadanos que habían acudido a ver partir a la duquesa, el cardenal y el abad, este último en condiciones mucho más satisfactorias que el día anterior, cuando llegara tan pagado de sí mismo y tan seguro de vencer a su duque. En realidad habría sido una impiedad despedir con vítores el féretro, sobre todo bajo la severa mirada del cardenal Pontano, pero el camino estaba flanqueado de rostros sonrientes. Todos sentían ver marchar a la duquesa, y desde luego vitorearon la parte del desfile donde ella viajaba, pero su excelencia pronto estaría de vuelta y la Virgen

de Scheggia se apiadaría de Rocca y le daría hijos.

Olivero y Ferondo se abrían paso entre la marea de ciudadanos que ya se retiraban a sus casas, cuando tuvieron que hacerse a un lado. El duque volvía de mal humor al palacio con su escolta, una marea de verde y blanco que atravesaba el cañón de la calle. Los hermanos podían haber pasado inadvertidos, puesto que los pensamientos de Ludovico estaban divididos entre la pena por la marcha de su bonita y joven esposa y la furia ante la disimulada aprobación de la multitud hacia el asesinato del que le creían instigador. El alguacil, no obstante, que cabalgaba a su lado, le llamó la atención hacia los hermanos, después de lo cual el duque recordó que Segismundo había dicho que debían estar vigilados. La forma más sencilla habría sido ponerlos entre rejas, pero la sencillez no era lo primero a tener en cuenta: los Pantera, amén de mercaderes, eran también agentes del banco Pantera, con sus ramas en Florencia, Venecia, Génova y Roma. Los duques rara vez tienen dinero suficiente siquiera para financiar matrimonios o guerras y los Pantera podían ser útiles a Rocca. También había que considerar que aquellos dos que ahora se quitaban el gorro ante él, uno de ellos muy malhumorado, estaban sin duda relacionados con el cardenal Pantera, de quien se sabía que contaba con la confianza del Papa.

Todos estos factores atemperaron la expresión del duque cuando Olivero se irguió de su reverencia con la mano en el pomo de la espada. Por otra parte, si conocía bien a su alguacil, ya habría varios hombres siguiendo de cerca a los Pantera. Ludovico inclinó la cabeza con gallardía.

—Veo que nos dejáis. ¿Volvéis a casa con vuestras esposas? —Se le había ocurrido que podían marcharse con o sin la joya que otorgaba riquezas y herederos. La contestación, sin embargo, le sorprendió:

—Vuestra excelencia ha acertado de lleno. Vamos a Roma a reunimos con ellas.

Ferondo mostraba unos modales más conciliatorios que su hermano, y estaba ansioso por impresionar.

—Se alojan con nuestro primo, el cardenal Pantera —dijo con astucia.

El caballo del duque, respondiendo a un ademán de su jinete, alzó la cabeza con un resplandor de oro bajo el sol. Ludovico sonreía, y sabía sonreír con encanto.

—Vaya, señores, debéis apresuraros. Aprovechad nuestra guardia, que se dirige con Segismundo a Roma. Son muchos los peligros del camino y deseamos que lleguéis sanos y salvos y presentéis nuestros saludos a su eminencia. Nuestro alguacil os escoltará hasta que os unáis a nuestra comitiva, que acaba de partir.

Olivero y Ferondo, con el alguacil a caballo junto a ellos, se vieron forzados a improvisar unas frases de agradecimiento, ponerse el gorro y marchar a unirse al grupo dirigido por un hombre de quien desconfiaban más que de ninguna otra persona del mundo. Lo sorprendente fue la expresión de sombría satisfacción en el oscuro rostro de Olivero.

Otro Pantera abandonó Rocca poco después que sus primos. También era Roma su punto de destino y como cualquier viajero sensato que no deseara caer víctima de

los ladrones, que acechaban sobre todo en el camino a Roma —hombres sin amo, soldados licenciados, bandidos—, había contratado algunos hombres fuertes como protección. Habría sido más seguro viajar en grupo, pero Gian no deseaba montar en compañía de un montón de peregrinos que desearían visitar cada iglesia del camino. Se alegró de que se le acercara en las puertas un sosegado joven que pidió compartir su escolta armada. También él se dirigía a Roma, y su rostro serio y hermoso le recordó a Gian el del arcángel Gabriel en un cuadro de la *Anunciación* que había visto en Florencia. No le dio sin embargo la impresión de que fuera hombre de aburrida inclinación piadosa. Incluso podía ser útil si sufrían el ataque de los bandidos.

Gian no podía saber exactamente de cuántos cuchillos, ocultos en su persona, podía disponer el joven en tal crisis.

TODOS COMETEMOS ERRORES

Benno estaba encantado y sorprendido de ver un rostro conocido entre las tres personas y el criado a quienes el duque había permitido unirse a la comitiva. Nunca había visto a Agostino da Sangallo, y ahora lamentaba verlo: tenía los ojos muy juntos, como si ninguno de ellos confiara en el otro, y los labios tan finos que parecían cosidos en una línea. Su ropa era sencilla pero buena, y el brocado de su esposa le resultaba a Benno familiar. Ella ocultaba el rostro tras un grueso velo que debía de ser asfixiante, pobre señora, pero su modo de moverse persuadió a Benno de que debía ser digna de verse, sobre todo porque su esposo no deseaba que fuera vista.

Luego vio el rostro conocido. No era hermoso, desde luego, parecía una larga rebanada de bizcocho, con pasas a modo de ojos, y no mostró señales de reconocerlo a él. Benno recordó enseguida dónde lo había visto: despertándolo en la casa de Pietra y echándolo a la calle a buscar a su amo aquella terrible mañana. Era Perpetua, montada a la grupa tras un zafio criado, y su señora debía de ser la mujer con la que Segismundo había pasado la noche, y el brocado era la tela que él le había visto comprar, y aquel hombre era el celoso marido. Benno había pensado en hablar con Perpetua, pero ahora sabía que era lo último que debía hacer. Mantuvo su habitual expresión de definitiva estupidez y tuvo segura una cosa: no habría ninguna diversión en aquel viaje, con Da Sangallo escrutando a todo el mundo con tan amarga suspicacia.

Apenas un kilómetro después de dejar Rocca, el alguacil los alcanzó y les entregó, como se entrega a un criminal más que un compañero de viaje, a los hermanos Pantera.

Ambos parecían contentos con la medida. Pudiera ser, pensó Benno, que a Segismundo tampoco le importara tenerlos a la vista, pero lo cierto es que Agostino da Sangallo se mostró violentamente disgustado. Apenas respondió cuando Segismundo los presentó y de inmediato cogió la brida de la yegua que montaba su esposa y se la llevó de allí hasta dejarla entre los monjes.

Segismundo había ordenado a los soldados cambiar por lino trenzado las cuerdas que ataban las muñecas del hermano Ieronimo. Las cuerdas ya habían mordido la carne y en una semana de viaje podían producir heridas abiertas. Benno oía la voz del monje alzada en un salmo de penitencia que habría sido más apropiado de cantarse en tono menos jubiloso.

Segismundo iba a la cabeza, bien a solas bien con el sargento de la guardia. En retaguardia iba el criado de los Pantera y los otros cuatro hombres de la escolta.

La marcha se hizo más fácil una vez que salieron del valle, donde las ruedas de los carros y los cascos de los caballos habían endurecido la tierra del ancho camino. Las rocas planas de la erosionada extensión que atravesaba la ladera facilitaban aún más el paso. A pesar de todo, estaban a muchos kilómetros de la primera hospedería cuando cayó el atardecer. Acamparon junto al vado de un ancho arroyo, hicieron fuego y el sargento apostó una guardia lejos de la luz, en la cima de una rocosa colina.

El grupo de Da Sangallo se mantuvo a insociable distancia y comió y bebió a solas. El criado no dejaba de arrimarse a Perpetua, que a su vez no dejaba de apartarse hasta que fue a dar con su señor, que la reprendió furioso. Benno se preguntó cuánto tardarían los cuatro en unirse al grupo principal si surgiera un súbito peligro.

Olivero sacó vino y lo ofreció incluso a los soldados. Luego, como si lo hubiera decidido de pronto, se lo pasó a Segismundo.

—Llenad vuestra copa, hombre. Es bueno. Solventaremos nuestras diferencias, ¿de acuerdo? No os guardo rencor por matar a mi tío. —Algo en el rostro de Segismundo le hizo añadir—: Todo fue un malentendido. Él mismo se lo buscó. En cuanto al registro en el palazzo Bandini, fue cosa del duque, y no vuestra. Vos y yo hemos luchado codo con codo contra los bandidos. Si tuviéramos que hacerlo de nuevo, hagámoslo como camaradas.

Segismundo inclinó la cabeza. Su expresión a la luz del fuego le pareció a Benno más demoníaca que condescendiente, pero Olivero no se desanimó. Se inclinó por delante del hermano Filippo, que bebía su vino a sorbitos como si soportara una penitencia, y cogió la botella que tenía Filippo para decantarla sobre la copa de Segismundo.

—Bebed, bebed, he traído de sobra.

A pesar de su buen humor, o tal vez a causa de él, Olivero parecía beber menos que de costumbre en su papel de generoso proveedor de vino. El hermano Ieronimo bebió su parte con sencillez. No hizo intentos de unirse a la conversación, pero miraba en torno a él bajo la creciente oscuridad como si todo lo que viera le produjera placer. De pronto señaló algo.

—¿Qué hay en la cima de la colina?

Todos se volvieron. Benno no fue el único en temer que una banda de ladrones los estuviera vigilando antes de lanzarse a la matanza. El irregular perfil de unas ruinas hendía el pálido verdor del cielo crepuscular. Uno de los escoltas satisfizo la curiosidad general.

—Era una ermita. Mi tía solía subir comida al ermitaño, según me contó, hasta que éste murió. Era un hombre tan santo que venía gente a verlo de muchos kilómetros a la redonda.

—Me gustaría rezar allí. —Ieronimo quiso levantarse pero Torcuato tiró bruscamente de su manga para impedirselo.

—De eso nada. Diréis los oficios con nosotros antes de dormirnos.

El monje no protestó, pero siguió mirando la colina mientras todos se disponían a pasar la noche. Agostino construyó trabajosamente una barricada de fardos y pertenencias alrededor de su esposa. Ella, por necesidad, había tenido que alzarse los velos para comer, pero él la había obligado a situarse de espaldas al fuego, incluso estando tan lejos, y había puesto delante a Perpetua para que interceptara a Olivero, que venía con el vino, antes de que éste pudiera llegar al pequeño grupo y contaminarlo con su escrutadora mirada. Agostino parecía temer tanto a su propia comitiva como a los bandidos, y Benno advirtió que su comportamiento estaba convirtiendo a su esposa en objeto de especulativos comentarios entre los Pantera, cosa que obligó al hermano Filippo a retirarse asqueado.

Los soldados se habían dispersado formando un círculo en torno al campamento. El que estaba atado al hermano Ieronimo quedó a cargo de la primera guardia. Bajo la severa mirada del sargento, había aceptado sólo media copa del vino de Olivero. Ahora, como si quisiera compensarle, Olivero se quedó un momento a hablar con él, poniéndole un amistoso brazo sobre los hombros, antes de unirse a Ferondo y al criado en el comfortable corrillo que habían formado junto al fuego.

Benno se cuidó de los caballos y llevó las sillas al pie de la colina, donde Segismundo había decidido dormir. El vino de Olivero era rico y denso, de una calidad a la que Benno no estaba acostumbrado, y ahora bostezaba mientras extendía la capa de Segismundo. *Biondello*, después de dar unas cuantas vueltas sobre la capa de Benno, se acurrucó con el hocico en la cola y abrió un ojo para ver por qué su cobertor tardaba tanto en acostarse.

—¿A qué distancia...? —El bostezo de Benno estuvo a punto de dislocarle la mandíbula—. ¿A qué distancia queda Roma? ¿Llegaremos pronto?

Algo le había explicado Segismundo sobre la inmensidad del mundo, y Benno tenía una vaga idea de las muchas leguas que se extendían más allá del horizonte, algunas de ellas cubiertas de arena o de nieve todo el año, pero seguramente Roma, no estando más allá del mar, debía de quedar a una o dos noches de viaje. Cuando un año atrás fue a Francia con Segismundo, tardaron semanas en llegar, pero al fin y al cabo se trataba de otro país.

—Demasiado cerca, para algunos —contestó su amo, que yacía envuelto en su capa y que con esta ambigua declaración cerró los ojos y casi de inmediato comenzó a respirar profundamente.

Benno se acomodó en torno a *Biondello* para protegerlo de la brisa nocturna y escuchó los sonidos del campo alrededor: el suave tintineo del río, el crujido de una rama en el fuego. Se preguntó si ese «demasiado cerca para algunos» se refería al pobre hermano Ieronimo, que a pesar de su absoluta serenidad debía de estar viajando hacia un destino de lo más desagradable. Estaba muy bien culpar al diablo de lo sucedido, pero no sería el diablo quien recibiría el castigo.

En los sueños de Benno flotó el rostro del hermano Ieronimo que hacía cabriolas

cantando estentóreamente y blandía un hacha sin ton ni son entre monstruos voladores y velados. Un monstruo se cernió sobre Benno con las garras dispuestas a rasgarse el velo y mostrar un rostro cuya visión le mataría. En ese momento se despertó sudando e intentando gritar y encontró sobre él el rostro inmóvil de Ieronimo bajo la luz de la luna.

—El Señor sea contigo, hijo mío. ¿Qué pasa?

¿Qué pasaba? Benno se incorporó, todavía presa de su pesadilla. Tras Ieronimo dos figuras luchaban recortadas contra el cielo oscuro, pero en un silencio onírico. De pronto un hacha aterrizó a sus pies. *Biondello* dio un brinco hacia atrás digno del mejor acróbata.

El monje, ajeno al parecer a lo que sucedía a sus espaldas, cogió el hacha para examinarla. Estaba a punto de comentar algo cuando uno de los luchadores cayó de rodillas con un grito mientras el otro le retorció el brazo a la espalda. Benno, que comenzaba a despertar, advirtió que se trataba de Segismundo.

Ieronimo, hacha en mano, se acercó corriendo para intervenir.

—No es ningún bandido, hijo mío. Es tu amigo.

Cuando el hombre arrodillado echó atrás la cabeza y la luz de la luna descubrió que era Olivero, la declaración perdió credibilidad. Segismundo, no obstante, no sólo soltó a Olivero sino que lo ayudó a ponerse en pie y le sacudió el polvo con vehemente cordialidad.

—¡Un error! —dijo—. Todos cometemos errores...

Olivero señaló el hacha que sostenía el monje y que Segismundo se apresuró a arrebatarse.

—Le sorprendí con ella, acercándose furtivamente a vos, y justo se la acababa de quitar cuando os despertasteis. He sido un estúpido al sentir lástima por él. Lo llevé a la ermita donde quería rezar y se pasó una eternidad con sus cánticos. Me dormí. Él debía de llevar el hacha escondida, porque cuando desperté le vi alejarse con ella dispuesto a asesinar al primero que encontrara.

Era curioso que Ieronimo se molestara en alejarse con el hacha, pensó Benno. ¿Por qué no atacar a Olivero, que estaba más a mano? Tal vez el diablo era tan astuto que le había guiado a atacar al hombre encargado de llevarlo ante la justicia. Ieronimo, con los pelos de punta, estaba lejos de parecer astuto. Miraba fijamente a Olivero como si el loco fuera él, y no opuso resistencia cuando éste le cogió por la muñeca y se lo llevó a rastras. La gente comenzaba a espabilarse. Benno confió en que despertaran con más premura en caso de que atacaran los ladrones.

—Esperad. —La voz de Segismundo tenía la misma autoridad que una espada desenvainada—. ¿Dónde está el guardia que había de estar con él?

En ese momento llegaba a la carrera, como otros miembros de la escolta. El resto del grupo se había levantado y las armas relucían en la oscuridad. Olivero cogió la cuerda de lino trenzado que colgaba de la muñeca del guardia y ató con ella las manos del monje con brutal dureza. Segismundo parecía el centro de atención y fue a

él y no al furioso sargento a quien se dirigió el guardia, mientras su brazo se agitaba bajo las maniobras de Olivero.

—Lo solté porque el señor Pantera dijo que se quedaría con él y cuidaría de que no se escapara. Pensé que nadie sufriría ningún daño. —A juzgar por el miedo que traslucía su voz, había cambiado de parecer respecto a esto último. Segismundo se limitó a hacer un gesto con la cabeza al sargento, que se llevó al soldado arrastrando con él a Ieronimo tras su cordón umbilical. Benno se preguntó si el monje seguiría atado a él durante los azotes que recibiría el guardia o si el sargento desharía el afanoso nudo de Olivero para atar a Ieronimo a un guardián más fiable.

Segismundo abrazaba a Olivero y hablaba con una cordialidad tan falsa que resultaba insultante:

—Gracias, muchísimas gracias por salvarme la vida, señor. ¡Cuánto debo a los Pantera! Pero os lo pagaré. No temáis, no soy hombre que deje mucho tiempo las deudas sin pagar.

Olivero se zafó del abrazo con el aspecto de quien necesita contar sus costillas para asegurarse de que están todas. Probablemente advertía el auténtico significado de la declaración de Segismundo. Benno pensó que el plan de liberar a Ieronimo para contar con una cabeza de turco al atacar a Segismundo era muy inteligente. Olivero debió de llevarse una de las hachas de cortar leña a la ermita y luego bajó con cuidado al hermano Ieronimo al pie de la colina donde yacía Segismundo.

Unos gritos apagados llegaron del arroyo, donde azotaban al guardia al tiempo que alguien rezaba en voz muy alta. Benno abrazó a *Biondello* mientras Segismundo se disponía a dormir de nuevo. Se alzaron murmullos entre aquellos perturbados por el incidente —Ferondo debía de estar oyendo una decepcionante relación de los hechos de boca de su hermano—, pero la luna alta en el cielo iluminaba a un sereno Segismundo.

—Intentó mataros, ¿verdad? —susurró Benno.

—Eso no hay ni que preguntarlo. Y sí, lo intentará otra vez. Pero no esta noche.

Benno esperaba de todo corazón que Roma no estuviera demasiado lejos.

«VIVIRÁ SI DIOS LO PERMITE»

La noticia llegó a mediodía. Hacía tanto calor que tocar una piedra podía provocar ampollas, pero aquellos hombres se guardaban hacía tiempo de cometer esa clase de estupideces. Su sabiduría procedía de la misma naturaleza, puesto que vivían en comunión con ella, y como ella eran inclementes. Las cosechas se pierden, el ganado muere, el hambre mata. Para sobrevivir hay que echar mano de cualquier cosa.

Ahora un niño que estaba de vigilancia informaba de que se acercaba un prometedor grupo por el sinuoso camino más abajo, prometedor porque no era muy abultado y porque sólo contaba con dos o tres escoltas. El cabecilla de los campesinos, con el rostro ensombrecido bajo el sombrero de paja, consideró el plan de acción mientras observaba tumbado entre las rocas. Al menos un miembro del grupo iba bien vestido, debía de llevar anillos y una cadena que podían venderse, además de la ropa. Era joven y probablemente sabía manejar su espada. Lo mejor era encargarse primero de él. El otro, su compañero al parecer, sería más fácil. Era una criatura esbelta, hermosa como una mujer, de quien se podía esperar que luchara o que estallara en gritos. Un fabricante de pelucas pagaría un buen precio por su pelo rubio.

El jefe se levantó silenciosamente, puso una piedra en su honda y alzó la mano para hacer una señal a los otros. Pronto comerían bien.

Lo primero y único que Gian Pantera advirtió de la emboscada fue un golpe demoledor en la cabeza. Incluso de eso se habría recobrado si su caballo no hubiera salido disparado, lo cual fue una ventaja porque se lo llevó lejos de la escena. Cuando comenzó a perder el sentido, el caballo lo derribó y permaneció dando vueltas y temblando un rato. Luego comenzó a pastar de un arbusto cercano.

En el desfiladero que había quedado atrás se alzaba una batahola de gritos. Las piedras y rocas que caían rodando o lanzadas alcanzaban a unos y fallaban a otros. Se había perdido ya el elemento sorpresa y había que terminar el trabajo rápidamente antes de que la sangre estropeará la ropa buena. Más tarde atraparían al fugitivo.

Dos hombres que bajaban la ladera se arrojaron contra un soldado, otros tres atacaron a un segundo, algunos aferraban las bridas de los caballos, aporreaban los brazos armados con espadas, apartaban un pie de un estribo. Se juzgó que un solo hombre sería suficiente para el frágil rubio. El asaltante cogió la brida, un error que le dejó con los dedos aferrados a la brida y el resto de su cuerpo muerto bajo los cascos del caballo. Un cuchillo trazó un plateado arco hasta alojarse en el cuello de un campesino; otro, todavía en la mano de Angelo, hendió un brazo armado con una

porra. El cabecilla de los campesinos, viendo que la situación se les volvía de súbito en contra, guio la retirada con el mismo vigor que el ataque y mientras trepaba por la escarpada pendiente recibió un cuchillo entre los omóplatos, cayó hacia atrás y vino a descansar al pie de la ladera con el sombrero sobre la cara como si durmiera.

Uno de los escoltas estaba muerto, un campesino había recibido una patada bajo el mentón y se agitaba tirado sobre una roca. Otro atacante cayó bajo un espadazo mientras su compañero, que intentaba atrapar al caballo suelto, sucumbió a otro de los letales cuchillos voladores. Otro campesino huyó a toda velocidad por el camino. El guardia que quedaba en pie dio media vuelta en su caballo y salió en pos del fugitivo. El último de los ladrones, de rodillas junto al cuerpo caído de su jefe, tendió las manos hacia el ángel rubio y suplicó a gritos clemencia. En ese momento acudió a su mente el vivo recuerdo de un viajero que le había suplicado a él de forma similar no hacía mucho tiempo y cuyo jubón ensangrentado llevaba puesto él ahora. Aun así le sorprendió que el sereno ángel se inclinara desde su montura y lo acuchillara.

Angelo recogió los tres puñales con que había hecho blanco y los dos con que había fallado por apuntar a objetivos que se movían entre valiosos caballos. Estaba contemplando a un ladrón que agachado intentaba contener la sangre que manaba de su brazo derecho, cuando volvió el guardia, echado sobre el fuste de la silla y agarrándose las costillas.

—No voy a esperar —dijo Angelo—. Voy por Pantera.

El guardia supo al mirarle que no podría disuadirle.

—Ayudadme a subir a mi compañero a su caballo —pidió—. Vendrán las mujeres de los ladrones y ya sabéis lo que harían con su cuerpo.

—Si os quedáis por aquí harán lo mismo con vos sin esperar que muráis primero. Dejadlo y salvaos.

Con este brusco consejo, Angelo espoleó al caballo y partió arrojando una nube de polvo al rostro del ladrón que sangraba sobre las piedras. Él al menos agradecía que Angelo no tuviera tiempo de quedarse.

El sargento a cargo de la escolta de Segismundo fue el primero en oír el martilleo de cascos detrás de él. Había asumido la responsabilidad de la retaguardia mientras Segismundo iba a la cabeza, y en aquel último día antes de llegar a Roma todos eran conscientes de que las posibilidades de ser atacados eran muchas, aunque había sido una suerte no haber caído hasta el momento en ninguna emboscada. Entre el vasto número de ladrones y asesinos que vivían en la ciudad era costumbre, y un cambio de aires agradable, rondar fuera de sus puertas y volver felices con algún botín al anochecer. Eran mucho más temibles que las bandas de campesinos puesto que, como profesionales, no se amilanaban ante los grupos numerosos.

El sargento gritó una advertencia a la cabeza de la comitiva y luego dio media vuelta en su caballo y sacó la espada. Los otros dos soldados de la retaguardia hicieron lo propio. Los desconocidos que se acercaba por el camino, tras un espolón de la colina y por lo tanto todavía fuera de la vista, debían de haber visto el polvo de

sus caballos y las huellas de su paso y parecían, por alguna razón, ansiosos de alcanzarlos.

Cuando los escoltas vieron a los perseguidores, bajaron con cautela las espadas. Los dos jinetes frenaron el desbocado galope y se acercaron lentamente. Uno de los caballos iba montado por un joven rubio bien vestido aunque con sobriedad; el otro, que iba delante, llevaba a un hombre con la cabeza vendada con tiras de camisa, que se recostaba en la silla atado a ella con más tiras de tela. Tenía los ojos cerrados y aunque el sargento sabía muy bien que podía tratarse de una trampa, también sabía por experiencia que no era fácil fingir el color del rostro oculto tras aquel vendaje. Se acercó sin envainar la espada.

—Necesitamos protección para ir a Roma. Puedo pagar.

El sargento comprendió que trataba con un hombre que no perdía el tiempo.

—Preguntadle a él —contestó, señalando con la cabeza a Segismundo, que en ese momento se acercaba—. Es quien está al mando.

Ciertamente Segismundo tenía aspecto de estar al mando. Cuando saludó cortésmente con la cabeza a Angelo hubiera sido imposible averiguar que éste trabajaba a sus órdenes. La explicación de Angelo fue breve:

—Nos han atacado los ladrones. Necesitamos ayuda.

Segismundo ya estaba junto a Gian Pantera, calmando al caballo y observando al jinete.

—Debería estar tumbado y no agitándose de esta manera. Hay que curarle pronto esa herida si quiere recuperarse.

—Puede ir en mi litera. Tiene que ir en la litera. Allí podrá ir tumbado, pobre hombre.

Era la voz de una mujer, una voz que hasta ahora casi nadie había oído en el grupo, aunque Segismundo la conocía bien. La comitiva había retrocedido y se había agrupado tan cerca de los recién llegados como lo permitían el camino y la escolta.

—¡De eso nada! —gritó furioso Agostino da Sangallo por encima del murmullo de aprobación—. Mi esposa necesita la litera. No debe cabalgar con este calor.

—Que la dama juzgue por sí misma —replicó Segismundo mientras desmontaba. Hasta ahora y a pesar de los apremios de su esposo, la dama se había negado a hacer uso de la litera cuyas cortinas la habrían ocultado con mucha más efectividad que los velos. Los criados ya estaban acercando al herido los caballos que portaban la litera.

—Sois muy gentil, señora —dijo Segismundo con tono tranquilo e impersonal, mientras desataba las tiras de tela que impedían que Gian cayera de cabeza.

Cogió en brazos al herido como si fuera un bebé y lo tumbó sobre el colchón de seda verde y los cojines de la litera. Levantó luego el improvisado vendaje y examinó la herida, cubierta de pelo pegado con sangre sobre una hinchazón del tamaño de un huevo de gallina. Luego le miró bajo los párpados, en los que dejó brillar el sol un instante antes de permitir que se cerraran de nuevo.

Otros dos viajeros se abrieron paso a empujones para averiguar hasta cuándo se

seguirían retrasando. En cuanto Segismundo se apartó del herido se alzó un súbito grito.

—¡Por las barbas de Cristo, es Gian! ¿Está muerto? —Era inconfundible el tono esperanzado de Olivero.

Segismundo cerró las cortinas para impedir el paso al sol y a las escrutadoras miradas.

—Vivirá si Dios lo permite y lo llevamos pronto a Roma.

Montó de nuevo en su roano e hizo un amplio gesto con el brazo para poner en marcha a la comitiva. Esta vez el sargento se colocó en cabeza mientras Segismundo cabalgaba junto a la litera. Agostino, después de que su petición de que Angelo pagara la utilización de la litera fuera fríamente rechazada, se llevó a su esposa. Ella seguía oculta por los velos, pero una gruesa trenza adornada con cintas brincaba libre a su espalda cuando se alejó a caballo. Olivero y Ferondo espolearon a sus monturas, hablando entre ellos inclinados el uno hacia el otro.

Benno, que cabalgaba junto al segundo caballo de la litera, observaba a su amo conversar con Angelo y se preguntaba si le estaría dando las gracias por añadir al grupo a Gian Pantera. Si la comitiva de Angelo había sido atacada por los ladrones, Benno calculaba que no habrían quedado muchos bribones vivos para lamentar su error. La fortuna podía sonreírles, después de todo. Si cualquiera de los Pantera tenía la cruz, a pesar del registro del alguacil, por lo menos estaban todos bajo la vigilancia de Segismundo.

Por otra parte, a Segismundo no le resultaría fácil registrarlos de nuevo, y pronto llegarían a Roma y se le perderían de vista. Su primera preocupación debía ser entregar al hermano Ieronimo a la justicia y presentar la carta del duque Ludovico al Papa. Los Pantera quedarían engullidos en la inmensidad de Roma —ciudad que Benno trataba de imaginarse habiendo visto París— y serían libres, en caso de tener la cruz, de hacer con ella lo que gustasen. Benno había dormido mal las pocas noches pasadas desde el ataque de Olivero. Ahora Gian era otra carga para Segismundo, que debía protegerlo de sus primos. El padre de Olivero había muerto a manos de Gian en una lucha fatal para ambos y Benno, que recordaba con nitidez aquella inexpresiva mirada, no le atribuía a Olivero escrúpulo alguno para matar a un hombre inconsciente. Benno suspiró.

Ieronimo, a la cabeza del grupo, comenzó a cantar un jubiloso salmo de gracias.

ROMA

Roma era terrorífica.

Benno, más que verla, la olía y la oía. Habían pasado ante sórdidos grupos de barracas y él no dejó de pensar que las afueras de la ciudad serían un conglomerado de chabolas. Pero la verdad resultó muy diferente. Cuando por fin entraron por uno de los puentes, se le revolvió el estómago. El río que acababan de atravesar no era de caudal turbulento, como el de Rocca, sino indolente, como si se hubiera abierto camino cansinamente a través de indescriptibles obstáculos. El agua era escasa, las orillas inmundas y las personas que parecían estar buscando algo en las márgenes semejaban parte del lodo. Al final del puente, una hilera de rostros clavados en lanzas les daba la bienvenida a Roma. Eran rostros con los que sus dueños habían terminado hace tiempo, e incluso el pájaro que picoteaba uno de ellos parecía descontento. El olor hacía toser incluso a los soldados y arrancó una ahogada exclamación bajo los velos de Felicia, que se llevó un pomo de perfume a la cara. Perpetua, sin este recurso, se tapó la boca con la mano y cerró los ojos. Nuto, el criado de Agostino, a quien los continuos rechazos de Perpetua no habían desanimado, cogió la brida de su mula y la guio suavemente. Los monjes rezaban con un grave cántico. *Biondello*, tras asomar afanoso el morro, se amadrigó bajo la axila de Benno. Sólo el hombre de la litera entró en Roma sin reaccionar ante su poderoso estímulo.

Más allá del puente se encontraron con estrechas calles de tierra y piedras pavimentadas de basura y atestadas de un gentío que vociferaba. Por todas partes se alzaban edificios atravesados de oscuras ventanas de las que surgía más ruido e incluso alguna lluvia de mondas de verduras. Todo tipo de personas desagradables con extraordinarios acentos tiraban de las bridas de los viajeros y ofrecían cosas incomprensibles, con excepción de dos muchachas vestidas de rosa y escarlata y con cintas amarillas en el pelo, que se levantaban las faldas ante el hermano Filippo entre chillidos de risa y ofrecían un mensaje inconfundible.

Agostino da Sangallo fue el primero en anunciar su intención de abandonar el grupo. Podría haberse marchado sin despedirse, pero debía reclamar la litera de su esposa a pesar de las protestas de ésta.

—Ya estamos en Roma. Algún convento se hará cargo del joven. —Agostino abrió la cortina de la litera, tras la cual Gian Pantera intentaba incorporarse sobre un codo y comprender lo que pasaba alrededor—. Ya veis. Está bastante recuperado para montar.

—Quedaos. —La voz de Segismundo, como antes, tuvo el poder de interrumpir la

acción—. Gian Pantera viene conmigo y todavía tiene necesidad de la litera. Os la enviaré a vuestros alojamientos y estoy seguro de que el joven os recompensará en cuanto esté en condiciones. —Esbozó una ancha sonrisa—. Vuestra caridad cristiana recibirá su premio, señor: podéis contar también con nuestras oraciones.

—Necesitáis nuestro permiso, Segismundo. —Olivero se había adelantado con su gran caballo negro, obligando a Agostino a hacerse a un lado. Gian Pantera clavó la mirada en su primo con lo que podía haber sido una expresión de incredulidad—. Necesitáis nuestro permiso para apartar a un Pantera de los cuidados de su familia. En este momento necesita estar con los suyos.

Para estar seguro de que no se recuperará, pensó Benno. El criado quedó estupefacto al ver que Segismundo asentía con la cabeza.

—Todo hombre tiene derecho a los cuidados de su familia, y yo me encargaré de que así se haga. Pero primero... —Dio media vuelta e impidió que Olivero cogiera la brida del caballo que guiaba la litera—. Primero debemos cumplir nuestro encargo. Padre, ¿dónde llevaréis al hermano Ieronimo?

Torcuato señaló una negra mole, oscura incluso bajo el sol de Roma, que se alzaba al final de la calle.

—Nuestros hermanos nos recibirán. El hermano Ieronimo estará vigilado día y noche hasta que Su Santidad pueda pronunciar un juicio sobre él.

Filippo asintió con la cabeza y Ieronimo, vuelto al presente por el sonido de su propio nombre, apartó la sonrisa del gentío que los rodeaba para dirigirla al padre Torcuato. Una amable matrona, atraída por su aspecto sereno, le había dado una manzana de su cesta. El monje la mordía con ganas mientras escuchaba los planes que se hacían para él. El grupo, que medio bloqueaba la entrada de la calle, había llamado la atención de una pequeña multitud entre la que se contaba el habitual porcentaje de mendigos. En la mano de uno de ellos depositó de pronto el hermano Ieronimo la manzana, sólo un poco comida. Habían aparecido otras tres muchachas con cintas amarillas en el pelo y Benno, que había creído que las primeras dos eran hermanas por llevar cintas iguales, vio que en cierto modo tenía razón. Recordó que unas noches atrás Olivero escandalizaba al hermano Filippo informándole de que en Roma había catorce mil prostitutas, aunque Benno no imaginaba cómo podía saberlo.

Segismundo hablaba con el sargento de la guardia mientras los hermanos Pantera porfiaban furiosos por tomar posesión de su primo. Gian había vuelto a desplomarse pálido sobre los cojines verdes con los ojos cerrados, siendo evidente que la consciencia no era de su agrado. Da Sangallo, viendo que la litera era requerida ahora por Olivero, intentó discutir con él hasta que la peligrosa mirada de sus ojos negros le hicieron vacilar. Perpetua, detrás de él, miraba a las prostitutas con disimulada curiosidad, como considerando si una cinta amarilla en su propio pelo lacio podría transformar su aspecto y su vida. Angelo permanecía indiferente a todo. Podía haber vivido siempre en Roma y era notable que nadie le molestara pidiéndole limosna.

Resultó que los soldados escoltarían a los monjes y su prisionero hasta el

monasterio de su orden que Torcuato había señalado. El sargento recibió de manos de Segismundo una bolsa de dinero del duque Ludovico para pagar el alojamiento y el viaje. Al día siguiente partían hacia Rocca. Benno habría querido marchar también. Roma había resultado tan atestada de gente, tan extraña, que a pesar de todos sus deseos de verla había quedado amilanado ante ella. Cuando estuvo en Francia no esperaba enterarse de lo que ocurría alrededor, pero en un país donde se suponía que la gente hablaba su propio idioma, era perturbador sentirse tan desconcertado. ¿Dónde pensaba Segismundo pasar la noche en aquella extravagante ciudad?

Su señor estaba en ese momento dando órdenes a los mozos de la litera.

—Al palazzo Pantera. No me equivoco, ¿verdad? —añadió mirando a Olivero—. ¿Os alojáis con el cardenal?

—Desde luego. —Olivero le dirigió una de sus desalentadoras falsas sonrisas—. Y vos, señor, ¿adónde vais?

—¿Yo? Pues detrás de vos. Tengo cartas del duque para el cardenal Pantera.

«TENÉIS UNA HISTORIA QUE CONTARME»

—Basura inútil. Obra de un aficionado.

La piedra tallada cayó dando vueltas sobre la mesa de mármol con un elocuente chasquido que traicionaba el disgusto de quien hablaba, que se apoyó sobre unos dedos rechonchos y callosos y resopló con desdén.

—Son antigüedades.

—Da igual cuándo se hicieron, eminencia. Siguen siendo basura. Basura antigua.

El cardenal Pantera suspiró. Ser mecenas era en ocasiones un trabajo duro, sobre todo cuando daba uno con Brunelli. Brunelli, a la manera moderna, era capaz de dedicarse a cualquier cosa: podía obtener planos para un palacio, supervisar su edificación —si al cliente no le importaban los ocasionales problemas con los equipos de construcción—, decorar el interior, pintar frescos, diseñar y realizar la vajilla en oro y plata y, tras proveer objetos suficientes para la admiración de los amigos del dueño y la envidia de sus rivales, ejecutar un busto de bronce para recordar a la posteridad que el señor de la casa había tenido tanto los fondos como el sentido común necesarios para emplear a un genio. Esto era lo que estaba a punto de hacer para el cardenal.

Como la mayoría de los genios, a Brunelli no le interesaba el trabajo de otras personas. Su extrema seguridad le decía que si una cosa no se hacía a su manera, y sólo él podía hacerla así, entonces no valía la pena ni ser mirada. Ahora inspeccionaba las paredes de la magnífica sala de recepciones del cardenal, con sus largas ventanas que daban al patio de entrada y sus frescos de ninfas y sátiros retozando en un romántico paisaje. Brunelli cruzó los brazos sobre su robusto pecho y resopló.

—Obra de Leconti. La reconocería en cualquier parte. Insípida basura.

El cardinal Pantera estaba examinando la rechazada talla de piedra. Alzó la vista y miró los frescos con suave aprobación.

—No, yo creo que son encantadores. Pero —prosiguió imperturbable al ver una ominosa dilatación en los rasgos de Brunelli— no os he pedido que vengáis para hablar de los frescos. Su eminencia el cardenal Sforza me ha mostrado el excelente bronce que le hicisteis esta primavera. Me gustaría...

Un ruido de cascos y clamorosos gritos en el patio interrumpió su deseo. Se acercó a la ventana más próxima con un susurro de sus ropas de rígida seda y contempló con interés al primer jinete, un hombre que no había visto antes y a quien era difícil olvidar. Tenía la complexión de un soldado, con unos hombros capaces de

aguantar la armadura y los golpes, pero el rostro reflejaba una serena inteligencia, más bien insólita en un soldado. Al cardenal le recordaba cierto busto de un emperador romano con su aire de autoridad, dominio y lucidez.

El hombre que venía a continuación era quien hacía casi todo el ruido. El cardenal Pantera lo conocía. Se volvió hacia Brunelli, que aprovechaba el tiempo arañando con una uña mellada el yeso de un fresco, llevado por su suposición de la poca preparación de Leconti y de paso dañando la bonita sonrisa de una ninfa. El tono del cardenal, no obstante, era más de disculpa que de irritación:

—Me temo que tendréis que venir en otra ocasión. Han llegado parientes y debo recibirlos.

Brunelli se disgustó, pero había quedado prendado del rostro del cardenal y ya estaba mentalmente modelando los planos. Además, por ese bronce obtendría un precio generoso, y Brunelli, que tenía la costumbre de guardar lo que ganaba en cestas de mimbre para que se sirvieran de ellas todo el que visitara su estudio, andaba siempre corto de dinero aunque vivía con la frugalidad de un campesino. Tenía que pagar a sus ayudantes, comprar colores y materiales, y al fin y al cabo había que comer.

Logró esbozar una mueca no demasiado hostil y se dejó acompañar a la puerta por un criado que acudió en respuesta al tintineo de la campanilla de oro que había en la mesa junto a las piedras talladas.

Benno había visto cardenales con anterioridad. El cardenal Pontano de Rocca le inspiraba un apropiado temor reverente, e imaginaba al cardenal Pantera como una especie de Olivero vestido de escarlata, una visión alarmante. Pero al llegar a la sala de recepciones, pegado a los talones de Segismundo y cargado con su capa y el paquete de cartas, advirtió que se había equivocado. En cierto modo el cardenal se parecía a Olivero. Sus cejas eran igual de densas y negras, pero curvadas hacia arriba en el centro, con gesto melancólico. También tenía la boca grande y, cuando hablaba, mostraba unos pequeños dientes crueles, pero su voz era dulce mientras que la de Olivero era áspera. A pesar de su aspecto de haber sido castigado por la vida, el cardenal Pantera era gentilmente cortés. Cuando Segismundo mencionó las cartas del duque Ludovico y el cardenal Pontano, Benno se las tendió y Segismundo se arrodilló para ofrecerlas al cardenal.

Pantera miró con gran afabilidad a Segismundo y mientras rompía el sello con la cinta verde dijo:

—Seréis bienvenido, hijo mío, si deseáis quedaros aquí como huésped. Mis primos, supongo, habrán ido en busca de sus esposas, que llevan conmigo unas semanas. Tal vez deseáis permanecer en Roma mientras se considera todo este horrible asunto del abad Bonifacio. Su Santidad sin duda querrá oír toda la historia de vuestros labios. —Dio unos golpecitos al pergamino y añadió con ceno aire de

desaprobación—: Su excelencia me pide aquí que utilice mi influencia para que Su Santidad os conceda pronto audiencia. Naturalmente Su Santidad ha recibido ya la noticia mediante el despacho especial del duque y está muy conmovido.

En ese momento irrumpió Olivero por la puerta seguido de Ferondo. Tal vez habían visitado a sus esposas, aunque muy brevemente —Olivero tenía el cuello levantado en un lado y Ferondo el cabello alborotado—, pero parecían ansiosos por saludar a su anfitrión, que los miró con expresión escrutadora mientras se inclinaban ante él, para luego mostrarles brevemente los dientes en un gesto más parecido a una mueca gatuna que a una sonrisa.

—¿Habéis venido a Roma por negocios, primos, o sólo a por vuestras esposas? Debemos hablar —prosiguió, interrumpiendo con suavidad la réplica de Olivero—, debemos hablar largo y tendido, y pronto además, sobre asuntos familiares, ¿no os parece?

Miró entonces a Segismundo y el gesto de sus cejas se hizo más melancólico.

—Hijo mío, el duque Ludovico os recomienda diciendo que le habéis servido bien, a él y a otros, en tiempos de necesidad. Ahora beberéis vino conmigo y me explicaréis qué debo decir a Su Santidad. —Hizo sonar la campanilla de la mesa.

A Benno le divirtió ver cómo Olivero y Ferondo recibían, para besarlo, el anillo de su primo y otra forzada visión de sus dientes. Los criados los rodearon y los sacaron de la habitación, y Olivero fracasó de nuevo en su intento de hablar puesto que el cardenal le dio la espalda e hizo señas de que sirvieran el vino.

—Eminencia —la voz de Segismundo sonaba muy grave tras el tono hueco del cardenal—, abajo, en una litera, tenéis a otro pariente con una herida en la cabeza que necesita atención. Gian Pantera.

—Por supuesto. —El cardenal alzó las cejas—. Se le atenderá. —Su eminencia hizo un gesto a un criado que acercaba a la mesa un taburete acolchado y forrado de terciopelo marrón. El hombre se apresuró a salir y cerró la puerta—. Sentaos —prosiguió el cardenal—. Tenéis una historia que contarme.

ABSOLUCIÓN DE TODOS LOS PECADOS

Esa noche, en una habitación de notables proporciones como correspondía al enviado del duque de Rocca, Segismundo descansaba bebiendo el excelente vino proporcionado por el mayordomo del cardenal y servido por Benno en una copa de plata tallada con las armas de los Pantera bajo un capelo cardenalicio. Benno, con su inveterado desaliño, era una incongruencia en aquel entorno pero, como siempre, se acomodó como si estuviera en su casa.

Si metieras esa copa en tu fardo todo el mundo sabría de dónde la has cogido. Benno pensaba en el método de Angelo, un par de semanas atrás, para retener a Olivero y Ferondo.

Vaciló y miró a Segismundo. ¿Estaba de buen humor para contestar preguntas? Sacó de su bolsa su propia copa de peltre, se sirvió un poco de vino y bebió pensativo antes de aventurar una cuestión. Segismundo se echó a reír.

—Quieres saber lo que pienso, Benno. Pues lo cierto es que no sé qué pienso yo, pero pronto, con algo de suerte, descubriremos lo que piensa Su Santidad.

—¿Colgarán al hermano Ieronimo?

—Sabes tan bien como yo que la Madre Iglesia no mata. Si el Papa lo juzga culpable, el hermano Ieronimo será entregado a un brazo secular y después — Segismundo se encogió de hombros y tendió una mano— la muerte lo encontrará más preparado que a algunos.

—¿Creéis que lo hizo él?

—Tuvo la oportunidad y él dice que lo hizo. Eso bastaría para la mayoría de la gente.

—Pero muchos otros tuvieron también ocasión de hacerlo, ¿no es así? Todos los Pantera, por ejemplo. Gian estaba en el palacio y nadie sabe dónde se encontraba cuando el abad fue asesinado. Y Olivero y Ferondo estaban en Rocca y vos dijisteis que si el diablo aterrizó sobre aquel pobre guardia que estaba aplastado en el jardín, tenía el peso de un hombre, de modo que podía haber sido Olivero o Ferondo...

—Mmm. —Segismundo probó una de las confituras cubiertas de azúcar cristalizada con agua de rosas y reluciente bajo una fina capa de pan de oro—. Estas *manus Christi* son las mejores que he probado en la vida. Olivero, si estaba allí, es quien tiene más probabilidades de haber descargado el hachazo. Eso, supongo, mientras Ferondo vigilaba desde abajo.

—Pero no podía haber contado con encontrar un hacha. No podía saber que la vuestra estaba allí. Quiero decir, que es más probable que hubiera utilizado su puñal y

no un hacha, aunque la tuviera a mano.

—Dime, ¿crees que un hombre tan temeroso de la Santa Iglesia que no se atreve a matar por miedo a que el obispo lo excomulgue... crees que mataría a un abad?

Benno se rascó la barba con fruición.

—Bueno, si pensara que nadie lo descubriría...

Biondello se estiró voluptuosamente a los pies de Benno. Segismundo se arrellanó contra el travesero de brocado rojo de su cama, eclipsando el escudo de los Pantera que se repetía en la cabecera bordado en oro, con una esbelta pantera enmarcada en las borlas de un capelo cardenalicio.

—Estás diciendo que cualquiera de los Pantera pudo matar al abad para recuperar la cruz. Piensa: podían haberle matado sin conseguir la cruz. Los tres fueron registrados a fondo, igual que sus pertenencias. Yo, mientras atendía la herida de Gian, lo registré de nuevo. —Segismundo ofreció un confite a *Biondello*, que se incorporó para cogerlo y, con un desdén por las vanidades mundanas propio de un invitado de un cardenal, engulló el pan de oro con la misma avidez con la que se habría tragado unas sobras. Segismundo se arrellanó y prosiguió—: Recuerda que el golpe que hendió la columna del abad rompió la cadena que sostenía la cruz, que podía haberse deslizado entre sus ropas o caído al suelo. Supón que el asesino la hubiera estado buscando cuando oyó al hermano Ieronimo que se acercaba cantando.

Benno guardó silencio. El diablo se le había aparecido al hermano Ieronimo. Había salido corriendo de la habitación del abad para pararse en el parapeto y desplegando sus enormes alas alzar el vuelo. Benno había sentido un inmenso alivio ante la idea, más humana, de que hubiera sido Olivero quien, ataviado con una capa negra y tras recuperar el equilibrio, hubiera saltado sobre el desdichado guardia. Pero si no había sido el diablo, ¿quién provocó en Ieronimo el impulso de matar? El monje parecía un ser notablemente pacífico, dispuesto a ver el bien en todas las cosas, alguien incapaz de levantar un dedo —y mucho menos un hacha— contra su superior, por corrupto o tiránico que éste pudiera ser...

—Bueno, pero si Olivero o Gian mataron al abad y luego no encontraron la cruz, ¿quién piensan que pueda tenerla? —Benno vio la ancha sonrisa de Segismundo y se dio un puñetazo en la rodilla—. ¡Claro! Por eso os atacó Olivero, no sólo porque os aborrezca. Él cree que vos tenéis la cruz. Pero ¿y Gian?

—Pudo haber ido a matar al abad y encontrarlo muerto y sin la cruz. Supongo que Gian, igual que Ieronimo, vio a Olivero. Pero él sí lo reconoció y ahora piensa que la cruz la tiene él. No se marchó de Rocca hasta que partimos nosotros. Supongo que esperaba que al viajar ligero de equipaje llegaría a Roma antes y persuadiría a nuestro anfitrión de que tomara partido por él en contra de sus primos. La amenaza de excomuniación es poderosa: podría haber hecho que Olivero y Ferondo entregaran la cruz.

Benno intentó en vano imaginarse al cardenal Pantera amenazando a Olivero. Aun así, el cardenal había puesto en su lugar a los hermanos sin dificultad alguna.

—Si los Pantera la tienen, habrán venido porque están aquí sus esposas. Quiero decir...

Biondello malinterpretó la sugestiva sacudida que dio Benno con la cabeza y comenzó a husmear por el suelo pensando que había caído más oro de las alturas.

Segismundo se echó a reír de nuevo.

—Mmmm. Tienes razón, desde luego. Para hacer hijos bajo el techo de un cardenal y bajo la santificación de una cruz. Pero si tienen las manos teñidas de sangre... —Giró una mano hacia arriba—. ¿Se te ocurre otra razón, aparte de la de conseguir herederos, que pudiera traer a Roma a los asesinos del abad?

La barba de Benno se negó a darle inspiración alguna.

—Pues no.

—Benno, Benno, Roma es el lugar donde uno puede comprar la absolución de cualquier pecado. De cualquiera.

«VUESTRO FIN ESTÁ CERCA»

—Hijo mío, contamos contigo para que Nos expliques la situación.

El hombre utilizaba un plural mayestático. El anillo que Segismundo se arrodilló para besar era el anillo del Pescador. Le habían otorgado aquel favor especial después de que besara primero el pie que, en su zapatilla de brocado blanco, descansaba en un cojín de terciopelo rojo ribeteado de oro.

El cardenal Pantera había sido muy modesto en cuanto a la influencia que poseía: el Papa concedió una audiencia inmediata al enviado del duque de Rocca. Segismundo con su jubón de terciopelo negro bordado de plata, esperó respetuoso con la rodilla hincada en el suelo y la cabeza gacha a que el Papa terminara de observarlo. Su Santidad apenas había dedicado una ojeada a las demás personas admitidas en su presencia, que ahora quedaban eclipsadas con sus túnicas negras contra el tapiz negro: Torcuato y Filippo pálidos y ansiosos, y el criminal, Ieronimo, con una serena sonrisa. Benno, enseñando las cartas que llevaba con los sellos de Rocca y del cardenal Pontano, había logrado traspasar la pica de punta de oro que el chambelán del Papa interpuso en su camino. Ahora que su amo se había hecho cargo de ellas para ofrecérselas al Papa, a Benno no le restaba hacer otra cosa que mirar.

Valía la pena mirar al Papa. En principio había mucho que ver ya que Su Santidad, como el abad Bonifacio, era de formidable constitución, amén de que su corpulencia quedaba acentuada por la capa de terciopelo escarlata ribeteada de armiño que cubría su sotana de seda blanca. El rostro bajo la birreta escarlata festoneada con la misma piel, podía haber sido tiempo atrás hermoso y rubicundo, pero la buena vida le había colgado bolsas bajo el mentón y los ojos, desdibujando las facciones. Su boca era de labios generosos y su expresión de buen humor.

El cardenal Pantera, de pie entre Segismundo y el Papa, había cogido las cartas para ponerlas en mano de Su Santidad, que a su vez las entregó al chambelán para que rompiera los sellos y las abriera. Luego el Papa tomó la carta del duque sin mostrar mucho interés, puesto que toda su atención seguía dedicada al hombre arrodillado ante él.

—Una cosa terrible este asesinato. Terrible. —El Pontífice sacudió la cabeza y sus papadas siguieron obedientemente el movimiento. Hablaba como un experto. Roma era una ciudad de asesinatos, donde se cometía una media de catorce al día. El que ahora le ocupaba, sin embargo, estaba inmerso en un horror propio que eclipsaba el crimen ordinario. Se trataba del asesinato de un clérigo, nada menos que el superior de una gran abadía; un asesinato, peor aún, cometido por alguien que había

jurado obediencia a la Iglesia.

El Papa, sin dejar de mirar la carta, tendió la mano y el chambelán le puso algo en ella, algo que cuando el Papa lo alzó ante sus ojos resultó una gran esmeralda tallada que relucía como un fragmento del mar del verano.

—Su excelencia dice que desea limpiar de su honor toda mácula de sospecha por la sangre de su invitado. —El Papa bajó la esmeralda para dirigirse a Segismundo—. No es posible que nadie sospeche de su excelencia, ¿no es así? Habíamos oído hablar de sus diferencias con el abad Bonifacio, pero ¿cómo puede nadie sospechar que su excelencia sea culpable de un crimen tan horrendo, cuando el asesino ha confesado? ¿Acaso piensan que ha sobornado al criminal? —Hizo un gesto brusco y Segismundo se puso en pie.

—Su Santidad, el caso puede no ser tan simple como parece.

La auténtica cuestión, pensó Benno, es si el hermano Ieronimo es tan simple como parece. El Papa hizo una seña y un guardia papal hizo adelantar al monje cogiéndolo por los dos brazos como si temiera que el hombre que había matado a un abad pudiera también tener la ambición de atacar al Papa. Ieronimo, de rodillas, rebosaba de alegría mientras el Papa lo miraba. Su Santidad hizo otro brusco ademán y el guardia obligó a levantarse al monje.

—¿Cometiste tú este terrible crimen, hijo mío? ¿Cómo es posible?

—El diablo me poseyó, Santo Padre. Fue obra suya.

—Eso podrían decir todos los malhechores. Aun así son ahorcados y van al infierno a reunirse con su señor.

—Yo no iré al infierno. —La seguridad de Ieronimo era imbatible—. Nuestra Señora me lo prometió.

El Papa alzó las cejas, unas finas líneas sobre sus pesados párpados.

—¡Nuestra Señora! ¿Imaginas haber oído a Nuestra Señora hacerte tal promesa?

—Con vuestro permiso —terció la voz profunda de Segismundo. El Papa tendió la mano para otorgar su venia—. El hermano Ieronimo ha tenido visiones de la Virgen de Scheggia. El abad Bonifacio lo sabía.

—¡La Virgen de Scheggia! —El Papa tendió la mano una vez más y el chambelán depositó en ella una copa de oro y perlas, de la que Su Santidad bebió sin dejar de mirar al hermano Ieronimo—. ¿Estamos tratando con un loco? El diablo puede ocultarse incluso tras disfraces sagrados. ¿No has pensado que tus visiones podían provenir del diablo, que te impulsó a matar?

Ieronimo hizo un movimiento y los guardias lo cogieron con más fuerza, como si el monje fuera a elevar las manos, igual que el rostro, hacia el cielo, o al menos hacia el techo donde un grupo de alegres querubines pintados le miraban escrutadores. El hermano, sorprendiendo a los guardias, cayó de pronto de rodillas arrastrándolos con él.

—Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros... ¡Está aquí! ¡Está aquí! ¡Santa madre de Dios, ruega por nosotros!

Era una invocación a la que todos los presentes estaban acostumbrados, y un automático murmullo se alzó en la sala al tiempo que varias miradas escudriñaban dudosas el techo. La expresión extática de Ieronimo, sin embargo, se desvanecía. Para cuando los guardias lo pusieron en pie, tenía lágrimas en los ojos y balbuceaba algo ininteligible.

El Papa se encogió de hombros y señaló las puertas, que unos pajes abrieron al instante. Se llevaron hacia ellas a Ieronimo, que apenas tocaba el suelo con los pies. Pero antes de salir, se deshizo de los guardias con una fuerza imposible y se volvió hacia el Papa con los brazos tendidos.

—¡Nuestra Señora os lo advierte: arrepentíos! ¡Vuestro fin está cerca!

EL NUEVO OBISPO

Ahora sí la ha hecho buena, pensó Benno. Primero el hermano Ieronimo vaticina un baño de sangre justo cuando el abad sale de Pietra, y él mismo precipita ese baño con un hacha. Ahora predice tres cuartos de lo mismo para el Santo Padre. A nadie le gusta que le digan que va a morir en breve, puesto que con ello se elimina toda esperanza. Siempre se puede vivir de esperanza cuando no queda nada más. Pero ¿qué esperanza le queda a un hombre cuya muerte ha sido predicha por la Virgen?

—Llevaos a ese hombre. Está loco.

No fue el Papa quien dio la orden. Los guardias acababan de coger de nuevo a Ieronimo y lo sacaron por la puerta, que los pajes se apresuraron a cerrar. Unos indignados murmullos se habían alzado entre los congregados junto a los tapices. El rostro del cardenal Pantera, que mostraba un habitual desprecio aristocrático por los sucesos, no se alteró. Tampoco el Papa parecía demasiado turbado. De hecho la risa hacía brincar sus papadas y crepitar sus ropas.

—Loco, loco —dijo a Segismundo—. Luego vendrá con que la Virgen de Scheggia le ha metido en la cabeza que me estrangule. —Las carcajadas remitieron a una risita jovial—. Uno se tiene que asegurar de que sus profecías se cumplan, ¿no? Bueno, el mundo no será peor con un monje loco menos. Mañana se le juzgará en el consistorio y enseguida se le entregará al brazo secular para que lo cuelguen el día después. Al diablo le complacerá ver que le entregamos a su siervo con tanta diligencia. Le dará una calurosa bienvenida, ¿eh?

Unas risas y palmadas respetuosas saludaron el chiste del Santo Padre, aunque a Benno se le revolvió el estómago. No se había dado cuenta de lo mucho que le gustaba el pobre hermano Ieronimo, que sería precipitado a la eternidad al cabo de un par de días como lo habían precipitado a través de aquellas puertas. Además, Segismundo había apuntado que tal vez el pobre hombre no era culpable, sino que estaba confuso. Mucho mejor estaría la soga en torno al cuello de Olivero; pero los hombres como él, con dinero de sobra y un cardenal por primo, eran de los que morían en la cama de viejos o, en el peor de los casos, de un empacho.

Era imposible saber qué pensaba Segismundo de todo aquello. El Papa, con un ligero gesto de la mano, le había hecho acercarse al tiempo que conminaba a los demás a permanecer atrás. Su coloquio fue secreto y Benno se preguntó si llegaría a enterarse de lo que decían. Entre tanto dejó volar la imaginación. ¿Y si Su Santidad, impresionada por lo que el duque Ludovico había escrito y por la apariencia de Segismundo, le estaba ofreciendo un puesto en la Iglesia? Segismundo había hablado

a Benno de hombres que contaban con el favor del Papa, o que eran parientes suyos, hombres a los que ordenaban sacerdotes un día, obispos al otro y cardenales al siguiente. Por supuesto sería un inmenso honor y Segismundo estaría magnífico con los ropajes eclesiásticos, pero Benno esperaba que no fuera este el caso.

La conversación fue muy breve. El Pontífice tendió de nuevo el anillo para que Segismundo lo besara. Si su señor había rechazado un obispado, el Papa había aceptado su negativa de buen talante. Segismundo tuvo que apartarse, sin embargo, retrocediendo hasta que sus anchos hombros hicieron desaparecer de la vista de Benno el trono papal. El padre Torcuato y el hermano Filippo mantuvieron también una audiencia privada, aunque todos oyeron decir al Papa: «El nuevo abad de Pietra».

Benno se agitó. Captó una inusitada animación en el rostro de Torcuato y el interés del Papa. ¿Tal vez Torcuato o el hermano Filippo pretendían ser el nuevo abad?

La notificación fue una sorpresa. El Papa, mientras extendía la mano para que Torcuato le besara el anillo, miró en torno a los congregados sonriendo afablemente.

—¡El nuevo obispo de Canigallia! Será investido la semana después del funeral del obispo Odo.

Más palmas de cortesía. De pronto se hizo evidente el aburrimiento del Papa. Trazó con la mano unos rápidos ademanes y su chambelán se apresuró a despejar la cámara. La audiencia había concluido.

En el pasillo, caminando entre los bronceos de centauros, faunos, mártires y guerreros alineados en las paredes, Benno susurró:

—¿Qué os ha dicho? ¿Os pidió que fuerais vos el nuevo obispo?

Segismundo sonrió de oreja a oreja. Su respuesta fue tan queda que ni el san Sebastián junto al que pasaban la habría oído.

—Me preguntó si quería matar a alguien por él.

—¿Su Santidad os pidió eso?

—No aúllas, Benno. Parece ser que el Santo Padre advirtió que podía confiar en mí. Me siento halagado.

—Pero ¿a quién...?

—¿Preguntas, Benno? ¿He oído preguntas? Recuerdo a alguien que se ofreció como criado mío porque no hacía preguntas. Lo que deberías hacer es pensar en el obispo Torcuato de Canigallia.

—Yo pensé que solicitaría la abadía de Pietra.

—No; está demasiado lejos de Roma, donde está la acción. Canigallia está justo en las afueras; no tendrá que pasar mucho tiempo en el obispado. El obispo Torcuato no tiene intenciones de quedarse a medio camino de la cúspide, de eso estoy seguro. ¿Has pensado, Benno, por qué el Santo Padre ha hecho obispo a Torcuato cuando, por lo que yo sé, no tiene contactos ni dinero para pagar la promoción? Si lo tuviera habría dejado de ser hace mucho tiempo secretario del abad Bonifacio. Tengo entendido que los obispados se pagan a un alto precio.

—¿Cómo lo ha hecho, entonces, si el Papa quiere dinero?

—Los Papas, como todos los soberanos, quieren dinero. O, mejor aún, quieren lo que puede dar dinero.

Benno se detuvo en seco y *Biondello*, que tanto se había maravillado en la audiencia con el Papa que se había dormido en el jubón de su amo, se despertó y asomó curioso la cabeza. Segismundo la acarició.

—Queréis decir...

—Quiero decir que si Torcuato ha sido nombrado obispo, es que él tiene la cruz. Hasta que se la dé al Papa.

COMO UN RAYO

—¿La buenaventura, señor? Tenéis un rostro afortunado. A ver si los hados os han otorgado también una mano con suerte.

La multitud se agitaba y paseaba por la plaza en el calor más suave de la tarde y bajo un cielo lívido que amenazaba tormenta. La delgada mano tendida hacia Segismundo tenía una cicatriz en el dorso. Benno pensaba a veces que la persona que se la hizo a Angelo no podía haber disfrutado mucho tiempo de su triunfo. Pero se había resuelto un misterio: cuando el grupo se separó, ¿cómo demonios, se dijo Benno, iba a encontrar Segismundo a Angelo en aquel hormiguero de ciudad?

Angelo había sido visto recientemente como cantante en una taberna, luego como peregrino con su madre viuda (Segismundo estaba siempre formidable disfrazado de mujer), a continuación como respetable y joven mercader y ahora en un papel familiar, con un jubón de parches azules y verdes y un gorro de terciopelo, esta vez de desvaído color escarlata. Era todo lo que necesitaba para ponerse a trabajar. Su asiento era la albardilla de piedra de una fuente, sus clientes la multitud romana, siempre curiosa, siempre escéptica pero siempre dispuesta a la diversión.

Esta vez no utilizaba una baraja de naipes. El cliente se sentaba a su lado y le ofrecía la palma de las manos para que él fuera trazando las líneas con un largo dedo. Acababa de despedir a un cliente satisfecho y llamó en voz alta a Segismundo, atrayendo la atención de los lugareños. Un hombre alto de cuidada barba llamaba a su vez la atención hacia el adivino batiendo un pequeño tambor. Benno, a pesar de mirar con su habitual expresión vacía, también lo reconoció.

—Pues sí, necesito toda la suerte que podáis mostrarme. Mi doncella es mi cruz, me ha sido robada por otro y no tengo dinero suficiente para atraerla de nuevo. ¿Qué os parece mi fortuna?

Aquello complació a la multitud. Una doncella se apresuró a ofrecerse como sustituta y fue alejada a rastras por su joven enamorado.

Segismundo, en mangas de camisa a causa del calor, se sentó junto a Angelo y ofreció la palma de la mano.

—¡La suerte del mismo diablo! —El pelo de Angelo envolvió la manga de Segismundo al inclinarse sobre la mano—. Recuperaréis a vuestra doncella. También veo riquezas. Debisteis de nacer riendo, señor, con Venus dominando vuestra casa. — Dio un golpecito en la base del pulgar de Segismundo—. Y aquí, el tesoro del tridente de Neptuno. —Unos vidriosos ojos grises clavaron la mirada en ojos oscuros—. Pero también veo peligro: espadas que os esperan en la oscuridad. Debo deciros

algo en secreto, porque tenéis enemigos a quienes los mismos pájaros de la ciudad podrían alertar.

La advertencia de Angelo incitó al gentío a pedir detalles de su destino, pero cuando Segismundo se levantó para sostener con Angelo una consulta privada, nadie quiso insistir.

Benno cogió con más seguridad el jubón de Segismundo, doblado con la parte exterior hacia adentro para proteger el terciopelo, suponiendo que los ladrones romanos no serían menos despiertos y rápidos que otros, y con *Biondello* a los talones siguió con disimulo a Angelo, a su señor y al hombre del tambor, girándose para ver si alguien mostraba algún interés particular en ellos.

La luz, o la inminente oscuridad, encendía la camisa de Segismundo y avivaba los colores pálidos. Un cesto de flores que había colgado casi relucía. A Benno le llamó la atención ver que las casas de aspecto lujoso se alzaban puerta con puerta con los edificios de inquilinos. Precisamente en uno de ellos les hizo entrar Angelo. En una pared, muy arriba, colgaba una jaula de mimbre con un jilguero que en lugar de cantar brincaba malhumorado en su diminuta prisión. Benno sintió una súbita congoja por Ieronimo en su celda con la poca vida que le quedaba. Aunque no era probable que estuviera malhumorado.

Un gato blanco y anaranjado subió por las escaleras con ellos. *Biondello*, apresuradamente embutido en el jubón de Benno, gruñía como una abeja furiosa.

Subieron por una escalera tras otra. La casa olía como si algunos de sus habitantes hubieran interpretado mal su función. Las puertas, abiertas a causa del calor, mostraban destartaladas camas cubiertas de ropas diseminadas. En una de ellas una pareja se entregaba a una ocupación que generalmente se considera privada. La muchacha levantó un brazo para saludarles cuando pasaron. El gato coronó las escaleras delante de ellos, mientras el jubón de Benno vibraba.

Las habitaciones de arriba eran como un horno bajo el tejado. El gato subió de un salto al repecho de la ventana para inspeccionar la calle. El hombrón colgó el tambor en la pared y se volvió a abrazar a Segismundo con un brío afectuosamente correspondido; un abrazo que habría roto las costillas de cualquier otro.

—Ah, bribón. Angelo me dijo que andabas por la ciudad. Visitando al Papa, nada menos... La última vez que te vi estabas en Rocca, robando a una monja. ¿Le escamoteaste al Papa la sandalia al besarle el pie?

—De ser así seguro que sabrías de algún perista a quien pasársela, perillán. Barley, ¿cómo te van las cosas?

La habitación se oscurecía cada vez más. El rumor de un trueno le dijo a *Biondello* cómo debían de sonar sus huecas amenazas al gato. Barley alzó una de las copas que Angelo había servido y dijo:

—Por el pelo que tenías en Suiza, Martin.

Bebieron amigablemente en la pequeña y sofocante habitación, tirados en el camastro. Benno, sentado en el suelo con las piernas extendidas, especulaba sobre el

pasado de Segismundo, en el que había asumido una variedad de nombres, uno distinto al parecer por cada viejo amigo o compañero de armas que encontraba. Le alegraba ver el conocido rostro de Barley después de tantas caras extrañas y esperaba que pudiera ayudarles. Segismundo le explicó la situación mientras Angelo, con los codos apoyados en el alféizar de la ventana, contemplaba con el gato lo que sucedía en la calle. Detrás de ellos, un cordel de tender ropa atravesaba el vacío hasta el edificio de enfrente. Unas oscuras manchas aparecieron en el alféizar como si la casa sudara y el gato se retiró veloz, sacudiendo el pelaje. Angelo se limitó a girarse y se inclinó con los codos en el repecho, dejando que la lluvia cayera sobre sus ojos cerrados.

—Si la cruz es como dices, el muy ladino del cura podía haber solicitado un capelo rojo, no sólo un obispado. ¿De cuánto tiempo dispones para arrebatársela?

Segismundo se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Yo diría que Su Santidad querría tener la cruz en sus manos antes de que el padre Torcuato sea investido la semana que viene.

La lluvia había arreciado y los truenos rondaban el cielo. Los gritos de las mujeres se alzaron sobre la calle y la colada tendida desapareció brincando de la vista.

En la escalera se oyeron unos pasos. Barley ladeó la cabeza. ¿Los iban a interrumpir?, se preguntó Benno. Pero los pasos se detuvieron en la habitación de al lado. Alguien más vivía bajo el tejado y el martilleo de la lluvia.

—¿Tú crees que el cura llevará la cruz colgada al cuello? ¿Y si tropiezo con él en la calle y la hago desaparecer? Supón que Angelo le clava uno de sus cuchillos... La cruz sería nuestra. Esto es Roma, Martin. Los sacerdotes no valen un penique.

Benno casi sacudió la cabeza. Sabía que su amo era un luchador, no un asesino.

—No sé con certeza si él mató al abad Bonifacio —repuso Segismundo. Pero creo que tiene la cruz. Ya han muerto dos hombres por ella y no quiero ser responsable de otra muerte.

Su sombría expresión fue tan parecida a la que mostró ante los hermanos Pantera tras la muerte de Bernabo que a Benno le dio un escalofrío. Barley no le había oído. Estaba escuchando otra cosa, entre el martilleo de la lluvia y el fragor de los truenos. Unos enérgicos golpes en la pared de la habitación contigua hicieron saltar algunas escamas de yeso. Barley se levantó a coger un garrote apoyado en la esquina junto a la puerta. Debía de tratarse de un ataque que sólo Barley esperaba, aunque reaccionaba ante él de forma muy extraña: abrió la puerta, salió con precauciones bastante ridículas y cerró en silencio. Segismundo y Angelo sonrieron. La lluvia seguía cayendo torrencialmente sobre el tejado, de modo que a Benno le sorprendió que Barley pudiera haber oído a ningún enemigo.

Pero sí que los había. Se percibió el golpeteo de unos pasos que subían al galope por las desvencijadas escaleras y, mientras Benno esperaba que Segismundo se preparase para el asalto, la puerta de la habitación contigua se abrió de golpe y se

oyeron un rugido y dos gritos simultáneos. Angelo ensanchó la sonrisa. Una confusión de pasos en el rellano, pasos que se retiraban precipitadamente y a trompicones por las escaleras mientras Barley bajaba también bramando obscenidades, y una muchacha gemía lastimera. Por un momento la voz de Barley pareció adquirir proporciones sobrehumanas, pero no era más que el estallido de un trueno que los ensordecía. *Biondello* intentó enterrarse entre las costillas de Benno.

La puerta se abrió inaudiblemente después del trueno y apareció Barley empujando a una muchacha de desordenados rizos dorados y con un vestido tan desgachado como su pelo. Su piel olivácea y sus ojos oscuros delataban la falsedad de su pelo rubio. Pero a pesar de todo era muy bonita. Segismundo se puso en pie sonriendo para cogerle la mano, que ella le tendió con cierta coquetería aunque la manga se le deslizaba brazo abajo.

Barley alzó la voz sobre el estruendo de la lluvia y los truenos.

—Gemmata, mi vecina. —Se dirigió a ella—. ¿Cómo ha ido?

Ella se inclinó y se hurgó y rebuscó en el escote hasta que Benno tragó saliva con los ojos fuera de las órbitas. Por fin sacó la mano, junto con cierta parte de su anatomía que se volvió a guardar con negligencia. Cuando abrió la mano, apareció la palma llena de relumbrantes eslabones de oro.

—No los echaré de menos durante un rato, al menos hasta que llegue a su casa y deje de sudar. A ver su bolsa.

Barley le cogió la cadena de la mano y la sostuvo en distintas posiciones mirándola con ojo crítico. Ella le tocó con la mano abierta y él sacó una bolsa de oscuro cuero verde florentino con grabados de oro. Barley vertió unas monedas en la mano de la muchacha y gruñó.

—Tenía suficiente para pagarte, aunque tu esposo no hubiera llegado a casa. Vamos a beber por los estúpidos de este mundo que contribuyen a que los sagaces no mueran de hambre.

A Benno le gustó el ingenioso ardid y automáticamente alzó su copa en un brindis mientras que la muchacha apartaba la suya con tan vehemente ademán que la manga se le desprendió del corpiño. Segismundo la recogió galante del suelo y ella le tendió el brazo desnudo para que deslizara en él la manga. Segismundo se inclinó luego para ensartar la deshilachada cinta en los ojales.

Barley dejó el garrote contra la pared y comenzó a repartir el dinero con Gemmata. Tras el estallido de un trueno, cuando la lluvia no era más que un suave tamborileo en el tejado, advirtió:

—Podríamos meterte en esto en cuanto quisieras, Martin. Es más divertido que besarle el culo al Papa, y a mí me vendría bien descansar un poco del garrote.

—Jamás tienes que usarlo —repuso Gemmata—. Se mean encima en cuanto te ven. Aunque... —batió sus largas pestañas y miró de reojo a Segismundo—. Estoy segura de que tu amigo lo haría muy bien.

—Eres muy generoso, Barley. Lo tendré en mente. Ahora tenemos que salir o

llegaremos tarde a la cena en el palazzo Pantera. —Hizo a Barley una seña con la cabeza—. Ya sé dónde encontrarte...

De pronto un atroz estrépito, un ruido más alarmante que el trueno, hizo incluso retumbar el suelo. Gemmata acudió corriendo a la ventana para ver qué pasaba.

—¡Que Dios y los santos nos protejan! ¡Suena como si la ciudad se viniera abajo! El ruido, un discordante y escandaloso estruendo, todavía resonaba en sus oídos.

—Ha caído un rayo en un campanario —dijo Segismundo. Barley cogió una capa colgada de la pared.

—Voy a ver. Siempre se puede sacar algo de los desastres.

Angelo cogió de la cama una capa color siena, se envolvió en ella en silencio y comenzó a bajar por las escaleras sin un ruido. Se marcharon todos excepto el gato, que se había adueñado del hueco caliente que había dejado Segismundo en el camastro, y Gemmata, quien declarando que no pensaba mojarse los despidió desde arriba. Las puertas por las que pasaron al bajar seguían medio abiertas. La pareja había desaparecido, y un niño pequeño se protegía de los rayos acurrucado bajo una manta. De una habitación surgía una enérgica oración, una letanía tan rápida y furiosa como la lluvia.

El ruido del agua en el tejado cambió al llegar al pie de la escalera, para convertirse en un siseo en la calle, que encontraron casi totalmente inundada. Sólo junto a las paredes se podía caminar, el resto era un rápido arroyo que corría para encontrarse con otro en la esquina salpicando espuma y formar un río callejón abajo. Segismundo remontó el otro riachuelo hasta llegar a una plaza. Una súbita ráfaga de lluvia le empapó la cabeza y los hombros y levantó en el suelo un burbujeo de lodo. El otro lado de la plaza se desvaneció tras la cortina de agua.

Benno cejó en sus esfuerzos por mantener seco el jubón de su señor y echó a caminar con dificultad tras la envuelta figura de Angelo. En otra calle inundada el agua brotaba de las alcantarillas y una indescriptible inmundicia remolineaba en torno a sus tobillos, incluyendo un perro muerto panza arriba que con las cuatro patas en el aire giraba con aire digno. Benno se aseguró de que *Biondello* no se le resbalaría del jubón y desaparecería para siempre.

Había algunas otras personas bajo la tormenta que ya amainaba. Barley se adelantó a una de ellas y rescató un laúd que flotaba como un barquillo con una estela de cintas empapadas. Una ráfaga de viento lo podía haber tirado de algún alféizar. El hombre que también lo pretendía, se dio por vencido al ver el tamaño y el ceño de Barley. Un chico cubierto de lodo y cosas peores y casi desnudo, había tenido más suerte. Cogió una cabeza de cerdo y un puñado de tripas y echó a correr salpicando. Pasó flotando una cesta, algunos paños, un banco en la misma postura que el perro. Barley pescó la cesta pero tras una ojeada volvió a tirarla.

Una gran plaza se abría ante ellos. A lo lejos la negrura todavía se iluminaba de vez en cuando con un resplandor blanco cada vez que el zigzag de un rayo rasgaba el cielo. Donde ellos se encontraban había vuelto la luz del día. Segismundo se detuvo

de pronto y señaló:

—Mirad.

Más gente de la que hasta entonces habían visto se arracimaba en los escalones de San Pedro. Lo que había atraído a la multitud no era la esperanza de salvación, porque lo que veían estaba más allá de toda salvación: una torre se alzaba como un gigantesco diente roto, con escombros a los pies.

El camino al palazzo Pantera pasaba cerca de ella. Allí encontraron a un sacerdote que sorteaba los charcos con la sotana remangada y que los saludó con el júbilo de quien tiene malas noticias que contar. El cura se detuvo un momento y señaló con la cabeza la ruina.

—Esa campana no volverá a tañer. Voy a informar al sacristán de San Judas y él dará la noticia a la ciudad con la gran campana que tienen allí. —El sacerdote no se movió, como si todavía no lo hubiera dicho todo.

—Si queréis que doble una campana es que alguien ha muerto —observó Barley—. ¿Ha sido el rayo?

El cura, radiante con sus noticias, se soltó la sotana para gesticular.

—Fue como un rayo, porque dicen que cayó como una bestia herida. ¡Sucedió de pronto! ¡Tal como había profetizado el monje loco!

Segismundo avanzó un paso.

—Entonces...

—¡El Papa ha muerto!

REUNIÓN FAMILIAR

Las cosas sucedían con demasiada rapidez para el chambelán papal. No era la primera vez que tenía que preparar el cadáver de un Papa para su entierro y esperaba contar con algo de ayuda en esta ocasión. El enorme dormitorio se había vaciado de médicos y criados: todos habían volado lo más rápido posible en busca de nuevos patrones y clientes. Y no sólo había desaparecido la gente, sino que con ella se había esfumado también todo lo que era transportable. No había cortinas en la cama, ni cobertor, ni sábanas siquiera. El chambelán lavó el cuerpo y tuvo que secarlo con la propia camisa de dormir del Papa, que nadie se había preocupado de quitarle con las prisas del pillaje. La puta que estaba con él en el momento de su muerte, que tal vez había precipitado esa muerte, se había llevado los anillos que pudo arrancarle de las manos antes de huir. Ya no estaban cuando llegaron los demás.

El chambelán suspiró, preguntándose cómo vestiría al Papa puesto que los arcones y armarios estaban vacíos. Hasta las perchas se habían llevado. Su voz resonó de forma extraña en aquel vacío cuando, siguiendo el ritual, llamó al Papa tres veces por su nombre de pila, un nombre que no se había oído desde que se convirtiera en Pontífice y con el que se suponía que se le invocaba de nuevo a la vida si es que alguna le quedaba, aunque era palpable que no era este el caso.

Mientras las campanas de todas las iglesias de Roma tañían el mensaje a la ciudad y los correos espoleaban a sus monturas para llevar la noticia a todas las ciudades de la cristiandad, el chambelán estaba absorto en el problema de pedir prestado un par de zapatillas y una casulla.

Otros también tenían problemas, y más complicados. Cuando Segismundo y Benno llegaron al palazzo Pantera —Angelo había desaparecido con la promesa de mantenerse en contacto— encontraron que reinaba la confusión. El cardenal Pantera, al vivir tan cerca del Vaticano, se había enterado muy pronto de la noticia. Un criado había llegado corriendo bajo el aguacero para aparecer en el umbral jadeando y chorreando como una rata, y había sido promotor de una intensa actividad. Cuando entró Segismundo a grandes trancos, ya había otros criados con distintas libreas esperando en la antecámara, y seguían llegando más. Benno trotaba tras su señor, sacudiendo la cabeza como un perro y salpicando gotas de agua que se mezclaban con el barro que tantos pies habían ido dejando sobre el suelo de mármol. Esperaba tener tiempo para secar el jubón de Segismundo antes de cenar en la mesa del cardenal.

Pero esa noche no hubo cena con el cardenal. La ciudad era un hervidero de

agitación y toda la atención se centraba en los cardenales presentes en Roma. El cardenal Pantera, a quien llegaban constantemente peticionarios, mensajeros y visitantes, envió sus corteses excusas a sus invitados y se retiró a su estudio para recibir a la incesante procesión de gente. En una de las salas de recepción se había dispuesto una mesa para la cena, con fruta apilada en los platos de plata, el aroma de los melocotones en el aire y las velas de cera ya encendidas en la penumbra tras la tormenta. Los criados se arracimaban en grupos, susurrando excitados, discutiendo. Una mujer lloraba con el delantal contra la cara. Benno no vio señales de Olivero y Ferondo ni de sus esposas, a las que no conocía.

—¿No estará Gian agonizando o algo así? Tal vez ellos se encuentren en su lecho de muerte, reconciliándose... —Benno vaciló. No sólo estaba haciendo preguntas de nuevo, sino que se estaba dejando llevar por la fantasía. Segismundo había atendido la herida de Gian y no dijo que podía morir; en cuanto a la reconciliación, haría falta algo más que un cardenal para imponérsela a hombres cuyos padres se habían matado entre sí. Benno tuvo suerte, no obstante: Segismundo lo ignoraba.

En ese momento se inclinaba con la elasticidad de un cortesano ante las dos mujeres que acababan de entrar. Las esposas de los Pantera, por fin. Avanzaron con un rumor de sedas caras, tendieron las manos para que se las besaran y se presentaron al interesante desconocido.

—Nuestros esposos nos han hablado mucho de vos, señor. Yo soy Elisavetta, esposa de Ferondo Pantera; esta es mi cuñada, Lydia. —Cabría haber esperado que fuera la esposa de Olivero la que llevara la voz cantante, pero era la mujer de Ferondo la más imponente, en complexión y altura, con su pelo negro peinado en dos trenzas sobre la cabeza, cejas negras y ojos relucientes; el vestido de seda burdeos y verde bordado en oro hacía aún más formidable su aspecto. Una persona a tener en cuenta. Los ojos de Elisavetta evaluaron a Segismundo como si viera en él esa misma cualidad.

Lydia era muy distinta. Esbelta, de pronunciados pómulos, de atractivo mucho más evidente con su pelo rubio plata modelado en tirabuzones que, por encima de las orejas, ocultaban e imitaban a la vez sus pendientes de filigrana de oro. Pero en su rostro había un matiz amargo, hambriento, como si nada de lo que veía la satisficiera.

Mirando por encima de Segismundo preguntó:

—Vos trajisteis a Roma al monje loco que predijo la muerte de Su Santidad. ¿Qué está pasando en la ciudad?

Segismundo hizo gala de su habitual serenidad.

—La tormenta ha impedido que casi nadie saliera, pero la noticia de la muerte del Santo Padre se estará extendiendo deprisa.

Lydia esbozó una mueca.

—Íbamos a tener audiencia con él la semana próxima. Nuestro primo, su eminencia, lo había dispuesto todo. Ahora Dios sabe cuánto tendremos que esperar para...

—En cualquier caso —terció Elisavetta con un asomo de burla— tendremos más tiempo para comprar ropa y joyas, arruinar a nuestros esposos y terminar de visitar las iglesias de Roma.

—¿Están aquí por placer, señoras?

Las mujeres se miraron. Elisavetta acababa de abrir la boca para responder cuando entraron otras tres personas en la habitación. Sorprendentemente, eran la familia al completo: detrás de Ferondo y apoyado en el brazo de Olivero, Gian Pantera caminaba pálido.

DORMIR CON UN OJO ABIERTO

Benno sacó el camastro de debajo de la gran cama de Segismundo, extendió su capa sobre el colchón de paja y enrolló el jubón para que hiciera de almohada, donde *Biondello* subió de un salto y tras trazar un círculo se tumbó con la sangre fría de quien ha dormido en palacios de cardenales todas las noches de su vida.

Segismundo guardaba silencio, observando el patio desde la ventana. Benno, aunque sus músculos le recordaban que había sido una larga jornada, se asomó también a mirar la explanada iluminada por antorchas y ocupada, incluso a una hora tan tardía, por una variedad de caballos, mulas y palafreneros. Hasta ellos llegaban los gritos y el golpeteo de los cascos en los adoquines. Benno husmeó el aire nocturno y el familiar olor de los caballos.

—Roma no duerme de noche, ¿verdad?

—Mmm. Nuestro anfitrión al menos dudo que duerma mucho esta noche. Ni ningún otro cardenal de la ciudad, si vamos a ello. Sólo tienen diez días para negociar.

—¿Diez días?

—Es lo que tienen que esperar para que otros cardenales se enteren de la muerte del Papa y vengan a Roma. Luego se encerrarán en un cónclave para decidir quién será el próximo Papa.

Una recua de mulas entró a la luz de las antorchas, rebuznando y protestando por sus cargas, sus palafreneros y la vida misma. Los mozos comenzaron a desatar los fardos, ayudados por hombres con la librea del cardenal. Uno de los bultos se deslizó de sus ataduras y se estrelló en el suelo con estrépito.

—Suenan como un paquete de sartenes —observó Benno. Segismundo murmuró sonriendo.

—Has dado en el clavo. Si no son sartenes son platos. No creo que el cardenal Pantera vaya a ser Papa.

Benno se rascó la frente. Aunque era sagaz, esto no lo comprendía.

—Yo habría pensado que sería tan bueno como cualquier otro. Incluso mejor que algunos. De hecho considero que es bastante más agradable que lo era Su Santidad.

Segismundo contemplaba las violentas discusiones entre las antorchas. Casi estaban golpeando a dos mozos por haber dejado caer el fardo. Segismundo se encogió de hombros sin volver la vista.

—¿Agradable, Benno? ¿Agradable? Estamos hablando de la silla de san Pedro, no de una madre que elige niñera. Para que a uno le elijan debe tener, primero, el

dinero; segundo, la influencia; y tercero, el apoyo del resto de los cardenales. En estos diez días habrá cientos de sobornos cambiando de manos.

Benno contempló el tumulto del patio.

—Eso es un soborno, ¿verdad? ¿Una carga de platos?

—Son de plata y valen más dinero del que verás en tu vida —dijo Segismundo con tono desapasionado—. Dudo que sean un soborno. Tendrán grabado el escudo de armas de algún otro cardenal.

—¿Entonces qué hacen aquí? —Benno siguió a su amo al otro extremo de la habitación, cogió el jubón de Segismundo y lo colocó doblado en el arcón a los pies de la cama—. ¿No habrá pedido el cardenal Pantera una vajilla prestada para una fiesta?

—No habrá ninguna fiesta hasta que acabe el cónclave. No. El cardenal Pantera ya debe de haber hecho saber que no se presenta a la elección y que está dispuesto a guardar en su bodega la plata de sus hermanos cardenales, la plata de aquellos que creen tener posibilidades de ser elegidos. —Segismundo se tumbó con las manos bajo la cabeza—. Esto es Roma, una ciudad con sus propias costumbres, una de las cuales es que cuando un cardenal es elegido Papa, la turbamulta saquea su palacio. Es como si le dijeran: ahora que eres Papa no necesitarás esto. Mmm... Es sabido que se llevan hasta las puertas y ventanas.

Benno, sorprendido, se sentó en su jergón mirando la vela. Veía en su imaginación una horda de gente invadiendo un palacio como aquél, llevándose las cortinas de la cama, la armadura, la jofaina, el arcón, el camastro, el entablado... Veía los rostros ávidos. De pronto imaginó a las esposas Pantera. Eran muy capaces de encabezar una turba ellas mismas. Si la alta quería una puerta tallada y no podía acarrearla sola, obligaría a alguien a llevarla por ella. En cuanto a la esposa de Olivero, tenía aspecto de poder rapiñar lo que deseara y de arañar la cara de cualquiera que tratara de impedirsele. No pensaba en serio que fueran a formar parte de una turbamulta romana, pero le habían ofrecido una imagen totalmente nueva de los hermanos Pantera.

—Yo pensaba que las señoras Pantera serían blandas y sumisas, sometidas a la voluntad de sus esposos. No dijeron gran cosa en la cena, ¿eh? —Benno se inclinó para apagar la vela y se tumbó. *Biondello* se acomodó junto a su hombro.

—Si esas damas están en Roma para poder tener hijos —dijo Segismundo divertido—, los tendrán tanto si sus maridos pueden como si no. Dudo que *La Feconda* sea necesaria.

Benno se quedó un momento pensativo, recordando los rostros de la cena. Estando de pie detrás de Segismundo había disfrutado de una buena vista de los comensales.

—Su primo, Gian Pantera, no parecía estar muy a malas con ellos, después de todo. ¿Se habrán reconciliado? Tampoco parecía muy recuperado. Tal vez pensó que iba a morir y que debía perdonarles.

—Lo que yo creo es que ha perdido la memoria. A veces puede ocurrir después de un golpe en la cabeza. Lo interesante será ver si la recupera. También eso ocurre.

—No parece recordar la enemistad familiar, ¿verdad? Olivero le hablaba de su infancia, de cuando hacían carreras en casa de su abuelo, de sus competiciones para ver quién podía comer más ciruelas y de lo malos que se ponían... Quiero decir que Olivero sí recuerda las rencillas. ¿Por qué de pronto es tan cordial? ¿Es que planea matar a Gian cuando menos se lo espere? No creo que le haya perdonado la vida sólo porque está enfermo.

Tras un breve silencio se oyó el rumor de unas manos ahuecando una almohada.

—Estamos en casa del cardenal Pantera. Olivero esperará hasta que Gian sea capaz de salir de ella y el cardenal esté en el cónclave.

—¿Y qué pasa con la cruz?

—Tal vez todavía piense que la tengo yo, de modo que más nos vale cerrar la puerta con llave y dormir con un ojo abierto. En cuanto a Torcuato, que es quien en realidad tiene la cruz, también deberá esperar. Ahora todo está en suspenso. El próximo Papa tendrá que confirmar su obispado, de modo que Torcuato tendrá que volver a negociar con *La Feconda*.

—Eso nos da tiempo, ¿no?

Esta vez el silencio no se rompió, salvo por un leve ronquido de *Biondello*. Benno advirtió que no iba a obtener respuesta a esa pregunta ni a la siguiente: ¿había matado Torcuato al abad? En ese caso, quitarle la cruz iba a conllevar un riesgo añadido.

PROBLEMAS

Al hermano portero se le complicaba la tarea. Antes del amanecer, unos insistentes golpes en la puerta le habían obligado a bajar. Al abrir encontró no a una, sino a más de veinte personas ansiosas por entrar. Naturalmente era imposible —para empezar varias eran mujeres—, pero ellos se negaron a marcharse. Ahora, en la hora prima, había al menos veinte más y nadie daba señales de retirarse.

Era un asunto para el prior.

El prior, aunque procedía del norte, mostraba un malsano respeto por los romanos. Ordenó que sacaran al hermano Ieronimo, que había sido confinado en una celda —una circunstancia tan usual que no podía decirse que el monje se hubiera percatado siquiera— mientras esperaba el tribunal consistorial que, según confiaban todos, lo entregaría al brazo secular, cosa que en este caso sería como ponerle la soga al cuello. Aunque los asesinos de abades podían ser objeto de cálida simpatía en aquella ciudad de anticlericalismo y librepensadores, el espectáculo gratis del ahorcamiento de un monje, o tal vez la tortura del potro, compensaba de sobras cualquier sentimiento que pudiera merecer un hombre que había realizado un servicio público. Muchos habían oído hablar en Roma del abad de Pietra a causa de la profecía, y aunque casi nadie le había visto, la mayoría se había formado la imagen, notablemente precisa, de un clérigo corpulento y arrogante, perfecto merecedor de un hachazo.

El problema del prior estribaba precisamente en esta fama. Un creciente número de romanos clamaban ver al hermano Ieronimo antes de su ejecución. Había profetizado la muerte del Papa igual que la del abad de Pietra; el hecho de que él hubiera estado personalmente involucrado en esta última muerte sólo demostraba que era un instrumento de la justicia divina. Se decía que había sido bendecido con visiones de la Virgen de Scheggia, que, como era bien sabido, podía otorgar múltiples bendiciones, hijos sobre todo, a quienes le rezaban con devoción.

Los crédulos campesinos podían haber acudido para tocar su túnica o suplicar sus oraciones. Los sofisticados romanos querían algo más de acción. Con asistir a una de las visiones del hermano se quedarían satisfechos, por ejemplo. Ieronimo podría decir quién sería el siguiente Papa; puesto que las apuestas sobre el tema crecían de modo exuberante, esta profecía sería muy práctica. O bien, si había más muertes en programa, aquellos romanos estarían entusiasmados de ser los primeros en saberlo, sobre todo porque un palacio es mucho más vulnerable al saqueo cuando su amo está muerto o ausente, como bien sabían el chambelán papal y los cardenales que

enviaban de noche sus tesoros a otra parte para ponerlos a salvo.

No todos los que integraban el gentío estaban animados por tan frívolas perspectivas. Había unas cuantas mujeres que, careciendo de los medios para visitar Scheggia, esperaban que el monje visionario intercediera por ellas ante la Virgen.

El prior consideró el hecho de que el hermano Ieronimo no estaría siempre en el monasterio. Tal vez el tribunal que lo juzgaría no se convocaría con la rapidez que había pretendido el último Papa, puesto que había surgido un asunto mucho más urgente, pero en cuanto fuera elegido el nuevo Pontífice, las cosas transcurrirían con bastante premura. El ínterin, por tanto, había que utilizarlo provechosamente.

De modo que Ieronimo aparecería y diría unas palabras. Lo que dijera no era importante —de cualquier forma cada uno haría su interpretación—, y si tenía una visión, mucho mejor. Lo principal era que Santaporta sería, aunque brevemente, el foco de atención para los fieles y los curiosos y que, junto con la atención, atraería almas. Tal vez de momento sólo había chusma ahí fuera, pero aquello era Roma: pronto se efectuarían indagaciones desde los niveles más altos de la escala social. Los cardenales querían preguntar discretamente quién cambiaría pronto el capelo rojo por la triple tiara, y esas preguntas no se hacen por unos pocos peniques. Luego, si después de todo el monje loco era ejecutado, la sentencia podía ser anulada en años venideros y el hombre sería santificado, con lo cual el monasterio donde había pasado sus últimos días podía convertirse en centro de peregrinaje... En cuanto a la posesión diabólica, ¿no podía ser el abad quien estuviera poseso? El prior conocía a más de un abad que hacía perfectamente creíble esta posibilidad.

De cualquier manera, Santaporta sería visitado por cientos, miles de personas... El prior comenzó a calcular. El tejado de la capilla... el peligroso suelo del refectorio... los frescos, que estaban en un estado lamentable... Incluso podrían permitirse contratar a Brunelli.

Entre los que aguardaban fuera del monasterio, Goffo Puzzo era de los que tenían un propósito en la vida. Había oído hablar del profeta loco, pero sus preocupaciones eran más inmediatas. Iba a matar a alguien. Puesto que era alguien a quien no conocía y a quien no odiaba, había estipulado una buena suma por ello.

Los seis, puesto que Puzzo no estaba solo a pesar de haber declarado que jamás había necesitado refuerzos, vieron a su objetivo emerger por la puerta de Santaporta y esperaron con tranquilo disimulo a que los pasara de largo antes de separarse del banco y del muro y echar a andar tras él. Les resultó difícil mantener su aire de indiferencia al comprobar que tenían que seguirle a paso bastante ligero. Goffo se fijó en sus hombros, su cuello de toro y su porte y pensó que sus cinco compañeros no estaban de sobra.

—Ojalá supiéramos adónde va ese cerdo —comentó Zucco—. Podíamos haber puesto a alguien delante para que lo retuviera un poco.

Squalo Scorreggia barbotó jadeando:

—Pues no lo hemos hecho.

Subieron apresuradamente una populosa calle, bordearon un grupo de mujeres vestidas de negro y arrodilladas ante un pequeño altar, apartaron de un empujón a un hombre con una pila de jaulas de pinzones a la espalda, esquivaron el charco en torno a una fuente y vieron a su objetivo doblar por un callejón.

—Ahí está —dijo Goffo. Apremiaron el paso y no se encontraban ya muy lejos de él cuando llegaron al callejón. De hecho su presa se había demorado, porque estaba más cerca de lo que esperaban. El bobalicón que lo seguía debía de haberle molestado, porque en ese momento lo estaba empujando contra la pared, sólo que el hombre prolongó el movimiento y se giró del todo hasta dar de narices con Squalo.

A pesar de su volumen, Squalo era rápido. Había sacado la daga y jugueteaba con ella mientras Goffo rodeaba por detrás a su víctima, sin hacer caso del bobalicón que, pegado a la pared, lo miraba todo con la boca abierta. Al instante siguiente Squalo se doblaba con un aullido y soltaba la daga para cogerse sus partes íntimas. El bobalicón lo derribó de un garrotazo en la nuca.

La presa se había vuelto hacia Goffo, que por primera vez encontraba aquella mirada oscura que no logró distraerlo del todo del falce que el hombre llevaba en la mano. Retrocedió aturdido de un brinco y tropezó con un perro muerto.

Tirado en el suelo, forcejeando, contempló la breve batalla. La entrada del callejón estaba bloqueada por un gigante peludo. En medio de la refriega Goffo vislumbró un destello de pelo dorado y un sereno rostro seráfico por encima de un cuchillo. Alguien hundió de una patada la cabeza de Squalo en el lodo. Zucca Pomello salió volando de las manos del gigantón a un metro y medio por encima de Goffo y aterrizó yerto. Otto Lancia se acercó trastabillando con una mano en el pecho, cayó y enrojeció el barro.

Presa del pánico, Goffo logró ponerse a gatas. Tenía que largarse de allí. Debían de haber mandado a doce hombres. Si pudiera matar a su presa y salir corriendo todo el dinero sería suyo. Apoyó la mano en el perro muerto para levantarse, resbaló en el barro y descubrió que Otto tenía un cuchillo al caer. En ese momento, una fortísima patada en el trasero lo lanzó de cabeza contra la pared, donde se hundió inconsciente en el barro.

Segismundo inspeccionó el callejón. En el extremo había aparecido un niño que los observaba con un paño rojo en la boca. Una ventana se cerró con un golpe. Un par de cerdos buscando carroña avanzaban con cautela para examinar el posible festín.

Barley y Angelo no habían perdido tiempo en registrar los cuerpos tirados en el fango, aunque lo más valioso que recobraron fue uno de los cuchillos de Angelo del diafragma de Otto. Benno miraba fascinado, aferrado a su garrote.

—¡Gracias a Dios! ¡Estáis a salvo!

Era Olivero, que espantaba con su espada a los cerdos a la entrada del callejón. Miró los cuerpos caídos con algo cercano a la admiración.

—Os vi entrar por aquí, seguido por esta banda de bribones y pensé que si iban a por vos tal vez necesitaríais ayuda. Pero veo que ya contabais con ella. —Miró al corpulento gigante y el esbelto joven con el desvaído jubón de colores y el rostro medio enmascarado por el pelo largo. Olivero se lo quedó mirando con más atención—. ¿Os conozco?

Angelo sacudió la cabeza y si Olivero creyó reconocer al respetable mercader que había aparecido con el herido Gian, quedó disuadido de ello por la escasa probabilidad de encontrárselo allí vestido de vagabundo. Barley estaba radiante, lo cual no lo hacía menos alarmante. Segismundo, por el contrario, se mostraba serio.

—Os debo mucho, amigo mío. ¿Cómo podré pagároslo? Sois mi ángel guardián, apostado en cualquier esquina dispuesto a protegerme. —Rodeó con un brazo los hombros de Olivero y lo llevó de vuelta a la calle principal—. Me salvasteis del monje y ahora me hacéis nuevos favores. Os juro que llegará el tiempo de pagaros, señor.

Olivero no replicó palabra. Con un saludo marchó a unirse a Ferondo, que desde la esquina y con gesto perplejo, devolvió sorprendido el gesto cordial de Segismundo.

Benno contempló a Barley y Angelo desaparecer por el callejón y luego se volvió a mirar a su señor, que lo sacudió por el brazo para que echara a andar.

—Si quieres un par de ángeles guardianes, Benno, diles la ruta que tomarás, como he hecho yo. Con algo de suerte, un batir de sus alas espantará a los que están ansiosos por darte pasaporte gratis al otro mundo. Y sí, Olivero se había quedado esperando a que su banda terminara el trabajo antes de venir a por la cruz. ¿Crees que habría confiado en ese hatajo de brutos para que me registrasen?

Goffo había vuelto en sí en el callejón con ayuda de un cerdo que probaba uno de los dedos que sobresalían por una raja de su bota. Un hombre cargado con una pila de jaulas de pinzones se inclinaba sobre él entre un desquiciante rumor de alas y discordantes gorjeos.

—Habéis estado en una pelea —fue su útil comentario.

EL PRIOR TIENE SUERTE

En muy pocos días, gracias a algunos caballos reventados, traseros doloridos y muslos ensangrentados, la mayor parte de Europa había recibido la noticia de la muerte del Papa. A continuación varias cosas se pusieron en marcha, sobre todo aquellos cardenales capacitados para ir a Roma para la elección. Algunos eran demasiado mayores o estaban demasiado enfermos para pensar en el viaje y se habían resignado a morir tranquilamente allí donde se encontraban, más que en un camino polvoriento o entre el hedor y el calor de la ciudad. Los demás montaron a lomos de mula o en litera, con la comitiva que correspondía a su dignidad y que algunos esperaban se viera triplicada gracias al cónclave. Muchos otros, que pocas esperanzas albergaban de ser elegidos, confiaban al menos en enriquecerse mediante los sobornos de las varias facciones que reclamarían sus votos. A unos pocos les agradaba la perspectiva de la excursión. Siempre es interesante contemplar el ocaso de los propios contemporáneos.

Reyes, princesas y duques preparaban y enviaban embajadas para presentar sus respetos a la nueva cabeza de la cristiandad, con cartas de felicitación en las que sólo faltaba insertar el nombre de quien resultara coronado. Ludovico de Rocca plantó su espléndida y floreada firma en la segunda carta que dirigía a un Papa, ignorando todavía el efecto que había obrado la primera. El cardenal Pontano volvió de Pietra, donde había sido enterrado el abad, y partió de inmediato hacia Roma, llevándose la carta del duque. Con el asfixiante calor de finales del verano, muchos envidiaron a aquellos que, como el cardenal inglés, a quien le había resultado del todo imposible realizar el viaje a tiempo, se quedaban cómodamente en su casa.

Uno que no tuvo que recorrer mucho camino fue el cardenal Bufera, que tuvo suerte puesto que su salud, o más bien su falta de ella, le obligó a viajar en litera. Vivía por propia elección en su vieja villa al fresco de las colinas Alban donde, según era bien sabido, moriría en cualquier momento. Lo que nadie sabía, sin embargo, era el mal que le afligía, y todos esperaban que no fuera contagioso. Se contaba que su villa, donde yacía rodeado de libros, era una humilde casita reconstruida a partir de una casa romana, y que desde luego el cardenal no sería de los que almacenaban la plata bajo techo del cardenal Pantera ni en ningún otro lugar. No había un solo cardenal que tuviera menos posibilidades de ser elegido, en parte porque él era demasiado sencillo para regir la cristiandad —su famosa excentricidad no se consideraba ningún obstáculo, aunque las anécdotas la hacían pasar casi por demencia—, y en parte porque era poco probable que sobreviviera al cónclave y

mucho menos a la coronación.

El cardenal Pantera había emergido de la vorágine de trabajo en la que estaba sumido desde la muerte del Papa, para atender a sus invitados y mostrar un discreto placer ante la reconciliación de la familia. Gian, todavía en estado de confusión, aceptó escoltar a las esposas de sus primos en sus constantes expediciones para gastar el dinero de sus esposos. Puesto que no recordaba su propósito al venir a Roma, ni él ni sus primos opusieron objeciones a ello.

El hombre a quien había pensado visitar era su tío, o más bien el primo de su padre, Piero Pantera, la cabeza del banco Pantera, una institución de ilimitadas riquezas e influencias. Olivero y Ferondo ya habían acudido a verle, en repetidas ocasiones puesto que su primo había resultado estar demasiado ocupado para recibirlos al principio. Le explicaron que Gian acudiría a presentar sus respetos cuando le dejaran tiempo sus diversiones en la ciudad. Piero Pantera estaba todavía más atareado que su primo el cardenal, y por la misma razón. El movimiento de dinero entre los miembros del futuro cónclave era crucial. Pasó por alto las falsas excusas de Olivero respecto a Gian, ignorando también su taimada intención.

—Que se divierta, es joven y ha sufrido bastante. Como todos vosotros. En cuanto a ciertas tonterías supersticiosas... —Dio unos golpecitos sobre una de las grandes cajas de acero que tenía sobre la mesa—. No necesitáis ninguna joya para hacer dinero, y respecto a los hijos, tendréis que seguir intentándolo. Ahora, si me perdonáis, tengo que recibir a ciertas personas.

Una de las personas que acudió a ver a Piero era un hombre a quien reconocieron con más seguridad que a Angelo. Agostino da Sangallo los saludó en la antecámara con un brevísimo movimiento de la cabeza con el que daba a entender que le alegraría mucho no volvérselos a encontrar en la vida. Recordaba sin duda que Olivero había llegado a ver los incitantes rasgos de su esposa durante el viaje, gracias al viento. De hecho, si hubiera tenido mejor suerte con los otros banqueros que había visitado, no habría acudido al llamado Pantera. Era difícil conseguir el dinero que Agostino necesitaba cuando de pronto los hombres más ricos estaban reservando sus recursos a la vista de las contingencias de la elección.

—Lo que no hará ese viejo zorro —comentó Olivero a su hermano de camino al palazzo Pantera— es invitar al primo Piero a cenar con esa esposa tan jugosa que tiene. La mantendrá envuelta en velos hasta que la tenga que envolver en un sudario.

Ferondo no llegó a responder. Una súbita marea humana que avanzaba arrollándolo todo a su paso, los barrió y los arrastró a través del arco de piedra que daba al monasterio de Santaporta. Olivero necesitó toda su fuerza y Ferondo sus afilados codos para salir de allí. Ferondo, que había oído algunos gritos entre las mujeres, comentó:

—Van por el monje loco. Eso es que todavía no lo han colgado.

—Ahora que se han enterado de que ha matado a un abad le pondrán un hacha en la mano y señalarán a unos cuantos cardenales, para reducir la competencia. Los

capelos rojos llegan a Roma por momentos, como sanguijuelas buscando sangre.

Los príncipes de la Iglesia, fatigados y cubiertos de polvo, ignoraban cuántas personas de las que se habrían arracimado a las puertas de la ciudad para recibir su bendición habían ido en cambio a suplicar los favores de un monje loco y asesino. En cualquier caso, como príncipes de la Iglesia habían contemplado demasiado de cerca la naturaleza humana para sorprenderse por ello.

El hermano Ieronimo, gracias al amable permiso del prior, había aparecido primero en el balcón sobre el patio interior, ya atestado de fieles y curiosos, pero en lugar de tener una oportuna visión, había mirado algo sorprendido los rostros que se alzaban hacia él. El hermano Filippo, su escolta, le había dado un impaciente codazo sin más efecto que el de hacerle comenzar un avemaría al que la multitud se unió respetuosa. Si esperaban que esto fuera prelude de algo más emocionante, sufrieron una triste decepción, porque Ieronimo, una vez terminada la oración, saludó con benevolencia al gentío y se metió en el edificio, seguido de un ceñudo Filippo.

El prior, tras las cortinas de otra ventana, contemplaba inquieto la reacción de la muchedumbre. Los romanos daban un valor al dinero, y las donaciones que aquella gente había ofrecido para que se le permitiera entrar eran dignas de algo más que una oración y un saludo. Los ánimos se ensombrecían. El murmullo se convirtió en griterío. Golpearon a un monje que cruzaba inocentemente la arcada y lo mandaron dentro a empujones a decir que el hermano Ieronimo tenía que bajar a impartir su bendición si no quería que entraran ellos mismos a por él. Las mujeres que confiaban en obtener hijos mediante la Virgen de Scheggia no eran menos vehementes que los hombres.

El prior deliberó. Si enfrentaba al hermano Ieronimo con aquella turbamulta lo más probable era que lo maltrataran; no podía confiar en que satisficiera al gentío, pero aunque lo hiciera, podían desgarrarle la ropa o incluso descuartizarlo en un arranque de entusiasmo o de rabia. El prior era responsable de su persona pero, a medida que los gritos subían de intensidad, recordó que el monje ya había sido condenado por el último Papa. Si moría a manos de la turba no sería más que adelantar la condena. Luego, si resultaba ser un santo, los peregrinos acudirían al escenario de su martirio. Sólo quedaba la cuestión de las reliquias. Sería una lástima que no dejaran nada... Sin embargo, había que actuar.

—Sacadlo ahora mismo. Que el padre Torcuato y el hermano Filippo lo saquen entre la gente.

Ninguno de los nombrados encontró apetecible la tarea, pero lo cierto es que la multitud no tenía ojos para ellos. Torcuato y Filippo se vieron inmediatamente apartados del hermano Ieronimo, sobre quien se había lanzado un grupo de musculosas mujeres que tiraban de él pidiéndole bendiciones. Lo hicieron arrodillarse mientras un enjambre de manos le tiraba del hábito y del pelo que tenía de punta como un puñado de plumas en torno a su tonsura. Una de las mujeres tenía un cuchillo y, dispuesta a cortar un trozo del faldón del hábito, había cogido el paño

cuando Ieronimo, con súbita y sorprendente fuerza, se levantó, alzó los brazos y con una voz que resonó por encima del escándalo gritó:

—¡Está aquí! ¡Nuestra Señora está aquí!

EL ARDID DEL MARIDO

El ruido cesó dando paso a un maravilloso silencio perturbado sólo por el rumor del gentío que se arrodillaba en el patio. Un bebé rompió a llorar. Todos los rostros se alzaban al cielo. Ieronimo levantó las manos con la cara transfigurada.

—¡Roma está bendita! Nuestra Señora mira desde el cielo la ciudad... Desea que todos vivamos en paz. Devolvedlo todo a su legítimo dueño y todo os irá bien.

Murmullos y sollozos sucedieron al silencio, mientras todos intentaban en vano ver lo que veía el monje. Un ladronzuelo que acababa de aligerar de su bolso a la mujer que tenía delante se santiguó y dejó el botín junto a la rodilla de su dueña. En una esquina un muchacho sufría un ataque epiléptico apenas advertido por quienes le rodeaban, que se alejaban de él sin apartar los ojos del cielo o del hermano Ieronimo. Un mendigo que se había pintado los muñones artísticamente para la ocasión estuvo a punto de caer del carrito de madera con el que recorría las calles, empujado por la puta más hermosa que había visto en su vida y que le dejó la marca de su beso en la mejilla como una herida más.

Porque, naturalmente, en aquella multitud, como en cualquier otra, había profesionales. Los que acuden a maravillarse ante un asesino o un visionario están abiertos a tentaciones de todo tipo, y eso es lo que debería haber tenido en cuenta Torcuato; pero cuando divisó a la joven al frente del gentío no se paró a pensar qué especie de mujer podía tener la determinación de colocarse en lugar tan conspicuo, ni si era correcto que él le prestara atención.

¡Qué rostro! Torcuato tenía la sensación de haberlo visto antes, tal vez en sueños. Quizá lo viera en uno de los manuscritos ilustrados de la abadía. Las cejas arqueadas, los ojos grandes, la nariz recta y la boca fina, aquellos rasgos perfectos enmarcados entre voluptuosos tirabuzones rubios. Todo aquello debía de pertenecer a un ángel. Pero no era un ángel sin sexo, sino una mujer de perturbadora presencia, y una mirada a sus ojos grises garantizó a Torcuato que ella estaba más interesada en él como hombre de lo que ningún ángel hubiera concebido. Le halagó que aquella criatura le prestara atención a él y no a los cielos.

Fue Filippo, pues, quien tuvo la sensatez de meter apresuradamente a Ieronimo en el edificio mientras el gentío seguía arrodillado y confuso. El prior quedó encantado no sólo de que hubieran salvado al maestro de ceremonias para otro día, sino también por el espectáculo que había dejado a la multitud en un estado de euforia. Casi todos estaban a esas alturas convencidos de que ellos también habían visto a la Virgen y estaban dispuestísimos a describir los detalles de su manto y su expresión a quienes

no habían sido tan afortunados. La promesa de que todo iría bien había sido entendida de forma personal y también en lo referente a la ciudad, que ahora estaba destinada a tener un excelente Papa. Las condiciones mencionadas por el hermano Ieronimo, de las que dependía la felicidad, fueron del todo olvidadas, aunque una o dos personas serias pronunciaron íntimos votos y una decidió llamar de inmediato a su abogado e introducir en su testamento radicales cambios que consternarían a sus herederos y sorprenderían agradablemente a sus enemigos.

Torcuato se encontraba todavía en el caos del gentío que ya marchaba. Filippo, después de devolver al hermano Ieronimo a su celda, regresó al patio a tiempo para verle conversar con una rubia alta y esbelta cuyo pelo caía desmelenado en torno a su rostro y quedaba recogido en gruesas trenzas a la espalda —éstas más rubias y casi con seguridad falsas—, atadas con la cinta amarilla que caracterizaba a las prostitutas. Cierto que no llevaba ningún escote ofensivo, pero Filippo tembló de repugnancia sólo con mirarla. Su colega, a buen seguro, le daría la espalda, sabiendo que estaba más allá de la caridad cristiana intercambiar siquiera unas palabras con alguien tan inmundo que su sola presencia podía contaminar. Pero no. Torcuato se dejó coger por la manga y echó a andar con la prostituta entre la gente que atravesaba la gran arcada de piedra.

Debía de tener sus razones, por supuesto. Tal vez ella le llevara junto a un moribundo necesitado de confesión o, más aún, de absolución. Pero los últimos ritos requerían ciertos objetos que Torcuato no llevaba. Filippo, habiendo dado con una buena razón, se negó a buscar otra, sobre todo porque había captado la mirada que Torcuato clavaba en aquella criatura que le tiraba de la manga. El hecho de ser monje no evitaba la lujuria; abrazar la castidad no significaba haber olvidado lo que era abrazar otras cosas. El hermano Filippo tenía suficiente ardor interno, a pesar de toda la disciplina, para reconocer lo que había surgido en los ojos de Torcuato.

Torcuato, sin saberse observado, incapaz de hecho de advertir otra cosa que no fuera su tentadora compañía, la seguía tan de cerca que incluso entre el hedor de alcantarillas y excrementos que impregnaba los tórridos callejones, aspiraba el fuerte aroma a almizcle del perfume de la prostituta, tan embriagador como las miradas que ella le dirigía como señuelo.

Filippo había estado en lo cierto al suponer que un moribundo aguardaba al sacerdote. Precisamente con esa excusa había suplicado la rubia a Torcuato que la acompañara por el laberinto de callejas y casas. El padre sin embargo, pensara lo que pensase, no esperaba encontrar a un moribundo al final de las desvencijadas escaleras que tuvo que subir. Apartó de una patada a un gato blanco y anaranjado que había en el rellano. Sudaba, pero no porque la habitación donde ella se había metido estuviera justo bajo el tejado, sofocante como un horno a pesar de las contraventanas cerradas.

En la penumbra hubiera sido difícil ver nada, aunque él hubiera querido o ella le hubiera dado tiempo. Los brazos de la mujer lo rodearon con fuerza mientras cerraba hábilmente la puerta de una patada. Luego lo arrojó sobre la cama. Si antes yacía allí

algún moribundo, había desaparecido, a no ser que pudiera calificarse de tal a Torcuato en las agonías del deseo. Qué duros y fuertes eran los brazos de aquella moza, qué dura e insistente su boca. Torcuato, jadeando, dejó que sus dedos le exploraran el pelo, le acariciaran el cuello, le aferraran la cara, mientras él se debatía por abrirse camino entre su vestido. En el revuelo, las faldas de Torcuato se subieron más que las de ella. Le martilleaba el corazón. Sentía en el rostro el calor del aliento apremiante de la mujer. Le suplicó que se subiera las faldas, sin percibir los pasos que resonaban en las escaleras.

No pudo sin embargo pasar por alto el ruido que hizo la puerta al estrellarse contra la pared, ni el chillido ensordecedor de la muchacha que con tanta fuerza lo aferraba.

—¡Mi marido! ¡Os matará!

Las posibilidades de que la cama albergara, en efecto, a un moribundo crecieron espantosamente. Torcuato, a un empujón de los fuertes brazos, cayó del lecho al suelo. Desde allí tenía una excelente vista del hombre que bramaba en la puerta, aunque desde esa perspectiva podía parecer incluso más alto y fornido de lo que era. A los ojos de Torcuato aquel hombre de barba desgredada era un gigante. Y peor aún: llevaba un garrote que descargó a dos centímetros de los pies de Torcuato, con tan brutal golpe que el sacerdote retrocedió sobre su trasero con ignominiosa premura. No podía permitirse desviar la mirada hacia la rubia, pero de reojo la vio recoger sus ropas y pegarse asustada a la pared.

—Cura hijo de puta, ¡me las vas a pagar! —El garrote cayó de nuevo, errando a la cabeza de Torcuato y destrozando el alféizar de la ventana.

Efectivamente Torcuato pagó. Por fortuna todavía le quedaba gran parte del dinero que la abadía le había confiado para los gastos en Rocca. Sin dejar de jadear y con el rostro encendido, rebuscó hasta el fondo de sus ropas como cualquier lavandera hasta encontrar su bolsa. La abrió y volcó sus contenidos en la manaza del gigante. Luego se le permitió levantarse y escapar. Tropezó con el gato en el umbral y al llegar a la calle oyó al jilguero estallar en trinos triunfales dentro de su jaula. Echó a correr mascullando más maldiciones que oraciones, pero tuvo que hacer desesperados esfuerzos por dominarse al ver que la gente se volvía a mirarle.

En la habitación del ático Angelo, todavía con el vestido de Gemmata, admiraba *La Feconda*.

PREPARACIONES E INVITACIONES

La víspera del cónclave la agitación invadía Roma. Los cardenales estaban a punto de convertirse en prisioneros durante un tiempo indefinido, hasta que terminara la elección, y muchos se daban a celebrar su última noche de libertad. Algunos la dedicaron a la oración o incluso al sueño, pero éstos eran pasatiempos despreciados por la inmensa mayoría. El cardenal Tartaruga, que vivía en la ciudad, era quien se encontraba en mejor posición para entretener al resto, y su objetivo consistía en demostrar que, de todos los que al día siguiente quedarían encerrados, él era el más adecuado para ser al final expuesto ante la multitud como Papa.

Esperaba en particular que el cardenal Lepre, su más cercano rival para la silla de san Pedro, quedara aturdido, sobrecogido.

Se habían cursado invitaciones a todas las que su eminencia consideraba personas útiles o influyentes: era de rigor invitar a los parientes, como su primo político, Agostino da Sangallo (que esperaba un préstamo que sin duda alguna obtendría en cuanto Tartaruga tuviera a su disposición el tesoro papal), pero básicamente Tartaruga esperaba que acudieran tantos cardenales como fuera posible. Acudiría el cardenal Pantera, junto con sus invitados y familiares: los tres sobrinos y sus esposas. Otro invitado era un tal Segismundo, que no provenía de ninguna ciudad que pudiera relacionarse con él, pero que había celebrado una audiencia con el difunto Papa como enviado del duque de Rocca. El cardenal Tartaruga se prometió tener unas palabras con él antes de que terminara la velada.

No todos sus colegas acudirían. El cardenal francés, hombre de avanzada edad, acababa de llegar ese mismo día de Avignon y estaba demasiado fatigado. El cardenal Bufera sólo había tenido que trasladarse desde su villa en las colinas Alban, a las afueras de Roma, pero en su caso la invitación era una pura formalidad: todos sabían que no asistiría, de hecho podía considerarse un milagro que hubiera sobrevivido a su corto viaje. Lo último que deseaba Tartaruga era que un invitado se le muriera en la mesa y distrajera la atención de la comida.

La comida había sido planeada como todo lo demás: para impresionar. Los cocineros del cardenal habían estado a punto de acuchillarse unos a otros y con gran dificultad se los había convencido de que hicieran una tregua y discutieran de forma racional los platos que se presentarían. Los cisnes, servidos como si estuvieran nadando, se comían mejor que los pavos reales, aunque se prestaban menos a una buena presentación. Habría jabalí con pasas de Esmirna y piñones; ganso asado relleno de hierbas, membrillos, peras, ajo y uvas, y uno de los bocados favoritos del

cardenal: pastelillos de hígado de pollo frito con huevos duros y jengibre. El cocinero especializado en este plato había caído en la melancolía al tenerlo que preparar a perpetuidad.

El faisán con nata y trufas blancas era un plato que siempre iba bien, pero la pieza principal se presentaría sutilmente al final para inspirar universal admiración. La única tarea de uno de los principales cocineros era preparar este plato en un pequeño cuartito de su propiedad que era casi como una capilla privada. El escudo de armas del cardenal debía figurar de forma prominente, de modo que la pieza central, sobre una base de barquillo, era una tortuga de azúcar y gelatina, con la concha hecha a base de dulces de colores, pegados con azúcar, escarchado todo el conjunto con azúcar y agua de rosas para que brillara como el hielo. Entre los incisivos de la tortuga el cocinero había logrado afianzar una larga vara dorada que sostenía un crucifijo en la parte superior, un adecuado objeto religioso puesto que la tiara que se pensó en principio se consideró augurio de mala suerte. Era de esperar que levantara cortesés aplausos al ser presentada, y el cardenal Lepre, cuyo escudo de armas era una cabeza de liebre de rostro redondo bajo el capelo rojo, captaría sin duda el mensaje de que, en la carrera por el poder, la tortuga era la vencedora.

Aparte del frenesí de las cocinas, había gran alboroto en el enorme comedor. Las mesas sobre caballetes, cubiertas con manteles de damasco, estaban decoradas con retoños de laurel y boj; las guirnaldas, con flores —lo más extravagante de todo—, llegarían más tarde para que aguantaran frescas hasta el final. En el aparador se apiló con cuidado la vajilla de plata Tartaruga, repujada con la tortuga familiar, sin duda destinada en breve a los sótanos del cardenal Pantera. Todo este ajeteo transcurría entre el ruido de sierras y martillos de un grupo de carpinteros que se encontraban al otro extremo de la sala, donde se habían quitado los tapices, que yacían enrollados contra la pared. El *maestro di casa* de su eminencia supervisaba la confusión y el bullicio, animado por la inspirada idea de que si cualquier cosa iba mal esa noche rodarían cabezas, empezando por la suya. El cardenal tenía planeada más de una sorpresa para sus invitados, pero no la que se llevaría él.

Agostino da Sangallo estaba encantado con la invitación y consigo mismo. Le había dicho a su esposa que la fiesta no incluía a las mujeres: era un evento político en el que se discutirían las estrategias del cónclave y las mujeres serían una frívola irrelevancia. Le alegró ver que Felicia aceptaba sumisa la noticia. Da Sangallo no tenía intención alguna de dejarla comparecer en una cena donde se reunirían tantos religiosos, conocidos por su pasión por los encantos femeninos. ¡Incluso podía ser reclamada de nuevo por un príncipe de la Iglesia! Da Sangallo no había olvidado al abad. Cuanto más poder tenía un hombre, como bien sabía él, más fácil le resultaba seducir.

Incluso un sacerdote contaba con injustas ventajas: Agostino todavía recordaba lo que viera el día anterior. Fue un momento sombrío. Había acompañado a su esposa y su doncella a la iglesia y, al salir, se enzarzó en una conversación con unos

mercaderes que conocía. Se volvió luego con la absoluta certeza de que Felicia había seguido sus órdenes y le esperaba sumisa, oculta tras sus densos velos, y cuál no sería su furia y su consternación al verla hablando animadamente y con el rostro desnudo con un sacerdote a quien él identificó, sin júbilo alguno, como el padre Torcuato, el cual sin duda, igual que Olivero Pantera, había visto el rostro de Felicia durante el viaje cuando el viento le voló el velo.

Agostino da Sangallo se precipitó hacia ella, cuando Felicia besó la mano del cura, volvió a bajarse el velo y salió al encuentro de su marido al tiempo que el sacerdote se desvanecía entre la multitud. Da Sangallo esperó a llegar a su casa antes de mostrar a su esposa la gravedad de su error. Ahora no pensaba darle ocasión de cometer otro.

Algunos acudirían a la fiesta por haber sido invitados, otros como acompañantes. El gusto de Benno por los banquetes no decaía jamás, y tenía la certeza de que un festejo romano sería algo especial. Éste le apetecía especialmente puesto que su amo parecía estar de buen humor a pesar de que Torcuato siguiera teniendo la cruz en su poder. El criado albergaba la fantasiosa imagen de Segismundo cogiendo al cura por el cuello y estrangulándolo hasta que entregara la joya, pero Benno suponía que entrar en un monasterio y ponerse a estrangular a uno de sus habitantes no sería tomado muy a bien ni siquiera en una ciudad curiosamente seglar como Roma.

—¿Creéis que estará Torcuato allí esta noche? —Era una pregunta sin riesgo, y Segismundo no pareció irritarse. Miró a Benno mientras ensartaba con cuidado los cordones dorados en el jubón de terciopelo negro.

—Como secretario de un difunto abad... —más bien asesino de un difunto abad, pensó Benno— dudo que tenga la suficiente importancia para el cardenal Tartaruga. Aunque algo me dice que estará allí.

—¿Qué? —osó preguntar Benno, arreglándole los adornos de oro para que colgaran adecuadamente en el ancho pecho.

—¿Cómo te diría yo? Un pajarito con sangre en el pico. Hay cosas que más que saberlas las noto, Benno, como un soplo de brisa en la piel. Llevaré esa cadena esta noche.

Era la cadena que le diera el duque Ippolyto de Altamura como muestra de gratitud por sus servicios. Era a la vez sólida y delicada, una pesada cadena que lucía entre los eslabones hojas de filigrana y flores de esmeralda, una cadena que Benno sabía que atraería la mirada del cardenal Tartaruga y no le dejaría dudas sobre la importancia de su invitado.

UNA INVITADA LLAMATIVA

La invitada que más llamó la atención, no obstante, era persona de poca importancia. Debía su presencia allí a que su esposo era primo político del cardenal y a que recientemente había trabado relación con las esposas de los Pantera en la iglesia. Fue Elisavetta Pantera quien reveló a Felicia da Sangallo que las mujeres sí estaban invitadas al festín del cardenal. Felicia, que conocía bien a su marido, esperó a que él se marchara ataviado con sus mejores ropas y luego se arrancó el velo y el turbante, se vistió de gala y lo siguió.

Así pues los invitados ya estaban todos reunidos cuando anunciaron su llegada, y todas las miradas se volvieron hacia ella. Felicia se había teñido el pelo con ayuda de Perpetua antes de peinarlo en largas trenzas entrelazadas con cintas color lila recamadas en oro, dejando que unos largos tirabuzones descansaran en su pecho sobre el vestido violeta con cortes de seda lila. Y no llevaba velo, a menos que se calificara de tal la finísima gasa lila entreverada en torno a las trenzas que coronaban su testa. Cuando se inclinó ante su anfitrión y se disculpó por su tardanza, los hoyuelos de sus mejillas bastaron para derretir los corazones de todos los presentes, excepto el de su marido, a quien la rabia y la impotencia habían dejado sin habla.

El cardenal Tartaruga que, según los rumores, consideraba a las mujeres como un incordio necesario que había que mantener en su lugar, es decir la cama, se acercó con una mueca muy parecida a una sonrisa en sus austeras facciones. Se dio cuenta de que era la primera vez que veía a la esposa de su primo Agostino. Declaró estar encantado de que se hubiera recuperado tan pronto de la enfermedad que, a decir de su esposo, sufría.

Por fortuna para Felicia, a causa de lo tardío y lo inesperado de su llegada el *maestro di casa* no le encontró sitio cerca de su marido sino junto a Torcuato que, tal como Segismundo había predicho, estaba efectivamente presente. Felicia no podía haber encontrado a nadie más dispuesto a dedicarle toda su atención. Torcuato aún no se había recuperado de su espantosa experiencia a manos de quienes él creía que eran una puta y su proxeneta. Había acudido directamente a la cena del cardenal, con la promesa de obtener un instante de audiencia privada cuando terminara. Todavía tenía impregnado en la ropa el olor de la prostituta, y el hermano Filippo, sentado al extremo de la mesa, había retrocedido ante él como si apestara a estiércol.

Aunque Torcuato estaba demasiado absorto en Felicia para advertirlo, Filippo también descuidaba la comida para mirarlos a los dos. Éste no compartía la opinión del cardenal de que las mujeres eran necesarias. De no haber sido por Eva, Adán

seguiría en el Paraíso. Si cabía la menor posibilidad de atribuir algún error al Todopoderoso, sería la creación de la mujer, perdición de tantos hombres.

La mayoría de los invitados del cardenal Tartaruga estaba demasiado atareada disfrutando de la comida y el magnífico ambiente para albergar amargos pensamientos, aunque el cardenal Lepre podía ser una excepción. Del mismo modo que Tartaruga mostraba un curioso parecido con la tortuga de su escudo heráldico, con su cráneo mondo, su cuello fibroso y su mirada reptilesca, la gente creía ver en el cardenal Lepre cierta semejanza con la liebre de su propio escudo. Tal vez el nombre se lo hubiera ganado en otros tiempos un miembro de la familia que había legado sus facciones a sus descendientes, pero el hecho es que el cardenal tenía los ojos ligeramente protuberantes y unos largos incisivos sobre su barbilla gris de chivo.

Esa noche la liebre estaba nerviosa. La tortuga desplegaba un espectáculo demasiado bueno ante aquella asamblea. La comida era excelente; la cámara, de considerable grandeza; la vajilla de oro y plata, asquerosamente abundante. ¿Es que no había nada que criticar? Si aquella criatura se convertía en Papa, le estallaría la cabeza. Sería un gesto de caridad cristiana agujonear ahora su vanidad. El cardenal Lepre sonrió y comentó, en voz bastante alta para ser oída por muchos, el estado de los tapices en el otro extremo de la cámara.

—Veo que Hércules está limpiando los establos de Augías, pero ¿no debería haber limpiado alguien al propio Hércules? Aunque he oído que los tapices antiguos, que ya han quedado desvaídos, son difíciles de limpiar. Dejad que os recomiende una firma de tejedores que trabaja para mí. Son caros, pero son los mejores. A menos, claro está, que no deis importancia a estas cosas.

No le salió nada mal. Segismundo, sentado en la mesa alta en virtud de su cadena y de su reciente posición como emisario del duque de Rocca y como huésped del cardenal Pantera, sonrió. Benno, detrás de su silla, comprendió que el cardenal Lepre pretendía dar a entender que su anfitrión no apreciaba los detalles, que había dejado colgado un tapiz viejo y sucio, que a pesar de la exhibición de vajilla de oro y cisnes asados, era demasiado tacaño para reemplazar un viejo tapiz. El cardenal Pantera, en un cortés intento por dispersar el mal ambiente, se apresuró a decir:

—Seguramente las cosas viejas ganan mucho si se ve que lo son. Lo antiguo tiene un valor. Y esta cámara es de un tamaño y un esplendor sin par. Ni en el mismo Vaticano he visto una habitación más principesca.

El cardenal Tartaruga aprovechó la oportunidad que llevaba esperando toda la velada. Hizo una seña al *maestro di casa*.

—A su eminencia el cardenal Lepre le disgusta el tapiz de Hércules —dijo—. Que lo quiten. —El *maestro di casa* salió disparado y llamó a unos criados que se acercaron con varas para desenganchar el tapiz de la pared—. Debéis perdonarme —añadió Tartaruga— por no recibirlos en mi mejor cámara.

El tapiz fue retirado rápidamente.

—Como veis, esta forma parte de mis establos.

Había aparecido una hilera de cuadras con comederos llenos de heno, cubos y escobas, pero sin caballos. El silencio de los atónitos comensales fue roto por el estallido de aplausos en honor a un anfitrión tan magnífico que tenía para sus caballos cámaras dignas de recibir a los príncipes de la Iglesia. Algunos advirtieron que no se veían huellas de cascos entre la paja dispersa por el suelo, y percibieron el aroma de la madera nueva bajo los perfumes que los criados esparcían continuamente por todas partes y el olor de las enormes velas de cera que ardían en sus gruesos apliques de oro y plata. Mero hay que decir que la mayoría de los congregados reconoció el ingenio de Tartaruga.

El cardenal Lepre aplaudió con penosa lentitud, y algunos de sus partidarios se quejaron con fingida indignación de haber sido invitados a cenar en un establo. El cardenal Pantera, siempre mediador, apuntó que el mismísimo Mesías había nacido en un establo y que el cardenal Tartaruga seguramente había querido recordarles este hecho antes de la sagrada responsabilidad del cónclave de los próximos días. Por desdicha aquello convenció a muchos de que el cardenal Pantera ya debía de haber aceptado pingües sobornos del cardenal Tartaruga, y que las mulas que llegaran al sótano de Pantera cargadas de plata marcada con la tortuga ya no saldrían de allí.

Precisamente en ese momento entraba el plato principal, levantando más aplausos. La tortuga confitada con el mástil dorado coronado por un crucifijo parecía lucir una sonrisa en sus primitivas facciones, y bastantes invitados se preguntaron cuánto tardarían en celebrar un banquete en honor del papa Tartaruga. El dulce fue desmantelado y consumido. El crucifijo quedó sobre el plato de oro entre ruinas de barquillo aplastado y gelatina. Se quitaron manteles y mesas y comenzaron a circular el vino y los postres. El predominio del púrpura en la habitación —el color de las ropas de los cardenales de duelo por la muerte del Papa— se hizo más perceptible cuando los invitados se dispersaron para charlar o salir a la galería a respirar la poca brisa que venía del río. El olor que traía con ella fue apagado lo antes posible por el constante rocío de agua perfumada y la quema de incienso. La silla del cardenal estaba en el extremo más alejado de la cámara sobre su estrado, una silla que sólo se utilizaba cuando la silla de san Pedro estaba vacía. El cardenal Tartaruga, que no era hombre dado a desaprovechar ninguna ocasión de exhibirse, se sentó en ella.

Cruzó entonces algunas palabras en privado con algún que otro invitado. Uno de ellos era un sacerdote y otro un hombre misterioso con la cabeza rapada cuya apariencia y porte habían levantado las especulaciones que cabía esperar. Entre los que no sabían nada de él la teoría más popular sostenía que era un importante miembro de la facción oriental —mirad esa cadena— que había acudido disfrazado para espiar los asuntos más íntimos de la Iglesia católica o incluso para influir en la elección en favor de un Papa que fuera partidario del Patriarca de Constantinopla. Aunque si el hombre era sacerdote, no parecía desde luego célibe.

Precisamente el celibato tenía cierta relación con la entrevista que mantuvo Torcuato con su anfitrión. El sacerdote besó el anillo del cardenal con rabia en el

corazón cuando fue despachado. La conversación con Segismundo fue peripatética. Estuvieron paseando a lo largo de la cámara, y cuando el invitado alzó la cabeza después de besar el anillo, nada pudo deducirse de su expresión. Benno, que con su plato de sobras de carne observaba desde la penumbra de un umbral entre los criados de otros asistentes, estaba deseando formular una pregunta directa, aunque, por fortuna, se encontraba demasiado lejos de su señor.

Entonces llegó la principal diversión.

El *maestro di casa* del cardenal estaba acostumbrado a presentar bufones, trovadores y juglares; alguna vez había convocado a magos, enanos y prostitutas bailarinas, pero hasta ahora jamás había tenido que entregar a un monje esposado. Su bastón de mando mantenía al hermano Ieronimo a una saludable distancia mientras los guardias lo hacían entrar a empujones. Sin embargo el *maestro di casa* tenía sus órdenes y, tranquilizado al ver las manos esposadas del hermano Ieronimo, permitió que el monje avanzara por la gran cámara.

La orquesta, reducida pero diestra, que hasta entonces se había mantenido en la suavidad del arpa y la flauta, atacó ahora una melodía mucho más estimulante a la que un tambor añadía un efecto dramático. Se acallaron las conversaciones y todas las miradas convergieron en el alto y desgarbado monje con el blanco halo de pelo en torno a la tonsura. Los que estaban en la galería entraron y se quedaron a mirar junto a las cortinas de linón.

No quedaba ya nadie en la ciudad que no hubiera oído hablar del monje asesino que lanzaba profecías. Su éxito al anunciar la muerte del Papa le había conducido a un súbito estrellato, y varios de los cardenales presentes habían enviado en privado donaciones a Santaporta junto con preguntas en relación a su futuro. Las donaciones se habían aceptado, pero las preguntas no se respondieron. El hermano Ieronimo, explicó el prior, no había recibido de momento mensaje alguno de las alturas.

Precisamente lo que todos deseaban era un mensaje de las alturas, y el hecho de que el cardenal Tartaruga creyera que iba a obtener una respuesta favorable daba la medida de su seguridad y confianza. Si la profecía le resultaba adversa o ambigua, el cardenal, recordando a los sacerdotes de Delphy que interpretaban los inspirados delirios de la Sibila, pensaba que también él podría dar con una interpretación que convenciera a sus invitados del Sagrado Colegio de que al votar por él en los próximos días estarían cumpliendo la voluntad de Dios.

El problema de momento era conseguir que Ieronimo comenzara el espectáculo. Estaba allí parado, mirando en torno a él con vivo interés, sonriendo a los rostros que conocía pero totalmente en silencio y sin dar señales de una inminente actuación.

Tartaruga tomó la iniciativa. Llamó a un criado que llevaba vino y él mismo sirvió una copa y se acercó al hermano Ieronimo. Algo sin embargo había llamado la atención del monje: el pequeño mástil dorado con el crucifijo, abandonado en un plato. Fue hasta él y lo cogió con reverencia. Luego se volvió, sosteniéndolo ante Tartaruga como para exorcizarlo. Ieronimo había encontrado su inspiración.

PESCADOR DE HOMBRES

Al amanecer hacía un poco de fresco. Benno, con la camisa abierta y *Biondello* jadeando a sus talones, se abanicaba con su gorra mientras caminaba junto a Segismundo. La luz grisácea del cielo, teñida de rosa hacia el este, no se reflejaba en el amarillo del indolente río bajo sus pies. Al otro extremo del puente, las cabezas sobre las picas eran ya casi amigas. Benno echó una ojeada a aquellas facciones que parecían moverse en una mueca de reconocimiento mientras las moscas zumbaban sobre ellas. Todavía le daba vueltas en la mente a los eventos del banquete de Tartaruga, del que Segismundo y él habían salido hacía poco.

—El hermano Ieronimo se lo dejó claro, ¿verdad? La venidera gloria de Roma y todo eso, y que Nuestra Señora quiere que la gente devuelva las cosas a su legítimo dueño.

—Me da la impresión de que eso no gustó tanto al cardenal como la parte sobre el nuevo Papa. —Segismundo caminaba con el jubón cogido con un dedo y colgando a la espalda. Se inclinó sobre el parapeto y miró la lenta corriente. No lejos de allí se veía un pescador solitario, sentado inmóvil en su barca, como si el río le hubiera contagiado su desidia. Tal vez dudaba que hubiera pez alguno digno de ser pescado —. Eso sí le agradó.

—¿Qué fue exactamente lo que dijo el hermano Ieronimo? Todo el mundo andaba traduciendo las palabras latinas, pero aun así no entendí nada. Hablaba de que el próximo Papa sería feliz. Al fin y al cabo eso se da por sobrentendido, ¿no?

Segismundo movió suavemente la cabeza y citó:

—«Veo al hombre que será Papa. Feliz se le llamará».

Benno se mesó la barba.

—Ya. Todo eso está muy bien, pero yo no creo que estuviera mirando al cardenal Tartaruga. A mí me parece que miraba a través de él, y si tenía una visión, no sabemos de quién hablaba.

Segismundo, sin contestar, dio un codazo a Benno, que se volvió a mirar. En la orilla izquierda del río, donde se alzaba sobre el agua el palacio Tartaruga, unas figuras se movían en el muelle de piedra bajo la galería del palacio.

—¿Creéis que van a tirar algo más? No puedo creerlo. —Benno revivía su estupor cuando los criados del cardenal habían recogido en cestas la vajilla de oro y plata y, tras pasar entre los invitados dispersos por la galería, habían arrojado todo, por encima de la balaustrada, al Tíber. Había sido un gesto destinado a impresionar aún más que la aparición de los establos. El cardenal demostraba así que tenía

recursos suficientes para volver a poner sobre la mesa la misma cantidad de plata o para encargar una vajilla nueva. Un temerario gesto de magnificencia de lo más calculado.

—Mmm... Tal vez soy menos crédulo que tú en lo que se refiere a los cardenales. —Segismundo observaba las figuras junto a la orilla que se esforzaban por desatar unas cuerdas de unos mástiles enterrados en el lecho del río—. Y no, no van a tirar nada más, sobre todo porque no hay ningún público.

Efectivamente, los criados habían mirado en torno a ellos antes de comenzar. A esas horas Roma estaba desierta. El pescador moribundo y las dos figuras del puente apenas contaban. A un grito del hombre que parecía coordinar los esfuerzos de los criados, todos halaron de las cuerdas. ¿Estarían pescando para el desayuno del cardenal? La pesca surgió reluciente a la superficie. De pronto Benno se dobló y estalló en silenciosas carcajadas. Al cabo de un momento pudo hablar:

—¡Es la vajilla! Tenía redes preparadas en el río. El viejo tramposo... —Benno se interrumpió. Todavía tenía la provinciana sensación de que podría ser blasfemo referirse a un cardenal en términos peyorativos. Pero, llevado de su sentido práctico añadió—: Los platos estarán hechos una porquería. En este río hay de todo, seguro.

Al parecer así era. Los criados subieron las redes hasta el muelle. Algunos ya comenzaban a coger los platos para meterlos en las cestas cuando un súbito grito se oyó en el agua y un extremo de la red comenzó a deslizarse. La recobraron y tras un guirigay de reproches y justificaciones se hizo de pronto el silencio.

Segismundo silbó entre dientes y se enderezó. La red albergaba entre un revoltillo de platos un objeto largo y negro con pálidas extremidades que chorreaba agua como un alga.

—El cardenal Tartaruga está practicando para ser Papa. Ya es pescador de hombres.

Benno tragó saliva. Mientras los criados examinaban el objeto negro, cuyos miembros oscilaban yertos atrapados en la red, vio de qué se trataba. Probablemente era algo habitual. El pescador de la barca se mostró indiferente al hallazgo, tan acostumbrado a los cadáveres como a los peces.

Segismundo, sin embargo, había atravesado el puente y descendía por los escalones hacia la orilla. *Biondello* corría tras él a toda velocidad.

Los criados del cardenal todavía estaban discutiendo cuando llegó Segismundo. ¿Sacarían el cadáver o debían tirarlo de nuevo al río? Un criado advirtió la presencia de uno de los invitados de la noche anterior, un rostro difícil de olvidar, y pareció aliviado al verlo. Era demasiado tarde para ocultar el engaño del cardenal, aunque hubiera sido posible.

—¿Qué hacemos, señor? Su eminencia entrará en el cónclave dentro de unas horas. En breve asistirá a misa. ¿Cómo podemos molestarlo con esto?

«Esto» era un cadáver de pelo oscuro —tal vez por las aguas— en torno a una calva. Llevaba un hábito también negro y lodoso, sujeto con un cinturón. Atado al

cinturón y enredado en la red había un rosario. Segismundo ayudó a subir el cuerpo al muelle y, mientras los criados se apartaban, le giró la cabeza para verle la cara.

Tenía la boca abierta y las facciones reblandecidas y blanqueadas por el agua. En el cuello aparecían unos pequeños cortes. Era una suerte que el hombre no necesitara ya los ojos, puesto que habían sido el desayuno de algún pez. A pesar de todo era un rostro conocido. Lo que parecía una calva resultó ser una tonsura. Era Torcuato.

Segismundo cogió el cuerpo por debajo de los brazos, lo liberó de la red y lo tumbó en el muelle chorreando agua. Los criados, conscientes de que deberían responder ante el *maestro di casa* y tal vez poco acostumbrados a ver cadáveres en una ciudad donde se cometían más de una docena de asesinatos al día, siguieron en su mayoría recogiendo platos, sin dejar de temblar, y metiéndolos en las cestas. Algunos se quedaron mirando fascinados cómo Segismundo apartaba el escapulario y abría el desgarrado hábito del sacerdote. Benno sabía que no podía estar buscando *La Feconda*, puesto que Angelo se la había entregado no hacía ni media hora.

La razón de la curiosidad de Segismundo no tardó en descubrirse. Los profundos cortes hinchados —en uno de ellos se cebaba una sanguijuela— en la pálida carne del pecho y el vientre de Torcuato revelaron que no había caído al Tíber por accidente.

DEMASIADOS SOSPECHOSOS

Todos se persignaron y Segismundo pronunció una oración culminada con un amén general. Ahora que estaba claro que el hombre pescado con la vajilla de Tartaruga había sido asesinado, se recrudeció la discusión sobre la opción de molestar al cardenal. Finalmente recurrieron a Segismundo para que tomara una decisión, y éste no vaciló.

—Llevadme ante el *maestro di casa*.

Los criados se ahorraron la faena, puesto que el *maestro di casa* ya estaba allí. Había aparecido por la alta compuerta exigiendo saber dónde estaban los platos. Contempló el cadáver con gesto de asco y fastidio, pero sin sorpresa. Aquello era Roma. Los curas eran tan comunes como los asesinos y no siempre más gratos. De ninguna forma se tenía que molestar a su eminencia. El *maestro di casa*, buen observador, reconoció al sacerdote a quien había conducido hasta su eminencia para una entrevista privada después de la cena y, por supuesto, identificó igualmente al invitado de la cabeza afeitada y aire autoritario que también había mantenido una conversación íntima con el cardenal. Accedió de mil amores a la sugerencia de aquél y ordenó a dos criados que sacaran el cuerpo empapado, lo envolvieran en un paño negro que él mismo suministraría —y que figuraría de forma anónima entre los gastos del mes siguiente y se lo llevaran a Santaporta en una de las parihuelas utilizadas para acarrear la vajilla. ¡Ah, si todos sus problemas se solucionaran con la misma facilidad! Cuando la pequeña procesión emprendió camino bajo la creciente luz, él dedicó a Segismundo una de sus más marcadas reverencias.

Pocas de las personas que ya rondaban las calles prestaron atención a la oculta carga. Segismundo atraía miradas pero, con excepción de alguna que otra mecánica señal de la cruz, sus seguidores eran ignorados.

En Santaporta los monjes estaban rezando laudes pero el portero, horrorizado por el poco ortodoxo retorno del padre Torcuato, los introdujo en el primer patio y envió a su ayudante a que abordara al padre prior en la puerta de la capilla. Los sirvientes del cardenal depositaron su carga sobre un banco de piedra bajo la arcada que bordeaba el patio y se marcharon deshaciéndose en exclamaciones ante la generosa propina de Segismundo. Los otros esperaron. Segismundo se relajó apoyado contra una columna de la arcada y contempló el cielo que ya surcaban algunos pájaros en dirección al este. *Biondello* se sentó en el suelo asimilando lo que sucedía mientras Benno miraba el fino reguero de agua que rezumaba bajo el sudario negro y chorreaba por los adoquines del suelo.

El prior, informado de una tragedia, se acercaba bajo los arcos con el paso medido de quien tiene la suficiente filosofía para enfrentarse a ellas. Aun así, cuando Benno, obedeciendo a una seña de Segismundo, apartó el paño del rostro de Torcuato, el prior retrocedió y Filippo, que lo acompañaba, se santiguó con un gruñido. Benno, disfrutando de su oportunidad de dar un golpe de efecto, bajó más el paño para poner al descubierto las heridas del cuello, el pecho y el vientre del sacerdote.

—¡Apuñalado! ¡Que el Señor tenga piedad de su alma! ¿Quién ha podido hacer algo así y por qué?

—¡Más bien decid a quién le sorprende! —exclamó vehemente Filippo—. Tengo que deciros, por caridad, padre prior, que nuestro hermano era un malhechor a los ojos de Dios. Esperemos que haya hecho penitencia en el momento de la muerte o me temo que ahora debe de estar ardiendo en las llamas del infierno.

—¿Un malhechor, hermano? —El prior juntó las manos bajo sus largas mangas y lo miró con expresión dubitativa—. ¿Quién de nosotros no es un pecador ante Dios? ¿Sabéis vos, señor, cómo sufrió estas heridas? —El prior observó a Segismundo como si de súbito fuera consciente de que allí había un hombre familiarizado con las heridas y que a buen seguro había infligido unas cuantas. Aunque tal vez pensó que los asesinos no suelen presentarse con sus víctimas, dispuestos a afrontar las consecuencias.

—Lo ignoro tanto como vos, padre. Anoche estuve de invitado en el palazzo Tartaruga, como el padre Torcuato y como vos, hermano, si no me equivoco. —Filippo inclinó la cabeza y Segismundo prosiguió—: ¿Podéis entonces decirnos qué sucedió después? ¿No acompañasteis al padre Torcuato hasta aquí?

El rubor se extendió por el enjuto rostro del monje.

—Yo no acompañaría a ese hombre ni un paso a menos que quisiera contaminar mi alma. No tengo idea de dónde fue. Sin duda a ver a alguna prostituta.

—No habléis mal de los muertos, hijo mío. Evitad malévolas especulaciones. —El prior mantenía a los monjes de Saporta bajo un estricto control, pero Torcuato quedaba fuera de su jurisdicción—. Ahora lo más importante es que laven el cuerpo y que se celebre una misa. Señor, os damos las gracias por haberlo traído. Nosotros informaremos al prefecto de policía de esta zona. Mucho me temo que jamás encontrarán al villano que lo mató; esta es una ciudad de réprobos. Sin duda lo asesinaron para robarle el dinero que pudiera tener. Hermano, ¿sabéis si llevaba algo encima?

Filippo se encogió de hombros. No le preocupaba el dinero.

—Llevaba todavía el oro que le dio nuestra abadía para los gastos en Rocca. —El prior tanteó el cadáver y sacó una bolsa empapada de debajo del escapulario de Torcuato. Estaba vacía, como bien sabían Segismundo y Benno. Barley les contó que Torcuato les había entregado el dinero en cuanto se arrojó sobre él mientras Angelo lo aferraba. Filippo alzó el labio.

—Se lo gastó todo en un burdel. Que Dios le perdone. —Evidentemente era algo que él no se sentía inclinado a hacer.

—Pero esto demuestra que lo mataron por dinero —aseguró el prior. Segismundo no comentó que los que matan por dinero no suelen devolver la bolsa—. Si me lo hubiera confiado a mí para que lo guardara... —Al ver a dos monjes que pasaban en silencio bajo la arcada al otro lado del patio, el prior dio una palmada y los monjes se acercaron deslizándose veloces por el suelo.

Segismundo les dejó la tarea de disponer decentemente del cadáver. En la calle la gente se dedicaba a sus asuntos. Un grupo formado en su mayoría por mujeres esperaba en silencio en las puertas con la esperanza de ver al hermano Ieronimo. Un mendigo ciego, junto al muro, pegó un teatral brinco cuando Segismundo le puso una moneda en la mano, y lo bendijo con fervor. Desde una tienda lanzaron a la calle un cubo de agua mientras más allá alguien tiraba las sobras de la noche anterior por la ventana. La campana de Santaporta comenzó a doblar tras ellos. Benno pensó en Torcuato. ¿Le habría asesinado realmente un ladrón furioso al encontrar la bolsa vacía? Los ladrones podían ponerse muy rabiosos cuando un robo no valía la pena el esfuerzo.

—Tal vez nunca averigüemos quién fue —dijo en voz alta. Benno estaba convencido de que su amo tenía el misterioso poder de saber las cosas, y esperaba provocarle para obtener una respuesta sin formular la pregunta.

Segismundo se echó a reír.

—¿Cómo quieres que te lo diga yo? ¿Con cuántos cientos de personas podía haberse cruzado anoche nuestro amigo, cuántas podían haberlo apuñalado? —Segismundo guardó un silencio reflexivo, el semblante ensombrecido. Luego prosiguió con otro tono—: Tal vez tuvo mala suerte, aunque no como imaginamos. Anoche lo vi hablar con el cardenal Tartaruga y estoy convencido de que intentaba hacer con él el mismo trato que pareció haber hecho con el último Papa. Una joya como *La Feconda* sería un buen adorno para el próximo Santo Padre, incrementara o no sus tesoros y sus graneros. Y el pobre Torcuato habría obtenido su obispado.

Segismundo se detuvo para comprar un puñado de higos maduros a una niña. Le dio unos cuantos a Benno y, masticando uno él mismo, comenzó a bajar la siguiente calle que consistía en varios tramos de escalones bajos. Benno se metió la mano en la camisa, donde por un antiguo hábito adquirido en tiempos de privación mantenía una despensa, y sacó un trozo de queso para acompañar los higos.

—Yo vi a Torcuato en el momento en que se dio cuenta de que no tenía ninguna cruz que mostrar al cardenal —prosiguió Segismundo—. Se tocó el cuello, el pecho y el estómago por si se le había deslizado de la cadena. Luego —Segismundo curvó las comisuras de la boca y su voz se hizo más cálida—, luego se dio unos golpes como de *mea culpa* y tuvo que fingir que se la había olvidado.

—¡Qué estúpido debió de sentirse! ¿Qué pretendía, hacer que detuvieran a Angelo? —La mera idea era patética. Era como intentar detener al viento.

—Eso ya no importa. Yo creo que pueden haberlo matado por *La Feconda*, como les ha pasado a otros muchos. —Por su tono de voz supo Benno que Segismundo hablaba de Bernabo—. Desde mi posición podía ver a Torcuato con el cardenal, pero muchos otros no estaban tan bien situados y pudieron pensar que todavía tenía la cruz.

—¿Como quién?

—Alguien que el otro día estaba muy cerca del Papa cuando Torcuato tuvo audiencia, tan cerca que probablemente oyó lo que se dijo.

Benno se paró un momento a recordar mientras Segismundo lo miraba con gravedad. Benno vio el carnoso rostro del último Papa, inclinado para escuchar. De pronto le vino a la mente otro rostro, un perfil junto a él. Era el ceño sombrío y la mirada triste del cardenal Pantera lo que estaba viendo.

—¿Creéis que oyó a Torcuato decir que tenía la cruz?

—Estaba bastante cerca, y no hemos advertido que sea sordo. —Segismundo llegó al final de las escaleras y miró en torno a él como si no supiera qué dirección tomar—. También sabemos que al cardenal le gusta que prevalezca la armonía. Tal vez les dijo a sus primos que la cruz pronto estaría en poder del Papa, pensando que eso acabaría con las disputas de una vez por todas.

—Me parece que entonces no conoce a sus primos.

Benno se precipitó a rescatar a *Biondello*, que retrocedía a toda velocidad ante un enorme cerdo que intentaba hacer prevalecer sus derechos sobre los despojos de la cloaca. El criado se volvió con un cuerpecillo bastante maloliente bajo el brazo y miró a la cara a su señor.

—¿Entonces fue Olivero quien mató a Torcuato?

Segismundo se encogió de hombros y se decidió por un callejón decorado con varias prendas de ropa tendida al sol a modo de banderines y el gentío de una plaza un poco más allá.

—Cuando pensó que yo tenía la cruz trató de matarme. Torcuato habrá sido un objetivo fácil. Olivero también estaba en la cena de Tartaruga. Conocía a Torcuato del viaje y no le costaría mucho acercarse a hablar con él. Y no olvidemos a Ferondo. Siempre va bien contar con otro par de manos cuando se tira a alguien al río.

Benno trotaba junto a su señor, ocupando entre los dos todo el ancho de la calleja.

—Pero si fue Olivero, ahora sabe que Torcuato no tiene la cruz. ¿No pensará otra vez que la tenéis vos?

El problema era que Segismundo la tenía, efectivamente, y era el blanco de un hombre que ya había demostrado hasta dónde podía llegar.

—También pudo ser alguien que pensaba que Torcuato había matado al abad y sólo quería ajustarle las cuentas.

—¿A cuánta gente conoces que amara al abad Bonifacio tanto como para matar por él? —Segismundo se detuvo ante una puerta para dejar paso a un burro cargado con cestas de coles y conducido por un hombre que arrastraba los pies. Benno se

pegó a la pared—. Anoche había también otra persona —prosiguió Segismundo— que, si las miradas matasen, habría aniquilado a Torcuato mucho antes de llegar a los postres.

No hacía falta especificar más. Agostino da Sangallo había dejado sus sentimientos del todo claros.

—Es de extrañar que su esposa osara aparecer así, con aquel aspecto maravilloso después de que él dijera que estaba enferma. Al fin y al cabo Da Sangallo le dio una paliza la noche que vos estuvisteis en su casa porque creyó ver a un hombre saliendo de allí.

—Parecía estarle desafiando a pegarla otra vez. —Segismundo movió la cabeza—. No sé por qué lo hizo.

—Torcuato se pasó la cena intentando ganarse sus favores. —Si Agostino había matado a Torcuato por manifestar tan claramente que encontraba atractiva a su esposa, era desde luego una suerte que no supiera quién había ido a visitarla a su propia casa aquella otra noche. Ciertamente Agostino no era rival para Segismundo, pero tenía dinero para contratar matones y estaba tan obsesionado que no se cansaría de intentarlo. Los locos tienen suerte.

En la plaza tuvieron que detenerse ante una procesión. Un baldaquín púrpura con flecos oscilaba erráticamente sobre un hombre ataviado con seda púrpura y capelo cardenalicio. Iba montado a lomos de una mula blanca con arcos púrpura y dorados, cuyos adornos se bamboleaban al caminar. Varios sacerdotes lo flanqueaban, un coro cantaba un himno procesionario y los incensarios arrojaban azules nubes de humo entre el clamor de la multitud. Al pasar la procesión, el hombre de la mula volvió la cabeza y alzó un guante púrpura impartiendo una bendición. Cuando vio a Segismundo y Benno, su rostro fatigado esbozó una expresión de reconocimiento. Era el cardenal Pantera.

—Ojalá fuera él el nuevo Papa. —Benno alzó a *Biondello* para que recibiera la máxima bendición posible—. El horrible Tartaruga está totalmente seguro de que será él, ¿verdad? ¿De qué os habló mientras caminabais de un lado a otro de los lujosos establos?

Segismundo le puso la mano en la cabeza.

—¡Preguntas! Demasiadas para una sola mañana. El cardenal Tartaruga está practicando para ser Papa, así que me pidió lo mismo que me había pedido el otro.

—¿Que matarais a alguien? —Benno se había excedido, por lo que recibió un fuerte empujón en la cabeza. *Biondello* lanzó un gañido y Segismundo se echó a reír.

—Nada de suposiciones. El cardenal Lepre va ya de camino al cónclave y yo he perdido mi oportunidad.

«LA MATARÁ»

Ahora que los cardenales estaban reunidos en cónclave, Roma reverberaba bajo el calor, agitada y expectante. De momento no sucedería nada. Era poco probable que hubiera unanimidad entre los cardenales y eligieran Papa en un solo día. Aun así cabía esperar que el resultado se anunciaría a la mayor brevedad posible puesto que de momento reinaría la anarquía hasta que fuera un nuevo Papa quien reinara, puesto que todas las personas con autoridad habían renunciado a sus funciones en el interregno. Los criminales aprovecharían la ocasión, se desatarían las contiendas y se dispararían los asesinatos.

En otros tiempos las pendencias entre los cardenales eran interminables. Unos dos siglos atrás, le contó Segismundo a Benno, los cardenales en cónclave se dedicaron a divertirse en Viterbo dos años enteros, hasta que los magistrados los encerraron en el palacio del Obispo y bloquearon todas las salidas. Incluso entonces se encontraron tan cómodos, o tal vez había creado tal hábito de holgazanería, que no eligieron Papa, de modo que el pueblo tomó el techo del palacio y los mantuvo sólo a base de pan y agua hasta que el cónclave realizó la elección. El cardenal electo entendió asimismo el mensaje: como Papa, ordenó que los cónclaves futuros debían transcurrir bajo llave, sin ocasiones de lujo ni de visitas ni posibilidad de hablar con emisarios extranjeros o recibir influencias. Todas las mañanas y todas las tardes la muchedumbre se congregaba ante la plaza de San Pedro y una procesión de clérigos preguntaba: *Habemus Pontificem?* Cualquier retraso excesivo podía provocar de nuevo el tratamiento de pan y agua.

Una de las personas indiferentes al resultado, puesto que su profesión no sufriría crisis fuera quien fuera el elegido, era Gemmata. Estaba en su cama, en el ático del edificio, cosiendo la manga que uno de sus clientes le había arrancado en un momento de arrebató, cuando recibió una visita inesperada.

El hombre se había detenido abajo en la calle para asegurarse de que no se equivocaba de dirección. Allí estaba la casa rosa con el balcón tallado, sobre su cabeza el jilguero en su jaula y, aunque no había sido informado de la presencia del gato blanco y anaranjado, el animal apareció a tiempo para inspeccionarlo. No conocía las escaleras, sólo sabía que lo que deseaba estaba en el último piso.

Gemmata, al oír un ruido distinto a los pesados pasos de Barley o al casi imperceptible susurro de Angelo, dejó la labor y salió al rellano a ver quién era. El visitante, que no había perdido el aliento, clavó en ella una oscura mirada que la sumió en un acusado estado de nervios. Barley estaba en alguna taberna, Angelo

había ido a ganar algún dinero cantando en alguna plaza o prediciendo la buenaventura. Si le hubiera predicho a ella la suya, tal vez no habría resultado ser muy halagüeña. Gemmata retrocedió mientras el hombre subía los últimos escalones, y se dirigió hacia la habitación donde guardaba el cuchillo entre sus labores. Por el aspecto del desconocido sabía que no se trataba de un cliente ordinario y que era peligroso.

Barley se sentía en paz con el mundo. Gemmata y él todavía vivían cómodamente del dinero de Torcuato. La excelente cena que costearon con él la noche anterior les había resultado tan magnífica como cualquier banquete de Tartaruga, y todavía tenían bastante para pagarse muchas más, así como para comprar un vestido nuevo y pendientes para Gemmata. Barley también había ganado una apuesta esa mañana en una pelea de perros, y un ceñudo individuo que había estado dibujando a los perros en acción le había pedido que acudiera a su estudio al día siguiente para posar para un cuadro de Goliat. Le había ofrecido un pequeño adelanto tras prometerle una sustanciosa propina, de modo que Barley compró dos botellas de vino y se apresuró a ir a su casa a contárselo a Gemmata.

De haber llegado un minuto más tarde no habría habido ninguna Gemmata a la que contar nada, a menos que se sintiera inclinado a hacer confidencias a un cadáver. Por suerte para ella, el jaleo de la pelea, los gritos apagados por la mano del desconocido y sus gruñidos de amenaza enmascararon el ruido de los pasos de Barley y a un tiempo lo alertaron. Una vez sobre aviso, podía moverse con el sigilo de un gato, de modo que lo primero que supo de Barley el extraño que mantenía un cuchillo en el cuello de Gemmata, fue un tirón en su propio cuello que a punto estuvo de estrangularlo. El cuchillo cayó al suelo y Gemmata le puso el pie encima. Barley tiró bruscamente del hombre por la cadena que llevaba al cuello mientras le golpeaba la cabeza, hasta que la cadena se rompió y el agredido cayó escaleras abajo. Si la cadena no hubiera sido de oro y no hubiera por tanto retrasado a Barley en un ejercicio de tasación, el daño habría sido mucho mayor, pero el caso fue que el hombre llegó al final de las escaleras magullado, temporalmente sordo, con el cuello amoratado y ansioso por salir de allí antes de que le alcanzara el gigante.

Su humor era lamentable cuando entró cojeando en el patio del palazzo Pantera. No podía informar de su fracaso ni consultar con su hermano, porque su cuñada había comisionado a Ferondo para que las escoltara, a ella y a Lydia, a ver la procesión del cardenal hacia el cónclave. A Elisavetta le inquietaba saber que, a causa de la aversión del cardenal Pantera por los tejemanejes políticos, ella tenía pocas posibilidades de ser pariente cercana del próximo Papa, y no estaba dispuesta a que le negaran diversión alguna. Olivero vislumbró un momento a la mujer que atravesaba presurosa el patio, y pensó que el grupo había vuelto de la expedición. Se precipitó a ocultarse tras una columna, puesto que no tenía ningunas ganas de oír los comentarios de su cuñada en referencia a su lamentable aspecto. Su esposa Lydia advertiría la desaparición de la cadena. Olivero era demasiado orgulloso para admitir

que le habían robado a plena luz del día.

La mujer volvió la cabeza y salió al sol. Olivero vio la deslustrada ropa de una criada y aquel alargado rostro caballuno y plano que tan bien conocía. ¿Qué había ido a buscar allí Perpetua, la doncella de la muy apetitosa mujer de Agostino da Sangallo? Olivero acarició la loca esperanza de que la muy apetitosa mujer hubiera reparado en él en la cena de Tartaruga y quisiera una cita; incluso comenzaba a salir de su escondite cuando vio, a la sombra de la columnata, al hombre con el que ella hablaba. Olivero olvidó las magulladuras que todavía le latían en la cadera y la cabeza, olvidó el escozor del cuello y el zumbido en los oídos. El ladrón de Segismundo, que había robado la cruz, era la causa de aquellos dolores y para un Pantera la venganza cura todos los males.

Casualmente, era de magulladuras de lo que hablaba Perpetua a Segismundo, que escuchaba sombrío.

—Está llena de cardenales. Y esta vez tiene los dos ojos morados. Yo ya lo sabía. Le dije que no valía la pena, le dije que ya sabía ella lo que le haría su esposo. Pero ni caso. Se fue a la fiesta y además como una princesa, y al diablo con las consecuencias. Pero...

Perpetua vaciló. Juntó las manos y el rubor cubrió su alargado rostro de caballo.

—No me ha enviado por eso. Es por algo que no se atreve a decir a su esposo, que la ha estado castigando desde la noche que os divisó cuando salíais de la casa. No sabe que erais vos, de hecho pensó que era alguien bien distinto, pero quedó convencido de que ella le había sido infiel. ¡Mi pobre señora! —Perpetua estaba tan exasperada como si su señora hubiera sido inocente—. Para castigarla dejó de cumplir su deber de esposo. —Bajó la vista modestamente como una yegua pudorosa—. Mi señora estaba más que contenta con ello, os lo aseguro, sólo que ahora... bueno, esta semana ha tenido la confirmación.

—¿La confirmación?

—Está embarazada. Y él la matará.

ELUDIR AL MARIDO

En el palacio del Vaticano, donde se celebraba el cónclave, la agitación era incluso mayor que en la ciudad. Clemente V, el elegido en el prolongado cónclave de Viterbo, había prohibido que los cardenales vivieran separados durante ese período de tiempo, de modo que a los príncipes de la Iglesia les habían sido impuestos los horrores de la convivencia. Aunque estaban acostumbrados, como cualquier persona de su rango, a no tener intimidad, rara vez tenían en consideración los deseos de los demás. Allí sólo se les permitía contar con un secretario y un criado a cada uno, a menos que, como el cardenal Bufera, estuvieran enfermos, en cuyo caso les estaba permitido un criado extra.

El cardenal Bufera había entrado en el palacio llevado en una silla. Sus hermanos cardenales habían supuesto a primera vista que lo sacarían en catafalco. Bufera se había mostrado reticente a abandonar a su médico, maese Valentino, de cuyas tarifas se decía que eran tan sorprendentes como sus sanaciones, pero había que cumplir las normas. Su secretario se hizo cargo de los medicamentos que maese Valentino consideraba esenciales, junto con un pergamino de instrucciones, y ahora armaba el debido alboroto con ampollas y decocciones mientras los dos criados iban incorporando y tumbando alternativamente a su señor. El cardenal Lepre y el cardenal Tartaruga acudían con cierta asiduidad a visitarle y hablar con él, pero era el cardenal Pantera quien se sentaba a rezar a su lado.

Todo transcurría como era debido: el voto en la capilla Sixtina, mañana y tarde, el recuento por el tribunal de escrutinadores, la quema de papeles con un poco de paja la primera tarde para que la cantidad de humo indicara a la multitud que el Papa no había sido elegido con antinatural celeridad. El gentío, que de todas formas no esperaba una respuesta, escuchó al coro cantar el *Veni Creator*. La pregunta *Habemus Pontificem?* había sido formulada y respondida, de modo que todos se dispersaron. A medida que pasaran los días la impaciencia comenzaría a impregnar los procedimientos, pero de momento no había ninguna urgencia.

Segismundo sí la tenía. Benno había visto a Perpetua salir del palazzo Pantera, pero aunque barruntaba que había ido a visitar a Segismundo, juzgó del todo arriesgado preguntar nada a la vista del aire abstraído de su señor. No podía imaginar qué planeaba hacer Segismundo. Ahora que tenía la cruz, ¿por qué no partía de inmediato hacia Scheggia para cumplir su obligación para con Bernabo Pantera? Bernabo había

querido acabar con el litigio familiar, poner fin a las muertes provocadas por la joya. Si Segismundo no se ponía en marcha, a buen seguro las muertes serían más, porque aunque Gian Pantera rondaba por la ciudad como un cordero aturdido pastoreado por las esposas de sus primos, Benno estaba convencido de que cuando Olivero y Ferondo estuvieran preparados, Gian echaría de menos algo más que la memoria. La protección que suponía la presencia del cardenal había contenido tal vez a los hermanos de momento, pero ahora, en la anarquía del interregno, ¿qué no podrían hacer? La imagen del rostro sin ojos de Torcuato con el cuerpo lleno de tajos perturbaba a Benno.

¡Debían partir hacia Scheggia! En cuanto Olivero supiera que Torcuato no tenía la cruz sospecharía de nuevo de Segismundo y planearía una vez más vengarse de él por robar la joya. A buen seguro no tardaría en lanzar contra él algo más efectivo que un lamentable puñado de matones mercenarios.

Segismundo había acudido a Roma en nombre del duque de Rocca, para asegurar a Su Santidad que la muerte del abad no fue responsabilidad del duque. Ahora Benno sospechaba que Segismundo había sabido desde el principio que Torcuato tenía la cruz y había aprovechado la oportunidad de viajar a su lado. ¿Se habría comprometido Segismundo con el duque a descubrir quién había matado al abad? ¿Por eso se demoraba en Roma? Si Torcuato era el asesino, ¿cómo podría ahora demostrarlo?

Eran demasiadas preguntas.

Varias cosas sucedieron el segundo día del cónclave. En el Vaticano, los cardenales Lepre y Tartaruga discutieron violentamente ante todo el Colegio de Cardenales, y el cardenal Bufera empeoró tras beber copiosamente el agua que le trajo su criado con aquel asfixiante calor.

En la ciudad, Barley discutió a su vez con el artista Brunelli porque tenía calambres y cambió de posición mientras éste le dibujaba, con lo que le cayó encima una lluvia de improperios y carboncillos.

Elisavetta y Lydia Pantera hicieron por fin lo que habían estado evitando desde que llegaron a Roma: se animaron la una a la otra, hicieron acopio de valor y subieron las escaleras de la iglesia de Santa María de Araceli de rodillas para pedir a la Virgen, como en ese mismo lugar habían pedido las romanas a Juno, la reina de los cielos, los hijos que sus maridos anhelaban.

Gian Pantera fue a confesar y descubrió que no recordaba ningún pecado cometido.

Piero Pantera, el banquero, ofreció una cena a la que sólo estaba invitado Agostino da Sangallo. Esa misma tarde Segismundo se dispuso también a salir.

Felicia lo recibió en una salita con las contraventanas casi cerradas y las ventanas abiertas para dejar pasar la suave brisa del oeste que a menudo aliviaba el calor a esa

hora de la tarde. Ella se sentó entre las sombras, de espaldas a la luz, consciente de sus ojos amoratados y del cardenal de la mejilla que el polvo de arroz no podía ocultar. De todas formas, era una mujer cuya voz también tenía hoyuelos y cuya presencia irradiaba atractivo como irradia su aroma una flor. Segismundo se sentó junto a ella y le tomó las manos.

—¿Qué puedo decirle? Hace más de dos meses que no duermo con él, desde la última vez que te vi. Ya me había dicho antes que me mataría. Ahora tiene la excusa perfecta. ¿Qué puedo hacer?

—¿Qué quieres hacer? Yo haré todo lo posible por ayudarte. —La voz de Segismundo sonaba profunda y serena.

Felicia se consoló al oírla y le apretó la mano.

—¿Tal vez un convento? Quiero este hijo, y las monjas me cuidarán hasta que nazca. Pero Agostino no debe saber dónde estoy, o encontrará la forma de matarnos a los dos.

De hecho ya la había encontrado. Un grito en la escalera lo anunció. Un segundo después el propio Agostino irrumpía en la habitación.

PROBLEMAS EN PERSPECTIVA

Agostino no estaba solo. Dos rufianes le seguían. Segismundo desenvainó la espada y se puso delante de Felicia. Tuvo un momento de ventaja puesto que Agostino se volvió de inmediato hacia la cama. Incluso en la penumbra percibió la superficie lisa donde había esperado ver a un hombre desnudo y desarmado y a una mujer. Entonces vio el brillo de la espada y se lanzó rabioso contra ella, con intenciones asesinas, pero no era un espadachín. Al cabo de medio minuto tenía una herida en el antebrazo y su espada caía al suelo. Se tambaleó, lo cual dio ocasión a los rufianes a entrar en la pequeña habitación para enfrentarse a Segismundo, gritando para intimidar a su víctima. En la batahola Felicia vio que podía llegar a la puerta trasera y salir en busca de ayuda, pero Agostino se soltó el brazo herido y se arrojó violentamente sobre ella. Felicia tropezó con la tarima de la cama y se cayó con estrépito entre la cama y la pared.

Segismundo retrocedió y se giró para protegerla. Los rufianes le siguieron, estorbados por la falta de luz y de sitio. Uno de ellos abrió una contraventana, descubriendo a Segismundo alerta tras su espada. El otro rufián resultó ser Goffo, horriblemente sorprendido al encontrarse con Segismundo por segunda vez. Vaciló un instante, pero su compañero siguió atacando.

De pronto, del modo más inesperado, apareció Olivero, que contempló la escena bajo la tenue luz: los rufianes atacando entre juramentos como podían, aunque sólo uno de ellos parecía hacerlo en serio; Agostino doblado sobre su brazo; de la señora no había señales. Se oyeron pasos y voces resonando en las escaleras. Si Agostino hubiera sido Olivero, habría cogido su espada y atacado a Segismundo por el flanco, pero no lo era y se limitaba a estorbar. Todavía estaba agachado y gimiendo cuando la irrupción de más hombres en la habitación obligó a Goffo a lanzarse de mala gana tras su compañero, ya demasiado cerca de la espada de Segismundo. Olivero estaba entre las sombras, inclinado sobre Agostino que había dejado de gemir.

—Envainad las espadas.

El hombre del umbral, alto, de barba gris, transmitía autoridad en su porte y su voz, y venía seguido de otros hombres que se arracimaban tras él.

—Soy el dueño de esto. ¿Quién perturba mi paz? Os lo advierto, señores, soy magistrado, o lo era hasta que murió Su Santidad, y cuando el nuevo Papa sea elegido atestiguaré que vinisteis aquí como ladrones. ¿Quiénes son estos hombres?

Fue Olivero quien contestó:

—Este es Segismundo, un famoso asesino. Ha venido a traicionar a mi amigo

Agostino con su esposa. Agostino lo descubrió.

Olivero dejó ver a Agostino, que se apoyaba contra él sangrando por la boca.

—Y ved, lo ha pagado con su vida.

—A ver si lo he entendido bien —Angelo movió la cabeza melindroso ante los confites de brillantes colores que Gemmata le ofrecía—. Os habéis comprometido bajo juramento a comparecer ante el Papa, cuando lo hayan elegido, para responder por un asesinato que no habéis cometido.

Segismundo alzó la mano, rechazando también los dulces puesto que ya le estaba hincando el diente a una fritura de cerdo.

—No voy a ser tan estúpido como para contradecirte, Angelo. Es cierto que no maté a Da Sangallo, a menos que se muriera del susto. Y también es cierto que pretendo comparecer ante el próximo Papa para asegurarlo.

Barley cogió un puñado de dulces y habló con cuatro o cinco en la boca:

—¿Y si no te cree? —Masticó un momento para hacer más claro su discurso y prosiguió—: Vas a visitar a la mujer de ese hombre, él aparece con matones contratados y con un amigo y se lanza contra ti con una espada. No van a pensar que lo mató su propio amigo, ¿no?

—¿Cómo iban a pensarlo, no conociendo a Olivero Pantera como nosotros?

Barley se inclinó con la barba brillante de azúcar.

—Y no olvides que tiene un primo cardenal. Un cardenal no tendrá problemas en hacerse oír por el Papa. Terminarías en el cadalso —añadió con una mueca para dar énfasis a sus palabras.

—No garantizamos el rescate —terció Angelo—. Aunque acudiremos a verlo, claro.

Unos gritos en la calle impulsaron a Gemmata a asomarse a la ventana. Se oyeron luego unos chillidos y Gemmata batió palmas.

—Venga, venga, mátale.

Benno se levantó del taburete junto a ella, gruñendo por sus magulladuras doloridas. Agostino lo había tirado por las escaleras y tenía el costado y las costillas amoratados. Llevaba puesta una cataplasma e iba sin jubón. Gemmata le dejó sitio en la ventana. Abajo, en la calle, la gente iba y venía con antorchas aunque era más de medianoche. Un grupo se había congregado en torno a una reyerta. Una voluminosa mujer con el vestido desgarrado y el pelo suelto le estaba dando una paliza a un hombre que se defendía a puñetazos. Barley había juzgado más sabio mudarse de casa por si Olivero volvía con refuerzos, pero lo cierto es que no se había trasladado a mejor barrio.

Ahora estaba tirado en la cama.

—¿Por qué no vamos nosotros a por esa rata antes de que siga haciendo de las suyas? Si no hubiera llevado aquella cadena de oro con la que me entretuve, le habría

aplastado la cabeza. O Gemmata le habría apuñalado con su cuchillo, ¿verdad, amor mío?

Gemmata se volvió y asintió con vehemencia.

—Desde luego le habría dejado las tripas a la vista. Estaba dispuesto a rebanarme el cuello si no le daba la cruz. Pero Nuestra Señora me salvó. —Apartó a Benno para hincar la rodilla ante la figura de arcilla de la Virgen con un manto azul brillante, que estaba en un nicho de la pared. Ante ella ardía la única luz de la habitación, una lamparilla cuyo pábilo arrojaba un olor a aceite de oliva que le recordaba a Benno la comida y le despertaba el hambre a pesar de la fritura de cerdo que había engullido junto con un cuenco de sopa de col. *Biondello* masticaba con fruición en una esquina, sin quitar el ojo al gato blanco y anaranjado que se había adaptado filosóficamente a la mudanza y se estaba acomodando encima de Segismundo.

Angelo le metió un dedo bajo la pata y preguntó:

—¿Creéis que Olivero tiró a Torcuato al Tíber después de sonsacarle nuestra dirección?

—¿Cómo puedo saberlo? —contestó Segismundo—. ¿Quién puede saberlo ya? Pero es probable. Olivero quería la cruz. Torcuato no la tenía y estaba convencido de que la muchacha se la había quitado. Puede que Olivero matara a Torcuato intentando averiguar dónde vivíais o tal vez de rabia al no obtener la cruz.

—Pobre curita. No tuvo suerte en la vida. —Gemmata se dejó caer en el colchón junto a Barley y se inclinó por encima de él para acariciar al gato bajo la barbilla—. ¿Cómo fue a dar con una joya como ésa?

Segismundo sonrió afectuosamente.

—Es una larga historia, y además todavía no sabemos toda la verdad. Tal vez matara a un abad para conseguirla...

—¿Él? ¿Matar a un abad? —Gemmata torció las comisuras de la boca—. Trabajo le hubiera costado matar a una mosca. ¿Cómo lo hizo? ¿Lo envenenó?

—Con un hacha. Se la clavó en la espalda mientras el abad rezaba.

Gemmata se santiguó sobresaltada.

—Pues entonces debe de estar ardiendo en el infierno, eso seguro... Pero no, no tenía agallas para eso. Yo me quedé observando por una rendija cuando Barley le atacó. Estaba cagado de miedo. Os lo aseguro. Conozco a los hombres.

Aquella declaración profesional no podía ponerse en duda. Por un instante se produjo un silencio en la habitación.

—¿Y no pudo quitarle la cruz al abad cuando el asesino escapó? —preguntó Angelo por fin—. Sería más su estilo. Aunque yo pensaba que precisamente habían matado al abad para quitarle la cruz.

—¿Qué pasa? —Barley rebuscaba entre sus ropas el dulce que se le había caído—. Ahora él tiene la cruz. —Señaló a Segismundo—. *La Feconda* concede riqueza e hijos, ¿no? ¿No era eso lo que querías?

Segismundo abrió la boca pensativo, pero no dijo nada. Benno pensó en las

magníficas cadenas de oro y piedras preciosas, incluso en las bolsas de oro que Segismundo había recibido en otros tiempos en agradecimiento por sus servicios. Estaban guardadas en bancos de diversas ciudades, de donde Segismundo sacaba dinero cuando lo necesitaba. En cuanto a hijos, Segismundo podría tener varios también en cada ciudad. De pronto se le ocurrió algo. Se quedó sin aliento y se llevó una mano al costado dolorido.

Pensó en las habitaciones de Agostino, a una hora de distancia. Benno había subido y al asomarse vio a Felicia, tan súbitamente viuda, llorando en el suelo junto a la cama. Y Perpetua, gimiendo y lamentándose... no por su difunto amo, sino por la situación de su señora. El dueño de la casa había hecho venir a su esposa y sus doncellas, que se llevaron a Felicia con todo el alboroto y el misterio que emplean las mujeres cuando los asuntos femeninos suceden ante los hombres, a pesar de lo cual Benno barruntó que estaba teniendo un aborto.

Cuando Segismundo pasó la noche con ella en Pietra, llevaba *La Feconda*.

—Pretendo llevar la cruz a donde pertenece.

—¿Y eso dónde es? Yo pensaba que pertenecía a los Pantera.

—Procede originariamente de Alemania, según me han dicho. La trajo un peregrino que quería ofrecerla a la Virgen de Scheggia en agradecimiento por sus hijos y su prosperidad.

—¿Y cómo le echaron el guante los Pantera? —Barley encontró el confite perdido y se lo metió en la boca—. ¿La robaron?

—En cierto modo sí. El peregrino cayó enfermo durante su viaje. Ellos lo recogieron y se enteraron de su historia. El hombre murió bajo su techo y ellos... digamos que no llegaron a realizar su última voluntad —explicó sarcástico Segismundo—. Donna Irina, la tía de Olivero, me contó que su padre, que había tenido el gesto de atender al peregrino con sus propias manos y pagar al médico de su bolsillo, acababa de perder su único hijo y sus negocios estaban al borde de la bancarrota. Tal vez pensó que el hombre estaba en deuda con él, o tal vez pretendía llevar la joya a Scheggia una vez que la cruz le hubiera otorgado sus bendiciones...

—Tal vez, ¿eh? Nunca se puede tener demasiado dinero ni demasiados hijos.

—Lo más curioso es que aunque después tuvo tres hijos, los tres están ahora muertos a causa de la cruz.

Se quedaron todos pensativos un momento. Un flautista se alejaba por la calle con una melancólica melodía.

—Yo quisiera saber qué pasó con el Pantera que os entregué con una herida en la cabeza y que fue traído a Roma —dijo Angelo—. Por lo que contáis de la enemistad familiar, a estas alturas debe de estar muerto.

Segismundo frunció el entrecejo y dejó de acariciar al gato, que cesó en el ronroneo que sonaba suavemente entre las voces.

—Por eso siento haber dejado el palazzo Pantera. Si Olivero es el hombre que tanto estimamos, se lanzará sobre él ahora que el cardenal está en el cónclave.

—¿Por qué no se marcha ese tal Gian si corre tanto peligro?

—Pues porque se ha dado un buen golpe en la cabeza. Ha perdido la memoria. Esperemos que la recupere antes de que pierda también la propia cabeza. De momento está convencido de que sus primos son amigos y siempre lo han sido.

Benno se agitó.

—No comprendo cómo ha podido olvidar que su padre fue asesinado por el padre de ellos. No es cosa que se olvide fácilmente.

—Acércate —dijo Angelo— y ya verás lo que se siente con un buen porrazo en la cabeza. Intentaré darte en el punto exacto, justo donde lo golpearon a él. Me acuerdo muy bien.

Segismundo alzó la mano.

—Oye, que esa cabeza me hace falta. De no haber sido por el grito de Benno, Agostino podría haberme traspasado con la espada.

Benno sabía que su señor le estaba haciendo un cumplido. La escasa probabilidad de que Segismundo fuera cogido por sorpresa quedaba demostrada por el hecho de que siguiera vivo. De todas formas el criado resplandeció. Había logrado dar sólo un grito antes de que Agostino lo tirara por las escaleras, pero ahora que lo pensaba, era una suerte que Da Sangallo no hubiera probado primero la espada con él, como hubiera hecho cualquiera de los expertos de aquella habitación.

Gemmata bostezó y estiró los brazos incorporándose para no golpear a Barley.

—Estoy deseando que tengamos Papa otra vez. En las calles pasa de todo ahora mismo. Te pueden rebanar el pescuezo sólo por mirar a alguien. Aquí hace falta ley y orden.

Cuando las personas que viven del latrocinio y la prostitución ansían el retorno de la ley y el orden, se hace evidente que la situación es crítica. Benno estaba del todo de acuerdo; le asustaba la anarquía reinante en Roma. Aunque si el nuevo Papa resultaba el cardenal Tartaruga, como al parecer había predicho Ieronimo, ¿qué problemas no tendría Segismundo?

HABEMUS PAPA

Era el décimo día del cónclave. Con todas las puertas selladas y el poco aire que entraba caliente por las altas ventanas, el ambiente era sofocante. Aunque la capilla era grande, los hombres vivían en cercana proximidad y sudaban bajo las pesadas ropas. Todos los días les pasaban comida a través de una ventana vigilada. Un cardenal, más gordo incluso que el difunto Papa, padecía de tal forma que yacía boca arriba, continuamente abanicado por el único criado que se le permitía. Apenas tenía energía para unirse al ritual del voto, dos veces al día. El cardenal Bufera, sin embargo, más gravemente enfermo, estaba ya incorporado sobre varias almohadas y era capaz de contribuir lánguidamente con su voto. Los cardenales Lepre y Tartaruga, que ahora parecían los mejores amigos, pasaban los días solicitando los votos de sus colegas. Habían llegado a un punto muerto.

La repentina muerte del Papa había sorprendido a todo el mundo. Nadie estaba preparado. Necesitaban más tiempo, pero eran conscientes de que al otro lado de las puertas la multitud se inquietaba cada vez más. El calor, las súbitas y violentas tormentas que ofrecían sólo un breve alivio, y la anarquía, conferían a las voces del gentío un alarmante tono de impaciencia. Si los cardenales no llegaban pronto a un acuerdo, tal vez no fuera sólo el palacio del futuro Papa el que sufriera un saqueo.

Fue el cardenal Pantera quien propuso la idea, aunque no era original. El cardenal Pontano de Rocca se alió con él de inmediato y juntos sugirieron el plan a los demás, aprovechando para hablar en privado con cada uno de ellos y comparar sus opiniones. Esto con excepción del cardenal Bufera, de quien se suponía que no tenía mucha importancia en los procedimientos, puesto que su enfermedad era terminal.

Los cardenales Lepre y Tartaruga se negaron en principio a considerar el plan, pero Pantera les explicó las ventajas que ambos obtendrían y por fin, tras muchas objeciones y condiciones, cedieron. Ambos comprendieron que era el momento de darse un respiro, de organizar sus fuerzas con más atención, reunir más fondos de lo que había sido posible en tan poco tiempo y jugar la partida en otra ocasión.

Al fin y al cabo esa ocasión no tardaría en presentarse.

La tarde del décimo día, entró en la plaza del Vaticano la habitual procesión de clérigos, cantando el *Veni, Creator* y empujados por lo que ya era una turbamulta más que una multitud devota. Dentro, los tres responsables del recuento de votos, que ese día resultaron ser los cardenales Lepre, Pontano y un cardenal de Nápoles que parecía un tejón ataviado en púrpura, arrojaron solemnes los papeles al fuego y el humo ascendió recortándose como un fantasma contra el cielo. La multitud estalló en un

rugido. El sacerdote a la cabeza de la procesión se acercó esperanzado a la ventana y casi en un susurro preguntó:

—*Habemus Pontificem?*

La respuesta arrancó otro rugido de la muchedumbre, el mismo clamor que debía de oírse en el Coliseo cuando la vida de los gladiadores dependía del favor del populacho romano. Se lanzaron gorros al aire, los desconocidos se abrazaban, la gente se santiguaba, lloraba y alzaba a los niños para que vieran algo.

Lo que se vio fue una ventana, por fin abierta, en la galería del palacio, a la que se asomaron tres personajes. Dos de ellos sostenían al tercero, que alzó una mano tímida para impartir la bendición. Por unos instantes no fue reconocido, puesto que apenas visitaba Roma más de una vez al año y sólo para decir misa en su iglesia titular, donde colgaba su retrato, según la costumbre, y en cuya puerta estaba grabado su escudo heráldico. Sólo los ojos más aguzados reconocieron al original del mencionado retrato, asomado a la balaustrada de la galería y sostenido por otros dos príncipes de la Iglesia. El cardenal Pantera, a quien sí reconocían, se adelantó para anunciar al nuevo Papa. El nombre por el que deseaba ser conocido se preguntó respetuosamente, y mientras la multitud guardaba silencio, el hombre lo proclamó con una voz de sorprendente resonancia.

El nuevo Papa era el cardenal Bufera, y el nombre que había elegido para su reinado era el de Félix. Los cardenales, dentro de la habitación, se miraron unos a otros. La mayoría de ellos había estado en el banquete de Tartaruga y había oído la predicción del hermano Ieronimo: «Feliz se le llamará». El cardenal Bufera no había estado allí, nadie le había hablado de los eventos de la fiesta ni de la predicción, pero él mismo se había puesto el nombre de «Feliz».

Tartaruga, curiosamente, se sintió aliviado. Ciertamente estaba convencido de que el monje le había señalado a él, que él era el afortunado, pero si el monje loco había acertado esta vez gracias a la ocurrencia del cardenal Bufera, más esperanzas había de que la próxima vez predijera un futuro más venturoso. ¿Acaso no habían rezado cada día rogando la inspiración divina? Dios había elegido, a través de sus devotos siervos, a un excéntrico inválido de quien se esperaba que durara sólo unos meses más, si es que sobrevivía a la coronación.

Escuchando con una sonrisa los vítores de la multitud, Tartaruga olvidó la historia del papado, olvidó las ocasiones en que la elección había supuesto tal estímulo para cardenales ancianos y exhaustos, en particular para los elegidos como recurso momentáneo, que éstos incrementaron sus esperanzas de vida, que en uno de los casos llegó a alargarse incluso por un interminable período de dos décadas.

Como si quisiera ejemplificar esta tendencia, el cardenal Bufera, que había salido a la galería sostenido por Pontano de Rocca y el tejón sagrado de Nápoles, declinó cortésmente su ayuda y, como papa Félix, echó a andar hacia atrás por sus propios medios. ¡Qué alto era! Sonrió en torno a él jubiloso, levantando las dos manos, y Tartaruga se planteó si había sido buena idea elegir a un Papa que, a qué negarlo,

parecía irremediablemente estúpido. ¡Aquellos ojos como de lechuza chiflada, la sonrisa en la que apenas cabían todos aquellos dientes! Mucho mejor habría sido para Roma la dignidad de un Tartaruga. ¿Y qué cloqueaba ahora aquella criatura?

—¡Somos Papa! ¡Y con la ayuda de Dios, vamos a disfrutarlo!

La multitud había quedado perpleja. Tan dispuesta a disfrutar como el nuevo Papa, tenía que seguir la tradición y saquear el palacio del cardenal elegido. Pero se enfrentaba a un problema: ¿dónde estaba? Casi nadie había oído hablar del cardenal Bufera, y las dos o tres personas que sí sabían de él no tardaron en diseminar la mala noticia, que fue pasando de boca en boca con creciente rabia.

No había ningún palazzo Bufera en Roma. La residencia privada del nuevo Papa era una destartalada villa en una pronunciada colina fuera de Roma. Era un viaje tedioso y una ascensión todavía peor.

Por común impulso decidieron que lo justo era saquear el palacio del hombre que esperaban que hubiera sido elegido, el hombre por el que la mayoría había apostado y por el que tantos habían perdido el dinero de las apuestas. Todos se lanzaron entre gritos, recuperado el buen humor, en dirección al palazzo Tartaruga.

¡DEMASIADOS ASESINATOS!

Aunque la intención del nuevo Papa de disfrutar su mandato no tardó en conocerse, al principio no tuvo muchas ocasiones de ello. Una vez concluida la coronación —una corona que Su Santidad sostuvo con sorprendente vigor—, había que atender demasiadas tareas. Su predecesor había dejado muchos asuntos en absoluta confusión, a pesar de los esfuerzos de los secretarios papales. Cuando lograban que prestara atención al trabajo, él atendía primero los casos que podían producir algún beneficio. Por ejemplo, una sustanciosa proporción del dinero que entraba en el tesoro había sido pagado para comprar perdones a las varias clases de asesinato a las que sólo una absolución papal tenía el poder de librar de varios miles de años en el purgatorio, si no de las mismas llamas del infierno.

Fue el cardenal Pantera quien, apremiado por sus primos, expuso un caso casi de inmediato ante el nuevo Papa. El cardenal había visto demasiado mundo para sorprenderse, pero le dolió que uno de sus huéspedes, alguien que desde el principio le había gustado y en quien había confiado, resultara ser un adúltero y un asesino. Olivero, en quien, a pesar de ser de la familia, no confiaba en absoluto, le aseguró que Segismundo no sólo asesinaba maridos, sino que también había robado la cruz, causa del desdichado enfrentamiento que había provocado la muerte de tantos Pantera.

Olivero había hecho una narración bastante engañosa de la muerte de Bernabo y el robo de la cruz. El cardenal tampoco estaba muy ansioso de que la joya fuera restituida a Olivero y Ferondo, aunque estaba agradecido por la aparente amistad entre sus sobrinos y fue precisamente esta muestra de buenas intenciones lo que le impulsó a exponer ante el Papa el asunto del asesinato de Sangallo y la desaparición de la cruz.

Olivero le dijo también que quienquiera que tuviera la cruz era probablemente el asesino del abad Bonifacio de Pietra, un sacrilegio que no podía quedar impune. El problema era cómo atrapar a Segismundo. Al cardenal no le sorprendió que Segismundo hubiera abandonado la hospitalidad de su casa antes de que él tuviera que decirle nada. Lo que sí le sorprendió fue que Olivero le explicara que Segismundo había prometido comparecer ante el Papa para responder de los cargos. Si era culpable habría aprovechado la ocasión del interregno para huir de la ciudad, a menos que confiara en que un hombre de la grandeza del duque de Rocca hablara en su favor contra una sentencia de muerte. Aun así es un parco consuelo recibir una carta amistosa por correo ducal cuando uno ya tiene la cabeza en un cesto.

El papa Félix estaba plantando su ornamentada firma con el viejo nombre de Teodoro en una bula papal, único documento donde podría utilizar este nombre hasta que el chambelán papal lo pronunciara formalmente en voz alta para cerciorarse de que estaba muerto, cosa que al parecer iba a suceder más tarde de lo que todos hubieran esperado. Un secretario acudió a decirle que Segismundo, de quien le había hablado el cardenal Pantera, esperaba para ver a Su Santidad. ¿Le concedería audiencia? El papa Félix dejó la pluma —que el secretario se apresuró a rescatar mientras buscaba en el papel vitela alguna mancha de tinta— y se frotó las manos.

—Que convoquen a los testigos y oiremos el caso sin más dilación.

Los implicados fueron reunidos en la antecámara con la eficiente premura de unos funcionarios que intentaban complacer a un nuevo Pontífice. Algunos se agitaban y miraban alrededor, pero el acusado permanecía sereno e imponente. Su cabeza afeitada contrastaba con el brocado verde y oro de las cortinas. Olivero, casi inmóvil, tenía clavada en él su oscura mirada. Ferondo, más incómodo, estaba a su lado. Gian, convocado por su primo el cardenal puesto que el Papa había prometido hacer referencia al enfrentamiento familiar, estaba pálido y todavía parecía moverse como en sueños. Benno estaba allí por cortesía de su señor. No era testigo, puesto que se había perdido el momento crucial, magullado y sin aliento al pie de las escaleras. Nuto, el palafrenero, estaba junto a Perpetua, todo lo cerca que podía, de hecho, con los dedos metidos en el cinto, balanceándose sobre los talones y devorando con la vista el artesonado de oro del techo, las cortinas y los retratos, al tiempo que resoplaba como si criticara tanta grandeza. La viuda no estaba presente, puesto que todavía se encontraba indispuesta. Benno pensó que al menos ya no recibiría más palizas del bruto de su marido.

Una conmoción en la puerta los hizo girarse a todos, incluido Olivero. Los pajes las estaban abriendo para dar paso a otros convocados a la audiencia. El prior de Santaporta entró con las manos en las mangas y la vista baja. Tras él, flanqueado por un guardia a un lado y el hermano Filippo al otro, venía el hermano Ieronimo con su habitual aspecto de jubiloso interés. Se le iluminó el semblante al ver a Segismundo y, curiosamente, también al advertir a los hermanos Pantera. Benno estaba meditando con gran seriedad sobre la caridad cristiana cuando el chambelán presentó al magistrado que había alquilado una parte de su casa a Agostino da Sangallo y que había llegado justo en el momento de su muerte.

Entonces fueron todos convocados a presencia del Pontífice.

Ya había bastante gente en la cámara donde les esperaba el Papa sentado en una gran silla con dosel, de terciopelo escarlata y recamada en oro. Benno divisó al cardenal Pantera entre el grupo que se arracimaba tras el Papa. También vio a otro hombre que conocía: maese Valentino, el médico. Pero quien le llamó la atención fue el anciano Pontífice. Mientras llamaban a los demás por su nombre para que se arrodillaran a besar la zapatilla de terciopelo escarlata sobre la tarima de brocado del trono, Benno quedó absorto en la diferencia entre aquel Papa y su predecesor. El

destino de su señor dependía de los caprichos de aquel hombre.

A esas alturas ya era de todos sabido que el papa Félix no viviría mucho tiempo. Sus expresas intenciones de disfrutar el papado se había entendido como el deseo de aprovechar al máximo el poco tiempo de que disponía, pero lo cierto es que no se apreciaban señales de la proximidad de la muerte en su rostro de sólida estructura, nariz aguileña, grandes ojos redondos y ancha boca que, al saludarles, mostró una cantidad de dientes digna del mejor caballo. El papa Félix no parecía tan enfermo como chiflado.

Al principio no se advirtieron signos de perturbación. Era evidente que Su Santidad sabía con exactitud lo que había sucedido. Tras mirar pensativo a Segismundo un largo rato, dijo:

—Dejadme ver la cruz.

Segismundo se palpó el cuello, advirtiendo la compulsiva agitación de Olivero, y en un instante puso la reluciente *Feconda* en la mano enguantada del Papa, que se la acercó primero a los ojos y luego se la alejó a un brazo de distancia.

—Muy bonita. —Cerró sobre ella los dedos, haciéndola desaparecer de la vista—. Ahora hablemos del asesinato. —Miró los rostros atentos que le rodeaban, con una súbita mueca de benevolencia maníaca—. ¿Quién lo vio?

El magistrado se había adjudicado la tarea de las presentaciones. Hizo avanzar a Olivero, que se arrodilló para hablar.

—Yo, con mis propios ojos, Santidad. Le vi matar a mi pobre amigo Agostino, delante de su esposa, a la que había seducido.

El Papa clavó la vista en Olivero antes de mirar de nuevo en torno a él.

—¿Quién más vio morir a ese hombre?

—Yo, Santo Padre. —Perpetua cayó de rodillas. Su extrema fealdad le otorgaba la ventaja de parecer del todo sincera—. Yo vi morir a mi señor. ¡Él lo mató! —Su brazo pasó de largo a Segismundo y señaló directamente a Olivero—. Acudí a la puerta cuando oí chillar a mi señora, y vi cómo él le clavaba la espada a mi amo.

—¿Qué decís a eso? —preguntó el Papa a Olivero, con tono de curiosidad.

—Digo que son tonterías, Su Santidad. Esa puta está aliada con su señora para proteger al amante.

El Papa dedicó a Olivero una sonrisa radiante, como complacido con él.

—¿Vio alguien más lo que sucedía?

—Yo, Santidad. —Nuto cayó de rodillas. Era un hombre que no conocía el temor reverente. Hablaba con tono casi amistoso—. Al oír el entrecocar de las espadas y los gritos de mi señora, acudí a ayudar a mi amo y vi a ese hombre clavarle una espada, como ha dicho ella. —Se levantó, hizo un ilustrativo gesto y dirigió al Papa una sonrisa mellada. Su tosquedad resultó igualmente convincente. El Papa asintió despacio con la cabeza.

—Dos a uno. Dos a uno, Pantera.

—Santo Padre, son criados. Un palafrenero, una doncella. Se les puede sobornar

o asustar para que digan cualquier cosa.

—¿Ya otros no? Vaya, vaya. —El Papa miró a los congregados y sonaron unas obedientes risillas. La corrupción es demasiado cotidiana en cualquier corte para provocar risas no forzadas. El Papa no obstante pareció satisfecho con la reacción y se volvió de nuevo hacia Olivero—. En cuanto a la cruz, hemos oído que afirmáis que os fue robada por este hombre. ¿Vos le visteis llevársela?

—¡Santidad! —exclamó Olivero—. ¡Vos habéis visto que él la tenía! ¿Qué mejor prueba que ésa?

El Papa dirigió sus grandes ojos redondos a Segismundo.

—Vos, señor, no decís nada, aunque se os acusa de robo y asesinato. Hablad.

Segismundo hincó una rodilla al lado de Olivero y contestó sin premura ni acaloramiento.

—Yo cogí la cruz, Santo Padre, pero no maté a Agostino da Sangallo. Muchas muertes pueden atribuirse a la cruz, pero no ésta.

Olivero volvió la cabeza para sostener la oscura e imperturbable mirada de Segismundo, tan cerca de él.

—¿Y el abad de Pietra? Vos lo asesinasteis para robar la cruz que os había arrebatado previamente.

—¿El asesino del abad de Pietra? —El Papa mostró un vivo interés—. Yo pensé que había sido otro. ¿No fuiste tú, hijo mío, quien confesó la autoría de tan terrible hazaña? —El dedo aterciopelado localizó a Ieronimo, que lo observaba todo tan absorto como si asistiera a una obra de teatro. El monje se adelantó con ansiosa obediencia, arrastrando al guardia por la cadena de sus esposas y desequilibrándolo al hincarse de rodillas.

—Sí. El diablo me poseyó, Santo Padre, y yo maté al abad.

El Papa lo contempló con vivo entusiasmo.

—¿El diablo? ¿Y qué aspecto tenía? —Sonaba en cierto modo como si preguntara por la salud del Maligno, y el hermano Ieronimo respondió en tono similar, abriendo de golpe los brazos y agitando con ello el brazo del guardia.

—¡Tenía alas como un murciélago, Santo Padre! Salió volando desde la terraza del castillo de Rocca.

—Me han dicho que mataste al abad Bonifacio con un hacha. ¿Te puso el diablo el hacha en la mano?

Ieronimo se quedó callado, como si intentara recordar.

—No lo sé, Santo Padre —respondió por fin—. Me encontré con las manos en el hacha, y el hacha en la espalda del padre abad, de modo que debió de dármela el diablo. El padre Torcuato y el hermano Filippo me encontraron con ella.

—¿Dónde estaban ellos?

El cardenal Pantera se adelantó para murmurar algo al oído del Pontífice, mientras Filippo caía de rodillas y se presentaba humildemente. El Papa, escuchando al cardenal Pantera, movió la cabeza con un súbito cambio de expresión que reflejaba

la más honda melancolía.

—Demasiados asesinatos, que Dios tenga piedad. Nuestro Salvador murió por todos nosotros y nosotros seguimos matándonos todos los días. Se dice que el diablo gobierna Roma y recibe como pago miles de almas. ¡Un dicho muy amargo! Mientras nosotros gobernemos también, debemos salvar a todas las que podamos de sus garras.

Se interrumpió, cerró los ojos y luego los abrió tanto que se le veía el blanco alrededor de la pupila. Entonces clavó la mirada en Olivero.

—Vos, hijo mío, ¿qué haríais con esta cosa tan hermosa? —Abrió la mano izquierda para mostrar el brillo de *La Feconda*.

—Mi hermano y yo la llevaríamos de vuelta a la casa familiar, Vuestra Santidad, donde tendría un sitio de honor y nos guardaría a todos.

La sonrisa de maníaco volvió al rostro del Papa.

—Tengo entendido que otorga riquezas. ¿Sois pobres?

Olivero parecía perplejo.

—Santo Padre —dijo—, tengo suficiente para hacer una donación a la Santa Sede en agradecimiento por la recuperación de nuestro tesoro familiar.

—Y vuestros hijos. Si *La Feconda* os concede hijos, ¿también los donaréis a la Santa Madre Iglesia? —El Papa se inclinó con vivo interés. Luego, mientras Olivero intentaba encontrar una respuesta, se volvió hacia Segismundo—. ¿Y vos, hijo mío? ¿Qué haríais con esto? —*La Feconda* en su mano proyectaba irisados destellos en torno a la habitación.

—Llevarla a donde pertenece, Santo Padre. Donde he jurado llevarla.

Antes de que el Papa pudiera hablar, el hermano Ieronimo se levantó torpemente, tirando al guardia que cayó a gatas al suelo. El Papa alzó la mano para impedir que acudieran prestos los guardias de las puertas, que ya tenían las lanzas preparadas. El hermano Ieronimo alzó hacia el cielo sus dos brazos y uno del guardia. En su rostro, alzado también, se advertía que el monje estaba viendo algo más que las pinturas del techo y las vigas incrustadas de oro.

—¡A Scheggia! Es donde Nuestra Señora tiende las manos... Bendito sea aquel que le devuelva lo que es suyo, bendito será todos los días de su vida. —Ieronimo bajó poco a poco los brazos y los ojos y se volvió hacia el Papa, que estaba escrutando el techo.

Todo dependía de si aquel excéntrico Papa pensaba que el monje loco había visto a la Virgen o había sufrido una maligna alucinación, y si creía en la palabra de alguien que se había proclamado un asesino.

ADIÓS PARA SIEMPRE

—Scheggia. —El Papa miró una vez más *La Feconda*. Se bamboleó un poco en la silla y dedicó su sonrisa a Olivero—. Mucho mejor allí que donde sólo unos pocos pueden beneficiarse de ella. Vos os regocijaréis con la bendición de Nuestra Señora. Vos, hijo mío —dirigió su rostro radiante hacia Segismundo— cumpliréis vuestro voto como penitencia por los delitos de sangre que habéis cometido. Olivero Pantera, vos y vuestro hermano... —el cardenal volvió a murmurar algo y el Papa asintió— y vuestro primo Gian iréis a Rocca con Segismundo para ofrecer esta cruz ante el altar de Nuestra Señora de Scheggia. Iréis como peregrinos y soportaréis las penalidades que encontréis por el bien de vuestras almas. —Sus ojos redondos miraron a los hermanos un instante, como haciendo un breve análisis de sus almas y sus necesidades. Luego prosiguió—: Olivero Pantera, aceptamos la donación de veinte mil ducados de oro a la Santa Sede. —Siguió sonriendo con expresión benigna ante la cara de perplejidad de Olivero—. Con eso expiaréis en cierto grado el pecado de codicia que os ha conducido al pecado más grave de asesinato. ¡Hermano Ieronimo!

El monje batió palmas sonriendo, como dispuesto a aceptar con alegría una sentencia de muerte. El Papa se golpeó los labios con el índice, pensativo.

—El diablo no puede tentarnos a menos que Dios lo permita. Me han informado sobre el abad Bonifacio. Es posible que fueras elegido como instrumento del castigo de Dios sobre una oveja pecadora. También irás a Scheggia y allí permanecerás, sirviendo a Nuestra Señora hasta el fin de vuestros días, sin retornar jamás a Pietra. Y ahora, hijos míos, abrazaos unos a otros como señal del amor que Nuestro Salvador os profesa a cada uno de vosotros y que Él desearía que sintierais también.

Segismundo y Olivero se levantaron y, ante el ojo vigilante del Papa, se abrazaron formalmente y se besaron en las mejillas. Benno vislumbró el rostro de Olivero por encima del hombro de Segismundo; era evidente que estaba más dispuesto a darle una dentellada en el cuello que a besarlo.

El Papa se había puesto en pie. Dos pajes acudieron a sujetarlo, pero él los detuvo con un gesto y bajó los escalones hacia los dos hombres, que se habían vuelto hacia él. Su rostro emanaba tal autoridad que parecía que ninguna sonrisa lo hubiera cruzado jamás. El Pontífice levantó la mano derecha.

—Mantened la paz que os hemos impartido. La cruz irá a Scheggia, al altar de la Virgen, y vosotros, hijos míos, sufriréis la excomuniación si lo impedis. —Trazó con la mano una cruz sobre sus cabezas. Con la otra mano se llevó a los labios *La Feconda* y besó la cruz en la que estaba engastada. Luego se la tendió a Segismundo—. Queda

a vuestro cargo. Id todos con Dios y que Nuestra Señora os proteja en vuestra misión.

La audiencia había concluido.

Benno, mientras salía entre los últimos, pensaba que aunque su amo no iba a morir por un asesinato que no había cometido, había sido enviado a un viaje con un hombre que le odiaba y cuyo propósito era alejarlo eternamente de una joya que el auténtico asesino creía de su propiedad. Desde luego Olivero temía a la amenaza de excomunión, puesto que de no ser así no habría tenido necesidad de engañar a Segismundo para matar a cualquier Pantera que intentara apropiarse de la cruz. Ahora podía ser excomulgado no sólo por matar a miembros de su familia, sino también por asesinar a Segismundo. Pero hay varias formas de hacer que un asesinato parezca un accidente. También podía comisionar a otra persona para que cometiera el crimen, como había sucedido en otras ocasiones. Y si Olivero no iba a quedarse con *La Feconda*, estaría ansioso por vengarse del responsable.

Aquél sería el segundo viaje en compañía de los Pantera, y prometía ser más encantador que el primero.

En primer lugar había que tratar con las mujeres.

Elisavetta y Lydia ya estaban disgustadas por el hecho de que sus esposos hubieran obtenido audiencia con el nuevo Papa cuando ellas, a pesar de tener un primo cardenal, habían pasado más de un mes esperando que las recibiera el anterior. Cuando se enteraron de que había sido hallada la famosa cruz al mismo tiempo que quedaba para siempre fuera de su alcance, expresaron sus sentimientos con vehemencia. La rencilla familiar había mantenido siempre en peligro las vidas de sus esposos y por tanto la posición y prosperidad de ellas. Elisavetta era de la opinión, y así lo manifestó, de que si Ferondo pasara más tiempo atendiendo los negocios, podría ganar con su propio esfuerzo la riqueza que esperaba recibir de *La Feconda*. Lydia, más temerosa de su esposo que Elisavetta de Ferondo, no imaginó que Olivero pudiera sentar cabeza le diera ella hijos o no. En cuanto al tema de los hijos, ahora que habían rezado en todas las iglesias de Roma, ¿qué mejor que acompañar a sus esposos a Nuestra Señora de Scheggia? Al fin y al cabo estaban ofreciendo su tesoro familiar, ¿qué no les daría la Virgen a cambio? Elisavetta y Lydia hicieron el equipaje sin demora.

Quedaba la cuestión de si Felicia, todavía indispuesta, tenía también que marcharse de inmediato. El magistrado había temido por su vida después de la pérdida de su hijo y la muerte de su esposo, y la había trasladado a un convento cercano de monjas enfermeras. Allí fue donde Benno oyó a su señor presentarse a la hermana portera como Segismundo Minola, hermano de la señora Felicia. La señora en cuestión, según los informaron, recibiría a su pariente en la sala de visitas. Benno tuvo que

quedarse esperando en la portería, donde *Biondello* se ganó el corazón de la hermana portera y recibió muchos más besos de los que hubiera deseado.

Felicia estaba pálida, Segismundo, circunspecto. Era como si él mismo hubiera dejado viuda a aquella mujer, aunque por designio de otros, después de estar a punto de hacerla madre. No era momento de superficiales lamentos.

—Estás mejor.

Ella asintió con la cabeza, pero no pudo sonreír. Segismundo estaba inmóvil junto a la ventana, mirándola.

—¿Qué harás? ¿Conoces los términos de su testamento?

Ella hizo una mueca.

—Desde luego. Me lo explicó cuando lo redactó. El negocio será para un sobrino de Montesacro a quien nunca he visto. Mi parte como viuda... —se interrumpió y se asomó a la ventana del pasillo. Más allá de la reja se oía el ruido de una monja que, de rodillas, fregaba pacientemente el suelo de piedra— será mi dote para entrar en cualquier convento que me admita.

—¿Puede hacer eso? ¿Lo permiten las leyes de Pietra?

Felicia le miró y él advirtió las oscuras sombras en torno a sus ojos.

—Acudió al mejor abogado de Pietra. Para eso sí que no reparó en gastos. Estoy segura de que si no hubiera sido legal, el abogado le habría informado.

Segismundo guardó silencio un momento. Luego se acercó y le cogió la mano.

—Tendrás todo lo que necesites. ¿Adónde quieres ir?

Ella le miró muy seria.

—A Pietra, por extraño que parezca. No tengo amigos allí (de eso ya se encargó él), de modo que no habré perdido ninguna amistad. Ahora podría hacer algunas, y la ciudad me gusta. Quiero llevar su negocio a mi manera. Sé mucho sobre paños y sus calidades, cómo se hacen y dónde, cómo se venden. Me interesan. Estoy segura de que los hombres que trabajaban para Agostino estarán dispuestos a trabajar para mí. Es probable que mi sobrino de Montesacro quiera vender el negocio.

Segismundo sonrió por primera vez. Incluyó la cabeza para besarle los dedos.

—Tendrás lo que deseas.

En ese momento llamaron a la puerta. La anciana monja que estaba a cargo de los huéspedes, la misma que había acompañado a Segismundo desde la portería, sonreía encantada, toda radiantes arrugas.

—¡Una sorpresa, hijos míos! ¡Una reunión familiar! Hermana, vuestro otro hermano también ha venido a veros. —Retrocedió con las manos en las mangas y se marchó.

Filippo los miraba fijamente desde el umbral de la puerta.

—¡Adúlteros! ¡Cómo osáis profanar un lugar sagrado con vuestra lujuria! —El monje avanzó señalando con un dedo a Felicia—. ¡Y vos! ¿Es que no os queda vergüenza? Este hombre asesina a vuestro marido y todavía le permitís, le tentáis incluso a tocaros. ¡Esas manos están teñidas de la sangre de Agostino!

Felicia apartó las alas del velo que ensombrecían su rostro a cada lado y se enfrentó sin vacilar al hermano Filippo. A la luz de la ventana se veía el cardenal amarillo y verdoso en torno a los ojos y en la mejilla hinchada.

—Ya no tenéis derecho a hablarme así. Renunciasteis a la familia al entrar en la orden. Renunciasteis entonces a mí, y ahora no podéis denunciarme. Agostino me habría matado, pero vos no le hubierais condenado por eso.

El rostro de Filippo se agitó como si sintiera dolor físico.

—Debió mataros hace mucho tiempo. Tenía derecho a castigaros por pavonearos ante los hombres. ¡Hizo todo lo que pudo para preservaros de mayores iniquidades, puta!

Dio media vuelta bruscamente.

—¡Diablo! —Filippo escupió a la cara a Segismundo—. Su Santidad debió hacer que os colgaran. Contamináis esta tierra. La madre superiora se enterará de vuestra conducta bajo este techo...

—Sois vos quien debiera marchar. —Segismundo se enjugó con calma la mejilla y avanzó, obligando al hermano Filippo a retroceder y alejarse de Felicia—. Vuestra hermana necesita paz para recuperarse de lo sucedido. Vos sólo traéis ira y falta de caridad.

Filippo se estrujó las manos entre las mangas. Los ojos le brillaban con expresión triunfal.

—Soy portador de buenas noticias. Mi hermana se marcha de aquí enseguida. Lo he dispuesto todo con un convento de Roma que acepta su herencia de viuda como dote. —Una vez en la puerta se volvió a mirar—. Despedíos para siempre, adúlteros. Es una orden de clausura.

LA PEREGRINA MÁS HERMOSA

—¿Queréis decir que es de verdad su hermano? Nunca le dijo nada agradable durante el viaje.

—Al hermano Filippo le resulta muy difícil decir nada agradable a nadie, Benno. Y no habla con ninguna mujer a menos que sea indispensable.

—Supongo que la madre superiora no cuenta como mujer. ¿Qué le dijo? Quiero decir que a las monjas les habría costado un buen esfuerzo librarse de vos si vos no hubierais querido marchar. —Benno estaba enrollando el mejor jubón de su señor sobre el colchón de Barley para meterlo en la bolsa. Gemmata se lo arrebató, lo alisó con cuidado, lo dobló y volvió a enrollarlo.

Barley, que apoyado contra la tosca pared y con los pies saliéndosele del borde de la cama arrancaba virutas a un trozo de madera, estalló en carcajadas.

—Ya me imagino a un montón de monjas tirándote de las mangas y sin moverte un centímetro. Bueno, ¿qué dijo la superiora? Supongo que le dirías que el Papa te había encomendado una misión, ¿no?

—Mmm. Eres todo un diplomático, Barley. Al principio no estaba dispuesta a oír nada. Le enfurecía que su convento hubiera sido utilizado como casa de citas, como le había explicado Filippo. Pero antes de tomar los hábitos había sido una gran dama, y al fin y al cabo esto es Roma. Le disgustó que le hubiera mentido diciendo que era el hermano de Felicia, pero entonces yo le dije que había acudido al convento como hermano de una mujer que no tenía amigos. Y cuando le hablé de Su Santidad y le conté que iba de peregrino a Scheggia, se calmó un poco.

—¿Qué será de esa pobre señora? —preguntó Gemmata mientras cogía la capa de Segismundo de la pared y la sacudía, evitando con delicadeza pronunciar el nombre de Felicia.

—La madre superiora accedió a ofrecerle refugio hasta que nos marchemos de Roma. Al final creyó que yo no era el asesino de Da Sangallo, a pesar de la diatriba del hermano Filippo. Ella desaprueba que las mujeres sean forzadas a abrazar la vida conventual, y no creo que le guste que le digan lo que tiene que hacer en su propio convento.

—Seguro que fue una gran conversación —comentó Barley—. ¿Qué será de la adorable viuda cuando nos marchemos de Roma? Imagino que a su hermano no se le permitirá encerrarla como pretende.

—No tiene poder para hacerlo. No... —Segismundo le tendió a Benno una bolsita de hierbas para que la guardara en la camisa de batista que estaba empaquetando—.

Vendrá con nosotros.

—¿A Scheggia? —Benno no podía creer que Felicia quisiera otro hijo después de que el último causara tantos problemas. Y menos ahora que era viuda.

—Pietra es el puerto de Scheggia. La escoltaremos hasta allí. Tiene intenciones de hacerse cargo del negocio que su marido tenía en Pietra, y yo creo que lo hará muy bien.

—Habéis dicho que viene con nosotros —se oyó la brillante voz de Angelo, que miraba a Segismundo desde el umbral de la puerta—. ¿Quiénes son «nosotros»?

—Conmigo no contéis. —Barley miró el trozo de madera y sopló para quitar unas virutas—. Yo aquí estoy de maravilla. —Tocó con el pie la pierna de Gemmata—. Roma me sienta bien. Cuando me harte me marcharé, pero no hasta entonces. Además, esa cruz que llevas no hace más que provocar muertes a su alrededor. Habrá más cadáveres antes de que llegues a Scheggia.

—De modo que queréis que yo vaya —dijo Angelo con serenidad—. Voy a ser un peregrino, ¿verdad?

Segismundo lo calibró con la mirada.

—Serás una peregrina preciosa. Olivero te ha visto dos veces, una en el viaje y otra en una pelea callejera. La próxima vez podría reconocerte y yo preferiría que fueras una carta en mi manga y no en la mesa.

Angelo tiró de Gemmata para acercársela.

—¿Me encontrarás otro vestido? Esta vez algo respetable, no uno de los tuyos. Y una toca y los avíos necesarios. —Con la mano libre se enroscó el largo pelo rubio y esbozó una sonrisa tonta—. Debe de ser Roma, pero me siento incluso religioso.

Benno estaba sorprendido de sí mismo: descubrió que le alegraba salir de Roma. La estancia había sido emocionante, tal vez demasiado, y ahora tenía ganas de marchar.

Al final del puente había rostros nuevos en las lanzas, puesto que el papa Félix había tenido la sensatez de restaurar la ley y el orden después del caos, y las ejecuciones eran ahora oficiales en lugar de particulares. El grupo que partía de Roma, pasando junto a aquellos trofeos de la justicia, no era muy distinto del que llegara unas semanas atrás. Allí estaba el hermano Ieronimo, libre de cadenas, a lomos de su burro junto al hermano Filippo, que parecía más avinagrado que nunca.

Una buena razón de su irritación era su hermana Felicia, que viajaba vestida de sobrio color negro pero con un velo que no tenía pretensiones de ocultar su rostro. El hermano Filippo había hecho todo lo posible por cumplir los deseos de su esposo, pero allí estaba ella, de vuelta a Pietra, donde Filippo esperaba que se encontrara totalmente desamparada y que acabara tirada en la calle. Lo peor era que viajaba con el hombre que la había dejado viuda, que podía ser Olivero Pantera, tal como insistían la doncella y el palafrenero, o Segismundo, que se había librado del proceso porque el Papa había creído todo aquel galimatías sobre la maldita cruz y el altar de

Scheggia.

Además el grupo tenía que cargar con la arpía de Lydia Pantera y, peor aún, el detestable virago, epítome de todo lo horrendo de su sexo, que era Elisavetta Pantera: autoritaria, bien vestida, hermosa. Al menos una de las mujeres se comportaba con propiedad, una criatura callada y tranquila oculta tras una capucha y un tocado, discretamente vestida, una peregrina en dirección a Scheggia que había solicitado la protección del grupo.

Casi nadie pensaba en el gran ausente. Torcuato había tenido un entierro decente en el cementerio de Santaporta. Mientras se alejaban del hedor y el ruido de la ciudad, Benno se preguntó si habrían enterrado con él al asesino del abad Bonifacio y si Segismundo habría averiguado lo bastante para limpiar el honor del duque de Rocca. ¿Había matado Olivero a Torcuato? Era probable. No se lo habría pensado dos veces. También era posible que hubiera asesinado al abad y que luego, antes de poder coger la cruz, huyera asustado al oír al hermano Ieronimo cantando, como hacía ahora, con la alegría de una alondra. El pobre Ieronimo habría cogido el hacha con la vaga idea de que el abad estaría más cómodo sin ella.

Torcuato podía haber robado la cruz en cualquier momento después de la muerte del abad. Filippo, que también estuvo en el lugar de los hechos, no se habría preocupado en pensar en joyas. Segismundo llevaría *La Feconda* a Scheggia, pero Benno estaba convencido de que alguien intentaría impedirlo.

UN ALARMANTE ESCUDO DE ARMAS

Sorprendentemente el viaje transcurrió sin incidentes hasta llegar a Scheggia. No apareció ladrón alguno, a pesar de los miedos que tanto vocearon las damas Pantera; no surgió ninguna pelea, y hasta Filippo se contuvo de sermonear a las mujeres, aunque no comió con ellas y se encargó de que el hermano Ieronimo tampoco se les acercara. Todos se habían tomado muy en serio la orden del Papa y el viaje era un auténtico peregrinaje. No se jugó, no se oyeron juramentos —en cualquier caso Olivero podía expresar lo mismo con su ceñuda expresión que con palabras malsonantes—. Se mantuvo una total castidad incluso entre marido y mujer, cosa que, a la vista de la ansiosa urgencia que tenían los Pantera de concebir herederos, podía haber supuesto un alivio para Lydia y Elisavetta. En cuanto llegaron a Pietra, Felicia tomó la decisión de ir a Scheggia en peregrinación por el alma de su esposo, un rasgo de generosidad que no habría cabido esperar de él.

Un grupo de peregrinos corriente, como los que fueron encontrando en posadas y albergues, dedicaría las tardes a ocupaciones religiosas como rezos o leyendas sagradas o, si se tomaban el peregrinaje como unas vacaciones con una gratificación al final, a contar historias y divertirse. Benno los envidiaba. Le encantaban las buenas historias y se habría acercado a cualquier grupo donde se contaran. Filippo se ofreció a instruirlos en las vidas de los santos, pero después de oír de Santa Águeda, a quien martirizaron cortándole los senos, Elisavetta declaró que no quería saber más y todos se mostraron de acuerdo con ella. Filippo se tornó incluso más taciturno y austero. Angelo, que se había llevado la mano al pecho con gesto de horror al oír la historia, había ya entablado una buena amistad con Felicia, a quien confió que quería sorprender a su esposo, cada vez más distante, concibiendo un hijo para atarlo a ella. Cuando, como era habitual, tenían que compartir lecho, Felicia solía dormir con Angelo y Benno pensó que si Angelo no fuera tan digno de confianza, pudiera ser que, efectivamente, hubiera un embarazo sorpresa.

Cuando llegaron a Scheggia, sin embargo, tuvieron sitio de sobra, no en la hostería de la aldea, ni en el interior, que tras la agitada travesía desde Pietra aparecía a sus ojos nublados como una ladera espantosamente escarpada, con un borroso perfil de olivos y enebros. Un sinuoso camino que surgía de vez en cuando ascendía abruptamente hacia algo medio visible en la cima: el santuario, sin duda. Fueron, en cambio, a alojarse en el castillo que había casi al borde del agua, que ofrecía hospitalidad a los peregrinos que necesitaban recobrase del viaje por mar antes de la rigurosa ascensión, y que era donde había pernoctado la duquesa de Rocca.

Benno, sin dominio sobre sus piernas y con el estómago revuelto, miró hacia el castillo mientras se acercaban bajo la creciente oscuridad de la tarde. Por fin entraron agradecidos, Lydia casi desmayada, sostenida por su cuñada. Segismundo cerraba la retaguardia y se quedó el último mientras los demás eran recibidos. Benno vio que miraba el escudo de armas grabado en la piedra erosionada y blanqueada por el mar, sobre el gran arco de la entrada. El criado se maravilló una vez más de que su señor pudiera comprender cosas tan arcanas como la escritura o la heráldica. Luego siguieron a los demás a través del gran vestíbulo.

El anfitrión los recibió en el gran salón, donde sus criados se hicieron cargo del equipaje y trajeron vino y comida para que se refrescaran tras el viaje. En la enorme chimenea, que semejaba la boca de un gigante, ardía un fuego de llamas verdes y azuladas, porque dentro de aquellas paredes el aire era frío. Olía a sal marina, a piedra húmeda y a las ramas de romero arrojadas al fuego para perfumar la habitación. De las paredes colgaban enormes tapices desvaídos, y una escalera de piedra, de proporciones igualmente descomunales, ascendía sinuosa hacia las sombras.

El dueño de todo aquello era alto y delgado, de rostro alargado y circunspecto y pelo oscuro bajo un gorro de terciopelo negro que se quitó para dirigirse a sus huéspedes.

—Damas y caballeros, estáis en vuestra casa. Es un honor para mí dar la bienvenida a los peregrinos bajo mi techo. —Hizo una pausa y los miró a todos con expresión sombría y melancólica—. Hasta que la Virgen de Scheggia me abrió los ojos, me abandoné a una vida de pecado. Ella me otorgó la esperanza de poder pasar el resto de mis días haciendo penitencia por mi mala vida. En lo alto de este castillo, tan cerca como fue posible del santuario, he construido una capilla que alberga una estatua de Nuestra Señora bendecida por el mismo Papa. Allí oiremos misa antes de la cena, cuando hayáis descansado.

Volvió a ponerse el gorro y se acercó cortésmente a saludarlos uno a uno e interesarse por su salud y sus deseos. Benno vio que se demoró más tiempo con la hermosa Lydia, casi postrada en una silla tallada de alto respaldo. Olivero, como si estuviera celoso, lo llevó a un aparte para hablar con él a solas. Sin embargo fue a los dos monjes a quienes dedicó el anfitrión mayor respeto, besándoles las manos y descubriéndose para dirigirse a ellos.

—Si ahora es tan religioso —murmuró Benno a Segismundo—, ¿a qué no se habrá dedicado antes? Es una lástima que no pueda contarnos algunas historias después de cenar, historias con moraleja. Seguro que no tienen comparación con los cuentos de santos del hermano Filippo.

Segismundo sonrió y Benno pensó que tal vez los criados se mostraran más comunicativos sobre la anterior vida de su señor cuando charlaran en las cocinas.

Lydia se había levantado, y el grupo se disponía a retirarse a sus diversas habitaciones, cuando el anfitrión detuvo a los criados y reclamó una vez más la

atención.

—Confío en que después de la cena todos me haréis el honor de compartir una copa de la amistad, que simbolizará que habéis venido a esta isla en paz con todos los miembros de vuestro grupo. Es una tradición, para recordarnos a todos que Nuestra Señora otorga sus favores a los que albergan paz en sus corazones y no alimentan malicia alguna hacia ningún ser humano.

Una vez más los recorrió uno a uno con la mirada, demorándose significativamente, como si conociera la historia de la enemistad familiar. Era de lo más improbable que Olivero le hubiera hablado de ella, tanto como que fuera a disfrutar compartiendo una copa de la amistad con su primo Gian y Segismundo. Benno tampoco podía imaginar que el hermano Filippo accediera a beber con una adúltera y un asesino. De todas formas, si era la tradición del castillo, se vería obligado a ello si no quería quedar como un hombre muy poco cristiano.

El castillo tenía algo de inquietante: su fría grandeza, las incontables habitaciones, las escaleras retorcidas, los muros y suelos de piedra, las sombras y el ruido del mar que respiraba sin cesar sobre las piedras de la costa. Benno se sentía amenazado de un modo inexplicable, como en una pesadilla. Por otra parte, si nadie había intentado arrebatar la cruz a Segismundo todavía, el tiempo se estaba agotando.

El hogar de la cocina era tan grande como para que un ogro pudiera asar a toda una familia. Perpetua, Nuto y los palafreneros escuchaban con la boca abierta la historia del pasado de su anfitrión, pero Benno, con su habitual expresión de cretino, oyó algo más, algo que le hizo abandonar la historia, coger a *Biondello* y lo que estaba comiendo y apresurarse por los gastados escalones y a través de salas y rellanos y subir por la escalera de caracol que se desmoronaba bajo sus pies y por cuyos ventanucos entraba el chapaleo del mar en las rocas. Por fin llegó a la habitación asignada a su señor. Segismundo estaba sentado en la cama entre oscuras cortinas tan finas que parecían telarañas. Benno tuvo la horrible sensación de que la araña que las había tejido podía acechar en el techo sobre la cama. Segismundo sonrió al ver que Benno, en su precipitación, casi había apagado el candil.

—Vaya, has encontrado el camino. ¿Qué otra cosa has encontrado?

—Lo de la copa de la amistad no es ninguna tradición. Los criados del castillo estaban diciendo que es la primera vez que oyen hablar de eso y uno de ellos se quejaba porque tenía que limpiar aquella cosa del tamaño de un caldero pequeño, de plata tallada con el escudo de armas.

—Vaya, vaya. Yo ya le eché una buena ojeada al escudo de armas cuando entramos. El nombre de nuestro anfitrión es Giovanni Falcone, y desde luego en el escudo aparece un halcón con alas alzadas y unidas sobre el lomo, pero los cuarteles son también muy interesantes. Pasaremos de largo la abeja de un lado, que simboliza el espíritu industrial; de hecho Falcone parece haber trabajado de firme en su vida de pecado. Fijémonos en cambio en un cuartel que tal vez hayas visto antes. — Segismundo se levantó y llevó el candil hacia el hondo hueco de la ventana. Sobre

ella había una talla—. ¿Lo ves?

La humedad se había comido la piedra y aunque se distinguía un pájaro con las alas juntas sobre el lomo y un punto que podía ser una abeja, el fino objeto al pie, que Segismundo señalaba, parecía algo así como un galgo a la carrera. Segismundo bajó la mano y le dio un golpe en la cabeza.

—Sabía que lo verías. Una pantera, Benno. Una pantera.

—Así que...

—Nuestro anfitrión está emparentado con los Pantera, sí. Por eso han sabido esperar hasta llegar aquí.

—Pero ¿por qué habéis entrado, si lo visteis? Olivero fue a hablar con él en privado. ¡Y la copa de la amistad! ¡Os envenenará!

Segismundo enredó los dedos en el pelo de Benno y le agitó la cabeza a un lado y otro.

—Piensa, hombre. Todos deben beber. Eso significa que Olivero beberá igual que Gian y yo. A menos que haya decidido suicidarse, o a menos que nuestro anfitrión quiera arruinar su reputación teniendo que enterrar a todo un grupo de peregrinos, no creo que haya veneno en esa copa esta noche. No... —Segismundo se apoyó contra el alféizar y miró el mar, que más que verse se oía abofetear las rocas—. Yo creo que pondrán alguna droga que nos haga dormir. Dormiremos tan profundamente que no advertiremos que somos registrados.

Benno se quedó mirándolo. Las sombras se hacían más profundas en la habitación. Era fácil creer en la enorme araña que aguardaba al acecho.

—¿Qué haréis?

—Beberé.

¡FUEGO!

La capilla a la que se llegaba mediante un último tramo de empinados escalones, muy por encima de las olas, era bastante espaciosa para albergar a un grupo de peregrinos mucho más grande que aquella pequeña comitiva. Giovanni Falcone la había adornado con sus mejores tapices y, al calor de las muchas velas que ardían, parecía más acogedora que los ventilados espacios de las habitaciones y las escaleras del castillo.

Un crucifijo de fina talla colgaba en la pared de mármol tras el altar. Junto a la puerta, sobre un pedestal, había una estatua de la Virgen casi de tamaño natural, con las manos extendidas y las palmas hacia arriba como pidiendo al cielo que los bendijera al pasar. Estaba bellamente pintada y ataviada con un vestido de gasa dorada y un manto de terciopelo azul bordado con perlas. Falcone, o tal vez los peregrinos que por allí pasaron, habían mostrado su reverencia y gratitud adornando la estatua con collares, cadenas y placas que colgaban de su cuello y sus brazos o aparecían cosidos a su manto. En una mano se enredaba suelto un collar de perlas y granates. Los ojos alzados de la estatua parecían ofrecer al cielo todos los tributos consagrados a ella.

Ieronimo casi entró en trance ante la estatua. Filippo tuvo que apartarlo bruscamente para dejar paso a los que venían empujando detrás. Todos los peregrinos besaron el borde del manto azul y tocaron las manos que suplicaban perdón para ellos. Angelo se hizo notar estallando en apagados sollozos. Felicia tuvo que conducirlo a la capilla.

Benno sudaba de miedo. La idea de que Segismundo bebiera algo que lo dejaría indefenso mientras unos desconocidos lo registraban de arriba abajo le producía una increíble conmoción. Aunque Olivero, que debía beber también, quedaría tan indefenso como él, ¿quién sabía lo que podía hacer aquel siniestro pariente suyo? ¿Y dónde escondería Segismundo *La Feconda*, si tanto su habitación como su equipaje serían registrados? Benno, que no dejaba de mirar con expresión vacía el crucifijo dorado mientras se pronunciaban unas incomprensibles palabras en latín, se consoló con la idea de que su amo no parecía en absoluto preocupado.

Otra cosa que le rondaba la mente a Benno era que Angelo también debía beber. Benno había ido a advertirle, pero si Falcone no encontraba la cruz a la primera y se veía obligado a registrar a todos por si Segismundo se la había pasado a alguien, se descubriría el sexo de Angelo, y habría un lobo muy peligroso suelto entre los corderos.

El capellán se detuvo un momento para hablar con Filippo, pero la mayoría de los peregrinos salieron presurosos de la capilla, pensando en la cena que los esperaba y charlando alegremente. Esta vez fue Felicia quien con su mejor voluntad guio a Ieronimo más allá de la estatua hasta la puerta, cuando el monje dio señales de entrar en éxtasis.

No hacía mucho que se había erigido en guardiana de Gian, que de vez en cuando se quedaba con la vista perdida y necesitaba una mano amiga para volver al mundo. Él le había contado que Ieronimo aseguraba que la Virgen le devolvería la memoria. Una vez Felicia lo encontró retorciéndose en el suelo, con los brazos y las piernas fuera de control. Cuando Gian volvió en sí y ella le preguntó qué le había ocurrido, él respondió que tal vez la herida en la cabeza le había provocado epilepsia, y le suplicó que no lo contara para que no le tacharan de loco.

Felicia llegó al pie del segundo tramo de escaleras y vio que Gian no se encontraba entre el primer grupo. Se preguntó si no se habría quedado en la capilla. Tal vez ahora se agitaba en espasmos en algún rincón, incapaz de valerse por sí mismo.

Dio media vuelta, se recogió las faldas y echó a correr escaleras arriba. Se detuvo un instante ante el último tramo que llevaba a la capilla. Arriba se veía la gran puerta de madera, en parte abierta. Se quedó escuchando. ¿Se oían ruidos, gemidos, algo que le indicara que Gian necesitaba su ayuda?

Otra persona, inadvertida en la oscuridad bajo el saliente de la escalera, se había detenido también y la observaba. Felicia, a pesar de no haber oído nada, se decidió por fin, subió rápidamente a la capilla, y abrió del todo la puerta.

Esperaba ver a Gian, pero se sorprendió al encontrar a Segismundo. Estaba junto a la estatua de la Virgen, mirándola, con los brazos levantados para tocarle las manos, serio y concentrado. Las fuertes facciones de su rostro resplandecían a la luz de las velas.

Felicia se detuvo en seco. Él volvió la cabeza para mirarla, y en ese momento llegó desde abajo un ronco grito de horror.

—¡Fuego! ¡Fuego! ¡Salid! ¡Salid antes de que sea demasiado tarde!

Felicia se volvió hacia la puerta, presa del pánico, pero Segismundo la cogió del brazo y se la llevó hacia el otro lado, detrás de la estatua. Entraron en una fría penumbra cargada de aroma a tomillo y pino e invadida por el ruido del mar. Felicia no había advertido la puertecilla que conducía al terrado. Caminó a trompicones, sintiendo el apoyo del fuerte brazo masculino.

—¡Gian! —exclamó de pronto—. ¡Creo que está en la capilla! Mira en el suelo...

—Espera aquí. —Sin preguntar la razón de aquella indicación tan extraña, Segismundo desapareció. Entró de nuevo al castillo, que tal vez ya era presa de las llamas.

El humo penetraba en la capilla en fantasmagóricos jirones por la puerta abierta de las escaleras. Segismundo no se detuvo. Se guio por los oídos, no por los ojos. En

cuanto entró en la capilla un grito resonó en el hueco de la escalera, más allá de la puerta, seguido por una serie de golpes. Segismundo alcanzó la puerta en una sola zancada. El humo era muy denso, pero una suave ráfaga de aire lo disipó y le dejó ver al pie de las escaleras una figura tirada en el suelo entre los pliegues de un tapiz que colgaba ya de un solo gancho, medio arrancado de la pared.

El ruido hizo acudir a otros. Angelo, enzarzado en íntima conversación con Elisavetta mientras bajaban a cenar, había advertido enseguida que Felicia no estaba en el grupo y, tras excusarse, había vuelto a por ella. Echó a correr al oír la voz de «¡Fuego!» y llegó justo cuando Segismundo estaba desenredando el tapiz del cuerpo de alguien al pie de las escaleras.

—¿Qué ha pasado? —Gian, el rostro libre del tapiz, los miraba fijamente. Se incorporó, disipando el humo con una mano y frotándose la cabeza con la otra—. ¿Hay fuego? ¿Dónde estoy?

Segismundo le dijo algo a Angelo, que se recogió las faldas con experta agilidad y echó a correr por las escaleras de la capilla en dirección al terrado donde aguardaba Felicia. Segismundo palpó a Gian y no descubrió más heridas que unas cuantas magulladuras. Luego dirigió su atención al origen del humo. Había visto, a la sombra de las escaleras de la capilla, una antorcha en la pared que ardía sobre los muchos juncos húmedos que crecían entre las piedras. Segismundo cogió la antorcha, diseminó los juncos y pisoteó las ascuas encendidas, hasta que dejó de salir humo. Gian se levantó gruñendo dolorido y miró con los ojos entornados a Segismundo, que estaba colocando de nuevo la antorcha en su anilla.

—¡Vos sois Segismundo! Me hicisteis registrar en Rocca.

Con esta demostración de que recuperaba la memoria, Gian dio media vuelta para dirigirse a los otros que llegaban en ese momento. El humo se había abierto camino también escaleras abajo, igual que el grito de «¡Fuego!». Giovanni Falcone llegó precediendo a varios criados cargados con cubos de agua, la mitad de la cual habían tirado en su apresuramiento. Con ellos iba Benno, con las piernas mojadas, temeroso por su señor, y detrás el resto del grupo de peregrinos, con Olivero a la cabeza.

Gian se fijó en él de inmediato, apartó bruscamente a un criado que volcó el cubo de agua sobre los pies de Falcone, y se arrojó contra el sobresaltado Olivero, al que cogió por el cuello.

—¡Hijo de la sangre! ¡Mi padre está muerto! Dios no te dejará vivir...

Gian no estaba dispuesto a dejar a Dios elección en la materia. Olivero le cogió las manos, sin conseguir arrancárselas del cuello. Gian lo aplastó contra la pared antes de que Segismundo y Ferondo se interpusieran entre ellos y los separaran. Ferondo comenzó a protestar, pero fue Ieronimo, con el pelo de punta, quien con los brazos abiertos y una expresión beatífica se acercó a Gian, que todavía forcejeaba por librar sus muñecas de los puños de Segismundo.

—¡Alégrate, hijo mío! La Virgen te ha bendecido.

El monje le dio un abrazo que Gian no pudo evitar. Su expresión ponía de

manifiesto que el hermano Ieronimo no formaba parte de sus recuerdos recuperados; tampoco fue en absoluto de su agrado el beso entusiasta de aquel lunático religioso.

Falcone, viendo que la amenaza de incendio no era real despachó a los criados, que se marcharon rezongando y derramando agua por las escaleras. Luego se volvió hacia sus huéspedes. Uno de ellos al menos parecía confuso en cuanto a su vocación de peregrino. El monje, que todavía lo tenía abrazado, los miraba radiante a todos.

—Nuestra Señora vino a mí hace dos noches y prometió la merced de bendecir a este joven. Él vino a la capilla a rezar y, ¡mirad!, ¡ya recuerda!

Benno pensó que el hermano Ieronimo, en su inocencia, no tenía ni idea de lo que implicaba la recuperación de Gian. ¿Es que no había visto cómo había atacado a Olivero?

Segismundo soltó a Gian, pero se mantuvo cerca de él, a sus espaldas, mientras el hermano Ieronimo le cogía la muñeca derecha y señalaba con la otra mano a Olivero, que ceñudo se frotaba el cuello.

—Nuestra Señora ha hecho esto para que no olvidéis, sino que recordéis y perdonéis. —Se dirigió a Gian con tono afectuoso—: De haberos acercado a su santuario con tal odio en vuestra consciencia, fuera cual fuera el método con el que el diablo quisiera escondéroslo, ella no os habría ofrecido nada.

Cogió la mano de Olivero y la unió a la de su primo.

—Haced las paces, hijos, antes de que Dios os arrebatte la ocasión de hacerlo en este mundo. Se ha derramado sangre, por desdicha. Que no se derrame más. —Los primos se miraron—. Si Nuestro Señor perdona los pecados de vuestros padres, vosotros debéis perdonar a sus hijos.

Angelo, que había aparecido en lo alto de las escaleras de la capilla acompañado de Felicia, juntó las manos al oír esto y con su mejor voz de contratenor rompió a cantar el primer verso de un himno muy popular entre los peregrinos que habían ido encontrando en el camino.

*Ningún alma es libre de pecado.
Para obtener el perdón divino,
perdonaos los unos a los otros,
hermanos peregrinos.*

Cuando terminó el canto, al que se unieron con entusiasmo Ieronimo, la cálida voz de contralto de Felicia y el mugido de Perpetua, Falcone rodeó con los brazos a los dos primos, que lo permitieron de mala gana.

—A cenar, queridos amigos. Después os pediréis perdón uno al otro en la copa de la amistad, para sellar vuestro vínculo. Es una bendición para mí que la Virgen haya traído bajo mi techo esta reconciliación. Bajemos a cenar.

Olivero y Gian sufrieron las imposiciones de Falcone como habían sufrido al hermano Ieronimo cuando les unió las manos, con más confusión y resentimiento que

sentido de reconciliación. Todos los siguieron escaleras abajo. Angelo, con la vista gacha en expresión pía, pasó junto a Benno, que agarró con fuerza a *Biondello* para que no se advirtiera que estaba meneando la cola. El disfraz no existía para su inteligente olfato. Segismundo quedó solo en las escaleras de la capilla. Finalmente bajó tras ellos con un fino cordón en la mano.

—¿Es que vais a estrangular a alguien?

—Mmm... Me temo que el cordón ya ha realizado su peligroso trabajo.

Benno miró apresuradamente en torno a él buscando cadáveres en los oscuros rincones. La risa de Segismundo, profunda y serena, lo tranquilizó.

—Todavía no ha muerto nadie. Me lo he encontrado tendido a través de las escaleras, atado en un extremo de aquella reja ornamental.

Benno se volvió boquiabierto para contemplar el empinado tramo de escaleras.

—¿Como una trampa?

—El grito de «Fuego» era una invitación para que alguien se partiera la crisma.

—Pero no fue Olivero —dijo Benno—. Él estaba abajo cuando oímos que gritaban «Fuego». Lo sé porque me apartó de su camino de un empujón. Ferondo también estaba allí. ¿Hay alguien más que quiera matar a Gian, aparte de sus primos?

Segismundo miró pensativo las escaleras y el umbral de la capilla.

—Cuando se dio la voz éramos tres personas aquí arriba. Piensa quién sabía quién había aquí y quién quiere matar a quién.

—Pero los que os quieren muerto estaban abajo, ya os lo he dicho... ¿*Lady Felicia*? ¿Quién querría matar a *lady Felicia*? —La única persona que la odiaba era su hermano. Había intentado encerrarla en un convento, que era como matarla en vida, pero intentar que se partiera el cuello...—. ¿Su hermano?

Segismundo alzó el cordón a la luz de la antorcha y le pasó los dedos moviendo la cabeza.

—En el centro hay una parte oscurecida por el sudor y la grasa, y los extremos han sido anudados y están retorcidos. Los hombres que quieren mortificar la carne llevan estos cordones en torno a la cintura. Hacen de cilicio y les recuerdan constantemente que deben purificar sus pensamientos.

Segismundo resopló suavemente.

—El problema es que no siempre funciona.

UN BUEN ESCONDRIJO

Benno se despertó con la mente espesa. *Biondello* le lamía la cara ansiosamente. Segismundo ya estaba levantado y, con el torso desnudo, se echaba agua en la cabeza con una vasija de loza. Sacudió luego el pelo salpicando gotas.

—Eh, ven a lavarte la cara. Te despejará la mente.

Benno salió del jergón y se levantó con esfuerzo. Sólo su señor, y Angelo, le reconocían una mente que despejar. Cuando bajó la cabeza obediente y sintió el agua fría en la cara, se dispersó parte de la niebla. Si al perder la memoria uno se quedaba tan aturdido como estaba él, el pobre Gian lo tenía que haber pasado fatal. Benno recuperaba entonces sus recuerdos de la noche pasada.

La copa de la amistad... La preocupación casi había interferido con su apetito en la cena. Si Benno no tuviera el sentido de los campesinos de la sagrada obligación de comer con ganas cualquier alimento, no habría disfrutado de una cena tan magnífica, a base de los restos del gran pastel relleno de peras cocidas al vino, salmón hervido, higos y manzanas, y los pasteles con dátiles —era la cena que se celebraba en la cocina mientras arriba los invitados terminaban los postres. Confiaba en que no prestaran atención a los criados de los peregrinos, en que Segismundo le diera en el último momento *La Feconda* para que la escondiera él. Claro, que tampoco hubiera sabido dónde. Pero apenas se había limpiado la barba tras el último glorioso bocado cuando los convocaron al gran salón donde todos los peregrinos que visitarían al día siguiente el santuario de la Virgen, fuera cual fuera su rango, debían compartir la copa de la amistad. Benno siguió a Nuto, Perpetua y los demás con el estómago lleno y el corazón encogido.

—¿Qué pasó anoche?

Segismundo se estaba afeitando la cabeza entre el vapor que surgía del agua caliente que un criado de y Falcone había traído antes de que Benno estuviera consciente. La larga cuchilla relució cuando Segismundo se la pasó junto a una oreja.

—Dímelo tú. Yo bebí antes de la copa. Era fuerte... tenía que serlo después de una comida como aquélla.

Eso había sido lo peor: ver cómo Segismundo cogía con las dos manos la gran copa de plata con el maldito halcón y la pantera grabados, y bajaba la cabeza para beber, sabiendo que con ello se ponía a merced de cualquiera que quisiera hacerle daño. Benno estaba rezando el avemaría cuando llegó su turno. En lo que quedaba de vino flotaban unas hierbas de sabor amargo que olían a tomillo. Estuvo a punto de darle una náusea.

Una cosa le dio esperanzas. Angelo había rehusado beber. Por lo visto tampoco había querido comer en la cena. Cuando Falcone tendió la copa a aquella mujer pálida y pacata, tan envuelta en velos que era difícil saber si merecía la pena ser objeto de atención masculina, ella levantó su fina mano.

—No debo. Debo ayunar hasta haber realizado mis oraciones ante el altar. He hecho la promesa de mantenerme esta noche de vigilia en la capilla.

En ese momento Benno lo comprendió todo con meridiana claridad: Angelo había concebido el modo perfecto de escapar a la droga y al registro. Falcone no podía permitir que ningún miembro del grupo fuera testigo de lo que iba a suceder, de modo que Angelo había tenido la sabia idea de ponerse fuera de la circulación, arriba en la capilla. Durante el viaje no había habido ninguna relación entre la timorata peregrina y Segismundo, de modo que Olivero no podía albergar sospechas. Era evidente que Segismundo le había confiado *La Feconda* a Angelo, y que estaría perfectamente a salvo en la capilla mientras registraban a los demás. Falcone, por muy frustrados que viera sus esfuerzos por encontrar la cruz, no era probable que interrumpiera las oraciones de una pía doncella con intenciones de registrarla.

En cuanto Benno comprendió todo esto, siguió a su amo escaleras arriba con el corazón más ligero, aunque le disgustaba la perspectiva del registro. Mientras le quitaba las botas a su señor comenzó a sentirse soñoliento. Segismundo se dejó caer sobre las almohadas, cerró los ojos y la cabeza se ladeó ligeramente sobre el fuerte cuello, como si los músculos ya no pudieran sostenerla. Benno cayó cuan largo era en su jergón, advirtiendo apenas que *Biondello* se apartaba de un salto.

Ahora estaba sentado en ese mismo jergón, secándose la cara con una toalla y recuperando poco a poco el sentido.

—¿Cómo os devolverá Angelo la cruz?

—Él no la tiene.

Benno se lo quedó mirando.

—¿Entonces dónde...? —¿Habría salido mal el plan? Segismundo seguía abrochándose el jubón con total despreocupación.

—Vamos, llegamos tarde a misa.

Biondello lanzó un breve ladrido admonitorio antes de echar a correr tras Segismundo, dejando en último lugar a Benno, que seguía perplejo.

La misa en la capilla fue más breve que la de la tarde. El capellán sabía que los peregrinos estaban ansiosos por partir, aunque tal vez le sorprendió la cantidad de bostezos entre ellos, abiertos o disimulados. Elisavetta tuvo que sacudir dos veces a Lydia para despertarla. Todo el mundo andaba lento de reflejos esa mañana, excepto Angelo, que ya estaba de rodillas ante el altar cuando llegaron los demás.

Por encima de los cánticos latinos se oyó otro ruido. No era el chapaleo del mar contra las rocas, sino un rumor lejano y dominante. Falcone les había vuelto a hablar la noche anterior de las repentinas tormentas, de las que también les habían advertido en Pietra, características de Scheggia en aquella época del año. En el cielo azul se

formaban de súbito nubarrones que descargaban una lluvia breve pero torrencial. Algunos peregrinos habían resbalado en el agua que chorreaba por las rocas y habían resultado heridos, más de uno en la historia de Scheggia se había desplomado por el despeñadero, uno en concreto había caído al mar y jamás fue encontrado. Era necesario acercarse al santuario con la conciencia limpia.

Benno, al oír de nuevo el rumor y ver que *Biondello* se encogía contra su pierna, confió en no haber hecho nada malo de lo que no tuviera recuerdo. No le apetecía nada chocar contra el mar desde una gran altura, aunque probablemente la caída sería lo peor. Era mejor vigilar de cerca a los Pantera. Si Olivero había matado al abad podía recibir una desagradable sorpresa. ¿Y el hermano Filippo, que había planeado romperle el cuello a su hermana en las escaleras de la capilla?

Benno esperó respetuoso a que los señores dejaran la capilla, cada uno deteniéndose un instante para besar el borde del manto y tocar los dedos de la estatua de la puerta. Luego salieron los sirvientes. Segismundo seguía arrodillado, con la cabeza gacha. Al cabo de un instante se levantó, hizo una genuflexión y se acercó a la puerta, con Benno bostezando y arrastrando los pies detrás de él.

Segismundo se llevó el manto azul a los labios y luego alzó la mano para tocar los dedos de la Virgen. El collar de granates enredado entre ellos osciló al tocarlo y de pronto, visible sólo un instante antes de desaparecer en la mano de Segismundo, reluciente, destellante, inconfundible, apareció *La Feconda*.

Benno se había quedado sin habla. Segismundo había dicho muy a menudo que cuando uno quiere esconder algo, lo mejor es dejarlo a la vista. Todos la habían tocado y habían pasado de largo, y durante toda la noche la Virgen la había tenido en su mano abierta.

UN ENCUENTRO INESPERADO

Tras las renovadas advertencias que les dio Falcone mientras desayunaban pan y vino, fue una sorpresa para ellos salir a la luz de un día radiante. Observaron el cielo, pero las nubes eran pacíficas y blancas, un rebaño de ovejas en los pastos azules. Aun así, Elisavetta preguntó a Falcone si eso era garantía de que no habría más tormentas. Él movió la cabeza.

—Todo depende de la voluntad de Dios. Scheggia tiene su propio clima.

No eran ellos los únicos peregrinos en el camino. Incluso a una hora tan temprana, un grupo que había pasado la noche en el desolado albergue de la aldea ya había iniciado la dura escalada, animándose unos a otros y cantando himnos a la Virgen mientras aún les quedara aliento.

El grupo de Segismundo, que en ese momento daba las gracias a Falcone declarando que habían disfrutado de una excelente noche de descanso, parecía en comparación una banda de sonámbulos.

Segismundo había indicado a Benno que vigilara a Gian, que estaba algo rígido y cojeaba tras su caída por las escaleras de la capilla. Los peregrinos inválidos que acudían a suplicar a la Virgen salud más que descendencia, así como los más frágiles o las mujeres, tenían la opción de tomar un camino más asequible que subía bordeando la colina, evitándose así el abrupto zigzag por la cara de la montaña. Era un sendero por el que podían transitar burros. De hecho, antes de que ambos caminos se bifurcasen, Benno vio a una anciana a hombros de un hombre enjuto, que sin duda tenía intenciones de pedir nietos a la Virgen.

Las mujeres del grupo eran más heroicas, aunque ninguna de ellas imitó a las que se acolchaban con trapos las piernas dispuestas a subir la colina de rodillas. Felicia se había recobrado de la indisposición que sufriera en Roma tras la pérdida de su hijo, y con sus faldas de cuadros y la ayuda de una vara, echó a andar con gran decisión.

Al ver a Filippo caminar tras ellos, Benno tuvo otro momento de revelación: Segismundo, sospechando de las intenciones del monje desde un principio, no había hecho venir a Angelo para cubrirse las espaldas él. Con Angelo siempre al lado de Felicia, pocas serían las ocasiones que tendría el monje de empujarla al despeñadero. A Benno todavía le costaba creer que pudiera albergar tanto odio.

Tras el hermano Filippo caminaban pesadamente Perpetua y Nuto. Él ya intentaba ofrecerle el brazo, y ella lo rechazó, pero sin los reproches que le había prodigado durante el viaje a Roma. Durante este último periplo Perpetua se había mostrado incluso coqueta con él, hasta ahora, que no debía de parecerle momento de

distracciones mundanas.

Lydia y Elisavetta también habían escogido el camino difícil, que ahora ascendía bruscamente en empinada cuesta apartándose del otro entre enebros y pinos enanos cuyo aroma se mezclaba con el salitre del mar. Elisavetta afirmaba que nada podía ser más arduo que la hazaña de Roma: subir los escalones de Santa Maria de Araceli de rodillas. Lydia parecía demasiado soñolienta para contradecirla. Sus esposos, curiosamente, habían sugerido tomar el camino más fácil. Olivero había alquilado unos burros en la aldea mediante un criado de Falcone, pero Elisavetta los rechazó. Los hermanos parecían despreocupados, casi animados aquella mañana. Benno no entendía nada. Debieran de estar furiosos y frustrados sabiendo que Falcone no había podido encontrar *La Feconda*. ¿Se habrían dado por vencidos al fin? ¿Era posible que Scheggia hubiera obrado sobre ellos un hechizo de reconciliación?

A la cabeza del grupo, cantando descalzo sobre las piedras, iba el hermano Ieronimo. Condenado por el Papa a vivir en Scheggia, iba al encuentro de su destino con transparente júbilo y gratitud. Por fin iba a ver a la Virgen de Scheggia en su propio altar, la Virgen que lo había bendecido con sus visiones, y él se quedaría allí para servirla el resto de su vida.

Segismundo iba entre los últimos, vigilante pero reservado. Benno, caminando con esfuerzo tras Gian, pensaba que su señor por fin entregaría *La Feconda*, después de tantas luchas e impedimentos, en una especie de penitencia por matar a Bernabo Pantera, tal vez para redimirse por no haber previsto lo que los hermanos Pantera tramaban.

Viendo que Gian no necesitaba ayuda puesto que pronto perdió la rigidez, Benno se detuvo al principio de otro empinado tramo para mirar en derredor. El mar resplandecía allá abajo y la costa se veía azul a lo lejos. Ya le dolían las piernas. *Biondello*, que trotaba valientemente tras él, se sentó de pronto con la lengua fuera y el pecho agitado. Benno lo cogió antes de seguir caminando.

Allí habían cavado un tramo de escalones en la roca viva, empinados e irregulares. Delante de él veía a los otros subir despacio. Alguien, tal vez Ieronimo, había comenzado a rezar una serie de avemarías. Benno respondió automáticamente, pero descubrió que la salmodia le ayudaba a subir con más facilidad. En el siguiente trecho se habían instalado postes y una barandilla, porque a la derecha caía un abrupto y vertiginoso acantilado. Benno lo miró un instante y apartó la vista. El grupo había aminorado el paso y Olivero ayudaba a Lydia con bastante ternura, sorprendiendo a Benno que hasta entonces no había visto en él el más mínimo gesto de consideración. La influencia de aquel lugar no tenía límites.

Benno se frotó las piernas y miró hacia arriba con recelo. Más trechos de piedras, más tramos de escaleras. Decían que la subida era más empinada al final. Los pinos, doblados todos hacia el mismo lado y deformados por el constante viento, ocultaban la cumbre. El santuario había permanecido misteriosamente oculto durante la ascensión, sin quedar a la vista tras ninguna curva del camino. Un poco más abajo

venía Segismundo entre otros peregrinos. Benno enderezó la espalda y salió en pos de Gian, dejando que *Biondello* andara el resto del camino para que hiciera los méritos que le fuera posible.

Llegaron a un pequeño mirador alfombrado de zapatos, sandalias y botas. A partir de ahí la mayoría de los peregrinos subían descalzos los últimos escalones hasta el santuario. Benno se quitó las botas y puso los pies calientes sobre la áspera roca. Delante se veían las espaldas de los otros. Sorprendentemente, el hermano Filippo estaba sentado en una piedra junto al camino, con la cabeza hundida entre los hombros, jadeando y mascullando lo que, a juzgar por su rostro, no eran las oraciones apropiadas al lugar. Cuando Benno pasó junto a él, el monje tenía la cabeza apoyada en las manos y se balanceaba atrás y adelante. *Biondello* dio un amplio rodeo para no acercarse.

Muchos miembros del grupo coronaron a gatas el último trecho. Benno, casi arrastrándose, alzó la vista hacia el santuario. Se había imaginado que sería como la capilla de Falcone, sólo que con una estatua más grande, toda de mármol, con la luz de las velas brillando sobre las joyas ofrendadas, adornada con pan de oro y toda la suntuosidad de una iglesia que había visitado en Roma.

El santuario de Scheggia no era más que una gruta.

La entrada era una gran oquedad, como si el risco tuviera en la cumbre una boca abierta. Pero la cueva no estaba oscura, sino profusamente iluminada con velas. Un monje supervisaba la afluencia de los que entraban en el santuario. Los peregrinos pasaban a través de la antecámara, cuyas superficies irregulares albergaban cientos de objetos en las paredes y el techo: cuadros, tallas de madera y cera, figuras de yeso de miembros, barcos y niños. Del techo colgaban diminutas cunas de madera o mimbre. Al pasar los peregrinos revoloteaban papeles con oraciones, y las velas, sostenidas en charcos de cera o en cualquier saliente, oscilaban iluminando las diminutas facciones de la multitud de niños de yeso que parecían sonreír.

Tuvieron que esperar a que saliera otro grupo de peregrinos. Luego se les permitió pasar.

La entrada a la cámara interior era tan estrecha que sólo dejaba pasar a los peregrinos de dos en dos y a Elisavetta sola. Toda la luz de las velas se reunía al fondo, dejando el resto de la cueva lleno de sombras que danzaban como murciélagos en el techo tiznado de hollín. El aire estaba cargado de humo e incienso. Benno sólo distinguía la silueta de la cabeza y los hombros de su amo. Cuando Segismundo se arrodilló ante el sagrario, Benno, de rodillas también detrás de él, miró la pintura detrás del pequeño altar. Había esperado ver una estatua, pero era un cuadro tan oscuro que casi no se veía y que se desdibujaba bajo el calor de las velas. La Virgen y el Niño se reconocían por sus halos de pan de oro y el oro que relucía en sus ropas. Era un cuadro pequeño y ni siquiera colgaba derecho, pero Benno no podía apartar los ojos de él. Al cabo de un rato distinguió los rostros de la Virgen y el Niño, oscuros, misteriosos, ambos con el mismo poder indescriptible.

En torno al cuadro había un resplandor de ofrendas: collares, cadenas, broches. Las joyas lanzaban irisados destellos que reflejaban el oscilar de las llamas.

Después de la misa el sacerdote se acercó —sólo tenía que dar un paso para poder tocar a los primeros peregrinos— y esperó para recibir las ofrendas. Elisavetta y Lydia besaron los collares antes de tendérselos. Los Pantera habían traído bolsas con dinero. Benno ofreció un anillo de plata del que estaba muy orgulloso pero que nunca le había gustado llevar; Perpetua entregó lloriqueando un pañuelo de encaje. Felicia tendió la mano sobre el hombro de Lydia para ofrecer unos pendientes de perla, y Angelo una cadena de oro.

Cuando el sacerdote se acercó a Segismundo, arrodillado junto a la pared, éste alzó *La Feconda*, que brillaba y relucía. Lentamente, con gran reverencia, como si sintiera en cierto modo lo que representaba la cruz y el largo y sangriento viaje que había realizado para llegar hasta allí, el sacerdote la recibió admirado con las dos manos, y viendo que era, cuanto menos, una obra de arte excepcional, se volvió para inclinarse ante el cuadro y colgó la cruz al pie del marco. *La Feconda* había alcanzado el lugar al que, unos cien años atrás, la habían destinado.

Benno observó con disimulo a los tres hombres a quienes sin duda irritaba profundamente el sacrificio de *La Feconda*. Gian pareció de pronto turbado y furioso, y casi se levantó. Los hermanos en cambio se mostraban ufanos, como si la ofrenda los complaciera en sumo grado. Scheggia desde luego estaba obrando sobre ellos un efecto de lo más benéfico.

Pero ¿dónde estaba Ieronimo, que igual que la cruz había de permanecer allí para siempre? Benno no vio a ninguno de los monjes. Filippo podía estar todavía sentado junto al camino, pero Ieronimo había llegado antes que ninguno. ¿Dónde estaba? La capilla comenzaba a vaciarse. Perpetua salió con su rostro plano y alargado surcado de lágrimas. Nuto parecía realmente impresionado. Fuera esperaba el siguiente grupo, examinando los muñecos, las cunas y los pliegos de oraciones. La anciana que habían visto subir a cuestras de un hombre, estaba agachada en el suelo. Parecía tan ligera como un saco de plumas. Una joven con un vestido de buen paño y la cabeza tocada de lino bordado con oro, contemplaba al sacerdote colgar una cunita de mimbre comprada en el lugar donde se dejaban los zapatos.

De pronto Gian Pantera se abrió paso entre Benno y Lydia y cogió a la mujer.

—¡Elena! ¿Cómo...? ¿Qué haces aquí?

Los dos parecían atónitos. Tras las primeras exclamaciones ella sonrió y, con un rubor que le sentaba a la perfección, señaló la cunita que oscilaba sobre sus cabezas.

—Vamos a tener un hijo en primavera. Habría enviado a decírtelo, sólo que nadie sabía dónde estabas. —Desde el círculo de los brazos de Gian, miró a los primos a los que conocía de vista pero con los que, debido a la enemistad familiar, nunca había hablado. Respondió cortésmente a sus saludos mientras su esposo le cubría las manos de besos. Al menos uno de los Pantera había logrado concebir un hijo sin ayuda de *La Feconda*. Pero la auténtica sorpresa fue que los hermanos hicieron toda clase de

manifestaciones de placer ante tal encuentro. Cualquiera pensaría que los primos habían vivido en paz y armonía toda la vida. Entre besos y felicitaciones se demoraron tanto que el sacerdote tuvo que echarlos a todos. En cuanto salieron se oyó el rugido de un trueno mucho más alto y cerca que el que habían oído esa mañana.

El tiempo estaba cambiando.

LA RESPUESTA DEL DIABLO

Salieron apresuradamente, mirando al cielo, ansiosos por bajar antes de que la tormenta alcanzara su cénit, cubriéndose con las capuchas, ciñéndose las capas contra el súbito viento. El cielo estaba cubierto de nubarrones; uno de ellos, con la forma de un gran yunque, era presagio de rayos. Las mujeres no perdieron tiempo. Bajaron por los escalones de piedra abriéndose camino entre los peregrinos que subían. Mientras cogían sus zapatos lanzaron un grito ante el parpadeo de un relámpago. Entre la recua de burros de alquiler estalló la conmoción.

Protegido bajo un saliente de roca, había un puesto donde un monje vendía figuras de plomo y cerámica de la Virgen, sellos y placas con el vertiginoso perfil del acantilado de Scheggia, cunas de junco o mimbre, pequeños bebés de arcilla y copias bastante malas del cuadro del santuario realizadas en madera. En aquel momento las ventas no estaban muy animadas. Sólo Elisavetta vaciló un momento ante una compra antes de que una nerviosa Lydia se la llevara a rastras.

El descenso se realizaba oficialmente por el camino ancho que bajaba en círculos la montaña. Benno ya veía muy a lo lejos el burro montado por Felicia y guiado por Angelo, seguido de Perpetua y Nuto, todavía con los zapatos en las manos. Lydia, no mucho más atrás, lanzó un chillido ante un fuerte destello en el cielo seguido del seco restallar del trueno.

Comenzaron a caer los primeros goterones de lluvia, que moteaban el suelo con repentina oscuridad. Benno se puso las botas, se subió la capucha y se metió a *Biondello* en el jubón. ¿Había tiempo para comprar un sello de peregrino? Segismundo estaba en la entrada del santuario, hablando todavía con Gian y su esposa. Cuando estos últimos volvieron a entrar juntos Segismundo comenzó a bajar por los escalones de piedra. Benno se apresuró a comprar el sello mientras *Biondello* asomaba la cabeza e inspeccionaba con perspicacia las mercancías expuestas, aunque se retiró al instante al estallar otro relámpago en el cielo. La lluvia caía en cascada del reborde de piedra que protegía el tenderete.

Segismundo llegó sonriendo. El agua resbalaba suavemente por su cráneo. Había arrancado de un arbusto un brote de romero que guardó con cuidado en su bolsa. Aquél sería al parecer su recuerdo de Scheggia, porque pasó junto al puesto sin detenerse. Buscó sus botas, se frotó los pies y se las puso, y casi con el mismo movimiento echó a andar por el sendero más abrupto, no por el camino ancho.

Benno se apresuró tras él, tan raudo como se lo permitían sus piernas doloridas y el barro del camino. Descubrió que era más difícil bajar que subir y se alegró de que

los peregrinos que subían se refugiaban bajo los salientes o los arbustos o en cualquier otro cobijo, en lugar de obstruirles el paso. Más allá estaba el mar oscuro, casi invisible tras la densa cortina de agua. Segismundo bajaba con facilidad, como si pudiera nadar en la lluvia. Le brillaba la cabeza empapada. Desapareció de la vista tras una brusca curva en el camino y Benno, que se lanzó tras él precipitadamente, resbaló y sólo pudo frenarse agarrándose al retorcido tronco de un pino.

Al llegar a la curva vio a tres figuras perfiladas contra el mar y la roca, espectacularmente iluminadas por el resplandor de un relámpago.

Ieronimo gritaba algo a Filippo, que a su vez clamaba al cielo, aunque no se les oía en el fragor de los truenos. Segismundo los contemplaba. Las gotas de lluvia brillaban como varas que cayeran del cielo para castigo de los pecadores.

Filippo alzó un rostro desencajado de rabia. Daba saltos como enloquecido y sus pies salpicaban barro y removían piedras.

Un breve intervalo entre truenos permitió a Benno oír algo de lo que Filippo gritaba, aunque no tenía sentido: era una disparatada increpación al diablo, a quien acusaba como agente de la tormenta. Ieronimo también parecía dirigirse al diablo, pero en la persona del hermano Filippo. Benno los miró a uno y a otro, con la boca abierta y llena de lluvia.

—¡Dios os lo advierte! —Ieronimo, resbalando en el barro, consiguió aferrarse a la manga del empapado hábito de Filippo—. ¡No os acerquéis al santuario! ¡Nuestra Señora no permite que recen allí quienes tienen las manos teñidas de sangre!

Filippo apartó al otro monje con tal empujón que el hermano Ieronimo retrocedió tambaleándose y quedó un instante colgado del borde del acantilado. Segismundo lo cogió y tiró de él hasta traerlo de nuevo al camino, entre arbustos y roca rota. La lluvia caía torrencial, un rayo llameó y la explosión del trueno ahogó los alaridos del hermano Filippo, que gritaba contra la tormenta escupiendo saliva. Sostenía con las dos manos el crucifijo de hierro que llevaba puesto, como si quisiera desafiar al demonio.

Y el demonio respondió. Cayó del cielo un rayo como una espada blanca junto con un tronido que pareció estremecer al mundo. Benno, cegado, cayó en el lodo aferrado a *Biondello*, seguro de que ambos estaban muertos.

Debía de estar en el infierno, porque olía a quemado, un olor a quemado peor que cualquier cosa que hubiera percibido antes. Abrió los ojos. No había ningún demonio. Filippo parecía haberse desvanecido. Benno parpadeó, viendo todavía chispas. Segismundo se inclinaba sobre algo, mientras Ieronimo se arrodillaba y unía las manos en oración bajo la lluvia. Benno, clavando los talones, sentándose y ayudándose con una mano mientras con la otra sostenía al tembloroso *Biondello*, se acercó penosamente hasta el bulto sobre el que se inclinaba su señor.

Era Filippo, aunque apenas se lo reconocía. A Benno le dieron náuseas al ver el rostro desencajado y negro y percibir el olor a carne quemada. Pero lo más horrible fue cuando Segismundo metió un brazo bajo los hombros del monje: la boca se le

abrió y de ella salió humo, visible incluso bajo la lluvia. Benno se persignó una y otra vez.

Segismundo hizo algo que parecía blasfemo. Cogió el crucifijo de hierro del cuello de Filippo y lo arrojó al mar, luego se acercó al hermano Ieronimo e hizo lo mismo con la cruz que llevaba.

Como obedeciendo a una señal, la lluvia perdió en ese momento su violencia y los truenos se alejaron. Los nubarrones comenzaron a abrirse y un pálido dedo de luz tocó el cuerpo carbonizado de quien fuera el hermano Filippo.

El hermano Ieronimo lloraba. Se levantó y se acercó a los otros.

—La piedad de Dios es infinita. Tal vez se arrepintiera antes de morir.

—Esperemos que así fuera.

—Me habéis quitado el crucifijo.

—El hierro atrae a los rayos en las tormentas; lo he visto antes. Hay más razones de las que suponéis para que todos dejen atrás las armas antes de aproximarse al santuario. ¿Queríais ser alcanzado también por un rayo?

El hermano Ieronimo, con el rostro surcado de lluvia y lágrimas, parecía perplejo.

—Pero él ha sido castigado. Dios le ha castigado. Yo he cumplido mi penitencia y he venido para servir a Nuestra Señora. ¿Por qué me iba a caer un rayo?

Segismundo se limitó a mover la cabeza. Cargó sobre sus hombros el espantoso cuerpo del hermano Filippo y echó a andar camino abajo.

LA TENTACIÓN DE UN SANTO

El sol de la tarde los sorprendió sentados a una mesa al aire libre de una taberna. Abajo en el valle, el río atravesaba la aldea que trepaba por la montaña casi hasta donde ellos se encontraban. La taberna estaba bien situada para ofrecer refresco a los que estuvieran a punto de entrar en el pueblo o a los que acababan de abandonarlo.

Su trabajo había concluido y ahora podían permitirse relajarse, disfrutar del excelente vino de la región y alzar el rostro al sol otoñal, que ofrecía calor suficiente para desvanecer el frío de Scheggia que hubiera podido metérseles en los huesos, un calor suficiente casi para compensar las anormales lluvias veraniegas.

—De modo que todo ha terminado. —Angelo, su seria belleza resplandeciente bajo la luz, se arrellanó con un brazo sobre el muro de piedra, mirando las casas colgadas de la montaña—. ¿Creéis que estará satisfecho ya? Tal vez esté más cómodo en el purgatorio.

Una hora atrás Segismundo había puesto el brote de romero de Scheggia sobre la tumba de Bernabo Pantera. Donna Irina le había abierto el mausoleo y súbita, apasionadamente, abrazó a Segismundo al partir. Ahora Segismundo estiró las piernas y adelantó la copa para que Benno la llenara con la enorme jarra marrón.

—No sé si él estará satisfecho. Yo lo estoy.

Desde luego, pensó Benno, había desaparecido la sombra que abrumaba a su señor. Durante todos aquellos meses había arrojado su oscuridad sobre él, desde que Benno lo viera con el brazo derecho empapado en la sangre de Bernabo. Había lavado la mancha tan deprisa como pudo, pero la mancha en la mente era más difícil de borrar.

—Pues puede que vos estéis satisfecho —dijo Angelo— pero yo no. —Clavó la mirada en Segismundo—. Todavía tenéis cosas que explicar. Entregasteis *La Feconda* como era vuestro propósito, pero ¿por qué los encantadores hermanos parecían tan ufanos? Cualquiera pensaría que eran ellos los que tenían la cruz.

Segismundo se echó a reír.

—Eso piensan, en efecto.

Angelo se quedó con la boca tan abierta como Benno.

—¿Recuerdas que te dije que los tuvieras vigilados en Roma? Me informaste de que Ferondo había ido varias veces a ver a un joyero después de que el Papa nos ordenara ir a Scheggia, justo cuando nos preparábamos para el viaje. Yo creo que estaban haciendo una réplica de *La Feconda*, que tenían un plan.

Angelo cerró la boca ocultando el diente torcido que le tornaba de ángel en

demonio y asintió con la cabeza lentamente.

—De modo que por eso no intentaron rebanos el gaznate en el camino a Scheggia. Planeaban engañar al Papa y a la Virgen, contando con dar el cambiazio ayudados por Falcone y el bebedizo drogado. —Hizo una pausa y señaló a Segismundo con un largo dedo—. Pero no hicieron el cambio. Falcone no encontró La Feconda. ¿Qué hizo entonces?

Segismundo esbozó una amplia sonrisa, mojó un trozo de pan en el vino, vertió encima aceite de una jarra y sal y se lo comió con fruición.

—Bueno, ese hombre no es idiota. Es de la familia y está obligado con ellos. También es un Pantera; si no encontró la cruz no iba a decir a sus parientes que había fracasado y comenzar así una rencilla que duraría toda la vida. No, por la mañana les entregó una cruz, la misma que ellos le habían dado la noche anterior, pero sin decirles nada. Y todos contentos.

Angelo miró pensativo a Segismundo.

—¿Qué pensaba Falcone que pasaría en el altar si no teníais ninguna cruz que ofrecer?

Segismundo se encogió de hombros. Tenía los ojos entornados bajo el sol de la tarde y la sombra de las pestañas caía sobre sus mejillas.

—No creo que pensara que yo no la tenía, sólo que la había escondido mejor de lo que él creía posible.

—Miró en todas partes —apuntó Benno—, hasta en mi camisa limpia y todo.

—Con la que no creo que se hubiera atrevido es con la que llevas puesta. —Angelo bajó su elegante nariz—. Me extraña que no rompiera las costuras de jubones y bolsas.

—Si lo hizo pudo coserlos después. Dispuso de toda la noche.

—*Biondello* le dio algunos problemas, ¿verdad? —Benno regaló con un gran mendrugo de pan al perrillo, que con las patas sobre la mesa tuvo que hacer más de un esfuerzo por engullirlo—. Al día siguiente nuestro anfitrión tenía los dedos vendados y en el desayuno nos dirigió a él y a mí varias miradas torvas. —Acarició a *Biondello*, que seguía tragando—. Los Pantera debían de estar muertos de risa cuando os vieron ofrecer ante el altar lo que ellos pensaban que era una joya falsa. Sin embargo nunca podrán enseñar la que ellos tienen, ¿no? ¡Imaginad que el Papa llega a enterarse de que andan exhibiendo *La Feconda*! Seguro que ni siquiera se lo han dicho a sus esposas.

—Cualquiera le dice a Elisavetta que ha trepado el acantilado de Scheggia para nada —Segismundo sacudió la mano y alzó los ojos—, que *La Feconda* estaba todo el tiempo en su poder y que de todas formas le habría concedido hijos.

—Pero no se los concederá, ¿no? Porque no es la cruz auténtica. Por otra parte, Gian ya no la necesita.

—No, puede que no tengan hijos. Además es fácil que los niños mueran. Pero, qué demonios, la fe mueve montañas. Si ellos están convencidos de que tienen *La*

Feconda... —Segismundo bebió y miró hacia el valle, donde comenzaban a extenderse las sombras del ocaso. El río aún reflejaba el brillo del cielo y los pájaros se lanzaban tras los insectos, hendiendo el aire y gorjeando. Una campana de una iglesia tocaba a vísperas con un sonido claro y dulce en la quietud—. Por lo menos ahora, tal como deseaba Bernabo, vivirán en paz unos con otros. De momento.

Biondello recibió otro trozo de pan y, consciente de sus problemas con el último, bajó de un salto del banco para batallar con él en el suelo y masticarlo a placer. Segismundo pidió más vino. Benno, como siempre, agradeció que Angelo formulara las preguntas que a él ni siquiera se le habían ocurrido. Todavía deseaba saber muchas cosas que no se atrevía a plantear, a pesar del completo cambio de humor de Segismundo. Esperó hasta que la tabernera, dividida su atención entre la belleza de Angelo y el cráneo de Segismundo, que evidentemente la fascinaba, hubiera dejado en la mesa otra jarra de vino y un plato de castañas.

—¿Mató el hermano Filippo al abad? —preguntó por fin—. El hermano Ieronimo le dijo que tenía sangre en las manos y no podía subir al santuario. Y él parecía muy nervioso durante todo el camino. Además, fue él quien descubrió el cadáver, junto con Torcuato. Es probable que fuera él quien lo matara. Después salió corriendo a decírselo al duque, pero luego volvió y se enteró de que habían sorprendido al hermano Ieronimo intentando arrancarle el hacha al abad.

—Desde luego que es probable. —Angelo cogió una castaña—. Uno le clava el hacha a alguien, se marcha y luego piensa: Cielos, tengo que volver por ella por si necesito cortarme las uñas...

—Pero también es posible que fuera el hermano Ieronimo. Vaya, si casi nunca parece saber lo que hace. No sé cómo se las apañará en Scheggia. A lo mejor lo hace bien, ahora que sabe que está sirviendo a la Virgen.

—Yo creo que siempre ha sido más consciente de lo que todos imaginamos —se oyó la voz grave de Segismundo—. Sin embargo no es hombre dado a condenar a los demás, ni siquiera por asesinato. Prefiere cargar él con la culpa. Aunque no creo que supiera con seguridad cuál de ellos fue el asesino.

—¿Cuál de ellos? —Benno lo miró protegiéndose con la mano los ojos del sol.

—Torcuato o el hermano Filippo. Torcuato no tenía el valor suficiente. Era de los que no podían soportar la violencia. Tampoco tenía motivos. El abad era un tirano, pero no fue ésa la razón de su muerte. En realidad lo maté yo.

Benno se atragantó, escupiendo el vino en la mesa.

—Vaya, qué desperdicio. Angelo te dirá cómo lo maté.

Angelo alzó las cejas.

—¿Lo sé?

—¿Qué me dijiste que te contó Felicia sobre los celos de Agostino?

—Ah, claro. —Angelo lanzó una áspera carcajada—. En nuestras confidencias de mujer a mujer. Estuvimos hablando largas horas en la cama. —Miró un instante a Segismundo y se apresuró a proseguir—: Parece ser que cuando su esposo volvió a

casa una noche vio salir a un hombre por la puerta trasera y vislumbró lo que pensó que era una tonsura —Angelo echó una ojeada a la cabeza de Segismundo, tersa y dorada bajo la luz—, y una capa revoloteando en torno a un hombre corpulento. Él pensó que era un hombre gordo y no se detuvo a considerar cuánto había en él de capa y cuánto de hombre, porque creyó reconocerlo. Felicia había cometido el error de contarle que había bordado con reverencia un frontal de altar para ofrecerlo a la abadía, y que el abad había intentado echarle encima su eclesiástica mano. Agostino estaba seguro de que era el abad a quien había recibido su mujer esa noche.

Benno recordó: fue la noche que Perpetua había arrojado a Segismundo bajo la lluvia, lo cual le había desencadenado la fiebre y, lo que era peor, fue causa de que se desmayara en el mercado y lo llevaran a la enfermería de la abadía.

—Pero no sería Agostino quien matara al abad...

Angelo dio un golpe con la copa en la mesa y Benno le tendió la jarra.

—Se te olvida, zopenco, que Agostino tenía un cuñado que podría querer vengar el honor de la familia. Supongo que acudió corriendo a la abadía con sus sospechas. El hermano Filippo era de los que pensaban mal de toda alma viviente y no me irás a decir que los monjes ignoraban los rumores sobre su superior.

—Pero el hermano Filippo era un religioso tan estricto...

—Un religioso que no hace mucho intentó matar a su hermana —terció Segismundo—. Le consternaba que los hombres no actuaran como debían. Las mujeres tampoco, aunque eso le sorprendía menos, porque las aborrecía. Si a los pecadores no se los podía someter a juicio aquí, debían ser despachados para que los juzgaran en otra parte.

Benno guardó silencio. ¿A qué juicio habría sido sometido el propio hermano Filippo, cuyo cadáver parecían haber devorado las mismas llamas del infierno?

Segismundo también quedó un rato en silencio.

—Tal como yo lo veo —dijo por fin—, Olivero y el hermano Filippo siguieron a Torcuato después del banquete del cardenal Tartaruga. Olivero debió de ver, igual que yo, la confiada sonrisa de Torcuato, convertida en pánico cuando se tocó el pecho esperando encontrar la cruz y descubrió que había desaparecido. Olivero alcanzó a Torcuato y lo amenazó; ¿recordáis los arañazos de un cuchillo en el cuello? Así Olivero averiguó que Gemmata tenía la cruz, según creía Torcuato. Pero fue el hermano Filippo quien acabó con el cura.

—¿Sólo por haber mirado a su hermana en el banquete? —Benno estaba atónito.

—Por ir de putas —dijo Angelo—. ¿No notaste que se te había quedado encima el olor de Gemmata cuando nos marchamos de su habitación? Es más penetrante que la orina de gato. Yo apestaba, y Torcuato debía de oler a burdel para el hermano Filippo, que lo mandó directamente a dar explicaciones a Dios.

—Además, el ascendiente que tenía Filippo sobre Torcuato había desaparecido. —Segismundo abrió las manos—. Digamos que lo que sucedió fue lo siguiente: Agostino le contó que el abad había seducido a Felicia y el hermano Filippo esperó su

oportunidad. Luego, cuando el abad quiso creer que yo había robado la cruz, me quitaron el hacha, que se quedó en su habitación. Al hermano Ieronimo le ordenaron que llevara a Rocca todo lo que había en el estudio, y él, obediente, habría empaquetado hasta las paredes de habersele ocurrido. Una vez en Rocca, el hacha es una tentación para el hermano Filippo. Cuando el abad está solo, orando...

—Gran error —interrumpió Angelo—. Con eso daba al abad una mejor oportunidad en el más allá.

—Mmm... El hermano Filippo no podía permitirse tantas consideraciones. Creo que es entonces cuando Torcuato lo sorprende. Quiere la cruz para respaldar su ambición. Con una joya así podría abrirse camino en Roma.

—De modo que hicieron un trato. Ya me pareció que estaban irritados el uno con el otro durante el viaje a Roma... Así que al matar a Torcuato por ir de putas eliminaba al único testigo del asesinato.

—¡Porque Torcuato, al no tener la cruz, podía delatar al hermano Filippo! —exclamó Benno.

—El trato se había roto —dijo Angelo—. El hermano Filippo no era idiota.

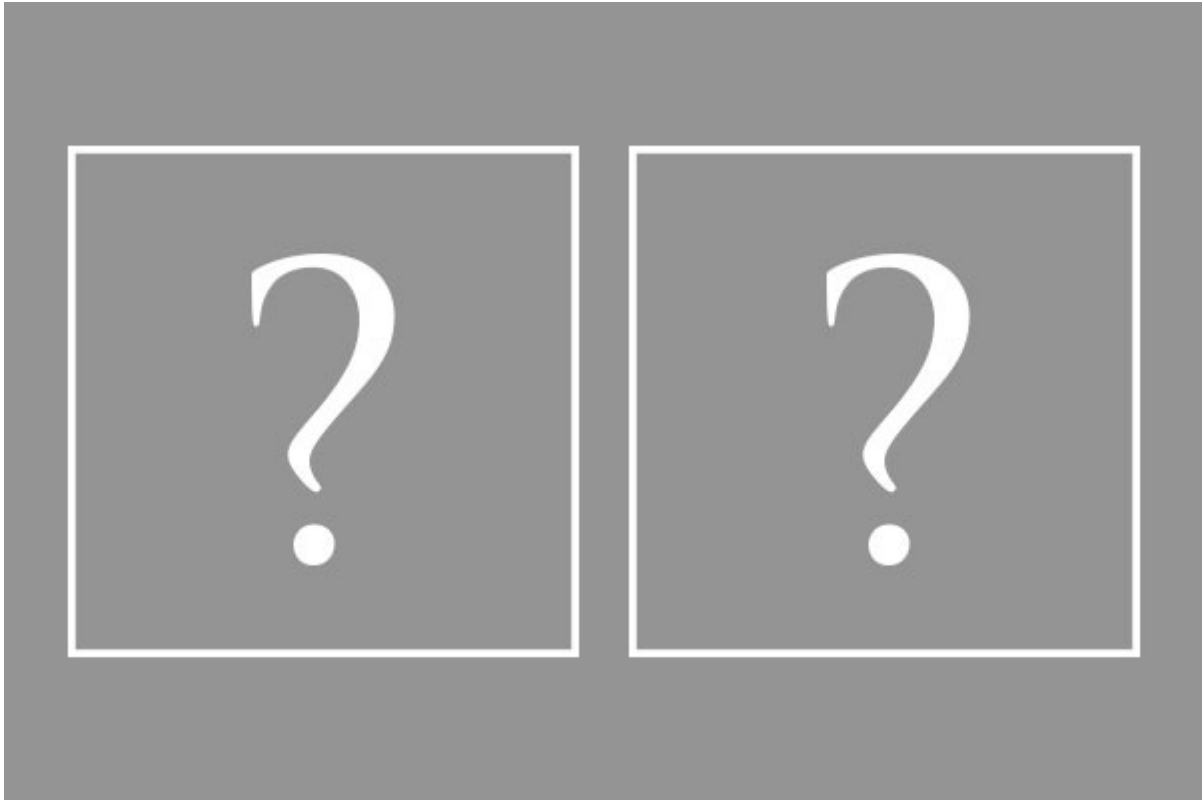
—El hombre al que sí creían idiota —prosiguió Segismundo—, el hermano Ieronimo, era el único que siempre supo lo que había pasado...

—Pero ¿por qué —preguntó Benno, sin advertir que había interrumpido a Segismundo—, por qué cargó él con la culpa? ¿Por qué dijo que el diablo lo había poseído?

La campana cesó de tocar en el valle. Segismundo alzó la vista al pasar un pájaro sobre su cabeza y continuó mirando el cielo.

—Puedo penetrar la mente de un villano, pero con la de un santo no me atrevería a tanto. Tal vez deseaba dar al hermano Filippo tiempo para arrepentirse. Tal vez estaba realmente tentado. Puede que el camino del martirio sea la última tentación de un santo.

—Ya veo que yo jamás me ganaré un halo —comentó Angelo, comiéndose la última castaña.



ELIZABETH EYRE es el seudónimo de Jill Staynes y Margaret Storey. Juntas han escrito numerosas obras, empleando este seudónimo en la serie Segismundo. Eran alumnas de la misma escuela, en la que inventaban personajes extraños e intercambiaron series de episodios acerca de ellos. Su primer libro conjunto, fue escrito cuando contaban con quince años, se llamaba *Bungho, or why we went to Aleppo*, que nunca vio la luz. Han publicado numerosas obras para público infantil, y juntas crearon al Superintendent Bone, protagonista de novelas de detectives modernas, así como esta serie de novela policíaca italiana del Renacimiento, Segismundo.

Las novelas de Segismundo están caracterizadas por sus coloridos personajes, y su ambientación en la Italia del Renacimiento. Las historias se están cuidadosamente estructuradas y bien pensadas.

Los libros de esta serie han contribuido al subgénero de misterio histórico, que surgió en la década de 1990 con el éxito de Ellis Peters y la serie Cadfael, y Lindsey Davis y la serie de Marco Didio Falco.